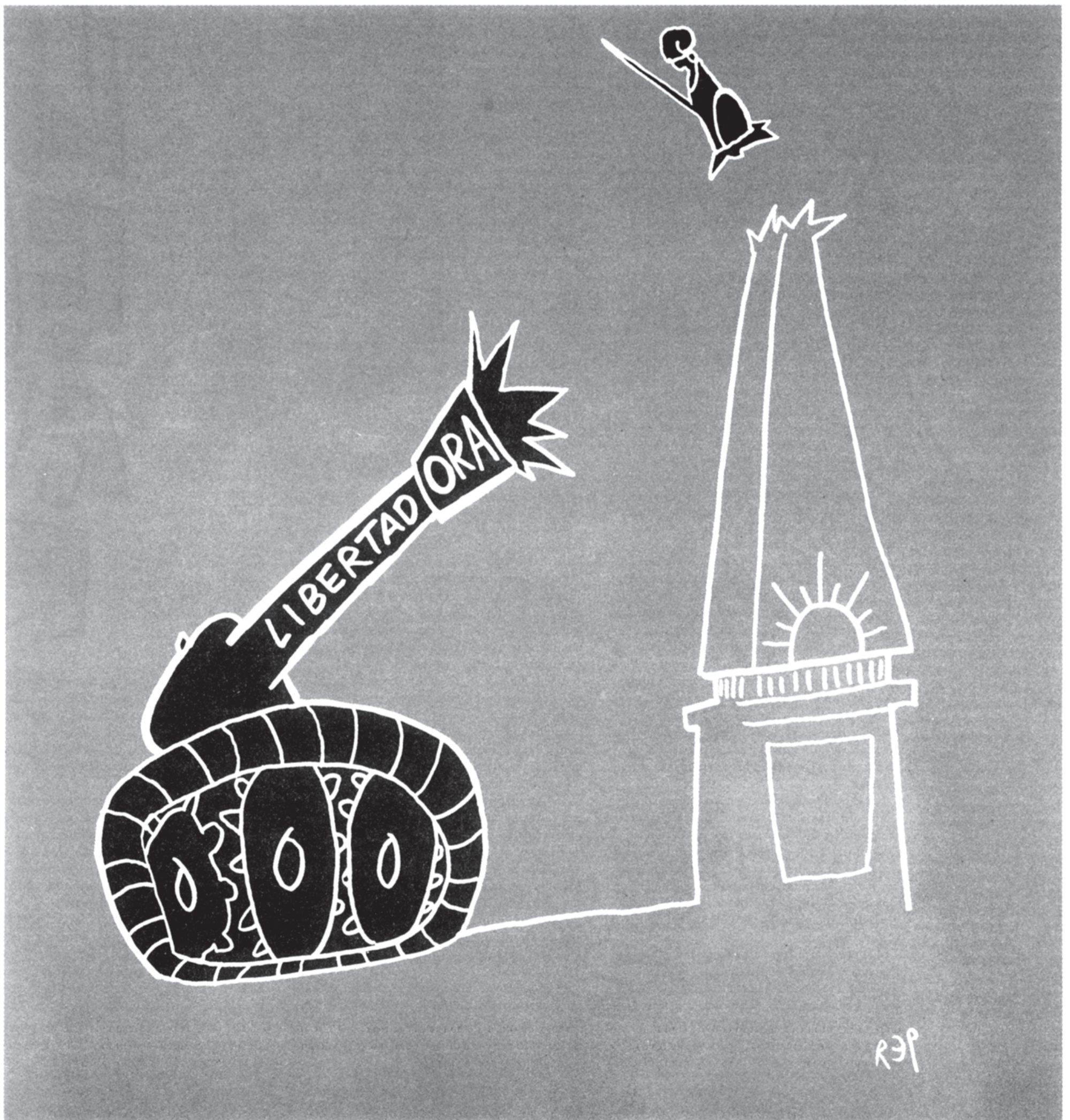


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

28 Documentos de la Libertadora



Jorge Luis García Venturini, desde sus artículos publicados en el diario *La Prensa*, fue uno de los más activos ideólogos del golpe del 24 de marzo. Puso sobre el tapete político una palabra que entró en el corazón de la clase media que anhelaba ese golpe: *kakistocracia*. En su libro *Politeia*, que compila esas notas y otros trabajos suyos, publicado en plena dictadura, aclara el concepto: "Se nos ha dicho que *kakistocracia* es sinónimo, o sería lo mismo, que *chantocracia*. (...) El *chanta* es esencialmente un embaucador, un embustero, un trepador, alguien que habla mucho sin decir nada" (Jorge Luis García Venturini, *Politeia*, Editorial Troquel, Buenos Aires, 1978, p. 319). Pero el *chanta* es un inocente. "En cambio, *kákistos*, en griego, es el superlativo de *kakós*. *Kakós* significa 'malo' y también 'sórdido', 'sucio', 'vil', 'incapaz', 'innoble', 'perverso', 'nocivo', 'funesto', y otras cosas semejantes. Luego si *kakós* es lo malo, *kákistos*, superlativo, es lo más malo, es decir, lo peor. Plural de *kákistos* es *kákistoi*, es decir, los peores. De ahí que se nos ocurriera *kakistocracia*" (J. L. Venturini, *Ibid.*, p. 320). El término pasó de boca en boca: *kakistocracia*. El "gobierno de los peores". Era ése el gobierno de Isabel Perón. El golpe se empezó a pedir en griego. Venturini termina su artículo afirmando un lugar común entre la gente bien que quiere echar abajo a un gobierno de bárbaros: "Porque la *kakistocracia* no sólo es un atentado contra la ética —ya de suyo infinitamente grave—, sino también contra la estética, una falta de buen gusto" (*Ibid.*, p. 320).

Entregamos ahora una joya de Jorge Luis García Venturini, escrita en pleno Proceso, en la que se lanza a un elogio emocionado, patriótico, de la Revolución Libertadora. Su texto marca la unión de los dos golpes. Venturini habrá de señalar que la Libertadora surgió para entregar al país la luz que debe iluminar a los hombres de Videla.

JORGE LUIS GARCÍA VENTURINI - ARTÍCULO PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1979

"Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Y lo hacemos no con lejanía ni desgano, sino con mayor fuerza que nunca, por la sencilla razón de que en el transcurrir del tiempo —en rigor, quienes transcurrimos somos nosotros, hacedores del tiempo— esas vísperas y esos días ganan en significación y trascendencia. Cada año, cada día, cada minuto de reflexión, nos muestran agigantado el relieve histórico de aquellas jornadas de coraje sin pausa y desconocida alegría. Y a esos días de guerra siguieron otros meses de increíble fecundidad. Porque aunque en el país se persista en ignorar o tergiversar la historia más reciente, en algún lugar del universo, o fuera de él, se hará inexorablemente el balance de la gestión de aquel gobierno, y entonces los argentinos sabrán —aunque ya sea tarde— lo que verdaderamente le deben, sin atenuantes.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que nuestro hilo de voz atraviese el aire y llegue a tantos oídos sordos —o simplemente se quede en el aire— porque nada se pierde y todo se transforma, incluida la energía histórica y los destinos consumados. Para que en el desierto de convicciones, algunos, al menos algunos, recuerden aquella gran convicción, aquella gigantesca convicción, que cubrió nuestras conciencias hasta la superficie, desbordándolas.

Fue la gran posibilidad argentina, porque fue el triunfo del valor ante la cobardía, de la honradez ante la corrupción, de la hidalguía ante la mezquindad, de la moral frente a la venalidad, de la estética frente al mal gusto, de la libertad ante el sometimiento. Fue una maravillosa pirueta del espíritu creador, de ese espíritu que da sentido a la historia, es decir a la biografía de los hombres. Fue una afirmación del Espíritu de Occidente.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que los veteranos la recuerden aunque sea un instante tan sólo; los que le fueron leales retemplarán el espíritu, y los traidores tendrán un minuto de arrepentimiento en el último repliegue de sus conciencias. Y para que los jóvenes sepan que —no hace mucho— hubo un momento argentino de esperanza en la desesperanza, confíen en la razón ante la sinrazón; y ante la infertilidad de los populismos y los totalitarismos, adviertan que existe otra alternativa, la que nos marcan las palabras y los gestos de aquel septiembre inolvidable.

Para que los jóvenes averigüen, indaguen en todos

lados y se informen acerca de lo que pasó y por qué pasó al filo de una madrugada. Para que sepan lo que es una actitud de rebeldía y aprendan a distinguirla de la contraactitud de la subversión. Porque la subversión es destructora y estéril, mientras la rebeldía es creadora y motora de la historia. No hay historia sin rebeldía.

Y no hay juventud sin rebeldía. No se puede concebir una juventud apoltronada, arrebañada, seguidora de déspotas y tiranías o entregada a conformismos fatalistas. Hubo multitud de jóvenes rebeldes en 1955; luego hubo jóvenes subversivos que destruyeron lo reconstruido entonces. Aquellos estuvieron del lado de la libertad y de la ley; la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre ambos, aunque rara vez se les hable de ello. Es una elección decisiva. La neutralidad no sirve, no sólo para los jóvenes; no sirve para nadie. ¡Y hay tantos neutros! (¿neutros?).

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para no cometer un acto de injusticia. Y, como dijimos una vez, es bueno recordarla ahora, porque es un acto libre, desinteresado, que no busca dividendos políticos, ni adhesiones apresuradas. Como deben ser los verdaderos homenajes, la verdadera comunicación. Para nada. Ante la herrumbre de las ideas, ante la claudicación de las convicciones, ante la amnesia decretada, ante la sangre derramada.

Sí, otra vez te recordamos, Revolución Libertadora, para que fecundes la aridez de la tierra, para que verifiques la pereza del mar, para que humanices la dureza del asfalto; porque no pasaste sino que nos pasaste, a los unos y a todos, especialmente nos liberaste y los liberaste del miedo.

Te recordamos, para que no hablen de derechos humanos sus empedernidos violadores.

Te recordamos, para suplir el olvido de tantos que tanto te deben.

Y te recordamos, para que no muera toda esperanza."



CONCENTRACIÓN CÍVICA ACLARA ASPECTOS DE LO OCURRIDO EL 9 DE JUNIO DE 1956

(Publicado en *La Voz del Interior*, 9 de diciembre de 1972)

"Con el objeto de aclarar algunos aspectos de los episodios vinculados al frustrado levantamiento del 9 de junio de 1956, la mesa directiva de Concentración Cívica dio a conocer la siguiente declaración:

En la audición de Televisión transmitida por el Canal 11 el domingo 3 de diciembre a las 21.30, por interrupciones propias de este tipo de programas, quedaron sin la debida aclaración algunos importantes aspectos de lo ocurrido el 9 de junio de 1956. No es nuestro propósito reabrir antiguas heridas, por todos lamentadas, pero ante las preguntas formuladas y en nombre de la verdad histórica, nos sentimos obligados a completar las necesarias respuestas.

El 9 de junio de 1956 —tal vez porque Dios quiso salvar a la Nación de males mayores— en la quinta de Sarrabayrouse, en Moreno, explotó una bomba, en manos de quien la estaba fabricando. La providencial alarma motivó la intervención policial, pero si bien los implicados lograron escapar en un automóvil, el vehículo debió ser abandonado en una barrera de ferrocarril, lo que permitió encontrar una valija que contenía, entre otros documentos, las fichas donde figuraba, con todo detalle, la conformación de los grupos de ataque a los objetivos que también se indicaban. Se nombraban, además, las personas del gobierno, de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos que tenían que ser ejecutadas junto con sus familiares, los lugares de la matanza y el destino de los cadáveres, al crematorio, en general. Posteriormente, toda esta información fue exhibida al periodismo en reunión de Gabinete. Pero hay mucho más:

1) En la estación de Ringuet un tren fue asaltado por grupos armados, los pasajeros obligados a vivir al tirano, y un oficial de policía que se negó a hacerlo fue asesinado en presencia de su esposa, que luego declaró que podía reconocer al matador.

2) En Rosario se cortaron los cables de L.T. 12 y se empalmó un micrófono, desde el que se propalaron proclamas revolucionarias de cuyo origen no podía dudarse.

3) En la ciudad de Santa Rosa, los revolucionarios difundieron por Radio del Estado una proclama revo-

lucionaria que no era precisamente un llamado a la conciliación.

4) A las 23 hs. se produjeron tres hechos simultáneos: un grupo asaltó la estación transmisora del Automóvil Club Argentino, cuya red cubre todo el país; el intento fue rechazado pero en la refriega murió un cabo de la policía federal. La estación de autobuses Cónдор fue asaltada para apoderarse de vehículos que, según los planes descubiertos, debían transportar los grupos de ataque establecidos en las fichas antes mencionadas. Se asaltó al Arsenal de Guerra Esteban de Luca, intentándose penetrar en una ambulancia. La guardia resistió y rechazó el ataque.

5) Escuela de Mecánica de la Armada. Por despacho de las 23.40 hs. del 9 de junio, al ser detenida una persona, sus autoridades se enteraron de que tanto la Escuela Raggio, que está al lado, como el edificio de la Comisión Nacional de la Energía Atómica, serían ocupados por grupos especializados, y a continuación la Escuela sería atacada con el auxilio de ómnibus cargados de bombas incendiarias y camiones-tanques nafteros. En el estadio de River Plate se debían concentrar grupos de civiles a los que se les entregarían armas. La Escuela Raggio y Energía Atómica fueron neutralizadas y se tomaron prisioneros.

6) En los cuarteles de los Regimientos 1º y 2º de Infantería de Palermo. Grupos de suboficiales, cubierto el uniforme con un abrigo piloto civil, reunidos en las inmediaciones de los puentes del ferrocarril y los terraplenes, debían entrar en los cuarteles y capturar los armeros. Fueron detenidos por oficiales de los regimientos.

7) En Campo de Mayo fueron sofocados dos intentos de levantamiento.

8) En la zona de La Plata. Aquí ocurrieron los sucesos más graves. Al anoecer fue capturada la comisaría de Ringuet (Teniente Abadie). Más tarde, el Regimiento 7º de Infantería de La Plata se sublevó y atacó la casa de gobierno, cuyo titular, el coronel Bonaccarrere, se atrincheró en la jefatura de policía, resistiendo valientemente durante la noche, con el apoyo de fuerzas de la Infantería de Marina de Río Santiago, hasta que con las primeras luces del día 10, la llegada de fuerzas del Ejército y de la Fuerza Aérea terminó con la rendición de los sublevados.

Por lo tanto, no puede argumentarse, como lo afirmara un periodista en la audición, que la mayoría de las sublevaciones del 9 de junio fueron 'inventos y novelas de la policía'. Lo antes señalado puede ser confirmado por numerosas personas, entre ellos los oficiales superiores de las tres armas que constituían el estado mayor conjunto que tuvo intervención.

Por otra parte, las autoridades del Gobierno Provisional no reimplantaron la pena de muerte establecida por la tiranía y derogada por la Revolución Libertadora, como ha afirmado un periodista; en la emergencia establecieron la ley marcial, en defensa de la vida y hacienda de la población, teniendo en cuenta que ellas estaban real y gravemente amenazadas por las consignas del tirano ausente repetidoras fieles de las siniestras órdenes impartidas desde los balcones de la Casa de Gobierno en la noche del 31 de agosto de 1955. En dicha oportunidad el tirano pronunció un macabro discurso de 'San Bartolomé' vociferando entre otras tremendas amenazas, esta incitación criminal: 'Aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades puede ser muerto por cualquier

LIBERTADOR

argentino. Esta conducta, que ha de seguir todo peronista (fue una orden), no solamente va dirigida contra los que ejecuten, sino contra los que conspiran e inciten'. Nunca, antes, en esta patria argentina se había tocado a rebato para la matanza general, desde los balcones de la Casa de Gobierno. Nunca, antes, un Jefe del Estado argentino había ordenado a sus seguidores hacer justicia por sus propias manos con cualquier excusa. No recordamos que en América se haya llegado a semejante grado de esquizofrenia despótica y delirante. El mundo entero quedó atónito.

La sangre se heló en las venas de los mismos peronistas, y el horror envolvió a todos, amigos y adversarios, pues estaban frescos los recuerdos de los incendios y otras profanaciones de los templos ocurridos en la fatídica noche del 16 de junio, que ejecutaron turbas regimentadas al servicio vil del déspota. En el propio balcón presidencial todos los rostros se demudaron de espanto. Pero nadie renunció ni adelantó una palabra de moderación al servicio de los sentimientos huma-

nos y de la paz ciudadana. Después de la execrable blasfemia todos siguieron en sus puestos, aun cuando el tirano agregó: 'Que sepan que esta lucha no ha de terminar hasta que los hayamos aniquilado y aplastado'. Esta fue la gota que colmó el vaso; la culminación dramática del proceso de justificación histórica de la Revolución Libertadora que tenía el deber de terminar con la máscara aberrante de 'democracia constitucional', como ahora llaman algunos desmemoriados a la ominosa tiranía peronista. Es entonces cuando nacen los "gorilas", resueltos a restablecer la dignidad de la República y a devolver la libertad a sus compatriotas.

Esta mancha, que ensombrece la Historia Argentina, no puede ni debe ser olvidada, aunque parece que así ha ocurrido a quienes, en una pretendida representación de la ciudadanía, han ungido al tirano visitante como su jefe o albacea en el restaurante Nino, versión local de la célebre 'Cervecería de Munich' donde fue encumbrado Hitler."

Por Concentración Cívica: Dr. Marcelo Aranda, Sr. Alberto Benegas Lynch, Dr. Eduardo Busso, Sr. Norberto L. Carca, Dr. Estanislao del Campo Wilson, Sr. Rodolfo A. Firte, Sr. Floreal González, Brig. My (RE), Medardo Gallardo Valdez, Brig. (RE) Jorge Landaburu, Escrib. Carlos Macchi, Dr. Alberto Mercier, Sr. Adolfo Morano, Alte. (RE) Jorge Julio A. Palma, Dr. Oscar Rebaud Basavilbaso, Dr. Manuel Río, Alte. (RE) Carlos A. Sánchez Sañudo y Cnel. (RE) Francisco J. Tizado.

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE PRIMERO DR. VÍCTOR A. GUERRERO LECONTE, EN EL ACTO DE RECORDACIÓN DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 2002, EN EL CENTRO NAVAL

"16 de septiembre de 1955: Una gesta histórica de un movimiento cívico-militar y no de una asonada ni un golpe de Estado. La ciudadanía argentina de pie contra la dictadura disfrazada de gobierno constitucional.

Al conmemorar los veinte años del pronunciamiento dijimos como acto inquebrantable de fe en los altos

ideales que inspiraron la Revolución Libertadora, esencia pura del alma argentina y como imperativo de la dignidad nacional:

Ninguna fuerza, ningún error, ninguna de las penosas vicisitudes que el país ha conocido en los últimos tiempos ha valido para confundir sobre los móviles de la gesta de 1955, más evidentes hoy que nunca, cuyo propósito principal y casi único fue la reconciliación de la República, con los principios que son su base histórica y moral inexcusable. Se luchó para restablecer la vigencia de la libertad, a la que estuvo la Nación consagrada desde los días de Mayo, sin la cual no hay paz, ni orden ni justicia ni progresos posibles. Se luchó para restablecer la dignidad cívica de los argentinos, destruida por la demagogia, la masificación y el sometimiento irracional a jefaturas providenciales. Se luchó para restablecer en el Estado y en la comunidad las normas de decoro y de moral legadas para siempre por los fundadores. Y se luchó para restaurar las instituciones republicanas en su verdadera función de instrumentos sustantivos de la vida social regulada por el derecho, haciendo que dejasen de ser el disfraz y amparo de la arbitrariedad y la corrupción. Un esfuerzo supremo para volver a las fuentes prístinas de la nacionalidad.

Son los valores simples y sublimes por los cuales se luchó y triunfó. Veintisiete años después volvemos a repetir los mismos principios.

Hoy la República vive una profunda crisis no sólo económica, sino moral, política, social e institucional que nos coloca al borde de la anarquía. Y hay miedo en el País por falta de seguridad personal y jurídica.

Vivimos un estado de subversión, es decir corrupción, de vicios, de depravación y de sobornos. Y se pretende destruir las Fuerzas Armadas que son la reserva moral de la República.

La crisis institucional abarca a los tres poderes del Estado. La ciudadanía no cree en ellos, según todas las encuestas que se realizan sobre el particular. Los partidos políticos se preocupan más por las elecciones y la obtención del poder que sobre las soluciones a los grandes problemas argentinos.

Y hay miedo en la República, pues, como consecuencia de la impunidad manifiesta, los vándalos han ganado la calle, constituyéndose en verdaderas asociaciones ilícitas que cortan caminos y rutas, atacan residencias particulares, secuestran, roban y matan.

La solución está en volver a los fines de la Revolución Libertadora, a ocupar tribunas y sembrar las ideas de Mayo y Caseros, de la generación de 1837, restablecer la vigencia de la Constitución de 1853/60 y, como bien lo dijo el Dr. De Tomas, citando a Eduardo J. Couture, debemos tener fe en la libertad, sin la cual no hay Derecho ni Justicia ni Paz.

Señores Tte. Gral. Lonardi, Tte. Gral. Aramburu, Almirante Rojas, descansad tranquilos, que los hombres de la Revolución Libertadora consideran que en la hora actual *marginarse es cobardía*, sin que ello signifique sumarse a cualquier aventura."

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA (EDITORIAL PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 14/09/1980)

"Lo que ocurrió en la República Argentina durante el período que se inicia el 4 de junio de 1943 y se prolonga hasta el 16 de septiembre de 1955 ilustra cabalmente sobre la inestabilidad de las formas superiores de la convivencia, la frecuente debilidad de las instituciones democráticas, el riesgo que asedia a la libertad y la facilidad con que en nuestra época puede desvanecerse una cultura secular y perderse los más altos valores. Todo lo que parecía definitivamente incorporado al acervo moral y espiritual de la Nación, por obra de los grandes estadistas del pasado y el esfuerzo de varias generaciones, fue agraviado y amenazado y estuvo a punto de desaparecer.

Todas las malas pasiones del alma se exhibieron por el dictador durante su paso por el poder, pero de ellas, la que mostró con más pertinacia en todos los actos y en todas las circunstancias, y que más resplandece es el odio, el odio al pasado histórico; el odio a cualquier forma de superioridad moral o intelectual; el odio a la verdad y la justicia; el odio a los enemigos leales y a los abyectos servidores; el odio a las multitudes atraídas por la demagogia y la corrupción y usadas como meros instrumentos para la conquista del poder. El odio es además una nota tan esencial del régimen que impuso que sin él lo que sucedió carece de lógica y explicación. La clave de la época, lo que ilumina los personajes y los acontecimientos, la razón última de las contradic-

ciones y los fracasos, es el odio. Hechos tan inauditos como el de la quema de bandera, de los templos, de la sede de los partidos, las bibliotecas y los palacios, son expresión de odio que sin duda el dictador sentía por sí mismo, en la intimidad del abismo moral que se debatía.

El daño que causó al país fue inmenso y se extendió tanto a lo espiritual como a lo material. Practicó la demagogia y la corrupción en escala gigantesca; cultivó la envidia y el resentimiento en todos los estratos sociales; impuso la obsecuencia y el servilismo en su partido, los gremios y las organizaciones empresarias y los exigió a la mayoría parlamentaria y a los miembros del Poder Judicial; sojuzgó el periodismo de este diario; degradó la instrucción pública y falsificó la historia; consumió el ahorro nacional y dilapidó las ingentes reservas de oro y divisas acumuladas por anteriores gobiernos; provocó la caída de las exportaciones y desalentó las actividades agropecuarias obligando al pueblo a consumir pan de inferior calidad; utilizó el crimen político, las delaciones y las torturas; ostentó favoritos a los que benefició con dineros públicos; gozó con la morbosa adulación de que fue objeto aceptando que calles, plazas y aun provincias se designaran con su nombre y el de su segunda esposa, y ésta convertida en símbolo de los abusos del régimen, fue utilizada por él despiadadamente para sus fines electorales hasta el momento mismo de su muerte; dividió a los argentinos y enconó a unos ciudadanos contra otros. Afrentó a obispos y sacerdotes, por lo que fue excomulgado, y cuando estalló la Revolución Libertadora huyó cobardemente abandonando a sus seguidores. Se enriqueció en el poder en inaudita medida, utilizando para ello la extorsión hasta la influencia oficial.

La Revolución Libertadora ha quedado incorporada a los fastos de la República, no sólo por el heroísmo de quienes la hicieron y haber clausurado el período más triste de nuestra historia, sino por la obra de reconstrucción moral y material que inició y que, en muchos aspectos, logró realizar y consolidar. Por medio de los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu dio un alto ejemplo de dignidad y responsabilidad en el sucesivo desempeño de la presidencia de la Nación, en la época particularmente difícil y compleja que hubo que afrontar. La memorable creación de la Junta Consultiva, organismo concebido para limitar el poder revolucionario, permitió que se le sometieran proyectos y decisiones para que tuvieran el significativo respaldo político de una adecuada deliberación. En ella se encontraban representados los partidos democráticos por medio de sus hombres más eminentes, presididos por el vicepresidente de la Nación, almirante Isaac F. Rojas. Este dirigió los debates con ecuanimidad y autoridad que emanaban, más que de su cargo, del servicio que había prestado a la Nación durante las jornadas revolucionarias y de su indiscutida jerarquía moral.

El 7 de diciembre de 1955, casi ochenta días después del triunfo de la Revolución Libertadora, el presidente Aramburu y el vicepresidente Rojas, con la firma de todos los ministros, sancionaron directivas básicas en que formularon los principios que inspiraron la acción del gobierno. En ella se dijo que 'la finalidad primera y esencial de la Revolución ha sido derrocar el régimen de la dictadura' y que resultaba necesario 'suprimir todos los vestigios del totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y la democracia'. Se afirmó que 'cumplidas las condiciones que permitan a la ciudadanía expresar su voluntad, ella decidirá sobre sus destinos', que 'este gobierno es un gobierno provisional y sus hombres carecen de toda pretensión de continuismo'. Se aclaró que su programa podía sintetizarse así: Enaltecer el prestigio internacional de la República; asegurar el orden y consolidar la paz interior respetando la dignidad de los derechos del hombre; recuperar el equilibrio de la armonía y del mutuo respeto entre los distintos grupos sociales y políticos; dismantelar estructuras y formas totalitarias desintegrando el estado policial; restablecer la austeridad republicana y procesar a los que hubieran delinquido; afianzar la independencia del Poder Judicial; dignificar la administración pública; mantener el respeto a la libertad de cultos; establecer la libertad sindical y la vigencia de una efectiva justicia social; reorganizar la enseñanza con sentido democrático; fortalecer y afianzar el federalismo y las autonomías comunales; sanear la economía y suprimir las trabas que trababan su actividad; procurar una plena ocupación y el acrecentamiento del bienestar social y la solución de los problemas económicos y sociales fundamentales; estimular la industrialización y

la prosperidad del agro y el aprovechamiento de los recursos energéticos, y lograr que los sacrificios económicos sean soportados proporcionalmente a las posibilidades de cada uno; por último, crear las condiciones propicias para la inversión de capitales extranjeros que complementen y estimulen el esfuerzo de la producción argentina y sanear la estructura electoral de la Nación.

Este programa fue fielmente seguido en la medida en que las circunstancias lo permitieron, con honradez y buena fe.

Pero, sin disputa, el acto más importante del gobierno de la Revolución Libertadora fue la proclama del 27 de abril de 1956, en la cual, después de alejarse de la constancia de que la reforma constitucional de 1949 había sido fruto de la opresión que impidió pronunciarse a varios sectores de la opinión y que resultaba imperativo devolver al pueblo el pleno goce de las instituciones libremente escogidas y menguadamente alteradas, se declaró vigente la Constitución de 1853 con las reformas anteriores a 1949, sin perjuicio de los actos y procedimientos definitivamente concluidos el 16 de septiembre de 1955.

El país volvió así a gozar de su auténtica y respetada Constitución inseparable de las formas superiores de convivencia. Además del valor de su contenido jurídico, y de su estilo literario, ella es, sobre todo, un instrumento de gobierno, producto de la dolorosa experiencia y la claridad de juicio de los constituyentes.

Haberlo comprendido así y haberla restablecido es, en consecuencia, el título más alto que la Revolución Libertadora puede invocar ante la Historia. Y aun su gobierno se preocupó de obtener la ratificación de lo resuelto por una convención libremente elegida por el pueblo, que el 23 de septiembre de 1957 recibió con prolongados aplausos e incontenible emoción, la declaración solemne de su presidente sobre la sanción adoptada.

La notable obra cumplida por la Revolución Libertadora fue posible también por la gestión de los integrantes de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a los que tocó la difícil tarea de velar por la constitucionalidad y legalidad de los actos de un gobierno de origen revolucionario, de modo que pudieran desmantelarse las estructuras totalitarias heredadas y cumplirse la vindicta pública pero respetándose las garantías y derechos de la Ley Fundamental. Solamente la sabiduría y la experiencia de jueces, que además supieron ser verdaderos hombres de Estado, permitieron que los objetivos pudieran alcanzarse. Y cuando la Revolución Libertadora presidió elecciones inobjetables y entregó el poder a los nuevos gobernantes consagrados en los comicios.

El posterior holocausto del general Aramburu, consumado por los enemigos del país, confiere una aureola de trágica grandeza a la Revolución Libertadora, cuyo gobierno él presidiera con tanta dignidad. Las vicisitudes que el país padeció después fueron consecuencia de cálculos interesados o de una deficiente comprensión de los conflictos que surgieron. Culpas y errores, ambiciones y egoísmos, incapacidad y temor causaron que el país nuevamente ensayara el retorno a concepciones totalitarias impuestas por el gran responsable de la frustración nacional. No es ésta la oportunidad de hacer el análisis de lo que sucedió después de la Revolución Libertadora, de adjudicar méritos y responsabilidades y de esclarecer el curso fatal de los acontecimientos, que visto después que se produjeron parece que pudieron ser previstos y evitados. En cambio corresponde, a veinticinco años de la patriótica empresa encabezada por dignos jefes militares y civiles eminentes, recordar que en la crónica de los conflictos que se han suscitado entre los argentinos nunca hubo un pronunciamiento de más alta inspiración previa y más desinteresada ejecución en el gobierno. Porque nuestro pueblo requería una acción saludable que tuviera fuerza suficiente para recuperarlo de su terrible caída, se explica la deslumbrante jerarquía moral de la Revolución Libertadora."



Jorge Luis García Venturini, en diciembre de 1978, veía con horror la posibilidad de una "apertura política" que, con la salida de Videla, encarnaría el general Viola. Esto lo condujo a llamar la

atención de la República otra vez, como en los tiempos anteriores al golpe de marzo 24: *Volvió la kakistocracia*. El texto que transcribimos a continuación señala la ira de uno de los más furiosos hombres del Proceso. No habría de volver la *kakistocracia*. (Suponiendo que, tal como ocurría, no fueran ellos la tan meneada por el ideólogo, *kakistocracia*.) El odio de García Venturini, en concordancia con la revista *Cabildo*, se condensaba en un solo propósito: *militares para siempre*. Nada de retorno a la política. Acaso fuera excesivamente consciente de las atrocidades cometidas hasta ese momento y necesitara que el tiempo transcurriera para tapar todo y negociarlo mejor. No olvidemos que García Venturini muere en 1983, antes de llegar la democracia. En una entrevista radial, un periodista que ya se sentía con coraje como para hacerlo sufrir le preguntó:

—¿Quién fue más democrático: el doctor Illia o el general Videla?

García Venturini, desdeñoso, como si eso tuviera alguna importancia, contestó:

—El doctor Illia.

Poco tiempo después abandonaba este mundo otra vez caído en manos de la *kakistocracia*. El siguiente artículo es el que publica en *La Prensa*, su diario, su trinchera, el 23 de diciembre de 1978, poseído por la angustia de una posible apertura política del régimen militar.

EL RETORNO DE LA KAKISTOCRACIA

"No nos sorprende, simplemente, nos angustia. Se veía venir. En estas mismas páginas lo hemos advertido desde el principio del proceso, que había llegado la 'hora de la verdad' —y en lugar de la hora de la verdad lo que se vuelve a oír es la 'hora del pueblo'. En un artículo que se llamaba 'Voz calmante o las causas y los efectos', hace algunos meses atrás, volvemos a reiterar que hay oídos sordos a las advertencias y que por favor, no se nos diga de nuevo que 'todos somos responsables', ni de lo que pasó ni de lo que va a pasar. Advertencias no han faltado, ni faltan. Ahí están los últimos de Abdal, de Sánchez Sañudo, de Alicia Jurado, para citar los más recientes y elocuentes. Pero uno se pregunta: ¿o son la voz solitaria del desierto ciudadano que se estrella contra los muros anónimos de la ciudad adormilada y termina derramándose en los desagües municipales como el agua limpia de la lluvia, que vertida en barro, o como aquella voz de San Juan Bautista, que clamaba ante oídos inexistentes, aunque estuviera rodeado de multitudes?

¿Es posible que, en esta nueva oportunidad la amnesia y los lugares comunes se hayan dado tan rápidamente? ¿Será otro ejemplo de aceleración de la historia? La increíble restauración de 1973, caso único en el mundo civilizado, de retorno al poder de un sujeto de las condiciones psicomorales del gran corrupto (para no abundar en detalles, véase el decreto de degradación firmado por un Tribunal Superior constituido por cinco tenientes generales, para haber impedido que por decreto monotonero se le restituyera grado, uniforme y dineros: también podría recordarse la excomulgación cuyos términos absolutorios nunca se conocieron): en fin, esa vergonzosa restauración vino dieciocho años después; ahora las cosas parecen acortar plazos y si bien el titular de la hecatombe argentina ya no está en este mundo, no faltan, más bien sobran, los herederos de supuestos electorados vacantes.

Aquella afrenta comenzó en un restaurante —Nino ha sido un nombre para la historia de la infamia—, y ahora han vuelto las comidas increíbles, entre cuyos comensales se cuentan jefes monotoneros (que alardearon de serlo y no se han rectificado), firmantes de la ley de amnistía, destacadas figuras del submundo político argentino y, en el mejor de los casos cómplices y complacientes, de todo eso. ¿Cómo se explica tal incongruencia? ¿Cómo se explica que compartan la misma mesa los que vinieron a moralizar y los que vinieron a destrozar el país, y que había que sancionar y no invitarlos a comer?

Vuelven a poblar el aire las palabras 'diálogo', 'propuesta política', 'unidad nacional', 'salida democrática' y otras por el estilo. ¿Qué significa todo esto? El diálogo es una cosa buena, más aún, indispensable, y de hecho se ha venido haciendo

desde antes del pronunciamiento de marzo y durante estos años. Se ha dialogado con mucha gente. Los militares abrieron sus bases y guarniciones a muchos civiles. Debe entenderse, entonces, que cuando se dice que se va a iniciar el diálogo es con otra gente, es decir, con los responsables del desastre. Y entonces el diálogo de bueno se convierte en malo, en acto sencillamente suicida.

¿Y qué decir de la 'unidad nacional'? ¿Con quién, para qué? Todos juntos somos más, decía el oficialismo antes del 24 de marzo. ¿De nuevo ahora? ¿Todos juntos? El peligro está en quedarse sin billetera. ¿La 'salida democrática'? No vamos a explicar —lo hicimos ya muchas veces— qué debe entenderse por democracia. Pero tal cual se usa aquí el vocablo es volver al concepto inadmisiblemente —jamás sostenido por teoría alguna desde Platón y Aristóteles en adelante— de que democracia es un mero mecanismo electoral en virtud del cual triunfa el que obtiene la mitad más uno de los votos y luego hace en el poder lo que se le dé la gana.

Desde las altas esferas se vuelve a hablar de los partidos tradicionales. Los hay, y en principio, a pesar de la claudicación de tantos políticos, en cuanto partidos son respetables. La Unión Cívica Radical, por ejemplo, expresión tradicional de liberalismo argentino durante varias décadas, es un partido tradicional, y ha prestado servicios a la República, a pesar de la traición de los últimos años. Y otras agrupaciones políticas. Pero incluir entre los 'partidos tradicionales' a esa masa viscosa e informe creada por una mente diabólica, que nunca fue por propia definición, un partido político, sino un 'movimiento' cuya columna vertebral es la estructura sindicalista totalitaria (aún intacta), y que sólo ha dado al país corrupción, corrupción, corrupción, es realmente una cosa increíble, incomprensible, inadmisible. Es, sencillamente, el retorno de la kakistocracia.

Los culpables directos del desastre están sueltos, o con 'arresto domiciliario' o no se sabe bien en qué condiciones jurídicas. Lo único claro es que no hay nadie sancionado. ¿Con qué autoridad moral se podrá condenar a un ladrón común que asalta un banco, por ejemplo, arriesgando la vida y haciendo un mal muy limitado, si los que han demolido los valores morales sin contemplaciones, los que han informado y han armado la subversión, los que han afrentado —por segunda vez— a la República no sólo no están sancionados, sino que se sientan en torno a áulicos banquetes, preparando su retorno triunfal para un nuevo festín de los corruptos. Uno se pregunta, entre otras cosas: ¿Para qué retiran los cuadros de dos subalternos de un recinto del Congreso, cuando el busto de jefe corruptor permanece en la Casa Rosada? Una editorial de este acaba de señalar claramente esta incongruencia. ¿Y uno se pregunta tantas otras cosas!

Lo hemos dicho otras veces. Todo problema bien planteado es un problema moral. Y el orden moral no se viola impunemente. La primera prioridad argentina —así creíamos al menos— era reparar los valores pisoteados, volver a recrear la fe perdida, sancionar el delito, reinstaurar la majestad de la justicia.

Y si había que sentarse a la mesa, hacerlo con otros comensales, que los hay todavía en el país. El orden moral es primera y absoluta prioridad. Nada hay por sobre él, porque está establecido por Dios y no por los hombres o las circunstancias. Y ningún problema tendrá verdadera solución sin un orden moral que la sustente.

¿Se podrá tener una 'democracia fuerte' con hombres moralmente débiles? ¿Una 'democracia estable' con los hombres mentalmente inestables? ¿Una 'democracia moderna' con los artifices de las peores mañas que recuerda la historia? ¿Con quiénes se va a hacer la democracia que se anuncia? Las frases no alcanzan a cubrir la realidad. Lo mismo se dijo en 1972-73, y así terminamos.

Ya afirmaban los griegos que repetir el mismo error dos veces era cosa de tontos; repetirlo tres veces sería de locos. Y el Eclesiastés nos recuerda que 'cuanto hace Dios permanentemente, y nada se le puede añadir, nada quitar, y es bueno el temor a Dios. Porque tiene siempre presente lo que pasó' (3.14).

Dios se apiada de nuestro país o impida nueva restauración de los peores. Sería ya una dosis mortal."

PRÓXIMO
DOMINGO

La resistencia
peronista

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

29 Fenomenología del fusilamiento



“UNA REVOLUCIÓN ES UN JUEGO DE AZAR”

Se conoce la frase que larga Lonardi no bien se adueña del poder: “Ni vencedores ni vencidos”. La había dicho ya Urquiza, quien, no obstante, ya se lo había cargado al general Chilavert en el mismo campo de Caseros. Hay otra frase que palpita en la política argentina: “Cuando se dice: ‘ni vencedores ni vencidos, ¡pobres los vencidos!’”. Pese a ello, Lonardi parecía ser sincero. Lo que asegura esa sinceridad es que lo voltearon al poco tiempo y murió demasiado pronto. Aramburu y Rojas representaban el antiperonismo extremo que animó el golpe de Benjamín Menéndez en septiembre de 1951, que determinó que Perón declarara el Estado de Guerra Interno. Según los “antis”, para ganar las elecciones del mes de noviembre. En todo caso, el golpe lo habían dado y eran los antiperonistas de peor calaña quienes lo dieron, los precursores de Aramburu y Rojas, los precursores y autores de los asesinatos de junio de 1956. Lonardi fue invitado a participar del golpe de 1951 y se negó. Como suelo decir: “Vamos al cine”. (Algunos lectores se disgustan cuando cito algún texto mío y me acusan de “autorreferencial”. Sé que existe esa concepción. Pero estoy en contra. Si uno escribió algo, ¿por qué habría de estar invalidado para citarlo? ¿Qué pecado hay? ¿Por qué la prohibición de hacerlo? ¿Por qué uno habría de ser un ególatra por un acto tan lícito? Sólo significa decir: “Esto ya lo escribí y creo que hoy no lo podría hacer mejor. De modo que lo transcribo”. En épocas en las que el plagio arrasa, transcribir un texto propio tiene una transparente inocencia que merecería no ser condenada y entregarnos a pensar en cosas más importantes. Tampoco creo que alguien se transforme en un adalid de la modestia por escribir “según la opinión de este periodista” o “nosotros creemos que” o “nos atreveríamos a decir”. A veces, se notará, escribo en plural: “creemos que”, por ejemplo. Es cuando la visión es menos personal. Cuando uno busca una distancia. Una prudencia cautelosa. Pero si no, ¿por qué no citar lo que se escribió ayer si sirve hoy, por qué no recurrir a la primera persona si uno quiere arriesgar con fuerza una opinión, por qué no contar la propia vivencia de un hecho si se siente que ella entregará un irremplazable clima, la cercanía de una experiencia, el calor que sólo alguien que tuvo la suerte o la desgracia de *estar ahí* nos puede dar?)

DEL GUIÓN DE “EVA PERÓN”

20. Exterior - Ruta solitaria - Atardecer

Un Chevrolet 1951 se detiene lentamente a un costado de la carretera. Un edecán abre la puerta y desciende el general Lonardi.

Sobreimprime: julio de 1951

Reunión Lonardi - Menéndez

Lonardi se dirige con pasos quedos hasta un Mercedes Benz que está detenido, también, a un costado de la ruta.

Un edecán le abre la puerta. Lonardi entra.

21. Interior Mercedes Benz - Atardecer

Dentro del Mercedes Benz está el general Menéndez, quien hace un leve saludo militar a Lonardi, que responde.

Menéndez: –Voy a ser breve. Estamos por levantarnos en armas contra el gobierno de Perón y la Yegua. Varios civiles están con nosotros. Algunos quieren saber si usted desea ser de la partida.

Lonardi: –No están dadas las condiciones.

Menéndez: –¿Eso vino a decirme? Nunca están dadas las condiciones. Una revolución es un juego de azar: nadie sabe el resultado. Lo que cuenta es la decisión de vencer.

Lonardi: –Acláreme el siguiente punto: si usted, como cree, vence, ¿qué piensa hacer?

Menéndez: –Derogar la Constitución del ’49. Reimplantar la del ’53. Destruir todo el aparato peronista. Aniquilar ese régimen de matones y corruptos.

Lonardi: –¿A qué llama el régimen peronista?

Menéndez: –Usted lo sabe bien: a la censura, al cierre de los diarios independientes, a la delación, a la insolencia de la plebe... y a las torturas, general Lonardi. ¿O necesito decirle que la policía peronista tortura?

Lonardi: –No, estoy perfectamente al tanto de los casos de tortura. Usted sabe que odio a Perón y odio a su régimen. Pero no estoy de acuerdo con usted.

Menéndez: –¿Cómo... cómo?

Lonardi: –Hay que derrocar al régimen peronista... pero hay que mantener sus medidas sociales.

Menéndez: –Todas fueron fruto de la más descarada demagogia.

Lonardi: –No se puede retroceder en ese aspecto. Lo que hizo el peronismo en el terreno social hay que mantenerlo. Si no, el país no se arregla.

Menéndez: –El país no se arregla si dejamos en pie una sola de las medidas que el peronismo implantó.

Lonardi: –No estamos de acuerdo, general. Los dos queremos derrocar al régimen peronista. Pero usted quiere reemplazarlo por otra dictadura. Por una dictadura rencorosa y vengativa. Yo no.

(Pausa.) Buenas tardes.

Abre la puerta y desciende del Mercedes.

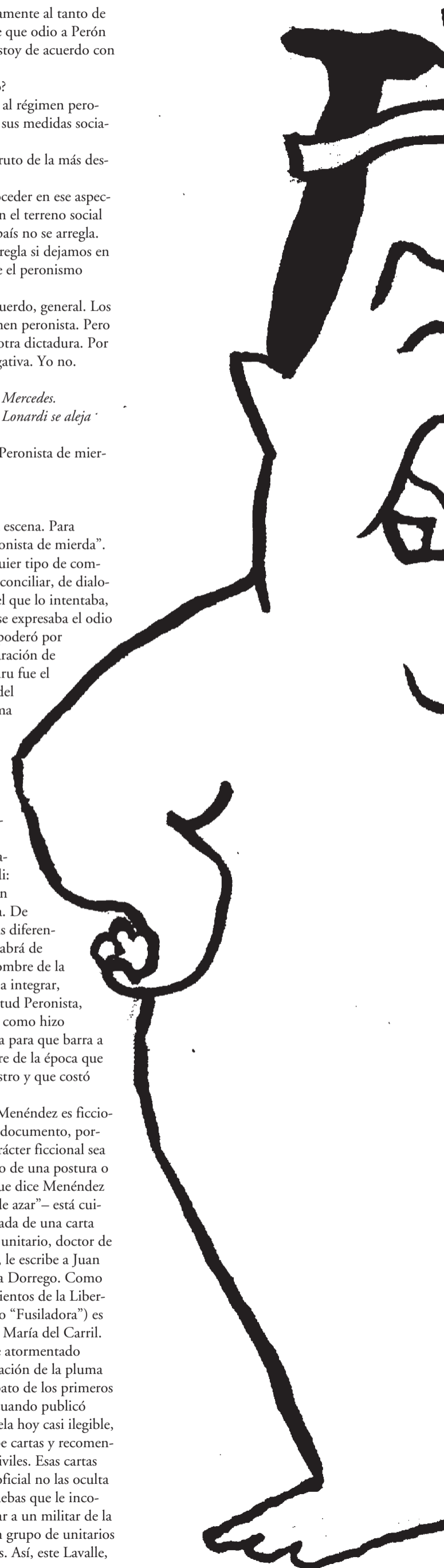
Menéndez lo observa alejarse. Lonardi se aleja sereno, con pausada dignidad.

Menéndez (rabiosamente): –Peronista de mierda.

Corte.

Quiero señalar el cierre de la escena. Para Menéndez, Lonardi es un “peronista de mierda”. Cualquier acercamiento, cualquier tipo de comprensión, cualquier intento de conciliar, de dialogar con el peronismo, hacía, del que lo intentaba, un “peronista de mierda”. Así se expresaba el odio gorila. Fue ese odio el que se apoderó por completo del poder con la separación de Lonardi, con su caída. Aramburu fue el hombre que encarnó la figura del general Menéndez en el esquema de la Libertadora. Decir que Rojas era “peor” es discutir más o menos cuántos ángeles entran en la cabeza de un alfiler. Aramburu, y los suyos, expulsan a Lonardi para impulsar esa “dictadura rencorosa y vengativa” que Lonardi rechazaba. Extraña figura la de Lonardi: uno de los pocos tipos que salen parados en la historia argentina. De algún modo, pese a sus infinitas diferencias, juega el papel que luego habrá de jugar Héctor J. Cámpora, el hombre de la “lealtad” al líder, el que buscaba integrar, dialogar, negociar con la Juventud Peronista, no aniquilarla, no responderle, como hizo Perón, “levantando a la derecha para que barra a la izquierda”, según frase célebre de la época que señalaba un error que fue siniestro y que costó demasiado.

La reunión entre Lonardi y Menéndez es ficcional. No está basada en ningún documento, porque no lo hay. Acaso por su carácter ficcional sea más rica para el planteo político de una postura o la otra. En cuanto a esa frase que dice Menéndez –“una revolución es un juego de azar”– está cuidadosa y deliberadamente tomada de una carta que Salvador María del Carril, unitario, doctor de luces y leyes, fusilador de alma, le escribe a Juan Lavalle instándolo a que mate a Dorrego. Como nos aproximamos a los fusilamientos de la Libertadora (llamada por este motivo “Fusiladora”) es interesante recordar a Salvador María del Carril. Derrotado Dorrego, el siempre atormentado Lavalle, que mereció la glorificación de la pluma de un Sabato ya lejano, ese Sabato de los primeros años de la década del sesenta, cuando publicó *Sobre héroes y tumbas* (una novela hoy casi ilegible, pero no es nuestro tema), recibe cartas y recomendaciones de varios consejeros civiles. Esas cartas pasan a la historia. La versión oficial no las oculta como suele hacer con otras pruebas que le incomodan. Simple: buscaban salvar a un militar de la independencia condenando a un grupo de unitarios que actuaban desde las sombras. Así, este Lavalle,





“espada sin cabeza”, “cóndor ciego”, hombre trágico de la campaña de 1840 contra Rosas, es la figura atormentada pero firme que asume el primer golpe militar de la historia argentina. Utilizando las tropas que regresan de la guerra con el Brasil derroca al coronel Dorrego, legítimo Gobernador de Buenos Aires. Dorrego queda preso en Navarro. Las cartas de Salvador María Del Carril son de una brillantez conceptual fascinante. Razona sobre la revolución y sus causas como lo hubiera hecho un Saint Just, como lo hará un Lenin. Ese concepto de “revolución” será exactamente el que anime el espíritu de la Libertadora, con lo cual el movimiento se adscribe no sólo a “Mayo” y a “Caseros” como pretende, sino (y acaso *sobre todo*) al golpe contra Dorrego y a su fusilamiento basado en los motivos impecables que ofrecen Del Carril y Juan Cruz Varela.

“EL ASESINATO DE DORREGO”

El 11 de diciembre de 1828, Dorrego habrá de ser fusilado el día 13, Del Carril envía a Lavalle la primera de sus cartas: “General: yo tenía y mantengo una fuerte sospecha, de que la espada es un instrumento de persuasión muy enérgico, y que la victoria es el título más legítimo del poder”. Estas cartas fueron seleccionadas en tiempos muy pasados en que estas cuestiones se discutían con mucha pasión y era necesario poseer estos documentos a la mano. Fueron publicadas en un libro cuyo título era toda una toma de posición desde la cual sus autores ejercían su militancia (palabra que no es raro acuda a mí en este momento en que me preparo a citar a Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde). La cita de Salvador María del Carril es el *Documento N° 23* con que acompañan a su pequeño pero denso y brillante libro *El asesinato de Dorrego*, editado por el hoy anciano y entrañable editor y, claro que sí, patriota don

Arturo Peña Lillo en 1973, luego de una primera edición de 1965. El libro —hay una coherencia compleja, tramada por la vida y por la muerte en esto— está dedicado a Juan José Valle y a Felipe Vallese, “mártires del Movimiento Nacional Peronista”. Y está dedicado a Juan José Hernández Arregui. Palpita aquí un dato de una poderosa precisión sobre el alma de esa época. Ortega Peña y Duhalde dedicaban su libro sobre el mártir del federalismo, Dorrego, asesinado por unitarios desalmados, a dos mártires del peronismo. A su vez, ellos, que eran tan lúcidos y corajudos, dedicaban también su libro a un maestro al que veneraban, Juan José Hernández Arregui, también peronista. El editor del libro, el admirado Peña Lillo, peronista como ellos. Nosotros, que éramos más jóvenes, empezábamos a decirnos (o ya lo habíamos hecho antes): si esta gente es peronista es imposible no serlo, porque ellos son los mejores. Como Ongaro, como Walsh, como todos los militantes de la CGT de los Argentinos. Ahí latía algo poderoso. Y siempre sentimos que eso que latía iba *más allá* de Perón. Que era un movimiento de rebelión social que encontraba su base real en el peronismo pero que apuntaba hacia donde tienen que apuntar las bases para realizar una revolución: hacia el socialismo. Por Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Hernández Arregui, tantos otros y, sobre todo, la *versión de la historia* que se estaba dando en libros como *El asesinato de Dorrego*. Era un desafío elegir a Dorrego, figura de segunda línea en el panteón de la oligarquía (que había establecido ese panteón en su esquema ideológico-educativo), hombre del que pocos se ocupaban porque su fusilamiento era una mancha, un momento de extravío difícil de explicar. Además, Ortega Peña y Duhalde no decían *fusilamiento* decían *asesinato*. Volveré sobre esto. Dorrego había sido desdeñado por Sabato en su exitosa novela de inicios de los sesenta, que todo el mundo leyó, que desplazó a *Dar la cara* de David Viñas, porque era infinitamente menos irritativa, porque eran preferibles las “dudas existenciales” de Sabato, sus vacilaciones “metafísicas” a los duros señalamientos clasistas de Viñas, y Sabato elige al fusilador, elige a Lavalle. Era, al cabo, un escritor del establishment, muy apoyado, para su buena suerte, por la típica revista de izquierda de la época, *El Escarabajo de Oro*, que siempre amó a Sabato, que jugaba incesante y

algo ya patéticamente al escritor sufriente, que había desdeñado a Dorrego para elegir a Juan Lavalle en su marcha por la quebrada, que le importaba más contar la tragedia del *cóndor ciego* que la del federal ilegalmente derrocado y fusilado en la localidad de Navarro, luego de haber padecido la traición de sus subordinados Acha y Escribano, que lo entregaron. Dorrego, asesinado por Buenos Aires, no por federales, como Lavalle, a quienes los jinetes de Oribe balearon de lejos y le dieron a través de una puerta en situación poco gloriosa para “el cóndor ciego”, pues estaba revolviendo sábanas con una señorita, algo que cualquiera puede hacer pero que no da imagen como para morir con gloria, el bronce y el sexo no se llevan bien.

VALLE: EL DORREGO DE LA LIBERTADORA

Esa visión de la historia que palpitaba en las páginas de Ortega Peña, esa dedicatoria al general Valle, el Dorrego de la Libertadora, era un mensaje para los tiempos que corrían. *Porque seamos claros: la historia se hacía así, se hacía para develar el pasado y para inteligir el presente. Se hacía para la lucha política, como en verdad se hace siempre, se lo niegue o no.* Si Ortega Peña se ocupaba de Dorrego era para ocuparse de Valle. La historia (como les horroriza a los académicos) se transformaba en política. ¿O alguien cree que Halperin Donghi hace otra cosa cuando escribe esa frase sobre el año 1956, que transcurrió “con un rumbo político impreciso”? Es eso que Althusser llamaba “horizonte problemático” lo que le impide ver ese hecho. El andamiaje ideológico con el que trabaja transforma en un *punto ciego* los fusilamientos de Valle y de José León Suárez. La historia no es inocente, sino que es política e ideológica. Expresa siempre una verdad: la del que la escribe. El historiador está sometido a una ley que Sartre establece en las *Cuestiones de método* de su *Crítica de la razón dialéctica*: “*El experimentador forma parte del sistema experimental*”. Nadie que haya leído con algún rigor a Nietzsche y a Foucault puede ir por ahí abonando la teoría de la historiografía como ciencia de la objetividad. El objeto no existe, existen las interpretaciones sobre él. Esa “interpretación” que ofrecía Ortega Peña llevaba a los jóvenes de fines de los sesenta hacia el peronismo. Dorrego y Valle y Felipe Vallese eran una misma bandera. Dorrego había sido “peronista”. Y las cartas de Salvador María del Carril, que Ortega Peña y Duhalde, feroces investigadores, publican, confirman esa certeza. Por si fuera poco, el título del libro de los dos jóvenes autores era de una agresividad inusitada: hablaba del *asesinato* de Dorrego. Jamás habíamos leído eso en otros textos. Dorrego había sido una víctima de acontecimientos que se excedieron. Una víctima de los malos consejeros de Lavalle. O aun de la personalidad “trágica” de Lavalle que vivió luego atormentado por esa muerte, algo de lo que no teníamos prueba alguna. Pero la palabra *asesinato* relacionaba a Dorrego con Valle y en la segunda edición —la de agosto de 1973— hacía ya tiempo que lo relacionaba con Aramburu: cuya muerte era, para el régimen, un “asesinato” y para, la militancia peronista, un “ajusticiamiento”, tema sobre el que, desde luego, volveremos, ya que es crucial.

Las frases de Del Carril son perfectas, durísimas, lúcidas. Una frase como “la victoria es el título más legítimo del poder” sólo puede ser leída desde la conferencias que Foucault pronunció en Brasil acerca de las relaciones entre *Verdad y poder*. Escribe Foucault: “Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Es claro, pues, que un análisis como éste nos introduce de manera eficaz en una historia política del conocimiento, de los hechos y del sujeto de conocimiento” (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 18). Observemos ahora cómo explica Foucault, a través de Nietzsche, la poderosa frase de Del Carril: “Cuando Nietzsche habla del carácter perspectívico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí, múltiples en su esencia, *actos por los cuales el ser humano se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a cier-*

tas situaciones, les impone relaciones de fuerza” (Foucault, *Ibid.*, p. 30. Cursivas mías). De aquí una frase famosa que Foucault estampa en otro libro suyo: “La verdad es de este mundo” (*Microfísica del Poder*, Ediciones La Pipeta, 1992, Madrid, p. 198). De aquí que cuando Salvador María del Carril establece que “la victoria es el triunfo más legítimo del poder” está diciendo también que la “verdad” lo es. La “victoria” y la “verdad” son sinónimos. Una requiere a la otra. Hay “verdad” porque hay “victoria” y toda “victoria” establece una “verdad”. De aquí que en nuestros días la lucha por la “verdad” sea la lucha por los medios para imponerla. Para imponer la propia verdad como verdad para los otros. Cuando lo he logrado, la victoria es mía. *La victoria reside en lograr que los demás crean que la verdad es lo que yo creo que la verdad es*. No es otro el enorme valor que hoy tienen los medios de comunicación. Jean Baudrillard tenía razón: “La Guerra del Golfo no ha tenido lugar”. La de Irak, sí. El Imperio no puede controlar la información. Se le escapa por todas partes. Sólo puede obliterarla produciendo un vértigo de verdades incesante. Es *verdad* que se tortura, es *verdad* que el rating de Susana subió, es *verdad* que bombardearon una escuela palestina, es *verdad* que Angelina Jolie adoptó otro hijo, es *verdad* que el “campo” tiene razón, es *verdad* que no la tiene, es *verdad* que el campo es proto-golpista, es *verdad* que Cristina irrita, es *verdad* que nadie sabe de dónde viene la gaita que financia ciertos diarios inusitados que afloran de un día para otro, es *verdad* que el “Grupo Clarín” negocia con el Gobierno presionando con sus noticias a favor o sus críticas demoleadoras, es *verdad* que se dice “dame lo que te pido y hablaré a favor tuyo”, es *verdad* que el aparato peronista está lleno de alacranes, es *verdad* que es casi el *corleoneismo* en su máxima expresión, es *verdad* que no se puede gobernar sin pactar con él, es *verdad* que hacer política es “luchar por la verdad”, pero no por la “verdad” de la ingenuidad casta de los buenos modales, sino por *la posesión de la verdad*, es *verdad* que toda lucha es la lucha por la posesión de la *verdad* y el poder que esa posesión implica, es *verdad*... El vértigo de la información produce una desinformación constante en la que todo termina por ser igual. La realidad desaparece. La virtualidad termina por abarcarlo todo. Pero alguna victoria tiene que haber. O se obtiene por lograr un mayor consenso. O por la “victoria” de algún acto que implique un cierto nivel de fuerza, de violencia. Para Del Carril, la “victoria”, en tanto “verdad”, autorizaba a ciertas acciones. De lo contrario se había actuado en vano. En otra carta a Lavalle, es del 12 de diciembre de 1828, un día antes del fusilamiento (*asesinato*, dicen inquietantemente Ortega Peña y Duhalde) de Dorrego, le pide un “escarmiento”. Le aconseja prescindir “de los sentimientos” y considerar a todos los actos como *medios* “que conducen o desvían de un fin” (*Ibid.*, p. 118, cursivas mías). El fin es, en principio, el *escarmiento* (palabra que será muy importante en el vocabulario de Perón), pues un acto así no se ha producido aún en 18 años de nuestra historia. (*Nota al pie*: Olvida, evidentemente, a Liniers y sus adeptos quienes fueron, sin duda, escarmentados por el jacobinismo morenista. Un jacobino con un desdén tan implacable por las masas como habrá de exhibir la conducción montonera a partir de la muerte de Rucci. Moreno, desde su gabinete, ordena el asesinato del héroe de la resistencia a los ingleses, Liniers, que tenía un hondo arraigo popular. Pero, ¿qué importaba esto? ¿Qué importaba lo que pensarán los brutos godos de las provincias interiores? Alberdi, sobre todo en sus *Póstumos V*, analiza la cuestión con claridad. Buenos Aires establece con Moreno un colonialismo interno que seguirá luego en Rivadavia, en Rosas y en Mitre. La relación entre el “ejecutivo restringido” de Moreno y la conducción de Montoneros en la clandestinidad será analizada: la política sin pueblo, la vanguardia jacobina que gira sobre sí misma, creyendo ser la verdad, creyendo representar a unas masas que apenas si conocen su existencia, que ignoran la lucha de esos guerreros solitarios que invocan una y otra vez su representación, creyendo tenerla sin siquiera averiguar si la tienen. Volvemos sobre esto. Entre tanto me permito reco-

mendar *ferrovosamente* la lectura imprescindible del libro de Salvador Ferla, *Historia Argentina, con drama y humor*, editado por ese héroe civil que es don Arturo Peña Lillo. El análisis de Ferla es inapelable y yo lo tomé con total consciencia en *Filosofía y nación*. Sabía que, desde su interpretación de Moreno, podría discutir la estrategia de vanguardismo solitario que impulsaban los montoneros, pero ni ellos ni el Ejército querían ya discutir. El 24 de marzo no dejó espacio para una sola idea. Sólo para la guerra.)

TRES FUSILAMIENTOS: DORREGO, VALLE, ARAMBURU

Que algo así, que ese *escarmiento*, no haya tenido aún lugar es, para el doctor unitario, una “impureza” de nuestra vida histórica” (*Ibid.*, p. 118). Es aquí donde Salvador María del Carril escribe uno de los textos más importantes de nuestra historia. Aramburu lo leyó o lo recordó cuando mató a Valle. Los montoneros lo sabían de memoria cuando mataron a Aramburu. Tenemos aquí tres fusilamientos y un gran ideólogo. 1) *Fusilamiento de Dorrego*; 2) *Fusilamiento de Valle*; 3) *Fusilamiento de Aramburu*. El texto de Del Carril es el que sigue: “La ley es”. Observemos la potencia de esta frase: “La ley es”. Qué es “la ley”: “Que una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habré perdido usted la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no cortará usted las restantes; entonces, ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras?... Nada queda en la Argentina para un hombre de corazón” (*Ibid.*, p. 119).

La densidad del texto se desborda a sí misma. Es conocido y lo hemos analizado varias veces. No hay historiador que no lo conozca. Pero su rigor teórico siempre conmueve, incomoda o despierta una admiración que surge ante tanta coherente maldad, tanta frialdad de cálculo, tanta inteligencia al servicio de la muerte. Del Carril se contradice. Había dicho: “Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso”. Nada tiene que hacer el corazón cuando se le propone que fusile a Dorrego. El corazón, esa metáfora de la piedad, del amor, debe ser sofocado. Hay que matar. Pero luego, cuando anuncia su posible desolación ante la ausencia de grandeza en su jefe, apela al corazón y dice: “Nada queda en la República para un hombre de corazón”. El, que recomienda a los otros prescindir del suyo, resulta que tiene uno, que tiene un corazón para sufrir su soledad de hombre solitario en una República de mediocres, de hombres sin grandeza, que no tienen el coraje patriótico de matar.

Pero antes ha dicho cosas aún más densas. Identifica a la revolución con un juego de azar. Aquí debemos entender “revolución” en tanto “guerra”, en tanto enfrentamiento de intereses (de *verdades*) divergentes. En ese “juego de azar” unos ganan, otros pierden. El que gana, gana también la vida de los vencidos, si quiere “disponer de ella”. O sea, aquí el *poder* (el triunfo) no sólo es la *verdad*, es también, en tanto se trata de una *guerra*, la *verdad* (en tanto *decisiónabilidad*) sobre la vida de los otros. Tengo razón. Pero tengo algo más que razón: tengo la razón suficiente como para asesinar a los otros. A los vencidos. Del Carril habrá de introducir aún otro concepto central para un fusilamiento (no olvidemos: es exactamente eso lo que le pide a Lavalle): la *sangre fría*. Dice que “la cuestión” es fácil; que su resolución, sencilla. Al costo de abordarla con *sangre fría*. Un fusilamiento es un acto de sangre fría. Para matar a otro en medio de reglas, de medidas pautadas, de cierto ceremonial, hay que tener sangre fría. En un film genial de Josef von Sternberg, un film de 1931, Marlene Dietrich hace el papel de una espía que actúa durante la Primera Guerra Mundial bajo el nombre de X-27. La descubren. Se aprestan a fusilarla. Un joven oficial se le acerca con un paño de seda para cubrir sus ojos, no ver cuando apuntan contra ella y hacen fuego. La espía mira con pena al

oficial. Toma el paño de seda y le seca las lágrimas. El oficial se retira. Aquí, todo el ceremonial del fusilamiento se subvierte. El que debe fusilar a sangre fría, o participar del fusilamiento, de ese acto que debe hacerse así, sujeto a reglas heladas, a sangre fría, es el que llora y el que secará sus lágrimas con el pañuelo que el fusilado (la fusilada, en este caso) rechaza y utiliza, además, para apiadarse de uno de sus verdugos. (*Nota*: Como posiblemente usted se sienta tan cautivado por esta escena como yo o cualquier otro ofrezco un par de datos más de este film maldito. Josef Von Sternberg es el director de *El Ángel Azul*. El construyó a Marlene Dietrich, lo que no es poco. La película es escasamente anterior al ascenso de Hitler, ante el cual Sternberg y Dietrich huyeron de Alemania continuando en Hollywood una relación creativa notable. El film de 1931 tiene por título: *Dishonored (Deshonra)*. Acompañan a Dietrich, Victor McLaglen y Warner Oland, quien tiene una escena memorable: a punto de hacer el amor con X-27 —encantador nombre para la Mata-Hari que hace Dietrich— escucha los pasos de los soldados que vienen a arrestarlo por traición. Termina su copa de champagne y le dice a Dietrich: “Qué pena, señora. Si yo no fuera un traidor y usted una espía habríamos pasado una noche inolvidable”. Huye por una ventana.)

No era lo que proponía Salvador María Del Carril. *Sólo se puede disponer de la vida de los otros, si uno lo hace a sangre fría*. Si no, se pierde la oportunidad de “cortar la primera cabeza de la hidra”. Observemos ahora: *Ya no alcanza con el primer fusilamiento*. Del Carril está pidiendo más. Por ahora pide el de Dorrego. Pero *este* fusilamiento abrirá el camino de los otros. ¿Qué es una *hidra*? ¿Por qué se la invoca tanto cuando de trata de matar, de defenderse de una invasión, por qué todos los paranoicos se alimentan de su imagen, por qué algunos ven hidras en todas partes? Se sabe: se trata de un monstruo de la mitología griega. Tiene forma de serpiente, tiene siete cabezas. Pero si se las cortan, vuelven a crecer. El padre Filippo publicaba sus libros contra el comunismo con la serpiente de muchas cabezas y dientes enormes y venenosos: eso era el comunismo. El comunismo pintaba así a los cerdos capitalistas. De Wall Street saltan las cabezas de la hidra. En suma, cuando se pide *un* fusilamiento aparece la figura de la hidra y empiezan a pedirse otros. Eso le pedía Del Carril a Lavalle. Lavalle cumplió. Hubo cientos, miles de fusilamientos. Rauch y Estomba salieron a campaña a matar indios y federales y arrasaron con todo bicho que caminaba. Ataban a los desdichados a las bocas de los cañones y daban la orden de fuego. Eso hacían con los pobres gauchos. O con los indios. Según el delirio de Del Carril y Lavalle, eran la hidra cuya cabeza era la de Dorrego. En cierto momento, se pierde la *sangre fría*. El motivo es complejo: *ya no se sabe por qué se mata*. Cuando alguien sabe *por qué* mata puede hacerlo con sangre fría, sujeto a normas, a estatutos convenidos. Cuando alguien *no sabe* por qué mata sólo se dedica a matar y aquí no mata a sangre fría, mata con crueldad, mata indiscriminadamente, ninguna vida vale más que otra, lo que importa es matar. La teoría de la hidra termina con frecuencia en estos procesos de crímenes colectivos. O de persecuciones colectivas. La hidra tiene tantas cabezas para el grupo perseguidor que todas las cabezas terminan por cabezas de la hidra, hasta las del propio grupo persecutorio.

Tenemos, entonces, tres fusilamientos y una historia que se escribe con la pasión, pero, abrumadoramente, con la pasión de la muerte, aunque se le reclame *sangre fría* a los ejecutores. Lavalle asume el papel del atormentado. Aramburu asume el de la *sangre fría*. Le van a pedir por la vida de Valle y hace informar que está “durmiendo”. Dormir requiere serenidad, tranquilidad del alma, conciencia plácida. Fernando Abal Medina exhibe *sangre fría*. También —en el momento de su ejecución— Aramburu. Uno, fríamente, anuncia que va a proceder. El otro, fríamente, le dice que sí, que proceda.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

El horizonte de la
desperonización

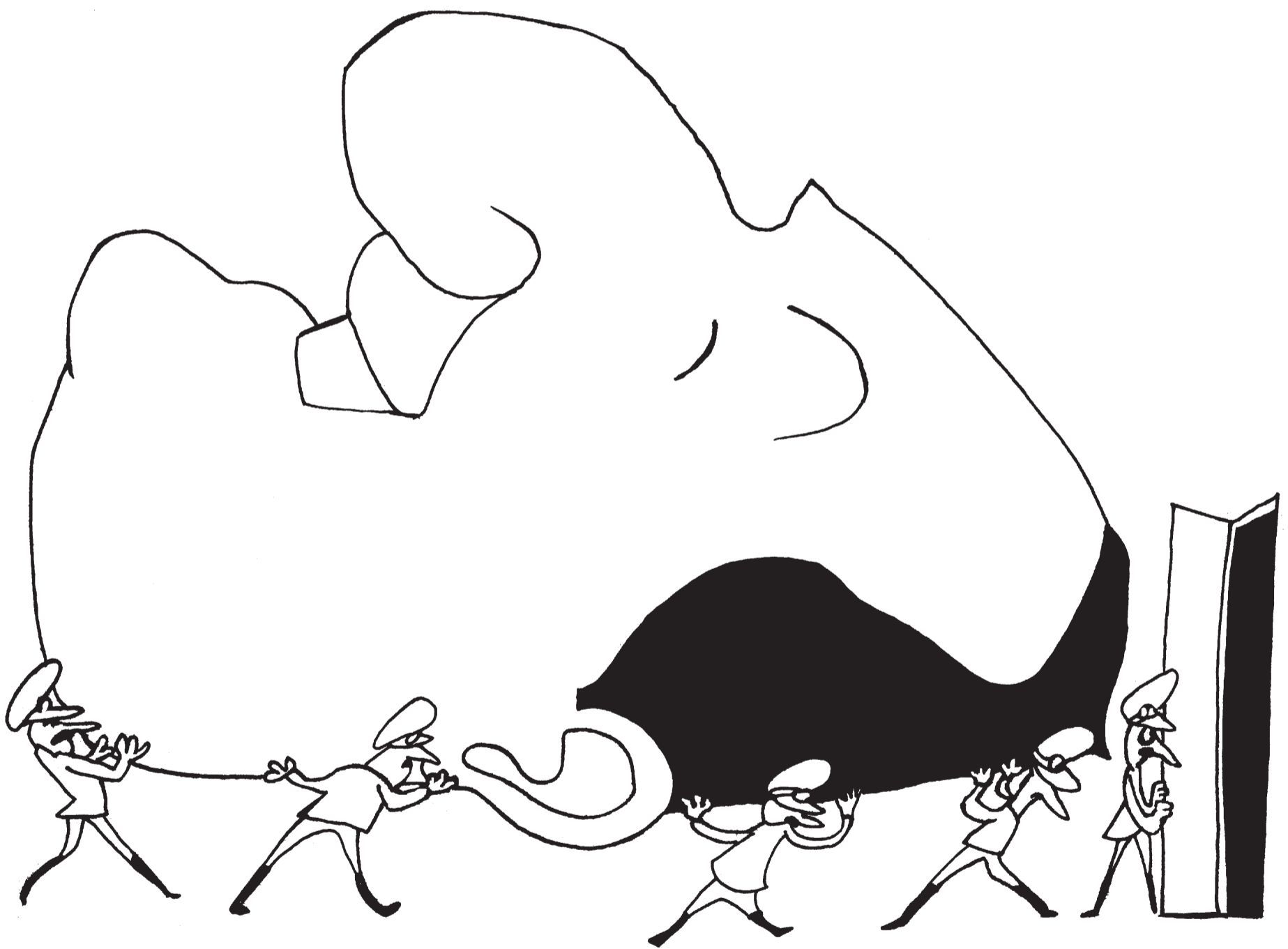
IV Domingo 8 de junio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

30 El horizonte de la desperonización



Rep

FILOSOFÍA DE LA CATÁSTROFE: ¿POR QUÉ NO SE PUDO EVITAR LA ARGENTINA DE LA MUERTE?

Suponemos que la hipótesis de trabajo que venimos utilizando estará ya casi totalmente establecida: el golpe de 1955 denuncia el de 1976. Es distinto al de los militares católicos, cursillistas de Onganía. A Illia lo sacan del gobierno porque es un ineficaz negociador con el peronismo. Ineficaz en el modo de la debilidad. Ese hombre que habían colocado para suceder al más que mínimo Guido (que había sido arrojado al sillón de Rivadavia con una urgencia totalmente desprolija) no puede enfrentarse con el peronismo y su ambición de retornar al poder. O, al menos, de participar de la vida democrática del país. Porque si bien es cierto que los veteranos tienen esto claro, muchos jóvenes acaso deban pensar con toda la hondura que merece esta cuestión: *Todo lo que ocurre entre 1955 y 1973 se debe a la negación del establishment argentino (Fuerzas Armadas, Sociedad Rural, empresariado industrial y financiero, Iglesia Católica) de aceptar que el peronismo participe en elecciones libres y democráticas llevando a su frente al líder que ese partido ha elegido y sigue eligiendo: Juan Domingo Perón.* Desde este punto de vista, la situación de *ilegalidad política* que el odio de la Argentina gorila establece es la que crea todas las condiciones que harán surgir una y otra vez la violencia. Cualquiera sabe que si en un país se excluye de la “vida democrática” al partido mayoritario y a su líder, no hay “vida democrática” posible. La torpeza, el odio gorila carga sobre sí las culpas y la responsabilidad del surgimiento y de la exasperación de la violencia. Aramburu es una víctima de sí mismo. Aramburu había sido compañero de Juan José Valle cuando eran jóvenes estudiantes del Colegio Militar. Compartían el mismo banco. Luego, sus familias habrán de ser amigas. De aquí que la esposa de Valle le pida tan esperanzada por la vida de su marido. Aramburu actúa con crueldad porque todo él ansía asumir la figura del vengador. Los vengadores se vengan. Que nadie le pida a un vengador piedad para un culpable. El vengador no la tendrá. O matará él mismo al culpable. Lo matará con su propia mano. O dará la orden y mirará para otro lado, con desdén. La frase “El Presidente duerme” que recibe la esposa de Valle significa: el Presidente no dialoga sobre el destino de los culpables, vinimos a limpiar el país de peronistas, vinimos a vengarnos por todo lo que nos hicieron, hagan fuego.

Seguramente insistiremos en rondar estas temáticas: ¿de dónde surge la violencia? ¿Cuándo una situación histórica se resuelve por la violencia? Si Aramburu decide actuar por “escarmiento” es para que nadie, nunca más, se atreva a levantarse en armas contra él. La decisión del “escarmiento” extrema las decisiones: para escarmentar sólo cabe la muerte. El *escarmiento* de Valle requiere su vida. El *escarmiento* sirve para mostrar a los otros, por medio del *escarmentado*, lo que habrá de ocurrirles si hacen algo semejante. El *escarmentado* sirve de ejemplo. El castigo que se le aplique debe ser ejemplar. *Todos* serán así castigados si osan enfrentar al poder constituido. Al *escarmentar* a Valle, fusilándolo, Aramburu se incluye en el espacio de la venganza. La *venganza* no es el escarmiento. La venganza no se dirige a todos. No es un mensaje para todos. El fusilamiento de Valle era instalar el miedo en la sociedad: que a nadie se le ocurriera no sólo atentar contra el poder, sino contra nada. Que todos se quedaran donde debían estar. Que a nadie se le ocurriera ser peronista ni tratar con peronistas ni ser sospechoso de serlo. La venganza (aunque puede aplicarse a grandes grupos, como veremos) se focaliza más. Aramburu es *responsable* de la muerte de Valle. Ha cometido un acto que no necesariamente reclama venganza, pero puede suceder que sí, que la reclame. Sobre todo si no se destraba el esquema político que llevó a Valle a la muerte: la dictadura, la ilegalidad del peronismo, su obstinada prohibición. Que Aramburu encuentre la muerte en Timote a manos de unos jóvenes que dicen matarlo por la muerte de Valle no expresa un hecho necesario de la historia, un decurso dialéctico inexorable. Todo pudo ocurrir de otro modo. Pero una vez establecido el *acontecimiento* de Timote el único modo

de explicarlo es buscar, a partir de él, su propia teleología. Nada llevaba necesariamente a Timote, pero una vez establecido *Timote* podemos establecer con precisión todo lo que condujo hacia ahí. Y habremos de sostener que la persistencia histórica que produce “Timote” es el odio gorila. Es la decisión gorila de no integrar al peronismo a la democracia argentina. Algo que los gorilas no podían hacer sin dejar de ser gorilas. Este punto es sustancial. Los militares gorilas (y el establishment: la renta agraria que había sido afectada por el peronismo, al que no habrían de perdonar jamás la injuria del IAPI) no puede aceptar la legalización del peronismo salvo negando su identidad. Un gorila es un gorila (al menos durante los 18 años que van de 1955 a 1973) porque no puede aceptar que el peronismo forme parte de la vida político-democrática del país. No es sólo una actitud política. Es un hondo odio cultural, racial, político y económico. El peronismo es la barbarie. Es: 1) La negrada en lo racial; 2) Las zapatillas y no los libros en lo cultural; 3) El autoritarismo en lo político; 4) Es, en lo económico, la concentración de la economía en el Estado, la distribución del ingreso, el intervencionismo, el traslado de la renta agraria al sector industrial y el aumento de los jornales de los trabajadores. Es, también, la demagogia y el personalismo agravante del líder del movimiento. Todo esto —para el gorilismo— conduce a una imposibilidad: integrar al peronismo y a Perón. Onganía echa a Illia por ineficaz. O acaso porque Illia permitirá (se hace sospechoso de eso) acceder al peronismo a elecciones libres. Aunque difícil que aceptara la candidatura de Perón. No creo que Illia pensara algo de eso. Como fuere, al diablo con él. Había hecho un buen trabajo (para el gorilismo más tenaz) frenando a Perón en el aeropuerto de El Galeao, acto de la cancillería de Illia que —para mí— es de un peso, de una densidad histórica, escasamente valorado. Onganía asume para integrar al peronismo *sin* Perón. Y Lanusse, por fin, lo trae. A esa altura era tarde. A esa altura, traerlo a Perón era matarlo. Matarlo era entregar el país al caos. (Con gran ayuda del propio Perón y del siniestro entorno que trajo.) El caos fue la antesala del Infierno. Todo, en suma, se hizo mal. De acuerdo. Pero el origen de esos males fue el odio gorila. *Ellos pudieron evitar la masacre.* Si Perón volvía antes, más joven, sin Aramburu muerto, sin un gran desarrollo de la guerrilla, acaso el país se podría haber estabilizado democráticamente y la tragedia (porque de esto se trata: de haber evitado la tragedia, de haberle ahorrado al país 30.000 muertos) tal vez se eludiera, o no tuviera tantas excusas para ejercer un poder tan extremo, porque existían partidos, Parlamento, Justicia. Si pudieron barrer con todo, fue porque todos se habían enfrentado entre todos, se habían debilitado y nadie pudo frenar al monstruo.

El inicio es el odio gorila. El día del incendio del Jockey Club (del que nadie se olvida), a la tarde, en una pacífica concentración peronista, unos “comandos civiles”, esos niños conchetos de las familias agraviadas por la “incultura y la barbarie”, esos niños herederos de los de “La Patriótica” de Manuel Carlés, pusieron una bomba en el subterráneo. ¿Nadie se acuerda? ¿Tan efectivo resultó lo del Jockey Club como bomba de humo? Sí, metieron una bomba en el subterráneo. Un acto terrorista. De los de *hoy*. Terrorismo es *violencia indiscriminada*. La guerrilla no es terrorismo: siempre ataca puntos determinados, objetivos que ha elegido. No busca matar inocentes, aun cuando pueda ocurrir alguna torpeza que lo provoque. Pero la guerrilla (y ojo: *esto no es una justificación*) ataca blancos elegidos: un militar, un empresario, un policía, una empresa multinacional. El terrorismo mata indiscriminadamente. Le importa la cantidad. Cuanto más mata, más efectivo es el ataque. El día que se recuerda como el del incendio al Jockey, los niños bien de los comandos civiles metieron por ahí nomás una bomba en el subterráneo: *mataron a siete personas e hirieron a una*. Siete muertos. Después, es cierto, los peronistas quemaron la biblioteca del Jockey Club. ¡Ah, señores, qué dilema! ¿Qué vale más? ¿Cuánto valen siete vidas humanas? ¿Cuánto vale una biblioteca? Aquí, ganó la biblioteca. Porque esa jornada quedó en la memoria del país como el día en que la barbarie quemó la biblioteca del Jockey

Club. ¿Que murieron siete en un subterráneo? Y bueno, serían negros peronistas.

Podríamos pensar esa historia que va del ‘55 al ‘76 por medio de una pregunta: *¿Qué fue lo que se hizo, qué fue lo que no se hizo para evitar el golpe de 1976?* O también: ¿por qué la historia argentina termina por conducir a un imperio de la muerte que establece en el país más de trescientos campos de concentración? ¿Cómo fue posible ese horror? Es perfectamente correcto plantear la cuestión de este modo. Y no es la primera vez que se propone. No sé si se ha propuesto en nuestro país, pero, teóricamente, el antecedente que tenemos es el modo en que la filosofía piensa Auschwitz o el nazismo. Por ejemplo: un libro como *Dialéctica del Iluminismo* de Theodor Adorno y Max Horkheimer encuentra un devenir incontenible entre las luces de la Razón que encarna la filosofía del Iluminismo y la racionalidad instrumental (el concepto eje que establecen Adorno y Horkheimer) que encuentra en los campos de la muerte su aplicación impecable. Walter Benjamin, en las *Tesis de filosofía de la historia*, describe al Angelus Novus, al Angel de la Historia, mirando hacia



atrás y horrorizándose: no ve en ese páramo de horrores el desarrollo de la racionalidad, de la cultura, sino un paisaje de ruinas, una catástrofe, *la historia como catástrofe*. Si uno se detiene lo necesario en un libro tan notable como *La historia desgarrada, ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, de Enzo Traverso, verá que el autor ya encuentra en Kafka la prefiguración del horror. Kafka no es responsable del horror, desde luego, pero ya en él late algo, algo que nos dice que cualquier ciudadano puede ser condenado sin que conozca de qué se lo acusa, típica situación que se vive en el Estado Terrorista. En cuanto a la configuración del horror en la cultura alemana, el trabajo se ha hecho cuidadosamente. Desde el Hegel que dice que lo Absoluto pasó entre los judíos y éstos lo desconocieron, o los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, o el primer Tratado de la *Genealogía de la moral* de Nietzsche con su descripción de la bestia rubia germánica, hasta Bismarck y su ímpetu prusiano, el fracaso de los espartaquistas, el Tratado de Versalles, la República de Weimar, los extravíos de la socialdemocracia, la inflación, la desorientación de los comunistas, todo parece lle-

var a la entronización de la catástrofe en 1933. No queda casi nadie que no cargue con su culpa. Y, de hecho, Karl Jaspers ha hecho un estudio sobre la *culpa alemana* que comentaremos más adelante. Sólo quiero, por ahora, decir: algo tiene que haber fracasado *muy profundamente* en un país para que se lleguen a implantar en él trescientos campos de concentración. Todos sabemos quiénes levantaron esos campos. Pero depositar *todo* el horror ahí sería muy fácil. *Algo hicimos mal todos para que eso ocurriera*. Objeción inmediata, casi mecánica: ¿no implica esto reemplazar la teoría de los dos demonios por la de los muchos demonios o por la del enano fascista que todos llevamos dentro? Rechazo esto. Es simplista y, sobre todo, lleva a la cómoda situación de librarse de la búsqueda de la propia responsabilidad en una catástrofe. No se trata de *equilibrar* la culpa. Entre el general que instrumentando el poder del Estado arma un campo de concentración y el guerrillero que es torturado en él *no hay equivalencia alguna*. Dicho esto, quiero decir otra cosa: la *Teoría de los dos demonios* suele terminar por transformarse en una traba, en una amenaza y hasta en

un chantaje cuando se piensan estos temas. Nadie tiene camisa de protección en esta historia. Perón, basándose en sus ideas de la comunidad organizada, solía decir: “Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza”. Es correcto. También lo es que en una comunidad que no se realiza, todos han hecho algo para que eso ocurriera. No han hecho lo mismo, sin duda. Pero el análisis debe partir de esa certeza: ¿por qué, entre el desarrollo histórico que va de 1955 a 1976, no se pudo evitar el país concentracionario, el país de la Muerte?

EL ESQUEMA TRIUNFALISTA DE LA REVOLUCIÓN DE VALLE

El asesinato de Juan José Valle es –sin lugar a ningún tipo de duda– uno de los actos más importantes en ese devenir de nuestra historia hacia la instauración de la Muerte, del *lager* argentino. (*Lager* es “campo” en alemán. Primo Levi, en sus textos, utiliza esta palabra, que, dentro de la bibliografía sobre el Holocausto, se utiliza para mencionar a los campos de concentración de la Alemania nazi.) El asesinato de civiles y los fusilamientos de los militares del levantamiento contra el gobierno

ilegal de Aramburu-Rojas figuran entre los hechos más crueles de nuestra historia.

Vamos a seguir la clásica narración de los hechos que surge de la pluma comprometida, obsesiva, de Rodolfo Walsh. Rodolfo encuentra aquí su gran libro y su auténtico destino literario. El libro es una obra maestra. Es cierto que se adelanta al de Capote en el estilo de mezclar ficción y no ficción. O ficción y periodismo. Pero Rodolfo incluye un análisis, un compromiso político que no está en Capote. El de Rodolfo es el texto que habría escrito Sartre de meterse en esta historia. Pero Sartre no era un irlandés obstinado, un ajedrecista talentoso, un matemático. Escribo esto y pienso en Lilia, su compañera. Siempre pienso en ella cuando escribo sobre Rodolfo porque ella lo acompañó hasta el final. Y, una vez muerto él (que, por suerte, no llegó vivo a la ESMA), ella, con un coraje inaudito, anduvo por Buenos Aires repartiendo la *Carta a la Junta*. Una vez entra en un bar, va hacia la barra y ya se prepara a dejar unos ejemplares de la *Carta* cuando entra una patrulla de milicos dispuesta a investigar a todos. Lilia pone la *Carta* en la cartera amplia que lleva, da media vuelta y se dirige a la puerta. Se abre paso tranquila, serenamente entre los milicos y sale a la calle y se va. “Yo era invisible”, me dirá. “Estaba segura de serlo y creer eso me hacía lo que yo quería y necesitaba ser: invisible.”

Walsh era un irlandés que escribía novelas policiales de enigma. Escribía en *Leoplán*, en *Vea y lea*. Escribía cuentos breves, ingeniosos. *Tres portugueses bajo un paraguas (sin contar al muerto)*, por ejemplo. Lluve. Hay cuatro portugueses, cada uno con su sombrero, bajo un paraguas. Muere uno de los portugueses. Quedan tres. Dos tienen seco el sombrero. El otro lo tiene mojado en la parte de atrás. Quién mató al primero. El que tiene mojada la parte de atrás, porque tuvo que darse vuelta para asesinar a su víctima. No sé si a ustedes les parece una obra maestra esto, pero yo lo leí de niño en *Leoplán* y me gustó mucho. Era como un bombón. Un juego. Una exquisitez. Pudo haber sido el John Dickson Carr argentino. También publica, en la mítica *Serie Naranja*, sus *Variaciones en rojo*. Son cuentos británicos. Con el muerto, el enigma, los sospechosos y el detective que resuelve el caso con su ingenio imbatible. Este hombre estaba un día jugando al ajedrez: “La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó de forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez” (Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Ediciones De la Flor, 2007, p. 17). En ese mismo lugar, seis meses antes, le había llegado algo del estruendo de la asonada de Valle. Se va a su casa. En la madrugada, escucha a un locutor que anuncia que dieciocho civiles han sido ejecutados en Lanús, que hay una ola de sangre en el país, que se ha fusilado a Valle. “Tengo demasiado para una sola noche. Valle no me interesa. Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez?” (*Ibid.*, p. 18). Estos son los destinos fascinantes. Los de los tipos que se encuentran con una coyuntura que los da vuelta, que los cambia para siempre: no, ya no volverá al ajedrez. Además, y no olvidemos que Rodolfo era un cartógrafo de primera línea, le llega una noticia que no puede resistir: hay un fusilado que vive. “No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga” (*Ibid.*, p. 19). Pero esto no es lineal. No sólo Walsh va a conducir nuestro relato. En 1964, un peronista de la rama nacionalista, un hombre de una sencillez conmovedora, de quien recién en estos días don Arturo Peña Lillo está editando sus libros, se ocupará también de la revolución de Valle. Es Salvador Ferla, que morirá humilde, sobrio, viviendo de un kiosco en un barrio del Gran Buenos Aires. Ferla es autor de esa joyita que es *Historia argentina, con drama y humor*. Un buen tipo, no son todos malos en esta historia triste. “Al decir ‘pueblo’ (dice Ferla) nos referimos en especial a la clase trabajadora, pues si

bien ‘todos’ somos pueblo, no se puede negar que la clase obrera lo es de un modo particular. También utilizamos el término como equivalente de ‘mayoría’” (*Ibid.*, p. 18). Ferla no quiere eludir el bombardeo del 16 de junio. Parece que eso no se despacha con tanta facilidad como hacen algunos, esos que dicen que la CGT convocó “irresponsablemente” a los obreros a la Plaza. ¿Y qué hay? ¿Por eso había que acribillarlos? Además ahí murieron hombres y mujeres de todas las condiciones: ricos, pobres, peronistas, antiperonistas, viejos, niños, etc. “Este episodio criminal (dice Ferla), este acto terrorista comparable al cañoneo de Alejandría y ciudades persas efectuados por la flota inglesa también con propósitos de escarmiento, no tiene antecedentes en la historia de los golpes de Estado. Porque hasta en la lucha entre naciones está proscrito el ataque a ciudades indefensas y porque la guerra aérea, con el bombardeo a poblaciones civiles, ha sido una tremenda calamidad traída como novedad por la última guerra mundial, que ha merecido el repudio unánime universal” (*Ibid.*, p. 27). Claro que sí: el bombardeo del 16 de junio fue nuestro *Guernica*. Luego Ferla se concentra en Perón. Atención, este hombre sereno, que sabe mucho, es digno de ser escuchado: “Desde hace tres años —tiempo que coincide sugestivamente con la muerte de su esposa— (...) no sabe si profundizar la revolución —ni cómo hacerlo— o ponerle fin (...). Hay momentos en que piensa armar a los obreros y otros en que desea abandonar la política. Planteadas las cosas en términos de violencia, que no le permiten su propio juego de masas, Perón se siente desconcertado, confuso, abatido” (*Ibid.*, p. 27). El antiperonismo toma el poder más por obra del desarme espiritual del peronismo que de una victoria militar propiamente dicha... (*Ibid.*, p. 35) *Esto justifica fuertemente la intencionalidad de Valle*. Si en 1955 hubo “desarme espiritual”, ellos, en 1956, están dispuestos a todo y las masas los seguirán: será otro 17 de octubre. Sobre la derrota de Perón (cuya causa Valle conocía y se proponía subsanar), Ferla es contundente: “Perón no fue vencido militarmente (...), las fuerzas leales dominaban por completo la situación (...). La psiquis de Perón no la resistió. La gran confusión lo había envuelto también a él. El peronismo cayó vencido espiritualmente. Su adversario esgrimía un arma de la que carecía en ese momento: había logrado crear una mística. A esa mística, el peronismo sólo ofrecía la mística del líder, algo sumamente frágil como para embarcarse en una guerra” (*Ibid.*, p. 35). Franklin Lucero, el jefe del Ejército, empuja a Perón hasta último momento. Nada consigue. Sólo los castigos que le caerán encima después y que relatará en su libro *El precio de la lealtad*. ¿Sabía Perón que al irse dejaba aquí a sus leales, quienes deberían, tal como lo dice Lucero, pagar por el precio de esa lealtad? Sí, lo sabía. Pero estaba vencido interiormente. Valle comprende esa situación. Comprende el cansancio del líder. Pero sabe que en septiembre ellos eran más. ¿Por qué no habrán de serlo ahora? Sólo les falta Perón. Pondrán ellos la cuota de fe y de fervor y de ganas de luchar que al líder le faltó y luego lo traerán, porque no desconocen su liderazgo. Saben que las masas lo quieren a Perón. En ningún momento Valle quiere reemplazarlo. Sólo quiere ser el soldado leal que lo traiga de nuevo a la patria.

La gesta de la rebeldía se hace en cautiverio. Todos los jefes leales a Perón están presos en el barco *Washington*. Luego los trasladan al *París*. (¿Ya veremos quiénes van a recalar también en el *París*!) Luego, a otros confinamientos más tolerables. Valle va a una quinta en General Rodríguez, que es de su suegra. Aquí crea un *Movimiento de recuperación nacional*. “Va en busca de la solidaridad de sus camaradas, los ‘leales’ de septiembre, quienes experimentan sus mismos sentimientos y tienen sus mismas opiniones” (*Ibid.*, p. 44).

La cuestión para la gente de Valle es sencilla, pero tal vez no lo sea tanto. La evaluación que hacen es la siguiente: a) Las masas siguen siendo peronistas. Siempre han tenido una vocación movilizadora. Lo demostraron el 17 de octubre.

Ahora se trata otra vez traer a Perón. Irán hacia la Plaza de Mayo; b) Si en septiembre eran superiores militarmente también lo son ahora; c) Y ahora tienen lo que les faltó en septiembre: *la mística del triunfo*. Todo parece “cerrar” muy bien. Aquí estamos, por ahora. Lo que ignora Valle es que la mística de los golpistas del ‘55 sigue siendo más fuerte que antes. Y que están decididos a todo. Como, trágicamente, se verá. Tal vez Valle pensara en un paseo masivo como una demostración de fuerza y punto. Entre tanto, Aramburu y Rojas redactaban decretos de pena de muerte.

EL MACARTISMO DE LA LIBERTADORA

Al hablar del confinamiento de los militares peronistas leales en los barcos *Washington* y *París* me reservé la carta de esta otra obsesión de la dictadura: *los comunistas*. Quienes pensaban pasarla bien con Rojas y Aramburu ya que habían hecho correctamente sus deberes democráticos. No: se lanzó una razzia contra ellos que fue patética y brutal. “Los comunistas sufrieron la persecución de la Revolución Libertadora luego del alivio inicial que les produjo el derrocamiento de Perón. La desconfianza se acrecentó con la profundización de la línea política impuesta por Aramburu-Rojas, con la prédica anticomunista coherente con los tiempos de la Guerra Fría y el alineamiento argentino a los dictados provenientes de Washington” (Germán Ferrari-Santiago Senén González, “El Ave Fénix”, “El sindicalismo entre la ‘Libertadora’ y las ‘62 organizaciones’ (1955-1958)”, a editarse en Editorial Corregidor). La Libertadora era abiertamente macartista, como sus adherentes culturales de *Sur*. *Al fin de cuentas, terminaban identificando al peronismo con el comunismo*.

“El momento de mayor tensión entre el PC y el gobierno (siguen Ferrari y Senén González) se produjo a comienzos de abril de 1957, con la ilegalización del comunismo y una serie de razzias contra sus militantes que llevaron a la cárcel a varios centenares de adherentes de todo el país, entre ellos, el poeta chileno Pablo Neruda, que por esos días había arribado a Buenos Aires. Esas acciones, que se denominaron ‘Operación Cardenal’, culminaron con un hecho grotesco: decenas de comunistas y ‘camaradas de ruta’ fueron encerrados en el vapor *París*, varios kilómetros adentro del Río de la Plata, bajo la amenaza de la Marina de hundir el buque, que se encontraba para el desguace. Algunas de las personalidades encerradas fueron los políticos Héctor P. Agosti, Rodolfo y Orestes Ghioldi, el abogado Rodolfo Aráoz Alfaro, el músico Osvaldo Pugliese y el escritor Leónidas Barletta, director del semanario *Propósitos*”. (*Ibid.*, inédito aún). No es posible dudar: los presos comunistas de la Libertadora eran hombres de prestigio y meterlos presos era una burrada fenomenal. Juan L. Ortiz y José Portogalo. El gran escenógrafo, maestro de los más grandes escenógrafos del teatro argentino, el mítico Saulo Benavente y... ¡Pablo Neruda! Eso es tener nivel para meter en cana. En cuanto a los políticos del PC, apenas que tan poco le hayan servido a Rodolfo Ghioldi sus defensas de la oligarquía, del diario *La Prensa* y *La Nación*. Basta: los tiempos habían cambiado. Eran los de la Guerra Fría y los comunistas... a la sentina.

Volvemos a Walsh. Se ha encontrado con “ese fusilado que vive”. Con Juan Carlos Livraga. “Livraga me cuenta su historia increíble; la creo en el acto. Así nace aquella investigación, este libro. La larga noche del 9 de junio vuelve sobre mí” (*Ibid.*, p. 19). Su vida cambiará, abandonará su casa, su trabajo, cambiará de nombre, tendrá una cédula falsa, cargará con un revólver “y a cada momento las figuras del drama volverán obsesivamente: Livraga bañado en sangre caminando por aquel interminable callejón por donde salió de la muerte, y el otro que se salvó con él disparando por el campo entre las balas, y los que se salvaron sin que él supiera y *los que no se salvaron*” (Walsh, *Ibid.*, 19. Cursivas mías). Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Operación
Masacre

IV Domingo 15 de junio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

31 Operación Masacre



WALSH, EL NARRADOR DE LOS HECHOS

La violencia del 9 de junio de 1956 debe entenderse –entre otras cosas, pero en un plano central– como una consecuencia del desplazamiento de Lonardi por Aramburu. Cuando los subordinados que cargan armas saben que en la cúspide la que ganó es el *ala dura*, los gatillos se vuelven fáciles. Lonardi, que proponía el diálogo con el peronismo, no hubiera abierto el paraguas político que pudiera dar cobertura a los asesinatos de junio, Aramburu sí. Una política de diálogo erradica la violencia, porque no la alimenta el odio ni la venganza. Fueron estas dos características las que ganaron al perder Lonardi. Rojas fue el que se encargó de trazar la línea Mayo-Caseros. Colocaba al peronismo en la “barbarie”. Aramburu hizo lo que hizo siempre el liberalismo con los bárbaros: atacarlos sin piedad. Si es necesario, como tantas veces lo fue, liquidarlos. Este es el encuadre político-conceptual de los episodios del 9 de junio: mano dura, peronismo=barbarie, la línea Mayo-Caseros encarna lo más puro y noble de la patria, no hay diálogo posible con los herederos de la línea histórica de los déspotas de la primera y la segunda tiranía. Y algo más, definitivo: castigo ejemplar, escarmiento.

Lo tenemos a Walsh preparado para narrar la historia del 9 de junio. “Ésa es la historia que escribo en caliente y de un tirón, para que no ganen de mano” (Walsh, *Ob. cit.*, p. 20). Hace muchos años, en los comienzos del ‘84, en el retorno de la democracia, hablaba con dos escritores, dos colegas del arte de la soledad, y veíamos el endiosamiento que se venía alrededor de Walsh. Uno de ellos dijo algo cierto: que no había que perder de vista que era un tipo alegre, jodón, que le gustaba el ajedrez, trazar mapas, imaginar la búsqueda de El Dorado y que con *Operación Masacre* pensaba ganarse el Premio Pulitzer. Lo cual era cierto. También en “Esa mujer” el protagonista lo tienta al Coronel con los beneficios de publicar la historia que sólo él sabe y guarda como una tumba.

El periodista dice:

–Hay que escribirlo, publicarlo.

–Sí, algún día.

Parece cansado, remoto.

–¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¿Yo escribo la historia y usted queda bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

–Cuando llegue el momento... usted será el primero...

–No, ya mismo. Piense. *Paris Match*. *Life*. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera”. (Rodolfo Walsh, “Esa mujer”, en *Perón vuelve*, Compilación de Jorge Lafforgue, Norma, 2000, Buenos Aires, P. 135.)

Es cierto que lo del Pulitzer lo decía un poco en broma, un poco en serio, pero lo decía. No era “Walsh” aún, estaba saliendo de la policial de enigma hacia el género negro. Buscando en esa historia se buscaba él mismo. Se estaba haciendo. Hay frases como latigazos: “Muchos pensamientos duros el hombre se lleva a la tumba, y en la tumba de Nicolás Carranza ya está reseca la tierra” (*Operación Masacre*, *Ibid.*, p. 29). Le gusta anticipar algunos hechos, como si no quisiera perderse al lector, advertirle: “Guarda, lo mejor está por venir”. Por ejemplo: “El barrio en que van a ocurrir tantas cosas imprevistas” (*Ibid.*, p. 36). O también: “La casa donde han entrado Carranza y Garibotti, donde se desarrollará el primer acto del drama y a la que volverá por último un fantasmal testigo” (*Ibid.*, p. 37). Es el recurso de decirle al lector algo de lo que va a pasar, sin contárselo, para meterle la intriga, tironearlo para que siga. Un recurso clásico sería: “Se despidieron en la esquina de Superí y Monroe. No volverían a verse”. ¿Por qué? ¿Alguno de los dos va a morir? ¿Lo van a matar o simplemente se va de viaje? Además, si no vuelven a verse, ¿cómo se resuelve el lío en que están metidos? Y el lector da vuelta la página y sigue adelante.

“¿DÓNDE ESTÁ TANCO?”

Esa noche, la del 9, transmiten una pelea: Lausse contra el chileno Loayza. Lausse viene de lucirse en Estados Unidos. Pero bajo “el régimen depuesto”. La Libertadora igual lo trata bien. Pese a que Luis Elías Sojit hubiera dicho esas frases inolvidables, entre cómicas, patéticas y hasta trágicas cuando transmitía esas peleas: “¡Lausse sangra de la nariz! ¡Es sangre peronista!”. No, con Lausse todo bien. El país boxístico espera, además, que se enfrente con Rafael Merentino, lo que sería la pelea del año. Un grupo de amigos –la noche es muy fría– se reúne para escuchar la pelea Lausse-Loayza. Esta es la historia que cuenta Walsh. En la investigación lo acompaña Enriqueta Muñiz, a quien le dedica el libro. También dice: “Donde escribo ‘yo’ debe leerse ‘nosotros’”. Es la historia de un grupo de tipos que escucha una pelea la noche del levantamiento de Valle: Carranza, Livraga (el sobreviviente que Walsh contacta para que le cuente los hechos), Garibotti, Díaz, Lizaso, Gavino, Torres, Brión y Rodríguez. Entra la cana y se los lleva por participar en la revolución. El que entra a los gritos y como una fiera desenfadada es el jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, teniente coronel (R) Desiderio A. Fernández Suárez, el más despiadado del relato, el mejor hombre de Aramburu, el más perverso, el asesino por delegación y por convicción. Entra gritando: “¡Dónde está Tanco!” Tanco era, con Valle, la cabeza de la Revolución. No lo iban a encontrar ahí. Ahí encuentran a esos pobres tipos que querían escuchar la pelea de Lausse, que andaba tan bien, mirá vos, que hasta a los yanquis les había dado piñas fieras, ¿cuándo peleará con Merentino? Para ellos, nunca. Nunca pelearon, de todos modos, pero, saber eso, no habría consolado a ninguno. Caen, en la casa de Florida, también a escuchar la pelea otros dos: Troxler y Benavidez. De Troxler nos vamos a ocupar extensamente.

Anota Walsh, lo anota en cursivas para que quede bien claro, para que nadie pierda el dato: “*A las 24 horas del 9 de junio de 1956, pues, no rige la ley marcial en ningún punto del territorio de la nación*. Pero ya ha sido aplicada. Y se aplicará luego a hombres capturados antes de su imperio, y sin que exista –como existió, en Avellaneda– la excusa de haberlos sorprendido con las armas en la mano” (*Ibid.*, p. 69). ¿Qué sucedió en Avellaneda? Fue desbaratado el intento de rebelión de los hombres de Valle. “La represión es fulminante. Dieciocho civiles y dos militares son sometidos a juicio sumario en la Unidad Regional de Lanús. Seis de ellos serán fusilados: Yrigoyen, el capitán Costales, Dante Lugo, Osvaldo Albedro y los hermanos Clemente y Norberto Ros. Dirige este procedimiento el subjefe de Policía de la provincia, capitán de corbeta aviador naval Salvador Ambroggio. Los tiros de gracia corren por cuenta del inspector mayor Daniel Juárez. Con fines intimidatorios, el gobierno anunció esa madrugada que los fusilados eran dieciocho” (Walsh, *Ibid.*, p. 68). Todo esto, antes de ser promulgada la ley marcial. Se trata de asesinatos. Es a la 0.32 cuando por Radio del Estado se da lectura a un comunicado de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación. El artículo primero declara la ley marcial en todo el territorio de la nacional.

Cuando Troxler, junto a Benavidez, llega a la casa de Florida, donde lo arrestan, Walsh hace de él una minuciosa descripción. Apelando a su efectivo recurso anticipatorio digamos que nuestro interés en Troxler es, por supuesto, existencial, casi entrañable, pero también teórico: *Nadie expresa como Julio Troxler, con su tragedia personal, la tragedia del movimiento nacional peronista. Que es también, por supuesto, una tragedia argentina.*

LOS FUSILAMIENTOS

Se abre la puerta de la casa de Florida y Troxler se encuentra con un sargento y dos

R3P



vigilantes que lo apuntan con sus armas. Apenas se inmuta. Conoce al sargento.

—¿Qué hubo? —pregunta Troxler.

—No sé. Tengo que llevarlos.

—¿Cómo me vas a llevar? ¿No te acordás de mí?

—Sí, señor. Pero tengo que llevarlo. Es una orden que tengo” (Walsh, *Ibid.*, pp. 71/72).

Así describe Walsh a Troxler: “Es un hombre alto, atlético, que en todas las alternativas de esa noche revelará una extraordinaria serenidad.

“Veintinueve años tiene Troxler. Dos hermanos suyos están en el Ejército, uno de ellos con el grado de mayor. El mismo siente quizá cierta vocación militar, mal encauzada porque donde al fin ingresa como oficial es en la policía bonaerense. Rígido, severo, no transige sin embargo con los ‘métodos’ —con las brutalidades— que le toca presenciar y se retira en pleno peronismo. A partir de entonces vuelca su disciplina y capacidad de trabajo en estudios técnicos. Lee cuanto libro o revista encuentra sobre las especialidades que le interesan —motores, electricidad, refrigeración—. Justamente es un taller de equipos de refrigeración el que instala en Munro y con el que empieza a prosperar.

“Troxler es peronista, pero habla poco de política. Cuantos lo trataron lo describen como un hombre sumamente parco, reflexivo, enemigo de las discusiones. Una cosa es indudable: conoce a la policía y sabe tratar con ella” (Walsh, *Ibid.*, p. 71). Observen otro rasgo del estilo de Walsh.

Escribe: “Veintinueve años tiene Troxler”.

Nunca: “Troxler tiene veintinueve años”. El primer modo de armar la oración la torna más dura. Más novela negra. El otro es demasiado correcto, como escolar. Troxler era, sí, un tipo alto, de pocas palabras, de pocas expresiones, y de poca suerte, aun cuando pareció haberla tenido toda de su parte la noche de José León Suárez.

Al grupo que escuchaba la pelea que Lause le ganó al chileno Loayza lo meten un colectivo y lo llevan a la Unidad Regional San Martín. Es la 0.45. El jefe de la unidad es el inspector mayor Rodolfo Rodríguez Moreno. Los hacen sentar en unos bancos. Son las 3 y todavía están ahí. Hace mucho frío: 0 grado. A las 2.53, el contraalmirante Rojas habla por la cadena nacional. Lee el comunicado N° 2. Lo lee él. ¿Qué hay en esta elección? ¿Por qué lo lee él? Quiere que sepan que él es un duro, un tipo que se hace cargo de sus actos, que son los castigos que aplica. Duro, con una arrogancia feroz, dice: “La Revolución Libertadora cumplirá inexorablemente sus fines”.

Al rato, Fernández Suárez le da una orden decisiva, final, a un subordinado:

—A esos detenidos de San Martín, que los lleven a un descampado y los fusilen!

El camión policial con los prisioneros llega a una callecita pavimentada que conduce a un Club Alemán. “De un lado la calle tiene una hilera de eucaliptus, que se recortan altos y tristes contra el cielo estrellado. Del otro, a la izquierda, se extiende un amplio baldío, un depósito de escorias, el siniestro basural de José León Suárez, cortado de zanjas anegadas en invierno, pestilente de mosquitos y bichos insepultos en verano, corroído de latas y chatarra” (Walsh, *Ibid.*, p. 90). Ya presienten lo que se viene. Ahí, caminando por ese baldío, ¿qué otro destino sino el peor, el de morir, puede aguardarles? Si intentan detenerse o aminorar la marcha es porque tienen los pies helados y se les hace difícil caminar, los canas les encajan en los riñones, en la espalda los caños de los fusiles. Llegó el momento.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunta uno.

—¡Camine para adelante! —le responden.

—¡Nosotros somos inocentes! —gritan varios.

—No tengan miedo —les contestan—. NO LES VAMOS A HACER NADA. ¡NO LES VAMOS A HACER!

“Los vigilantes los arrearan hacia el basural como a un rebaño aterrorizado. La camioneta se

detiene alumbrándolos con los faros. Rodríguez Moreno baja, pistola en mano.

“A partir de ese instante el relato se fragmenta”.

(Nota: Walsh revela en esta frase que había leído —como todos nosotros— atentamente a Borges.

Que, en su cuento “El muerto” de *El Aleph*, escribe: “Aquí la historia se complica y se ahonda”, Jorge Luis Borges, *Obras Completas*, Tomo I, Emecé, Buenos Aires, p. 548.) La frase completa de Walsh es más impresionante, va más allá de la mera técnica narrativa: “A partir de ese instante el relato se fragmenta, estalla en doce o trece nódulos de pánico”. (Walsh, *Ibid.* p. 91. También es notable que tenga un aire impecable de relato posmoderno.)

“Carlitos, azorado, sólo atina a musitar:

—Pero, cómo... ¿Así nos matan?

(...)

—¡Alto! —ordena una voz.

Algunos se paran. Oros avanzan todavía unos pasos. Los vigilantes, en cambio, empiezan a retroceder, tomando distancia, y llevan la mano al cerrojo de los máuseres.

(...)

—¡De frente y codo con codo! —grita Rodríguez Moreno” (Walsh, *Ibid.*, p. 92).

Luego habrá de vociferar:

—¡Tírenles!

“Sobre los cuerpos tendidos en el basural, a la luz de los faroles donde hierve el humo acre de la pólvora, flotan algunos gemidos. Un nuevo crepitar de balazos parece concluir con ellos. Pero de pronto Livraga, que sigue inmóvil e inadvertido en el lugar en que cayó, escucha la voz desgarradora de su amigo Rodríguez que dice:

—¡Mátenme! ¡No me dejen así! ¡Mátenme!

“Y ahora sí, tienen piedad de él, y lo ultiman” (Walsh, p. 94).

Y ahí termina la masacre de José León Suárez.

CÓMO SE SALVA TROXLER

¿Qué ha sido de Julio Troxler. “Julio Troxler se ha escondido en una zanja próxima. Espera que pase el tiroteo. Ve alejarse los vehículos policiales. Entonces hace algo increíble. ¡Vuelve! Vuelve arrastrándose sigilosamente y llamando en voz baja a Benavidez, que escapara con él del carro de asalto. Ignora si se ha salvado.

“Llega junto a los cadáveres y los va dando vuelta uno a uno —Carranza, Garibotti, Rodríguez—, mirándoles la cara en busca de su amigo. Con dolor reconoce a Lizaso. Tiene cuatro tiros en el pecho y uno en la mejilla. Pero no encuentra a Benavidez” (Walsh, *Ibid.*, p. 100. Benavidez se salvó. Tomándolo como punto de partida, como base del relato también, la directora Cecilia Miljiker hará su documental *Los fusiladitos*, narrado por Malena Solda, del que ya hablaremos.)

Troxler se va. Se mete en una cola de colectivos cuando teme ser reconocido. Pero no lo ven ni sube al colectivo. Empieza a caminar. (Ya lo harán caminar otra vez. Pero todavía falta.) “Está exhausto y aterido. Desde la noche anterior no prueba bocado. Camina once horas seguidas por el Gran Buenos Aires, convertido en desierto sin agua ni albergue para él, el sobreviviente de la masacre.

“Son las seis de la tarde cuando llega a un refugio seguro” (Walsh, *Ibid.*, p. 102).

Así se salvó Julio Troxler, peronista, de los fusiles de la Libertadora. Otros fusiles, en un futuro que era imposible prever ni soñar ni alucinar, lo esperaban.

Escribe Walsh: “Dieciséis huérfanos dejó la masacre: seis de Carranza, seis de Garibotti, tres de Rodríguez, uno de Brión. Esas criaturas en su mayor parte prometidas a la pobreza y el resentimiento, sabrán algún día —saben ya— que la Argentina libertadora y democrática de junio de 1956 no tuvo que envidiar al infierno nazi” (Walsh, *Ibid.*, p. 126). ¿Qué habrían dicho Victoria, Borges y Bioy y Manucho y tantos, tantos otros si hubieran sabido que un irlandés implacable le decía *nazi* a la revolución de la libertad, de la democracia, de la cultura, de la restauración de la Civilización, de la derrota de la Barbarie, del fin del régimen del tirano depuesto, del segundo tirano? ¿Que podrá decir el decano de nuestros historiadores que escribió su frase memorable,

inmortal: “El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso”? ¿En serio, Halperín Donghi, le parecen “imprecisos” los acontecimientos que acabamos de narrar?

En cuanto al jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, Fernández Suárez, la situación puede tornarse delicada: “Ha detenido a una docena de hombres antes de entrar en vigor la ley marcial. Los ha hecho fusilar sin juicio. Y ahora resulta que siete de esos hombres están vivos” (Walsh *Ibid.*, p. 131).

En el *Epilogo* dice Walsh: “Tres ediciones de este libro, alrededor de cuarenta artículos publicados, un proyecto presentado al Congreso e innumerables alternativas menores han servido durante doce años para plantear esa pregunta (la de los fusilamientos, JPF) a cinco gobiernos sucesivos. La respuesta siempre fue el silencio. La clase que esos gobiernos representa se solidariza con aquel asesinato, lo acepta como hechura suya y no lo castiga simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma” (Walsh, *Ibid.*, p. 174). Y luego: “El 12 de junio se entrega el general Valle, a cambio de que cese la matanza. Lo fusilan esa misma noche.

“Suman 27 ejecuciones en menos de 72 horas en seis lugares diferentes” (Walsh, *Ibid.*, p. 75). El texto que continúa es *Aramburu y el juicio histórico*. Por razones de narración de los hechos nos volcaremos sobre él más adelante. Podríamos hacerlo ahora, dada la íntima conexión que tienen. De todos modos, cuando narremos los sucesos que culminaron en Timote necesariamente retornaremos a reflexionar sobre la tragedia de José León Suárez, así de entrelazados están estos acontecimientos.

“EL PRESIDENTE DUERME”

Ahora es la mañana del 10 de junio de 1956. Y una muchedumbre “se aglomera frente a la Casa de Gobierno. En la plaza prohibida, oficialmente prohibida, como que existe una disposición vetando las reuniones públicas en ese lugar; allí donde nuestra clase obrera ya no puede vivir, saltar y cantar, una multitud gorilizada, exultante de odio va a alentar al gobierno en la macabra tarea que está ejecutando. Gritan desaforados estribillos como este: ¡Dale Rojas! ¡Dale leña!... ¡Aramburu, dale duro! ¡A la horca! ¡Ley marcial!

“Gran parte de ese público, un año antes precisamente en junio de 1955, se había sumado a la santa procesión de Corpus Christi, caminando compungido, detrás de la Cruz, nada más que para darle a la procesión un sentido político y probar si con la Cruz le movían el piso a quien entonces no se lo habían podido mover por la espada” (Salvador Ferla, *Ibid.*, p. 101).

La mujer de Valle va a Campo de Mayo. Junto a ella, van sus cinco hijos, que quedarán huérfanos si su padre es fusilado. Le dijeron que Aramburu es el único que puede apiadarse de su marido y salvarle la vida. ¿Para qué fusilar a Valle? ¿Fusiló Perón a Menéndez? ¿Fusiló el feroz tirano depuesto a alguno de todos los hombres que le hicieron la Revolución de 1951? Pero la decisión de la Libertadora es la mano dura, el escarmiento, que no se vuelva a repetir un acto así, cueste la sangre que cueste. La mujer de Valle, desesperada, llega a Campo de Mayo. Su marido ha sido su amigo. Compartieron reuniones de familia. No puede creer que no haya piedad. No puede creer que la

crueledad llegue a tal extremo. Pero recibe una respuesta *histórica*. Pide, imperiosamente, hablar con Aramburu y le responden: *El presidente duerme y ha dado orden de no ser molestado*. De modo que la mujer de Valle se va de Campo de Mayo con esta respuesta: *El presidente duerme*. “José Gobello (escribe Ferla) eternizó ese instante en su verso *El presidente duerme*” (Ferla, *Ibid.*, p. 115).

Sí, claro que sí. José Gobello, gran lunfardista, que fue, nada menos que presidente de la Academia del Lunfardo, escribió este bonito poema que inmortaliza esa respuesta de Aramburu. No lo podemos dejar pasar. Gobello expresa la complejidad patética, a veces carnavalesca, que es el peronismo. Su poema a Valle es sincero y no está del todo mal. Pero lo malo lo hizo después. Si bien un peronista puede hacer casi cualquier cosa sin que nos sorprenda. Por ejemplo: que le escriba un poema al sacrificado general Valle y años después sea un matazurdos desde la revista nazi del diputado Rodolfo Arce comprometida con las acciones de la Triple A en la modalidad del entusiasmo incontenible.

Aquí va el poema:

El presidente duerme...

Por José Gobello

La noche yace muda como un ajusticiado,
Más allá del silencio nuevos silencios crecen,
Cien pupilas recelan las sombras de la sombra,
Velan las bayonetas y el presidente duerme.

Muchachos ateridos desbrozan la maleza
Para que sea más duro el lecho de la muerte...
En sábanas de hilo, con pijama de seda
El presidente duerme.

La luna se ha escondido de frío o de
vergüenza,
Ya sobre los gatillos los dedos se estremecen,
Una esperanza absurda se aferra a los teléfonos,
Y el presidente duerme.

El llanto se desata frente a las altas botas.
—Calle mujer, no sea que el llanto lo despierte.
—Sólo vengo a pedirle la vida de mi esposo.
—El presidente duerme

Reflectores desgarran el seno de la noche,
El terraplén se apresta a sostener la muerte,
El pueblo se desvela de angustia y de
impotencia/
Y el presidente duerme.

De cara hacia la noche sin límites del campo,
Las manos a la espalda, se yerguen los
valientes,
Los laureles se asombran en las selvas lejanas
Y el presidente duerme.

Tras de las bocas mudas laten hondos
clamores.../
—¡Cumplan con su deber y que ninguno tiembre
de frío ni de miedo!
En una alcoba tibia
El presidente duerme.

—¡Viva la patria! Y luego los dedos temblorosos,
Un sargento que llora, soldados que
obedecen,
Veinticuatro balazos horadando el silencio...
Y el presidente duerme.

Acres rosas de sangre florecen en los pechos,
El rocío mitigó las heridas alevés,
Seis hombres caen de bruces sobre la tierra
helada/
Y el presidente duerme.

¡Silencio! ¡Que ninguno levante una protesta!
¡Que cese todo llanto! ¡Que nadie se lamente!
Un silencio compacto se adueñó de la noche.
Y el presidente duerme.

¡Oh, callan, callan todos! Callan los
camaradas.../
Callan los estadistas, los prelados, los jueces...
El Pueblo ensangrentado se tragó las palabras
Y el presidente duerme.

El Pueblo yace mudo como un ajusticiado,
Pero, bajo el silencio, nuevos rencores crecen.
Hay ojos desvelados que acechan en la
sombra/
Y el presidente duerme.

(Nota: El poema de Gobello figura en el libro de Ferla con la lista de los 27 fusilados del 9 de junio de 1956.)

En la revista *El Abasto*, de agosto de 2005, N° 68, le preguntan al vate nazifascista, defensor, sin embargo, de Valle y su revolución contra los de la Libertadora, por qué adhiere tan fervorosamente a Jorge Rafael Videla. Gobello responde: “Yo antes de ser peronista y argentino soy católico. A mí la Iglesia no me la toquen. Ni Perón, ni Kirchner, ni nadie. No sé si está bien o mal, pero soy así. Yo soy antizurdo y antifidelista porque creo que eso es una gran farsa.

“Te explico simplemente por qué dejé de ser peronista. Cuando salió el proceso militar, ¿vos vivías en el ‘76, te acordás de la guerrilla y los asesinatos? Ahora la gente tiende a olvidarse...”

En otro reportaje dice: “Los milicos vinieron a poner orden y se les fue la mano. Pero en toda guerra se cometieron atrocidades. Mirá, en Vietnam: también tiraban gente desde los aviones”.

Este hombre estuvo en el peronismo, se entusiasmó con Evita, con Perón, le escribió un poema a Valle, un poema que era un riesgo, y estuvo en la revista de Rodolfo Arce corriendo zurdos con agravios que despertaban la furia de las bandas. Caramba. Qué arduo es todo esto. Gobello, usted que fue presidente de la Academia del Lunfardo, ¿cómo no le puso a su poemita *El presidente apoliya?* ¿No hay una incongruencia ahí?

En cuanto a Aramburu, lo indignante (en medio de todo lo inaceptable que tiene esta historia macabra) fue no recibir a la mujer de Valle. *Porque un presidente que ordena responderle a la mujer de un hombre que está por ser fusilado, a una mujer que le ruega por la vida de su marido, por una vida que depende de una decisión suya: “El presidente duerme”, es un mal tipo, alguien que desdeña la vida humana, que no tiene piedad, al menos que no la tuvo en ese momento y, si no la tuvo ahí, con un viejo compañero de estudios, casi con un amigo, se hace sospechoso de no haberla tenido nunca.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Julio Troxler,
una tragedia
argentina

IV Domingo 22 de junio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

32 Julio Troxler, una tragedia argentina



LA INGENUIDAD DE VALLE

Hay ingenuidad en la revolución de Valle. En él mismo sobre todo. Pareciera no haber puesto en la balanza la adhesión poderosa de las clases medias y de los sectores intelectuales y académicos para con la Libertadora. Si Valle pensaba que una masa incontenible de obreros peronistas se sumaría a él, ese error era mayúsculo. En junio de 1956 era más probable que se movilizaran los sectores ligados al catolicismo, al Cristo Vence, los empleados que esperaban prosperar en el nuevo gobierno, los que estaban hartos del estilo agobiantemente personalista de Perón, los intelectuales, los radicales, los socialistas, los comunistas, que las masas peronistas que permanecían en la misma desorganización en que Perón las había mantenido. No era el momento de una revolución a la luz del sol. No era el momento de un paseo triunfal hasta la Plaza de Mayo (al estilo del de Uriburu y sus cadetes), tampoco el de una simple proclama que arrancara de sus barrios oscuros, humillados, sometidos a la persecución de la policía aramburista, a los obreros beneficiados por el régimen peronista. Siempre conocedor de los hombres y las coyunturas, siempre zorro y, más aún, viejo, el general se había opuesto al intento de Valle. Van al muere, era su pronóstico. Valle y los suyos pensaban que Aramburu y Rojas eran unos cobardes, que no afrontarían una sublevación, que el golpe del '55 era fruto del coraje de Lonardi. Era increíble que desconocieran el odio del antiperonismo. El desplazamiento de Lonardi abrió paso, justamente, al odio gorila, que no es para desdeñar. Ha tenido y tiene una fuerza poderosa en la Argentina. Sobre todo cuando identifica al peronismo con esa fuerza maligna a la cual suele asociarlo: el peligro comunista. El odio gorila razona así: si el peronismo se mantuviera en sus posiciones podríamos contenerlo, incluirlo, no reprimirlo. Pero, al ser un movimiento de masas, al representar a la negritud de este país, aun cuando siempre contemos entre sus filas con fascistas que adherirán a nosotros en un enfrentamiento definitivo, el peligro de este maldito movimiento que tanto persevera es que surja de él el comunismo. O, en nuestros días, el populismo latinoamericano, enemigo de Estados Unidos, partidario de los juicios contra los “héroes de la lucha contra la subversión” e, incluso, partidario de una investigación sobre la Triple A (y esto viene de parte del mismo peronismo) que podría llegar a tocar la intocada e intocable figura de Perón. Créase o no, es a la derecha argentina en totalidad a la que no le interesa que se “toque” a Perón. Los trabajos sucios que hizo la Triple A y que podrían involucrar (en principio en su faceta permisiva) a Perón involucrarían al Ejército Argentino, pues todo lo que la Triple A hizo estuvo avalado por el establishment. Basta recordar (ya nos detendremos sobre esto en su momento) la *Meditación del elegido* con que Mariano Grondona fundamenta públicamente las acciones terroristas de López Rega, hacia fines de 1974 en *Carta política*.

Valle estaba muy lejos de conocer ese odio. Debió haberlo conocido luego del bombardeo del 16 de junio, pero parecía creer más en la movilización *instantánea* de la clase obrera que en los que sostenían las banderas de la Iglesia, el Ejército, las clases medias y el resto del país que había tirado a Perón y que todavía mantenía la sensación de su triunfo, la convicción de sostenerlo y el odio con que lo había llevado a cabo. Era impensable un “paseo” hacia la Plaza de Mayo, concentrarse ahí y exigir el regreso del líder. Se habría producido un nuevo y más sanginario 16 de junio. En el diario *La Prensa* del 13 de junio se recogían las declaraciones que, la noche anterior, ante un grupo de periodistas, en *el mismo momento en que Valle era fusilado*, había formulado el ministro de Ejército, general Arturo Ossorio Arana: “El asesinato, incendio o destrucción de vidas, iglesias y otros bienes de la colectividad, señalan el camino a un estado anárquico total con estrecha semejanza al propugnado por la *revolución social comunista*. La represión firme, ecuaníme y serena de las fuerzas armadas y en particular la noble reacción del ejército



anularon el movimiento. La objetividad con que fue informada la institución y la opinión pública sin deformaciones, hablan de una confianza absoluta en los valores morales del ejército y de la ciudadanía consciente y libre” (*La Prensa*, 13/6/56. Citado por Ferla, *Ibid.*, p. 135, cursivas mías.) Lo cual situaba a un católico como Valle del lado del ateísmo marxista-leninista soviético.

Valle también ignoró que la Libertadora manejaba todos los medios de difusión, o, sin duda, los decisivos. Que en los teatros se daban obras satíricas sobre el peronismo, Perón y Evita. Que se exponían al público joyas, tapados de piel, medallas, todo tipo de objetos de lujo que se atribuían al despilfarro, al robo descarado de la pareja presidencial. Que se hablaba sin cesar de los hurtos de Juan Duarte (muchas veces veraces). Que actores como Leonor Rinaldi y Pepe Arias eran ídolos nacionales. Que en *La Revista Dislocada*, “la gran creación cómica de Delfor”, en la que colaboraba el humorista rabiosamente antirrojo Aldo Cammarota, que terminó viviendo en Miami, los chistes se descargaban sobre el “régimen depuesto”. La clase media y la clase alta vivían envueltas en un clima de júbilo y hasta de exaltación que probablemente las hubiera llevado a una defensa activa del gobierno de facto. Valle no pensaba que esta posibilidad era más via-

ble que el alzamiento de unas masas obreras desalentadas, agredidas, que recibían el desdén de los poseedores y la burla sobre todo aquello en que habían creído en los últimos años. Además, ¿cómo sabía Valle que Perón habría de volver? No es casual que Perón se haya opuesto al golpe. No estaba repuesto aún. Necesitaba elaborar su derrota y juntar coraje para ponerse de nuevo al frente de un movimiento, el que Valle ponía en sus manos, que esta vez enfrentaría a adversarios temibles y sanguinarios a los que Perón respetaba en su justa medida y todavía un poco más.

Valle se despide de su hija Susana y se dirige hacia el pelotón de fusilamiento. Lo fusilan en la cárcel de la Avenida Las Heras, donde ahora hay un espacio verde en el que algunos chicos juegan y algunos mayores hacen jogging para bajar de peso o para escaparles a los infartos. Citemos la prosa emocionada, algo cándida (en medio de tanto terror, de tanta crueldad) de Salvador Ferla: “Así pasa Valle a la inmortalidad. Así entra este héroe y mártir, esta gloria auténtica del Ejército Argentino al reino de Dios, allí donde no existen la crueldad ni el odio ni la calumnia. Hermano de Dorrego y Peñaloza, representante de una Argentina ¡por centésima vez vencida!” (Ferla, *Ibid.*, p. 134).

Sin embargo, ese reino de Dios en el que Ferla



asegura entrará Valle era propiedad de los Libertadores. La Iglesia no hizo nada por impedir los fusilamientos. “Aramburu y su ministro del Interior informaron que habían secuestrado instrucciones de los rebeldes para tomar casi todas las iglesias y colegios religiosos del país y fusilar a los sacerdotes y monjas que se resistieran (...) El arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, participó de la ‘ceremonia patriótica’ organizada frente al Departamento de Policía para agradecer ‘la ejemplar conducta’ de sus tropas durante la sublevación. En Rosario, Caggiano visitó al comandante del Cuerpo de Ejército, general José Rufino Brusa, en cuya sede aún había personas detenidas. Si fue a pedir clemencia, no lo hizo público ni se conocen documentos que lo indiquen” (Horacio Verbitsky, *La violencia evangélica*, Tomo II, “De Lonardi al Corobazo (1955-1969)”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 45/46). El Reino de Dios es de quienes poseen el poder. Ellos no desean entrar a ese reino sino que envían ahí a quienes son sus enemigos. Lo hacen con suma frecuencia en nombre de ese Reino, de ese Dios, de ese Culto. Dios no pareciera decidirse a ser justo como lo creía Lonardi. Notable cuestión: Aramburu creía que Dios era justo porque él fusilaba a Valle. Valle creía que Dios era justo porque lo acogería en su

Reino y echaría una eterna maldición sobre sus asesinos. La Iglesia, como siempre, consideraba que Dios era justo, pero a veces con unos y a veces con otros, de acuerdo con sus propios intereses. Cuando Dios favorecía a los que la Iglesia apoyaba —como en el caso de Aramburu al fusilar a Valle— Dios era justo con los amigos de la Iglesia. Cuando no lo era, lo sería pronto. O habría que luchar para lo fuera. Pues “Dios” es una formidable rúbrica que suelen ponerse a sí mismas las revoluciones de base clerical, oligárquica, que han triunfado. Para desgracia de Valle, Dios no estaba en la Penitenciaría de Las Heras la noche en que lo fusilaron. (Nota: En la película que Richard Brooks hizo sobre la *nonfiction novel* de Truman Capote, *A sangre fría*, en la escena final están por ahorcar a los asesinos de la familia de farmers. A uno lo suben al cadalso, le ponen la cuerda alrededor del cuello y el tipo ya siente la trampa que se abrirá bajo sus pies. Hay un sacerdote, a su lado, que reza. El hombre lo mira. El frío es cruel. Le pregunta: “Padre, ¿está Dios en este lugar?” ¿Estaba cuando fusilaron tan indecentemente a Valle?)

LA CARTA DE VALLE

Pero los crímenes no suelen quedarse en el pasado. Siempre hay algo que los arroja hacia el futuro.

Valle, para desgracia de Aramburu, escribe una Carta. También las había escrito Dorrego, cuando esperaba los fusiles de Lavalle en los campos de Navarro. Las de Dorrego le sirvieron a Rosas para imponer mayor dureza a su régimen. Respondía a la dureza con la dureza. Las cartas de Dorrego habían pedido que esto no ocurriera. Escribe a su hija Angelita: “Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; mas la providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí”. Otra carta: “Mi querida Angelita: te acompaño esta sortija para memoria de tu desgraciado padre”. Otra: “Mi querida Isabel: Te devuelvo los tiradores que hiciste a tu infortunado padre”. Otra más: “Sed católicos y virtuosos, que esa religión es la que me consuela en este momento”. Otra: “Mi vida: Mándame hacer funerales y que sean sin fausto. Otra prueba de que muero en la religión de mis padres”. Y la última, fechada en Navarro en 1828, y dirigida al Señor Gobernador de Santa Fe, Don Estanislao López, es de notable importancia: “Mi apreciable amigo: En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte, pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese usted por mi parte todo preparativo y *que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre*” (cursivas nuestras).

La Carta de Juan José Valle no será tan magnánima. Es dura. Algo está pidiendo. No le augura a su verdugo un futuro de felicidad. No tiene el aire calmo, pleno de bondad y de religiosidad de Dorrego. Es una Carta conocida pero añadiremos algo: la Carta de Valle se liga con la Carta de Walsh. Las liga el arbitrio del crimen leve, la falta de juicio, decidir fusilarlo *antes* de que estuviera proclamada la Ley Marcial. Basura. La Historia pasa por los patios húmedos, nocturnos de las penitenciarias, la muerte es clandestina.

La Carta de Valle será, a la vez, la Carta de Valle y la condena de muerte de Pedro Eugenio Aramburu, su ejecutor, que no dudó un instante, que buscó el escarmiento, demostrar la dureza de la Libertadora y que nadie más se atreviera a lanzarse a una aventura revolucionaria como Valle. La Carta dice: “Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi Patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanque de ustedes antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no. Han querido ustedes *escarmentar* al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo (...) Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas, verán en mí a un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan”. Ahora leamos cuidadosamente los párrafos que siguen. Late en ellos el reclamo de la venganza, o el vaticinio del seguro asesinato de Aramburu, Rojas y los victimarios de junio: “Aunque vivan cien años *sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos bajo el terror constante de ser asesinados* (...) Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. *Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos las*

dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror (...) Pero no tapan con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes”. Valle concluye con una frase de unidad que más suena a forma que a sincera convicción: “Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la Patria. Juan José Valle, Buenos Aires, 12 de junio de 1956”. Entre tanto, Aramburu metía en la cárcel a miles de trabajadores, reprimía con ferocidad cada huelga que pugnaba por producirse y torturaba en todo el territorio de la República.

Las figuras de Valle y Tanco serán retomadas tanto por el catolicismo que dará origen a Montoneros como por la izquierda marxista, que se incluía en la tradición de John William Cooke (un gran lector de la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre y amigo del Che y hasta miliciano de la Cuba revolucionaria). Esta condición bifronte de la JP se inclinará hacia su cara socialista. Sobre todo cuando los chicos católicos del montonismo temprano se relacionen con las FAR y empiecen a enterarse de las ideas esenciales del marxismo. Pero Valle y Tanco eran católicos. En la Carta del primero se lee claramente la frase “un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país”. De este modo, los primeros que se apropiaron de Valle y Tanco son los muy belicosos muchachos de Tacuara. En el comedor de la Facultad de Derecho, hacia 1961, entra una pandilla de jóvenes con cadenas y manoplas al grito de “¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!” Bajo este grito se consagran a moler a cadenas a todos los “zurdos” que había en el lugar, a los cuales tenían bien ubicados. Eran los tiempos de Tacuara, un grupo numeroso de jóvenes de las clases altas, nacionalistas, antisemitas, vagamente peronistas y claramente nazis. Terribles, brutales, solían poner bombas en sinagogas. Cierta vez dialogué, muy tensamente, con uno que tenía un muñón envuelto en cuero. Le había explotado una bomba en la mano. Era un fanático ultracatólico, peinado a la gomina, admirador frenético de don Juan Manuel de Rosas, de la Alemania nazi, antisemita cruel y ya cerca de un peronismo que daría como figura más notoria al aventurero Joe Baxter, de quien nos ocuparemos. Estas pandillas se peinaban con mucha gomina, el pelo bien tirante hacia atrás, saco azul y pantalón gris. Durante esos días, la gomina *Glostora* sacó por la tele un comercial que los aludía: un tacuarita, sonriente, se pasaba la mano por el pelo brillante, bien peinado a la gomina y hacia atrás y el locutor del comercial decía: “*Glostora*, como te gusta a vos, Juan Manuel”. Se fueron raleando en pocos años, entraron en los sectores católicos del peronismo, pero fueron superados por los jóvenes socialistas, que impusieron sus lecturas y sus consignas. Es cierto que el socialismo de la JP estaba alimentado por lecturas del revisionismo histórico –también asumidas por los de Tacuara–, pero ellas convergían hacia una unidad con el socialismo tercermundista. Como sea, todo contribuye a la multiplicidad ideológica del peronismo, a sus mil caras posibles, que Perón alimentó siempre. Salvo a partir de junio de 1973, cuando optó por la derecha, por una derecha violenta, contrainsurgente y parainstitucional cuya trágica historia tenemos por delante. Aunque, a partir de aquí, y para narrar el triste asesinato de Julio Troxler, tendremos que acudir a ella.

HABLA JULIO TROXLER

De la matanza de José León Suárez –según vimos– se salvaron varios. Entre ellos, Julio Troxler. En 1971 lo encontramos colaborando con Rodolfo Walsh y Jorge Cedrón en el film *Operación Masacre*, que se basa en los hechos de José León Suárez que Walsh narrara. “La filmación (escribe Walsh) se realizó en condiciones de clandestinidad que la dictadura de Lanusse impuso a la mayoría de las actividades políticas y a algunas artísticas (...) La película se terminó en agosto de 1972. Con el concurso de la Juventud Peronista, peronismo de base, agrupaciones sindicales y estudiantiles, se exhibió centenares de veces en barrios y villas de Capital e interior, sin que una sola copia cayera en manos de la policía (...) En la película Julio Troxler desempeña su prolijo

papel. Al discutir el libro con él y con Cedrón, llegamos a la conclusión de que el film no debía limitarse a los hechos ahí narrados. Una militancia de casi veinte años autorizaba a Troxler a resumir la experiencia colectiva del peronismo en los años duros de la resistencia, la proscripción. Y la lucha armada.

“La película tiene pues un texto que no figura en el libro original. Lo incluyo en esta edición porque entiendo que completa el libro y le da su sentido último” (Walsh, *Ibid.*, p. 181/182).

Troxler es el narrador de *todo* el film. Y hace su propio papel. Al final, se planta frente a cámara y dice un largo texto de gran riqueza, de gran patetismo, de gran dolor. Dice Troxler:

“Yo volví de Bolivia, me metieron preso, conocí la picana eléctrica. Mentalmente regresé muchas veces a este lugar. (Troxler habla en José León Suárez, durante un amanecer, JPF.) Quería encontrar la respuesta a esa pregunta: qué significaba ser peronista.

“Qué significaba este odio, por qué nos mataban así. Tardamos mucho en comprenderlo, en darnos cuenta de que el peronismo era algo más permanente que un gobierno que puede ser derrotado, que un partido que puede ser proscripto.

“El peronismo era una clase, era la clase trabajadora que no puede ser destruida, el eje de un movimiento de liberación que no puede ser derrotado, y el odio que ellos nos tenían era el odio de los explotadores por los explotados.

“Muchos más iban a caer víctimas de ese odio, en las manifestaciones populares, bajo la tortura, secuestrados y asesinados por la policía y el ejército, o en combate.

“Pero el pueblo no dejó nunca de alzar la bandera de la liberación, la clase obrera no dejó nunca de rebelarse contra la injusticia. El peronismo probó todos los métodos para recuperar el poder, desde el pacto electoral hasta el golpe militar. El resultado fue siempre el mismo: explotación, entrega, represión. Así fuimos aprendiendo.

“De los políticos sólo podíamos esperar el engaño, la única revolución definitiva es la que hace el pueblo y dirigen los trabajadores. Los militares pueden sumarse a ella como individuos, pero no dirigirla como institución. Porque esa institución pertenece al enemigo y contra ese enemigo sólo es posible oponer otro ejército surgido del pueblo.

“Estas verdades se aprendieron con sangre, pero por primera vez hicieron retroceder a los verdugos, por primera vez hicieron temblar al enemigo, que empezó a buscar acuerdos imposibles entre opresores y oprimidos. La marea empezaba a darse vuelta, las balas también les entraban a ellos, a los torturadores, a los jefes de la represión.

“Los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte. Los nombres de nuestros muertos revivían en nuestros combatientes. Lo que nosotros habíamos improvisado en nuestra desesperación, otros aprendieron a organizarlo con rigor, a articularlo con las necesidades de la clase trabajadora, que en el silencio y el anonimato va forjando su organización independiente de traidores y burócratas, la larga guerra del pueblo, el largo camino, la larga marcha, hacia la Patria Socialista” (Walsh, *Ibid.*, p. 183/184).

Troxler ha enunciado las bases programáticas de la izquierda peronista. El pueblo protagonista hegemonizado por la clase trabajadora, la organización de base, la reivindicación del “aramburazo” (“los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte”), la guerra popular prolongada (“la larga guerra del pueblo”) y la Patria Socialista. Observemos algo sustancial: en ningún momento, en el texto, se nombra a Perón. Ni siquiera se menciona como consigna de lucha “el regreso incondicional del general Perón a la patria”, que era una frase que decían todos, que se decía sola, que no había quien no la incluyera en un programa revolucionario. Es un vacío estridente. En la fecha en que el texto se escribe ningún grupo (ni siquiera el peronismo de base, que manejaba una alternativa independiente a la conducción de Perón) habría obviado la mención del regreso de Perón pues era la más movilizadora de las consignas. *Era lo que quería el*

pueblo peronista. Lo quería traer a Perón. Este punto, en un texto que seguramente escribió Walsh pero con Troxler y Cedrón muy cercanos, es una rareza. El “Perón Vuelve” seguía siendo la consigna que daba unidad a *todo* el peronismo.

“SALUD, COMPAÑERO TROXLER”

Cuando asume Cámpora, Oscar Bidegain llega a la gobernación de la provincia de Buenos Aires y pone a Troxler como jefe de Policía. Bidegain era un tipo más que cercano a la Tendencia Revolucionaria, de modo que la provincia de Buenos Aires podía ser considerada como uno de esos territorios que el sector juvenil del Movimiento Justicialista tenía bajo su comando.

Cuando a fines de julio la JP organiza una enorme movilización para ir hasta la Quinta de Olivos y rodearla con el propósito manifiesto de “romper el cerco del brujo López Rega”, es Troxler el que asegura el orden, el que les da a los militantes de la Tendencia la seguridad de que no serán atacados por los grupos del matonaje de la derecha peronista, sobre todo el Comando de Organización de Alberto Brito Lima. La certeza era: el compañero Troxler nos cubre. Sólo algunos señalamientos sobre esa jornada: la JP rodea la Quinta y durante cerca de media hora o más, rabiosamente, ruge la consigna: “Perón/ Perón/ el pueblo te lo ruega/ queremos la cabeza del traidor de López Rega”. Fue un acto dionisíaco.

Muy especialmente si tenemos en cuenta que lo dionisíaco –tal como Nietzsche lo entiende– es la osadía de perder la individuación en la embriaguez del grupo. Eso pasó en el operativo Gaspar Campos. (Acaso alguien sonría. O diga: qué locos estaban esos pendejos. Puede ser. Pero, ¿usted nunca se volvió loco por nada? ¿Nunca perdió la individuación en un acto colectivo de características dionisíacas? Qué pena.) Perón recibió a la conducción de la Tendencia y les prometió una serie de cosas que, desde luego, no pensaba cumplir. Al día siguiente, haciendo gala de un cinismo impecable, lo nombró a López Rega como enlace entre él y la Juventud Peronista.

Pero no es ésta la cuestión. Cuando la militancia se retiraba por la parte de atrás de la Quinta apareció un tipo alto, al que apenas se veía porque ya era de noche. Pero todos supieron quién era.

“Salud, compañero Troxler”, le dijeron. Troxler saludó haciendo la V peronista. Luego, todo siguió su curso. La derecha peronista esperaba descabezarlo. A él y a Bidegain. Pero no era fácil. Bidegain había ganado bien en la provincia de Buenos Aires. La derecha ya quería reemplazarlo por Victorio Calabró. Pero algún motivo tenía que tener. Ese motivo se lo dio uno de los personajes que más daño le ha hecho a la causa popular en la Argentina. El que atacó el cuartel de La Tablada en plena democracia. Enrique Gorriarán Merlo. Que, en enero de 1974, también en plena democracia, en la provincia de Buenos Aires, donde se contaba con un gobernador adicto al que era muy difícil deponer, ataca la Guarnición de Azul. ¡Qué festín para la derecha! ¡Qué excepcional regalo! ¡No podían esperar nada mejor! Acababan de recibir en bandeja el motivo para descabezar a Bidegain y a Troxler. Ese motivo se lo había entregado la torpeza, la soberbia, el desdén absoluto por la política de masas de Gorriarán Merlo.

El error de Gorriarán hará posible (o acelerará) el asesinato de Troxler. En tanto era jefe de Policía de la Provincia estaba cubierto. Al menos no había recibido la bofetada histórica que Perón habrá de pegarles a él y a Bidegain, poniéndose para la ocasión y por primera vez el uniforme de teniente general. Troxler, con la desautorización de Perón, que lo acusa de “desaprensión” ante los “grupos terroristas” que vienen actuando en la provincia de Buenos Aires, queda devaluado como peronista, señalado, además, como colaborador de la guerrilla. No habrá de ser casual que la Triple A lo ponga entre los primeros lugares de sus listas. ¡Salvarse de los gorilas en José León Suárez y venir a morir a manos de los fachos del peronismo en una calle de Barracas! Pobre Troxler. Pobre país.

Colaboración especial: Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso

IV Domingo 29 de junio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

33 John William Cooke,
el peronismo que Perón no quiso



EL ATAQUE A LA GUARNICIÓN DE AZUL

La acción la emprende la Compañía Héroes de Trelew. Se supone que quieren robar armamentos y municiones. El resultado es que matan al centinela de guardia, el soldado Daniel González (*un soldado, un perejil que posiblemente estuviera haciendo la colimba*), y al coronel Camilo Gay y su esposa. Vale anotar, como detalle, que Gorriarán no tomó en cuenta que el matrimonio Gay estaba acompañado por su hija Patricia, que tenía apenas catorce años. Se suicidó el 5 de octubre de 1993. (La Pando te lo agradece, Gorriarán.) La Compañía Héroes de Trelew tomó como prisionero al teniente coronel Jorge Roberto Ibarzábal. Luego se retiraron sin haber logrado ninguno de sus objetivos. El fracaso cubrió de desprestigio a Gorriarán dentro de la organización. Lo sacaron del Estado Mayor y jamás llegó al grado de comandante. En cuanto al coronel Ibarzábal, el ERP lo tuvo preso diez meses y luego lo asesinó. ¿O vamos a hablar de justicia popular? ¿Consultaron con, al menos, algún sector del pueblo para ultimar a Ibarzábal? Hoy, desde luego, es una bandera de la derecha de los dos demonios. El sábado 21 de junio apareció en *La Nación* una carta de una hija o algún cercano pariente de Ibarzábal. Yo no leo *La Nación* porque los artículos de Morales Solá tienen un odio tan desmedido, casi irracional, que me resultan intolerables. Además, me resulta intolerable una distorsión tan belicosa de la verdad que alienta un proto-golpismo evidente. Sin embargo, al tratar el tema del ataque a la Guarnición de Azul (que, quiero ser insistentemente claro, me parece un hecho abominable que, en buena medida, determina el asesinato de Troxler al facilitarle a Perón destituirlo como jefe de Policía de la Provincia y dejarlo al descubierto) me acercaron la carta de esta señora. Su fin es claro: detener los juicios de lesa humanidad o incluir en ellos a los muertos por la guerrilla. La señora es hábil. Acaso sepa que cuando se habla de “derechos humanos” se menciona a las víctimas del terrorismo estatal. Para eso, en todo el mundo, se han creado los “derechos humanos”: para defender al ciudadano, inmerso en el Leviatán estatal, de los posibles crímenes de éste. Para juzgar los delitos cometidos por grupos civiles está el propio Estado. Los miembros de la institución estatal no necesitan organismos de derechos humanos pues son miembros del Estado y es éste el que debe protegerlos. El problema es cuando el propio Estado se convierte en una máquina de matar, como ocurrió en la Argentina. Ibarzábal fue una víctima de un grupo civil que empuñó las armas. Las organizaciones de derechos humanos se encargan de la defensa y justicia de todos aquellos asesinados por el terrorismo estatal. No obstante, la señora Ibarzábal —pareciera conocer este tema— se maneja con habilidad pues le exige coherencia a la Presidenta en nombre de “todas las víctimas” de la Argentina. El caso de Ibarzábal es ideal para este tipo de reclamo. La derecha puede justificar *todo* desde ahí. O, sin duda, intenta hacerlo. ¿Para qué se lo tuvo prisionero diez meses? ¿Por qué luego de un tiempo tan prolongado se lo ultimó? Este trabajo que desarrollamos buscará ahondar en el tema de la violencia (*Teoría de la violencia: levantar la mano sobre el otro*, y tomará como punto de partida la polémica que desató la carta de Oscar del Barco), pero no es el momento de hacerlo. Reproduzco la carta de la señora Ibarzábal para que se juzgue cuán funcional es a la derecha, que buscará, siempre, identificar los muertos por el terror estatal con los muertos por la guerrilla. La carta dice así:

“Memoria. Señor Director: “Escuché con atención el discurso de la Presidenta el 17/6, en conmemoración de las víctimas del bombardeo a la Plaza de Mayo, en 1955. “En él hizo referencia al ‘recuerdo que todos los argentinos deberíamos tener de todas las víctimas en la Argentina’. En su alocución mencionó: víctimas del bombardeo de 1955, víctimas de la Guerra de las Malvinas, víctimas del proceso militar de 1976.

“Pero omitió hablar sobre las víctimas del terrorismo de la Argentina. Es decir que la Presidenta se olvidó de las víctimas de Montoneros, ERP y afines.

“Respecto de su permanente reclamo de memoria en la mayoría de sus discursos, como ciudadana me ofrezco a colaborar en el ejercicio de aquella, para que incorpore en su agenda toda la temática que este capítulo de la historia merece.

“Señora Presidenta: nosotros, las víctimas del terrorismo de la Argentina, también sufrimos la intolerancia. También añoramos vivir en democracia.”

Silvia Ibarzábal

BAJATE, TROXLER

Perón actúa con reflejos rápidos. Habla por la cadena nacional de radiodifusión. Y por primera vez se pone el opulento uniforme de teniente general del Ejército. (En una medida no desdeñable, sino de peso, verdadera, había regresado para eso. Para humillar a quienes lo degradaron. Para que fueran éstos quienes tuvieran que ponerle de nuevo los oropeles de militar con los que quería morir.) O sea, el que le habla a la ciudadana es un militar indignado. El que habla es un militar que

comparte la desgracia de sus compañeros. Un militar que habrá de condenar con extrema dureza los acontecimientos producidos. Un militar malhumorado, poseído por una indignación temible. Un militar que dice: “Me dirijo a todos los argentinos frente al bochornoso hecho que acaba de ocurrir en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Azul, en el Regimiento de Tiradores Blindados C-10, donde una partida de asaltantes terroristas realizara un golpe de mano, mediante el cual asesinaron al jefe de la unidad, coronel don Camilo Gay, y a su señora esposa, y luego de matar alevosamente a soldados y herir a un oficial y suboficial, huyeron llevando como rehén al teniente coronel Ibarzábal.

“Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades. El Gobierno del Pueblo, respetuoso de la Constitución y la ley, hasta hoy ha venido observando una conducta retenida frente a esos desbordes guerrilleros que nada puede justificar en la situación que vive la República.”

Hay una frase letal para el gobierno de Bidegain y para Troxler, como jefe de policía. Perón dice: “Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades”. Se acabó. Bidegain viaja a Buenos Aires, se entrevista con Perón y renuncia. Lo ponen a Calabró. La Provincia queda en manos de la derecha. Troxler queda a la deriva. Queda marcado. Es casi el primero de la lista. O uno de ellos.

Empieza a trabajar en la Facultad de Derecho. Pero luego de la muerte de Perón, el accionar de la Triple A se desboca. Ya veremos la responsabilidad de Perón en estas cuestiones. Como sea, a Alberto Villar lo pone él como jefe de Policía. Y Rodolfo Almirón era parte íntima de su custodia. López Rega, su secretario privado. A su muerte es que los asesinatos empiezan a sucederse ininterrumpidamente. La maquinaria que se armó bajo su mirada empieza a actuar con un vértigo imparables. Así, el 20 de septiembre de 1974 (fecha que debe unirse en la historia del peronismo, si queremos asumir toda su complejidad, con la del 9 de junio de 1955), desde un Peugeot negro se llevan a Julio Troxler. El Peugeot se detiene en el Pasaje Coronel Rico, en Barracas. ¿Qué habrá sentido, que habrá sufrido o alucinado Troxler? ¿Cómo? ¿Otra vez esto? Si yo me salvé. Si los gorilas de Aramburu no me mataron. Pero éstos dicen que no son gorilas, dicen que son peronistas y que yo soy un traidor, un zurdo de mierda. O no, por ahí Julio la tenía bien clara: éstos son fachos, son bien fachos, porque el peronismo es facho y nunca lo quisi-mos ver. Porque el Viejo es facho. Por eso se vistió de milico para tirarlo a Bidegain y bajarme a mí. Hicimos bien con Walsh y con Cedrón en no nombrarlo al final de *Operación Masacre*. Mirá vos, va a tener que escribir otro libro Walsh. Otro *Operación Masacre*. Porque estos fachos ahora me dicen que después de mí van a liquidar a Sandler, porque rima con Troxler, a Ortega Peña, Curuchet, Atilio López, Silvio Frondizi, Sueldo, Bidegain, Cámpora, Laguzzi, Betanín, Villanueva, Caride, Taiana, Añón, Arrostito. Qué masacre van a hacer. Y el Viejo ya no los puede parar. Se murió el Viejo. ¿Por qué no los paró antes? ¿O estaba ciego, o boludo? ¿O no veía lo que estos tipos estaban preparando? ¿Para qué mierda lo trajimos al Viejo? ¿Para esto?

Le atan las manos a la espalda. Llegan a una calle que limita con un terraplén ferroviario. Están en Barracas. Estos te matan a la luz del día. No les importa nada. Los gorilas te mataban de noche. En un basural. Estos, así nomás. Hay que tener libre el territorio para hacer estas cosas. Bien libre. Carajo, mirá cómo venngo a terminar. Yo, que me salvé de los gorilas. Que me les fui de las manos esa noche, en José León Suárez. Salvarse así y venir ahora a morir contra ese paredón. Asesinado por fachos peronistas. Por fachos que el Viejo, desde el mismísimo día de Ezeiza, cubrió, les dio manija, les dio sus mejores jefes, Villar, Margaride, ese hijo de puta de López Rega. Carajo, qué puta suerte, venir a morir así. Como un perro.

—Bajate.

Troxler se baja y le dicen que camine hacia adelante. La calle por la que camina se llama Suárez. Se acabó todo. Esta vez, sí. Los fachos, por fin, me alcanzaron. Porque éstos no son peronistas. Son fachos. Igual que los gorilas de José León Suárez. Fachos todos. Pero si los gorilas son fachos. Si éstos son fachos, nos equivocamos fiero, irlandés. Todo el país es facho. Lo borra una ráfaga de ametralladora.

El que muy posiblemente haya dirigido el operativo se llama Rodolfo Almirón. Un subcomisario de la Policía Federal. En 1974, el año en que asesina a Troxler, había custodiado al General hasta la muerte. Hay una foto clarita, clarita. Se lo ve a Almirón, de bigotazos negros, mirando hacia un costado, atento, no vaya a ser que algún zurdo quiera matar al General. Y delante de él se lo ve al General. Hay mucha más gente en la foto. También están, desde luego, Isabel y López Rega. Perón se ve malhumorado. La foto es en blanco y negro, bien de la época. Almirón, tenso, va detrás del General. Pero cerca. Uno diría *demasiado* cerca.

JOHN WILLIAM COOKE,

DELEGADO DE PERÓN

Cooke es una de las figuras más enigmáticas del peronismo. Fogoso diputado, es el que no se calla una en esa Cámara, el que se opone a la visita de Milton Eisenhower, el que apoya con fervor militante y revolucionario la clausura de *La Prensa* (para un *revolucionario* no hay nada más coherente que cerrar un diario burgués: para eso es un revolucionario, las revoluciones no son democráticas), se opone al Contrato con la California y logra que ese Contrato no se firme (*Nota*: Bajo el Gobierno de Perón el Contrato con una empresa del Imperio desató un escándalo institucional, después se firmaron a montones y nadie se opuso seriamente, se había perdido el carácter *nacional* que tenía el gobierno de Perón pese a sus aflojadas) y no hay medida nacional, popular, de carácter irritativo para las clases dominantes que no cuente con su apoyo. Era querido por los peronistas, era joven y los veteranos le decían el “Bebe” Cooke. Este apodo se lo seguirán dando, pero jamás para los que siguieron su línea, para los siguieron su obra no fue el “Bebe”



Cooke, sino John William Cooke, el tipo que inventó la izquierda peronista.

Cuando el gobierno peronista se derrumba, en 1955, Perón lo nombra al frente del Partido Justicialista, una medida más que apropiada a causa de los momentos de claudicaciones, rajes varios y terrores de cuanto burócrata y adulón formaba parte del movimiento, que sumaban muchos y a los que Perón había permitido crecer. De aquí que la medida de poner a Cooke fuera correcta, pero tardía. Del modo que sea, siempre me sorprendió esta medida porque iba más allá de lo que el líder —en la intimidad de su conciencia, si es que alguien alguna vez supo qué había ahí: Perón era impenetrable— estaba dispuesto a ofrecer en términos de lucha. La lucha no se produce, pero —aun así— Perón, ya desde el exilio, insiste en mantener la conducción de Cooke y redacta un documento por el cual delega en el joven dirigente toda posible representación. Es uno de los documentos más sobreinterpretables del peronismo: “Al Dr. D. John William Cooke, Buenos Aires.

“Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En ese concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.

“En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías.

“En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke el mando del Movimiento.

“En Caracas, a los 2 días de noviembre de 1956.

Perón.

Perón se murió en el peor momento para él y para el país. En 1974 ya estaba manchado por las acciones parapoliciales en Córdoba, por su reflotamiento de toda la legislación antirrepresiva, por el nombramiento de un matarife como Alberto

Villar al frente de la Policía, por su terrible amonestación a los diputados de la JP y, para no seguir, por dejar a Isabel y a López Rega como herederos. Este último aspecto es ilevantable. No tiene perdón. El anciano líder (como suele decirse) sabía más que bien que sus días estaban contados. Los doctores Cossio y Taina se lo habían dicho, aunque se emitiera un documento público que lo negaba. Lo sabía: moriría pronto. ¿Cómo no hace un cambio? ¿Cómo le deja el país a Isabel Martínez que —él lo sabe mejor que nadie— es arcilla fácil en manos de López Rega, el fanático impulsor de la Triple A? ¿Cómo le deja el país a un asesino? ¿Ignora que dejarle el país al sanguinario Loppecito es dejárselo a los escuadrones de la muerte? Nadie tiene una explicación para esto. Se lo dice de puertas adentro. Pero se acabaron las “puertas adentro”. Ha pasado demasiado tiempo y ya nada puede no problematizarse. Se muere en el momento en que peor queda su imagen. En el momento en que sus herederos son una tonta sin formación de nada y un matarife que estará dispuesto a hacer la manzana, a lanzar a la calle a los escuadrones de la muerte, a “hacer la tarea”, según dirá notablemente Mariano Grondona, que avallará al asesino desde su revista *Carta Política*.

Supongamos que Perón muere en 1964, volviendo al país, siendo detenido por la Cancillería de Illia, el Gobierno brasileño y la Embajada de Estados Unidos en El Galeao. Muere como un héroe. Como un líder que regresa a su país a luchar, a enfrentar la historia, a que lo arresten (algo que desencadenaría una pueblada genuina, poderosa) o a ponerse al frente del Movimiento para presentarse en elecciones democráticas. Pero, ¡he aquí lo impensable! Supongamos que se muere en Caracas, el 3 de noviembre de 1956, luego de haberle cedido todos sus derechos a Cooke. Luego de haber dicho: “*Su decisión será mi decisión y su palabra la mía*”. Luego de haber dicho: “*En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke el mando del Movimiento*”.

Cooke asume la conducción del Movimiento. La Resistencia no demora en convertirse en lucha abierta para la toma del poder. Cooke extrema la lucha. El Movimiento ya no pendulea. Elige ser la extrema izquierda que Cooke luego propondría al General. En 1959, Cooke viaja a Cuba y establece una férrea unión con el castrismo. Regresa con el aval de Fidel. La burocracia partidaria y el sindicalismo pactista se le resisten. Cooke moviliza a las masas. Les exige que abandonen las ilusiones de Estado de Bienestar. Ya no hay Estado de Bienestar. Ahora hay que luchar para conquistarlo. Todo esto es impensable. Estamos en plena *Ucronía*: ¿*Qué habría ocurrido en la historia si no hubiera ocurrido lo que ocurrió?* Pero volvamos al tema que intentamos sugerir: ¿cómo lo dejaba a Perón este final? Como el líder que había delegado el mando en un combativo que (Perón no lo ignoraba) llevaría al Movimiento a la lucha por la verdadera toma del poder, por el socialismo, por la unión con otros movimientos libertarios de América o con los que pudieran surgir (en 1956 el castrismo no existía), ese líder quedaba en la Historia como el hombre combativo que, lejos del que rehuyó la lucha en el '55, la reiniciaba (advirtiendo que no había otro camino) en el '56 por medio del más fogoso de sus cuadros políticos. La otra posibilidad es la que más sencillamente habría podido darse: que Perón muriera sin volver. Es la más sencilla. No necesita una coyuntura especial. Ni ser detenido en El Galeao. Ni haber designado a un combativo en su reemplazo. No, quedarse allá en Puerta de Hierro. Morirse ahí, en Puerta de Hierro, custodiado por esos dos monstruos que no habríamos llegado a conocer, Isabel y Loppecito. Morirse en la lejanía, morirse sin quebrar el mito, sin matarlo. Desde este punto de vista —se sabe— la jugada de Lanusse habría logrado un triunfo perfecto. Lo obligaron a volver y las contradicciones de todos los demonios que había desatado lo liquidaron en pocos meses. Volver, para Perón, fue una catástrofe. Y otra para el país. El país podría, al menos, haber conservado un símbolo, un mito, un hombre anhelado por el pueblo que la injusticia del régimen impidió volver. Es cierto que el peronismo sigue vivo y que a los peronistas les repugna, les desagrada y les da mucho miedo meterse con las aristas del Perón del regreso. Ahí está esa pintada. Se pintó no bien la Justicia decidió ocuparse de la Triple A: “No jodan con Perón”. La pintada ya admite que empezar por Rodolfo Almirón, asesino de Troxler y Silvio Frondizi y Ortega Peña, no puede terminar más que, primero, en López Rega y, después, en Perón. Por eso apenas lo arrestan a Almirón aparece esa pintada, la de no joder con Perón. Es una amenaza, claro. ¿Qué van a hacer? ¿Una Triple A para amenazar a los jueces que lleven la causa de Almirón y no sepan dónde detenerse, no puedan hacerlo y lleguen hasta las mismas puertas del dormitorio de Perón? Veremos cómo sigue esto.

Pero volvamos a 1956. Se forma la Resistencia Peronista. Perón pone a su frente al más combativo de sus cuadros. ¿Sabemos bien quién es John William Cooke? Vean, somos muchos los que queremos a Cooke. De toda esta historia llena de sonido y de furia son muy pocos los que habrán de salir sin mácula, sin errores graves, con una moral incuestionable, con una pasión verdadera, sin haber transado nunca, con las ideas intactas, con la vida puesta en las propias creencias y con la



vida en riesgo permanente por ellas. Uno de esos excepcionales tipos (un tipo del valor moral, de la estatura militante, de la pureza Julio Troxler) es John William Cooke, el Bebe Cooke, el Gordo Cooke. Detengámonos en él.

HABLEMOS DE JOHN WILLIAM COOKE

Cooke nace en La Plata el 14 de noviembre de 1919. De origen irlandés como Rodolfo Walsh, es el primer hijo de Jauna Isaac Cooke, abogado y dirigente radical. Sigo para esta biografía la entrada que le dedica Horacio Tarcus en su *Diccionario de la izquierda argentina*. La entrada es larga, dilatada, de las más extensas del *Diccionario*. Bien, Tarcus: Cooke fue uno de los más grandes militantes de la izquierda argentina. Y fue peronista porque veía en el movimiento político creado por Juan Perón la *sustancia*, hablando en lenguaje hegeliano, por medio de la cual se desarrollaba la dialéctica histórica, en la cual Cooke creía fervientemente. Casi podríamos decir que Cooke veía en el peronismo la materia prima de la Historia Argentina cuyo necesario e inmanente desarrollo dialéctico llevaría a las masas al poder. El régimen estaba condenado. Aunque, en una de sus frases más célebres y contundentes, habrá de decir: “*Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo*”. John está habituado a las discusiones políticas desde su infancia: su padre fue funcionario del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. “Se afilia a la Unión Cívica Radical y participa en la agrupación antifascista y analfadófila Acción Argentina, frente integrado por figuras del socialismo, el radicalismo, el liberalismo, y el conservadurismo. Cooke percibe inicialmente el golpe de junio de 1943 como otro cuartelazo, pero su actitud cambia cuando el coronel Perón asciende posiciones en el nuevo régimen” (Horacio Tarcus (director). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976), Emecé, 2007, Buenos Aires, p. 148. Insisto en lo valioso de esta obra. Hay ausencias y hay algunas presencias que apestan. Pero es un trabajo sólido. Un gran trabajo de equipo. Una herramienta que los ensayistas precisábamos). Observamos por qué Cooke es Cooke: no se deja arrastrar por toda esa alharaca del nazismo de Perón. Ve enseguida en él al líder obrerista. Lo diferencia de los otros milicos del GOU. Perón viene a otra cosa. El padre de Cooke es designado ministro de Relaciones Exteriores desde agosto de 1945 a junio de 1946. Se convierte en un fiero contrincante de Spruille Braden. Cooke está a su lado, y ahí aprende a resistir a las presiones de los Estados Unidos. Estas presiones han seguido ininterrumpidamente. (¿Alguien cree que, hoy, en estos días dramáticos y repugnantemente reaccionarios, en esta fiesta de la oligarquía respaldada por una clase media chillona y atildada en su vestimenta y en sus elementos estridentes de cocina, no se encuentra la mismísima Embajada de los Estados Unidos?) Cuando Perón gana las elecciones del '46 Cooke es elegido diputado. Tiene sólo 25 años y se convierte en uno de los diputados más vehementes, más rompebolas del Congreso, porque le temen al Bebe Cooke como se le teme a la sangre joven, a las ideas frescas, a los modos nuevos, a las palabras nuevas y francas. Cooke es joven, pasional, insobornable. Hasta sus iras se desatan contra el gobierno que representa. Se opone al Acta de Chapultepec y a la Carta de las Naciones Unidas porque, como sabemos todos, fueron dos aflojadas de Perón. Bien, *Cooke las rechazó*. En 1951 lo expulsan de las listas partidarias. Está lleno de enemigos dentro del peronismo, es movimiento de alcahuetes y adulones, según, célebremente, lo definiera Perón. Se opone al Congreso de la Productividad. No quiere que las crisis del gobierno se solucionen con una mayor plusvalía de los obreros. Si no hay gaita, que la pongan los que tienen y no el esfuerzo de los trabajadores en jornadas extraordinarias. Se viene el Segundo Gobierno Peronista. Evita está enferma. Se eclipsa, agoniza. Pero lo llama.

—Oíme, Bebe, te necesito como editor del diario *Democracia*. Tenemos que tener ahí un bastión fuerte contra los contreras.

—No puedo, señora.

—¿Por qué?

—Primero, tengo una cátedra como profesor de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires.

—Pero, ¿vos me estás cargando? ¿Por un puesto de mierda en la Universidad vas a abandonar un diario? ¿Un puesto de batalla día por día, minuto a minuto? Un lugar desde donde un tipo con tu inteligencia les puede contestar sus canalladas a los contreras?

—Tengo otro proyecto también. Y éste es bueno, señora. Una revista. Como a usted le gusta. Dura, pero satírica, socarrona. Pegándoles a los contreras donde más les duele. Se va a llamar *De Frente* y la dirijo yo.

—Dale. Pero recordá algo. Los gorilas no son sólo ruines y pancistas. También son crueles. No te caigas, porque te patean.

—No me voy a caer, señora.

En *De Frente*, Cooke no sólo se la agarra con la oligarquía, también “critica a los sectores burocráticos del sindicalismo y algunas medidas del gobierno, como la firma del contrato con la empresa norteamericana Standard Oil de California, transformándose en una figura destacada en la línea más radical de dentro del peronismo. *Es la primera persona a la cual Perón convoca después de los bombardeos aéreos de 1955, ofreciéndole un puesto como secretario de Asuntos Técnicos*. Cooke rechaza sosteniendo que ‘no es tiempo de la técnica sino de la política’ y es nombrado interventor del Partido Peronista en la Capital Federal, encontrándose con una estructura corrupta y burocrática” (Tarcus, *Ibid.*, 148).

FENOMENOLOGÍA DEL BURÓCRATA: LA ANTÍTESIS DE COOKE

¿Qué pelotas tenía Cooke para rechazarle puestos a Perón! El rechazo de la Secretaría de Asuntos Técnicos es ejemplar. Ésa es la estampa de un militante. “No es tiempo de la técnica sino de la política.” Pero no bien es nombrado interventor del Partido Peronista en la Capital, Cooke habrá de toparse una vez más con un adversario del que jamás se libraría: la burocracia peronista, que terminó por ser, a lo largo de los años, sin más, el peronismo. Pero en la época de Cooke esta batalla no estaba saldada y él estaba dispuesto a dar la lucha. Fijemos un punto: ¿qué es un burócrata? (Y ojo: burócratas no sólo hay en el peronismo, están por todas partes.) Evita decía que era un nombre dispuesto a servir de su puesto y no ponerse al servicio de él. Eso es, sí. Pero también es un traidor. Es un tipo que está para negociar. Y se negocia para ganar dinero. Hablemos, yo le doy esto, ¿qué me da usted? El burócrata tiene una visión financiera de la política. Lo que tiene, lo que logró, el cargo del que se ha adueñado lo hace sentir superior a los hombres del pueblo. Desde ahí puede hacer negocios. Un burócrata es un tipo al que la política sólo le interesa en tanto mantenga el statu quo. Porque él lo es. Si nada cambia, yo estoy aquí para siempre. Y si algo cambia, será para que yo trepe. Es un tipo que se la creyó. Que tiene muchas secretarías. Que hace sentir a los demás que es inaccesible. Que hace negocios en los mejores restaurantes de la ciudad y con los mejores vinos. Que tiene una familia para la formalidad tediosa de los actos públicos, pero se divierte desatinando sábanas con las mejores minas que sus subalternos le consiguen. Hace del sexo una fanfarronada constante. Cuenta sus hazañas en las mesas de la burocracia y las calla en las de los negocios serios. No es de buen gusto hablar de polvos clandestinos con los altos jefes del Chase Manhattan Bank. Sabe contar chistes. Sabe cantar tangos. O le gustan mucho. Idolatra a Perón. Adora a Evita. Él es el peronismo. El verdadero. Esos pibes que en el pasado quisieron llevarlo a la izquierda no entendieron al pueblo. El pueblo peronista ama a los hombres como él. Siempre es fanático de algún club de fútbol. En su oficina tiene la foto de Perón, de Evita y la de algún crack del club de sus amores. Se lo puede ver con alguna puta de lujo, de alta jerarquía, pero nadie dirá nada a su familia. Además, si la boluda de su mujer se entera, no hay drama. Porque —aunque se piense lo contrario— no es boluda y sabe que lo que tiene lo tiene gracias a los choreos de su marido, de modo que si quiere ponerla en

otro lado y no en el lecho conyugal que lo haga nomás. Ella tiene bastante con el coche carísimo que le compró, con la casa, con los hijos, con las cenas a las que la lleva, con el infinito, orgásmico placer de conocer al Presidente, con enviar a los chicos a buenos colegios. El burócrata bromea con su secretaria y de tanto en tanto le toca el culo, porque él es así: jodón. La secretaria se le hace la púdica y dice: “Ay, señor Argañaraz, qué cosas tiene usted”. El burócrata la pasa bien. Total, mientras dure hay que aprovechar y forrarse bien por si después la cosa se complica y alguien le pide cuentas. Ahí, un buen abogado y a otra cosa. “No jodamos, muchachos. ¿A mí me van a joder? Miren que si yo hablo se caen por lo menos cincuenta, por lo menos, digo, ¿está claro?, cincuenta, ochenta, ¿quieren la lista?” Es que el aparato es el aparato. El corleionismo es el corleionismo. Y el periodismo entra en la cosa también. “O nos dan la Planta de Pico Ladeado o seguimos puteando contra ustedes durante toda la eternidad.”

Contra todo esto, en una época en que aún el menemismo no las había llevado al extremo de la indecencia apocalíptica, estaba Cooke. Quien, antes del golpe del '55 visita sindicatos y unidades básicas en un intento ganar apoyo para su estrategia de movilización integral y resistencia armada. Esta política crea una fuerte oposición entre los militares y la dirigencia peronista, “*que solicitan su detención antes del golpe de Estado de septiembre de 1955*” (Tarcus, *Ibid.*, p. 148/149). Cooke coincide con Milcíades en que la resistencia popular era posible y en que había que armar a las masas. Todo parece indicar que no se encontraron. Lástima. Se habrían potenciado. Lo de Cooke, en el '55, fracasa, pero su recurrencia a las armas se encarnará en las actividades desarrolladas durante la resistencia a los regímenes militares en la segunda mitad de los años '50 y los '60” (Tarcus, *Ibid.*, p. 149). Pero hay que aclarar algo: *Cooke, en 1955, quiere armar a las masas*. Quiere recurrir a la violencia pero con las masas como protagonista. No busca el grupo guerrillero que habrá de surgir de la equivocada y fatal teoría del foco guerrillero guevariano y el poder galvanizador de la guerrilla. Cooke tiene a las masas peronistas. Milcíades también. Y cuando, en el '55, buscan armas esas armas no son para ellos. Son para crear milicias obreras. No son jóvenes de clase media dispuestos a salvar a la clase obrera. *Trabajan con la materia prima de la clase obrera*. Este punto es fundamental. Si lo enuncio aquí es porque este ensayo, esta novela teórica, no es lineal, según ha sido exhaustivamente comprobado, y el lugar para diferenciar un intento armado de un grupo burgués que dice representar a la clase obrera y un militante de años como Cooke, y otro como Milcíades, que piden armas porque saben que los obreros están en condiciones de agarrarlas y defender a un régimen *más allá de su líder*, el cual, ante esa defensa, masiva, proletaria, genuinamente peronista, podría regresar y ser la bandera que la resistencia armada requería convocar a la clase obrera, a los sindicalizados, que superarían a sus conducciones burocráticas o que contarían con ellas porque las mismas verían que sólo podrían sobrevivir al costo de sumarse a la lucha.

Lo notable aquí era que Perón —en un gesto notable y que expresa su decisión de pelear, aunque él esté lejos— decide que el único dirigente capaz de conducir la hosca, dura, lucha que se avecina es el Gordo Cooke, por una razón muy sensible: era el más bravo, el más fiel, el más combativo y el que nunca haría lo que ya estaban haciendo la mayoría de los canallas del peronismo: hablar con los de la Libertadora, acomodarse dentro de las estructuras del nuevo régimen, mostrar buenos modales, negociar, conciliar, porque estos Libertadores vinieron para quedarse, se decían. El ejemplo más patético y público de esta conducta fue el marino Teisaire, vicepresidente de la República, que se puso a hablar hasta por los codos. Yo era niño, iba al cine, aparecía el noticiero y aparecía Teisaire y hablaba pestes del movimiento al que pertenecía. Sólo consiguió que el humor popular le pusiera un nombre inolvidable: “El cantor de las cosas nuestras”.

Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

John William Cooke,
el peronismo que
Perón no quiso (II)

IV Domingo 6 de julio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

34 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (II)



EL ENANO PERONISTA DEL CHE

PARTIDO Y MOVIMIENTO

Tempranamente empieza Cooke a recibir señales de Frondizi tendientes a un acuerdo con el peronismo. “Cooke no tenía ilusiones políticas respecto a Frondizi y dudaba especialmente de sus promesas nacionalistas, aunque al parecer creía, al mismo tiempo, que un acuerdo podía dar un respiro al movimiento peronista en un contexto fuertemente represivo. Viaja a Caracas para obtener la palabra final de Perón sobre el asunto y en febrero de 1958 es el signatario del pacto secreto celebrado con Perón, Frondizi y Rogelio Frigerio” (Tarcus, *Ibid.*, p. 149. Cursivas mías. Será correcto mencionar aquí que el excelente trabajo sobre Cooke del *Diccionario* de Tarcus corresponde a su colaboradora Victoria Basualdo). Con la elección de Frondizi, muchos peronistas de la “línea blanda”, de esos que durante la época combativa solían ser llamados “dialoguistas”, “pactistas” o “conciliadores” (el concepto de “burocracia pactista” es importante en Cooke y será uno de los que con más intensidad se apropiará la JP) se adueñan de posiciones de poder dentro del Movimiento. Coherentemente, intentan desplazar “a Cooke y a los sectores más radicales del peronismo. Perón reacciona frente a esta confrontación garantizando la autonomía de los diferentes grupos, lo que debilita la posición de Cooke y su puesto de jefe de la División Operaciones (...). Cooke intenta fortalecer la tendencia revolucionaria buscando convocar a trabajadores y miembros de la ‘línea dura’ del movimiento” (Tarcus, *Ibid.*, p. 149).

Tenemos planteadas ya las diferencias fundamentales entre Perón y Cooke, antes aun de haber analizado la *Correspondencia* que mantuvieron. En la distinta respuesta a esta situación está todo. Perón tiene una concepción *sumatoria* de la política. Hay que sumar fuerzas. Cuantos más seamos, más fuertes somos. Pero no somos todos iguales ni pensamos lo mismo, se le podría decir al conductor y, de hecho, Cooke se lo dirá varias veces. Pero Perón suplanta la ideología por la conducción. En el peronismo —dirá una y otra vez— en cuanto a ideología tiene que haber de todo. *No importa la ideología de los que se incorporan, lo que une a todos es la conducción del líder.* Hay aquí un núcleo poderoso de la personalidad y del estilo de conducción de Perón que funcionó siempre... hasta el 20 de junio de 1974. Ahí se produjo la gran sorpresa hasta para el propio Perón que, además, estaba físicamente deteriorado para resolverla. Pero el pensamiento de Perón radicaba en la posibilidad del conductor de conducir a todos. La unificación *no la daba la ideología, la daba la conducción.* “¿Usted es fascista, usted es zurdo?, entren los dos. Pero si acatan mi conducción.” Es un pensamiento militar. Importa más la disposición de las fuerzas que el pensamiento que las mueve. Además, *las fuerzas no tienen por qué pensar.* Tienen que acatar a la conducción. Es cierto que Perón decía esas cosas que solía decir: que hasta el último que es conducido tiene un papel en la conducción. O ese otro célebre macanazo: que todos llevan en su mochila el bastón de mariscal. Para Cooke, todo es distinto. *Cooke es un ideólogo.* Cooke tiene una ideología. Es, sí, un tipo de izquierda. De una izquierda amplia. Que lleva adelante el pacto con Frondizi. Que ve el papel *objetivamente revulsivo* que tiene la figura de Perón en las masas, no sólo argentinas sino latinoamericanas. Pero, para Cooke, un fascista es un fascista. Y la política no es el arte de *sumar a todos.* *Es el arte de sumar a los propios.* De lo contrario, lo que se organiza es una mermelada, ese gigante invertebrado que siempre fue el peronismo. De aquí la actitud diferenciada que ambos tienen ante la inclusión de los “blandos”, de los “dialoguistas” en el Movimiento. Cooke no los quiere. Se dan vuelta en cualquier momento. Un “blando” es un tipo siempre preparado para la traición. El “dialoguista” también. Tanto dialoga, que al final lo convencen los otros y traiciona. Sucede que Cooke no se ve a sí mismo como un gran conductor estratégico que puede “conducir el desorden”, como se jactaba Perón. No se creía “el Padre Eterno”. *Para Cooke, la conducción era la praxis más la teoría revolucionaria o la teoría revolucionaria más la praxis.* Perón impulsó una teoría para el peronismo. La teoría la hacía él. Plasmó, dibujó una doctrina adecuada a un movimiento. Un movimiento es un concepto tan amplio que en él entra todo. *Porque el peronismo es un “movimiento” resulta posible que los peronistas de la Triple A asesinen al peronista Troxler.* No es —hablando con precisión— eso que la izquierda llama un movimiento “policlasista”. Desde luego que es “policlasista”. Tampoco vale la pena discutir qué clase tiene la hegemonía. La hegemonía la tiene Perón. Que para algunos representará a la burguesía y, por consiguiente, el peronismo será un movimiento burgués. Pero aquí hay que salir de estos venerables conceptos. El peronismo podrá representar todo lo que se quiera que represente. Pero —mirando las cosas desde el año 2008— lo que el peronismo ha terminado por representar para la clase media y para la oligarquía o para las corporaciones financieras no es la burguesía. Aunque la represente. Aunque ella haga sus negocios por medio de sus políticas. Aunque siempre esté lejos de proponerse una revolución. El

peronismo (y si no pregúntele al establishment) representa a la negrada, a los grasas, a los gordos de los sindicatos, a los gronchos y, como siempre, al mal gusto. Y ése es su peligro latente. De aquí que aunque se empeñe en hacer buena letra, nunca los Estados Unidos lo mirarán con buena cara. El peronismo es popular. O “lo popular” se empecina en ser peronista. De este hecho, la responsabilidad de la torpeza política y organizativa de la izquierda argentina es enorme. *El peronismo no tiene “la culpa” de que los obreros no sean socialistas, la culpa la tiene el socialismo.*

Perón podría reprocharle a Cooke desear *solamente* la creación de un partido revolucionario de vanguardia. Cooke le reprocharía querer fundar un movimiento de masas, un movimiento del pueblo con un líder que ejerza sobre él una conducción práctica y teórica. Se trataría, tal vez, de una discusión entre Lenin y Mao. Y mucho de ello lo veremos al analizar la *Correspondencia* que mantuvieron.

En enero de 1959 encontramos a Cooke entremezclado con la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, uno de los más altos momentos de la *Resistencia peronista*. Pero aquí es donde arremeten contra él quienes creen que es un comunista metido en el peronismo, que Perón ha confiado demasiado en él y tiene una peligrosa tendencia a hacerlo y que hay que sacárselo de encima. Los conciliadores, los dialoguistas, los macartistas (los que dicen, como Frigerio, que la huelga del Lisandro de la Torre está manejada por un sector comunista del movimiento) acorralan a Cooke y consiguen desalojarlo de los niveles de conducción y, aún más, intentan expulsarlo del peronismo. Recordemos, aquí, la fecha en que se lanza la huelga del Lisandro de la Torre: enero de 1959. Es el momento en que, gloriosamente, entran en La Habana Fidel, el Che, Raúl Castro y Camilo. Era un momento de exaltación para la izquierda latinoamericana. No sé si a Cooke le habrán importado mucho sus retrocesos en la conducción del peronismo. Su horizonte, ahora, estaba puesto en la Cuba de Castro. Quería ser parte de esa experiencia.

En efecto, los blandos, los conciliadores, lo destituyen. Pasa a la clandestinidad y, al poco tiempo, junto con su mujer, Alicia Eguren, se exilia en Cuba. “Una vez allí, profundamente impactado por la revolución que había triunfado en ese país, empieza a considerar la posibilidad de la guerra de guerrillas como un medio para resolver, a largo plazo, las contradicciones dentro del peronismo y de la sociedad argentina. Ejerce influencia sobre la primera iniciativa de guerrilla rural en la Argentina denominada *Uturuncos*, de filiación peronista, que operó brevemente en la provincia de Tucumán hacia fines de 1959” (Tarcus, *Ibid.*, p. 150). Lleva jóvenes a Cuba para iniciarlos en las prácticas de la guerrilla, pero rechaza a los del Partido Comunista *porque sostenían una postura antifoguista.* (Que Cooke, en sus más profundos desarrollos teóricos, no avalará en modo alguno.) Se produce Bahía de Cochinos y se pone el uniforme de miliciano. Hay una foto entrañable en la que lo vemos así vestido: gordo, realmente con mucho sobrepeso, sonriendo, con su gorra, su fusil, con todo lo que tiene que tener menos pinta de combatiente. Es el Gordo Cooke de todas las encrucijadas: un tipo que nació para pensar, para discutir, para dar discursos, para escribir, no para agarrar las armas. Es la antítesis del soldado. Conmueve igual que lo haya intentado: él era así, nunca dejaba de hacer las cosas en que creía. Y en la invasión de Bahía de Cochinos había que defender a Cuba. (A propósito: la novela *Rosa de Miami*, de Eduardo Belgrano Rawson, es una joya de nuestra literatura que narra, precisamente, la invasión a Cochinos. Pocos como Belgrano son capaces de narrar —con una prosa brillante y precisa— un hecho histórico y llevarlo a los niveles del arte literario. Ya lo ha hecho con la guerra del Paraguay en su notable *Setembrada*.)

LA VIOLENCIA Y LA TEORÍA DEL FOCO

El texto mítico que produce (el que buscábamos o celosamente custodiábamos si lo habíamos conseguido) es *Informe a las bases*. Se constituye en el gran teórico del peronismo revolucionario. “Cooke es elegido de manera unánime para conducir las delegaciones de la Argentina a las Conferencias de la Tricontinental (a la que envía Guevara, desde Bolivia, su célebre texto sobre la creación de los muchos Vietnam en América latina, que estudiaremos, JPF) y OLAS en 1966 y 1967 por parte de las organizaciones miembros, en las que se considera válida la vía de la lucha armada y la guerra revolucionaria prolongada” (Tarcus, *Ibid.*, p. 150). Funda la Acción Revolucionaria Peronista. Es muy influido por el pensamiento de Guevara sobre el foco guerrillero. Algo que no está del todo definido en su pensamiento, pues si Cooke adhiere tan persistentemente al peronismo es porque considera que las masas peronistas pueden y deben ser la base de todo hecho revolucionario, lo que se opone a la teoría del foco, que parte del grupo guerrillero y del carácter galvanizador de la guerrilla. Nunca emprendió una acción guerrillera propia. Posiblemente porque no estaba físicamente preparado para tal cosa. O por alguna vacilación de tipo teórico que acaso vayamos descubriendo. Pero no es correcto hablar de un Cooke foquista. Cooke, por el contrario, es el ide-



ólogo del peronismo revolucionario porque es el ideólogo del *entrismo* en las masas. Seamos peronistas porque las masas lo son y debemos llevarlas hacia la lucha por la liberación nacional. No dejó, además, de usar nunca estos conceptos: liberación nacional. Encontraba en el peronismo “lo nacional” y no quería perderlo.

Muere de cáncer el 19 de septiembre de 1968. Tenía 48 años de edad. Un enorme signo de interrogación se abre aquí. ¿Qué habría hecho Cooke ante el regreso de Perón? ¿Qué habría hecho Cooke después de Ezeiza? ¿Se habría unido a los Montoneros? ¿Se habría unido al ERP, posibilidad nada desdeñable? ¿Habría creado una organización propia? ¿Habría sacado una revista, como hizo Ortega Peña con *Militancia*? ¿Habría, antes, aceptado las negociaciones con Lanusse, la salida electoral? ¿Y si su jefatura, su poder como figura mítica del peronismo, se imponía sobre la de Firmenich y la Galimberti, cuando



desarrollar esta concepción ante el escozor que me producía el iluminismo de grupos armados como el ERP (al que la relación con las masas no le importaba en modo alguno) y las posibilidades de Montoneros de seguir en la lucha armada una vez instalado el gobierno democrático peronista. Esta posibilidad, atinadamente, Montoneros la había declinado ante el triunfo electoral, un triunfo por el que mucho había hecho, ya que la campaña la llevó adelante la Tendencia, los muchachos de la Patria Socialista. Cito el texto: “Desde que Lenin, en ‘Qué hacer’, citó a Kautsky y aceptó aquello de que la conciencia socialista debía ser introducida como ‘elemento externo’ en la clase obrera, la cuestión se ha vuelto a plantear una y otra vez: ¿cuáles son las relaciones entre la teoría revolucionaria y las masas? Rosa Luxemburgo, oponiéndose a las tesis de Lenin, no tuvo dudas: la teoría revolucionaria estará determinada por el movimiento espontáneo de las masas. Para Althusser, sin embargo, éste es un típico error teórico ‘izquierdista’. Aquí va: ‘La ciencia marxista-leninista (...) no podía ser el producto espontáneo de la práctica del proletariado: ha sido producida por la práctica de intelectuales que poseían una alta cultura, Marx, Engels, Lenin, y fue aportada ‘desde afuera’ a la práctica proletaria, a la que modificó de inmediato al transformarla profundamente” (Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Pasado y Presente, Córdoba, 1968, p. 38) (...) Lo que aquí está en juego, y lo que realmente hay que definir, es el concepto de *vanguardia*. Si bien es cierto que la auténtica conciencia revolucionaria es aquella que puede conectar las luchas parciales con una estrategia global de poder, no lo es menos que esa conciencia no puede ser patrimonio de un grupo de elegidos consagrados a introducirla como “elemento externo” en las masas. Acabarían, fatalmente, condenados a generar una conciencia abstracta y suprahistórica, una especie de burocratismo iluminista. Y Cooke no dejó de ver claro en esto: “La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas” (Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 42). La vanguardia revolucionaria, en suma, nada tiene que ver con los grupos minoritarios de científicos de la revolución consagrados a elaborar teorías sin pueblo... (J. P. F., *Cooke, peronismo e historia*, revista *Envido*, marzo de 1973, Buenos Aires, N° 8, p. 23). Y luego citábamos otro texto en el que Cooke decía que no era posible conocimiento alguno exterior a la práctica de las masas. Que el conocimiento revolucionario es la experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico. Estas cosas las publicábamos en *Envido* en marzo de 1973. Firmenich leía nuestra revista, pues días después la pidió para la organización. (Nota: Los que nos opusimos a tomar esta medida —reclamando la libertad que la revista siempre había tenido— perdimos la partida. Pero sólo un número más salió de *Envido* y al supremo jefe no le agradó. *Envido* no era proclive a la violencia y menos aún luego del triunfo del 11 de marzo. Además, nunca adhirió a la teoría del foco, por considerarla ajena a la experiencia de masas del peronismo.)

LA VIOLENCIA Y LAS MASAS

O sea, la idea central que da origen al nacimiento de la izquierda peronista, es decir, que hay que estar *en* el peronismo porque ahí están las masas y sin las masas no hay revolución posible, sino que se genera el vanguardismo sin pueblo que termina girando en el vacío (algo que luego habrá de decirles, tarde, Rodolfo Walsh), estaba bien expuesta por todos los miembros de *Envido*. No había uno que no pensara eso y que, de una u otra manera, no lo hubiese escrito en la revista. La política de superficie de Montoneros responde a esta precisa concepción teórica. Le dura hasta el asesinato de Rucci. Ahí prescinde de las masas.

Pero el texto de Cooke que valía oro para mí y en el que me basaba para desarrollar la teoría de las masas como base de toda acción política y como único elemento que, bajo la proscripción dictatorial y ejerciendo el derecho de los pueblos a sublevarse contra la tiranía, podía justificar la violencia, era el que he citado ya en mi trabajo (lejano) de 1973: *La lucha por la liberación nacional*. Sobre él trabajaremos ahora para desarrollar los temas centrales del pensamiento de Cooke. Se comprenderá que no utilice el texto de Papiro de 1971 porque ignoro en qué encrucijada de la vida (y del terrorismo de Estado) se me extravió.

El texto célebre de Cooke que inicialmente todos empezamos a leer fue el *Informe a las bases*. Se trataba de un análisis revolucionario del regreso de Perón en 1964. Cooke desarrolla ahí sus principales puntos teóricos. Es necesario señalar que conocía muy bien la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre, libro que desarrolla de modo brillante y contundente la temática del *Grupo en fusión*. Si hay, por otra parte, un texto que no toma en cuenta el concepto de vanguardia es el de Sartre, pues todo su esfuerzo se concentra en mostrar la totalización dialéctica que va del individuo al lugar de la historia.

El texto de Cooke surge de una conferencia que dio en Córdoba a la FUC (Federación Universitaria de Córdoba) el

la Juventud Peronista se transforma en la Tendencia? ¿Y si directamente abría él el espacio del peronismo revolucionario y confluían ahí todas las corrientes de izquierda? Es impensable. Era demasiado fuerte su presencia como para que, incluyéndola, podamos no pensar que los cambios habrían sido importantes. De todos modos, cabe pensar también que se murió a tiempo. Que nada habría podido protegerlo de las bandas asesinas que se desatan después de la muerte de Perón. Que el aparato parapolicial montado en vida de su viejo líder, del hombre en el que tanto confió, al que tanto esperó y del que esperaba tanto, lo habría asesinado con tanta saña como a Troxler, como a Ortega Peña.

Pese a su experiencia cubana y pese a sus transitorios (o no) deslumbramientos con la teoría del foco insurreccional, debidos, en gran medida, a su admiración por el Comandante Guevara, el punto que más sigo admirando de Cooke es el de

la relación que establece entre la lucha (armada o no) y las masas. La violencia sólo se legitima cuando hunde sus raíces en el pueblo. Cooke es peronista porque en el peronismo encuentra la sustancia de la lucha. Y esa sustancia es para él el pueblo peronista. Si no, no habría andado tanto tiempo detrás de Perón. Si Cooke lo requiere a Perón es porque quiere una *verdadera violencia revolucionaria*. La que surge como respuesta de un pueblo en lucha contra una dictadura. Para colmo, la situación argentina era todavía más injusta: el pueblo reclamaba por un líder. Por un hombre al que había tal vez idealizado (sin duda ayudado por la maldición de los poderes ilegítimos) pero al que genuinamente quería. Con ese líder, con esas masas, no hacía falta foco guerrillero alguno y se eludían los eternos peligros de las vanguardias. En marzo de 1973, en el N° 8 de la revista *Envido*, en un artículo que llevaba por título: “Cooke, peronismo e historia”, buscaba yo

4 de diciembre de 1964. Habla del fracaso de la operación retorno: Perón, en efecto, fue detenido en el aeropuerto de El Galeao y regresado a Madrid. Ante este fracaso hay varias reacciones, varias propuestas. Cooke, al describir, las de los super-violentos lanza una de sus frases más penetrantes. Los super-violentos “proceden como poseedores de las recetas infalibles para la revolución perfecta, trazada con escuadra y tiralíneas” (John William Cooke, *La lucha por la liberación nacional*, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2007, p. 35). Si hemos de reflexionar sobre la violencia, lo mejor es hacerlo desde ya, pues esta historia es violenta de cabo a rabo y si es Cooke quien nos acerca sus reflexiones en uno de sus textos más notables, más importantes, hay que escucharlo más que a muchos, no digo más que a nadie, pero más que la mayoría de los que han desvariado en torno al tema fundamental de la condición humana: ¿hay que matar?, ¿por qué mata el hombre?, ¿hay una violencia legítima?, ¿cuáles son sus condiciones? A veces creo que el tema de este ensayo (un ensayo en torno de un movimiento político urdido por la violencia) es precisamente éste. De modo que escuchemos la voz lúcida, el pensamiento de un tipo arrasadoramente inteligente. “La no-violencia (escribe Cooke) corresponde a una manera de ser, a una modalidad intrínseca de la burocracia reformista; la violencia sin fundamentos teóricos suficientes es también una simplificación de la realidad, que supone un expediente –el de la violencia– sacado del contexto revolucionario, desvinculado de la lucha de masas, es la acción de una secta iluminada. Ambos tienen la misma falla respecto de la realidad. Uno la acata tal cual es: mide la correlación de fuerzas y como, evidentemente, el enemigo tiene la máxima concentración de fuerza material, los tanques, las armas y el dinero del imperialismo, se resigna y busca que el régimen le dé entrada con alguna porción de poder compartido; es el neoperonismo y todas las variantes de la burocracia reformista. Al mismo tiempo, violento porque sí, el que se proclama exclusivamente como ‘línea dura’ cree que esa correlación de fuerzas puede ser modificada por el mero voluntarismo de un grupo pequeño de iniciados; no aspira a un movimiento de masas en que la salida revolucionaria sea la consecuencia lógica y la dirección revolucionaria se convierta en la única posible, sino que aspira a constituirse como vanguardia del movimiento caído de la estratosfera para venir a decirle las verdades reveladas de esa revolución sin fundamento doctrinario, sin base en la realidad” (Cooke, *Ibid.*, p. 36. Cursivas mías.) Este voluntarismo es constitutivo de la vanguardia. Con la voluntad todo es posible. La voluntad revolucionaria puede vencer los escollos de la realidad, siempre débiles ante ella. La voluntad revolucionaria puede suplir el respaldo de las masas y, con su poder, convocarlo. No es azaroso que el libro de Anguita y Caparrós lleve por título *La Voluntad*. La voluntad es un concepto nietzscheano y la voluntad de poder es, para Nietzsche, aquello que permite el devenir de la vida. Para el revolucionario abstracto, iluminista, su voluntad no necesita asideros en la realidad, los crea. Su voluntad es, también, pura, es la voluntad del iluminismo revolucionario que tiene que vencer necesariamente al vil mercantilismo del mercenario. Hay una valoración moral de la voluntad. Nuestra voluntad es pura, es limpia, se rige por ideales. Nuestros enemigos son mercenarios. O soldados recogidos del pueblo que se nos unirán en el momento del combate. La voluntad, a la vez, me permite conocer la realidad y se nutre con ese conocimiento, que es, ni más ni menos, que la *teoría revolucionaria*. Cooke, por el contrario, escribe: “La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas” (Cooke, *Ibid.*, p. 38).

¿Se comprende el valor que le damos a este texto, el aura mítica que tenía para nosotros cuando sólo podíamos conseguirlo en mimeógrafo? La derecha peronista nunca lo aceptó. Amelia Podetti, brillante teórica, notable filósofa, detestaba a Cooke. Hicimos juntos en 1969 un seminario sobre los procesos de cambio en la Argentina. Amelia decía: “El teórico del peronismo

no es Cooke, es Perón”. Era la posición de los intelectuales de derecha. De los mejores cuadros de Guardia de Hierro. De los Demetrios. Se conocían de memoria *Conducción política y La comunidad organizada*. Estudiaban cada uno de los filósofos citados en este último texto. Agotadora tarea, ya que Perón no dejaba uno sin citar. La izquierda peronista les decía “el peronismo mogólico”. Cuando Perón llega (en su primer regreso y se instala en Gaspar Campos) rodean la manzana, pasan la noche ahí, custodiándola, y cuando sale el sol cantan: “Buenos días, general, su custodia personal”. Eran profundamente antimarxistas. Profundamente anti-cookistas. Detestaban a la guerrilla aunque no se le opusieron hasta que Perón se les enfrentó. En 1973, en medio de ese enfrentamiento, Podetti empezó a dar unos cursos sobre ortodoxia peronista en el Teatro San Martín. La encontraron muerta, en plena dictadura, de un paro cardíaco, dijeron. Salvo que haya sido algún ajuste de cuentas de la derecha peronista, los militares no tenían motivo alguno para liquidarla. Había sido una ferviente enemiga de la guerrilla. Y había odiado a Cooke desde Perón y atacado la importancia que nosotros le dábamos a nuestro Gordo querido.

LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

Cooke, en su *Informe a las bases*, escribe textos dignos del Prólogo de Sartre a Fanon: “El obrero (...) sujeto para sí, es objeto para quienes lo explotan, carente de bienes materiales y también de los bienes espirituales a los que se accede por medio de la cultura y el desenvolvimiento de la personalidad. El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirán formarse, sino la acción revolucionaria” (Cooke, *Ibid.*, p. 50). De este modo, la misión del verdadero hombre de izquierda es incorporar al obrero a la praxis, no hacerla solo, como el vanguardista iluminado, porque incorporando al obrero lo incorpora a la cultura, que sólo le puede venir de la acción revolucionaria. Esta es la única acción pedagógica válida del intelectual sobre el obrero: sumarlo a la lucha revolucionaria, ayudarlo a encontrar su identidad en la lucha. Luego Cooke dirá otra de sus frases como latigazos: “Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo”. Notemos que la potencia de estas fórmulas responde al poder de su pluma eximia, como el caso de Sartre.

Y ahora el anteúltimo párrafo de este texto deslumbrante. Su título: *Los fundamentos de la violencia*. Detecta una carencia en el peronismo revolucionario: una adecuada teoría de la violencia. “La teoría revolucionaria comprende la teoría de la violencia” (Cooke, *Ibid.*, p. 65). Vamos a citarlo extensamente. Lean con detenimiento el texto. Luego, con ese mismo detenimiento, nos consagraremos a analizarlo. Cooke empieza con el argumento que extiende la violencia a la *injusticia social*: “Pero el que algunos tengan mucho y otros no tengan nada, ¿acaso no es un hecho de violencia? (...) La opresión no es una fatalidad que nos llega del cielo: la opresión es algo que unos hombres les hacen a otros hombres. No es una situación de la que nadie sea responsable: es responsable el régimen, son responsables los hombres del régimen (...). Si en el Noroeste hay una mortalidad infantil altísima (...) eso no ocurre porque sí, sino porque hay hombres que han creado las condiciones para ello, y hombres que son cómplices porque las aceptan” (Cooke, *Ibid.*, p. 66). Ese es el aspecto existencialista de Cooke. Su hondo humanismo sartreano. Si Levinas puede decir que los filósofos existencialistas se equivocaron al reducir el Ser al ente antropológico, Cooke lo mandaría al diablo. A mí me importa el hambre, la miseria y la explotación del ente antropológico, si eso es el Ser o no lo es, no me preocupa, entreténgase usted con esas cosas. Observemos con qué obsesividad Cooke marca la responsabilidad de los hombres en la iniquidad de la historia. El mecanismo de la explotación no viene de las estructuras, *Son los hombres quienes lo sostienen*. Se dispone a luchar contra la degradación de los hombres con todos los medios que tenga. Y si no es elegante, no le importa. “*Nosotros somos peronistas, no caballeros*”

(Cooke, *Ibid.*, p. 66). Y atención ahora: “Condolerse por la condición de los niños nortefíos es lo que viene haciendo la oligarquía desde hace cien años. El que realmente lo sienta, que tome parte de la lucha. *No con llamados a la buena voluntad de los opresores, sino armando el brazo de los oprimidos, dándoles conciencia de su opresión y de las causas y despertando su voluntad para buscar la libertad*” (Cooke, *Ibid.*, p. 66). Aquí resuena la poderosa frase de Marx: “Hay que hacer la opresión real aún más opresiva, agregándole la conciencia de la opresión; hay que hacer la ignominia aún más ignominiosa, publicándola” (Es la *Introducción a la filosofía del derecho de Hegel*, 1843). O del mismo texto: “La crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de una pasión. No es un bisturí sino un arma. Su objeto es su enemigo, a quien no quiere refutar, sino aniquilar”. Y sigue Cooke: “Es falsa la elección entre violencia y no violencia: lo que se debe resolver es si se ha de oponer a la violencia de los opresores la violencia libertadora de los oprimidos” (Cooke, *Ibid.*, p. 66). Pero esto es muy complejo. No es cuestión de venir a hablar así nomás de la “violencia de los oprimidos” y de pronto aparecen cuatro locos con metralletas al grito de “¡Aquí están los oprimidos!” Eso le hace un daño irreversible a la revolución. Escribe Cooke: “Por eso los que vienen con revolucionarismos abstractos, anunciando baños de sangre y declarando la guerra civil porque sí y ante sí, también están lejos de la violencia revolucionaria, que presupone la moral. El revolucionario no desprecia la moral: desprecia la ética del régimen para sustituirla por la ética de la solidaridad revolucionaria” (Cooke, *Ibid.*, p. 67). La violencia revolucionaria, dirá, es distinta a la del régimen porque tiene una base ideológica y moral. “Porque no se puede exponer a un ser humano a la cárcel –y tal vez a la muerte– sino conmoviéndolo como conciencia, como parte de la conciencia colectiva. Es violencia contra los enemigos de los seres humanos; o sea, es amor a los hombres que se traduce en odio a quienes causan su desgracia” (Cooke, *Ibid.*, p. 67. Cursivas mías).

Considero que la exposición que acabamos de ver en este luminoso texto de John William Cooke es una de las más sólidas e inteligentes que se han formulado desde la izquierda. Si tenemos en cuenta que el texto es de 1964 no podemos sino concluir que es posterior a todo cuanto Guevara le haya podido decir acerca del foco insurreccional en Cuba. Bien, en este texto no hay una sola mención a ese foco. ¿Cuál es la diferencia? El foco insurreccional plantea primero el foco, después las masas. Es lo que cantaban –muy equivocadamente– los pibes de la JP, los foquistas: “Ayer fue la Resistencia, hoy Montoneros y FAR, y mañana el Pueblo entero en la lucha popular”. Lo que causaba el estupor de muchos, pero muchos, eh, muchos, que habíamos “entrado” en el peronismo por otros motivos. Justamente por el contenido masivo del movimiento. Oigan, ¿cómo mañana el pueblo entero? ¿Para eso nos metimos en el peronismo? No, muchachos: *Y por siempre el pueblo entero en la lucha popular*. La concepción de Cooke no es la de Guevara, por más amigos que hayan sido y por más que, según la leyenda, haya seducido el Guerrillero Heroico al gran lector de Sartre y de Marx. Para Cooke la cosa no es primero el foco, después el pueblo. No es primero una minoría y después las masas. Una minoría sin masas se extravía sin remedio. No existe revolución sin masas. El verdadero revolucionario es aquel que trabaja con y desde las masas. Por eso valoraba tanto a Perón. Lo que Perón le daba: las masas peronistas. Lo veremos todavía con mayor profundidad en nuestra próxima entrega. Cuando analicemos la *Correspondencia Perón-Cooke*, una joya del pensamiento político. También una imposibilidad de entendimiento que se vislumbra desde el principio y que será cerrada por Cooke cuando escriba: “Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética”.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke,
el peronismo que
Perón no quiso (III)

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

35 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)



LA SUSTANCIA DE LA REVOLUCIÓN SON LAS MASAS

Ni siquiera se requiere ser un buen lector de Marx para saber algunas cosas. Alcanza con leer el *Manifiesto comunista*. Ahí, Marx expone, de un modo tal vez algo directo pero con pasajes brillantes, la dialéctica histórica. Si le canta un Himno a la burguesía (*la clase más revolucionaria de la historia humana*) es porque de las revoluciones burguesas, que implican la destrucción de todos y cualquiera de los sistemas de producción anteriores a ella, habrá de surgir el proletariado, *la clase obrera*. La violencia se encarna en esta clase y es ella la que la realiza. La idea del foco era por completo ajena a Marx. En América latina es el Comandante Guevara el que la impulsa, *sin partir de ninguna experiencia empírica*. Tal como lo dije. Porque la Revolución Cubana no es la huevada esa de los doce heroicos guerrilleros que vencieron al ejército batistiano. Fidel contó con la adhesión fervorosa del campesinado cubano y sin él (y sin el deterioro del ejército de Batista, más la pasividad de los Estados Unidos que apoyaron o toleraron de buen grado la revolución de “los pintorescos barbudos”) no habría existido la Revolución Cubana. Pero Fidel trabajó todo el tiempo, sin desmayar un instante, con el campesinado que se pondría masivamente de su parte. *Y se puso*. En Bolivia, al Che, los campesinos lo delataban. ¿Cuál era la diferencia? Fidel hacía la Revolución desde el corazón de la Cuba sometida. Fidel era cubano. Conocía a los cubanos. Hablaba y sólo escucharlo era escuchar a un cubano. En Bolivia, el Che tenía que aprender quechua. Inti Peredo reunía a unos indios azorados y les hablaba de un hecho incomprensible y mágico: la Revolución Cubana. Esto no lo pretendemos dejar liquidado aquí, pues estas cosas son delicadas, no sólo teóricamente sino por las sensibilidades que hieren. El Che es, hoy, el símbolo más puro que los hombres rebeldes tienen de la rebelión. No es cuestión de tirarlo abajo. Pero yo no trabajo ahora sobre símbolos. Yo llevaría una pancarta del Che en una movilización, como cualquiera que no sea un garca de esos que pululan en la Argentina de hoy, que, si nos descuidamos, llevan la pancarta con más entusiasmo que cualquiera de nosotros. Pero el Che, como creador de la teoría del foco, dio un paso equivocado en las luchas revolucionarias, que tuvo un saldo trágico y lo sigue teniendo. Para Marx, que sabía de teoría revolucionaria y de politología más que el Che, la violencia sólo es revolucionaria cuando se encarna en las masas. Como bien dice al final del *Manifiesto*: los comunistas no ocultan sus propósitos, voltearán al régimen burgués por la violencia, pero esa violencia tiene un sujeto de clase: el proletariado, las masas. Y si el “proletariado” suena a “proletariado británico”, reemplacemos el concepto por el de “masas”. ¿Cómo se hace la revolución con las masas? El trabajo es mayor que el que requiere la teoría del foco. Pero apuntemos esto: no hay revolución sin la participación activa de las masas. La tarea de las vanguardias es la de acompañar a las masas. En todo caso irlas ideologizando *en el curso de la lucha*. Pero no bien la vanguardia va *más allá* de las masas se aísla. Cae en la soberbia. Pierde *sustancia*. *La sustancia de la revolución son las masas*. De aquí que el peronismo se presentara tan tentador. *Con un empujoncito más hacemos de este pueblo un pueblo revolucionario y el líder no tendrá más que aceptarlo*. No se trabajaba sólo para obedecer a Perón y aceptar su conducción linealmente. No, señores, *No*. Se trabajaba para que el pueblo peronista diera hacia adelante el paso que aún lo alejaba de las consignas de lucha socialistas. Una vez producido esto, Perón no tendría más remedio que aceptarlo. *El que entiende esto entiende todo el complejo fenómeno de la izquierda peronista*. Las guerrillas formaban parte de esa tarea global jaqueando al régimen, pero no tenían la conducción de la lucha. Perón no se equivocaba en llamarlas *formaciones especiales*. (*Volveremos sobre esta conceptualización. Pero el concepto de “especiales” expresa que, para Perón, no eran lo natural de la lucha, no eran el medio por el cual el pueblo acostumbraba a enfrentar a las dictaduras*. Eran “especiales”. Los muchachos tenían que golpear, decía Perón, y no dejar de golpear, pero la lucha era la del pueblo todo. El gran error de la Juventud Peronista fue encandilarse con la guerrilla. Que ya dejaron, para ella, de ser “formaciones especiales” para pasar a ser vanguardia. Se incorporó también una sobrevaloración de la Muerte que sólo podía producir lo que produjo: cadáveres. “Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor”, se cantaba en el acto de Atlanta del ‘73 con un entusiasmo festivo, abiertamente festivo.)

MUSULMANES: ¡VIOLEN A CARLA BRUNI!

La conducción era, de acuerdo, la de Perón pero, sobre todo, la de los militantes de superficie que hacían trabajo ideológico y de formación de cuadros, pues de ahí saldrían las

masas que llevarían al peronismo al encuentro con la ideología de los tiempos que corrían: el socialismo. Cuando —en 1974— la historia se redujo al enfrentamiento entre aparatos armados todo esto fue destruido y la tarea terminó. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo fue liquidado por las balas de la clandestinidad montonera y de la barbarie de la Triple A. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo era (en gran medida) Perón. Con Perón muerto, con las masas en reflujo por la balacera de las orgas, había (ya) que retroceder. Toda la segunda mitad del año ‘74 y todo el año ‘75 es guerrilla sin pueblo. Los que estuvieron en eso se equivocaron. O no entendían a Marx o no entendían la esencia de la izquierda peronista. El momento del reflujo no fue el del ‘76. Ahí ya estaba todo perdido. Fue apenas muere Perón. *Ahí había que frenar*. Lejos de ello, la guerrilla pasa a la clandestinidad, deja al descubierto a todos sus cuadros de superficie y la Triple A se hace un festín. Marx había escrito: “*La fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas*” (*Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*). Si decimos esto ahora no es sólo para esclarecer puntos teóricos que llevaron al desastre en el pasado (porque, ¿se llegó al desastre o no?, ¿no es hora de preguntarse seriamente por qué sin importar a quién se cuestiona?) sino para hacer política hoy. Un grupo que va armado a una movilización se equivocó de práctica. Los delirantes que le reventaron la cabeza al miserable de Fernando Siro le hicieron un favor a la policía y victimizaron a una persona detestable como Siro, a quien nadie jamás habría compadecido. Además, la hora de la violencia, si llega, nunca llega para un grupo, nunca llega para cuatro o cinco. Una piña del señor D’Elía arruina una concentración de cuadros o aun de lumpenes dándoles pasto a las cámaras y a las fotos del periodismo canalla que está esperando *exactamente eso*: una piña de D’Elía para decir lo que necesita decir, *ahí está la barbarie peronista*. Un cuadro políticamente formado no hace eso. Una piña, en política, no la pega un solo tipo. O se entiende o no. Pero si no se entiende es grave, es peligroso, el fracaso está al alcance de la mano. Y cada vez es más difícil retornar de los fracasos.

Mi posición final sobre la violencia acaso sea un delirio utopista, un imposible poético, una huevada bíblica. Pero ahora no estoy hablando de eso. Hablo de la diferencia entre la violencia de masas y la teoría del foco insurreccional. Para ser claro: si mañana 150.000 musulmanes invaden París e incendian todo, destruyen la columna Vendôme (como hicieron los comuneros de 1871), tiran abajo la Torre Eiffel, lo apuñalan a Sarkozy, a todos los nazis de Le Pen y violan repetidas veces a Carla Bruni, bien: que se jodan los franceses. Se buscaron esa rebelión masiva. El racismo, el desdén, la soberbia, la exposición de la riqueza en las narices de los miserables posibilitaron todo eso. La exclusión, el no admitir como ciudadanos a personas que hace rato ameritan tal reconocimiento. *Todo eso hizo posible la violencia*. La violencia vino después. La *Resistencia peronista* fue violencia de masas. Había un pueblo proscrito, un partido mayoritario prohibido, un líder enviado al exilio y el cadáver de la mujer que había amado a ese pueblo y que ese pueblo amó permanecía vilmente escamoteado, los que metieron caños, los que hicieron sabotajes actuaron con todo eso como base. Cuando se dice *las bases* se dice eso. No es sólo una clase. Sino una situación histórica. La *base* de la Resistencia Peronista era lo que acabamos de describir. Ahora bien, para representar a esa base hay que surgir de ella o estar en contacto permanente con ella. *Hay que conocerla*. Yo no puedo ser un boludo de clase media que ni idea tengo de la clase obrera y poner un caño en su nombre. Para Marx y Engels el ejemplo de violencia de masas fue la Comuna. Quien no leyó los trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre ese hecho histórico que lo haga ya antes de decir zoncercas sobre algunas cosas que se dicen en este trabajo.

LA LUCHA DE CLASES, ¡HOY!

Sigamos con Cooke. Abordamos un trabajo de 1967, *La revolución y el peronismo*. En él, Cooke aclara sus consignas más célebres: *El peronismo es el hecho maldito del país burgués y la contradicción peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina*. No podemos posar de científicos de no-sé-qué y eludir el momento histórico en que se escriben estas páginas. Hoy es el día en que en la plaza Sarmiento se reunió toda la Argentina garca (me encanta esta palabra que usan incontinentemente los de la revista *Barcelona*) y en el Congreso el peronismo que se nuclea alrededor de la figura de Néstor Kirchner. La asistencia a los dos actos fue pareja. El país está dividido en dos. Por un lado, un movimiento destituyente (perfecta expresión acuñada por un grupo de intelectuales) encabezado por la Sociedad Rural, los periodistas progres, la izquierda jurásica y el PCR liderado por un personaje que pasará a la historia (no sé a qué historia: si a la universal, a la nacional o a la del lumpenaje agrocomunista, sospecho que a ésta) de nombre tanguero: Alfredo De Angeli, sobre el que ya están escribiendo libros. Por el

otro, el peronismo *alla* Kirchner, que no puedo analizar aquí. Notable es que muchos antiperonistas están del lado peronista. Es cierto: el otro extremo apesta a gorilismo, a derecha, a reacción, a golpismo. Pero es bueno ver a Cossa, Viñas, Rozitchner, Jitrik de un lado que no pudieron o no supieron elegir en 1955. Acaso era también imposible que lo hicieran. Era mucho más difícil, es cierto. La cosa es: aquí están. Y cerca de 300 intelectuales más, peronistas o no. Queda claro que no se trata del apoyo a un gobierno, ni al peronismo (que vaya uno a saber qué es hoy, está lleno de peronistas del lado garca, ¡Barrionuevo está!), sino de la defensa del orden institucional ante el ataque poderoso de las fuerzas más retrógradas del país.

Las cámaras de televisión se meten entre las “masas” del acto de la Sociedad Rural y aparece una fauna que nosotros (los tipos como nosotros, porteños de la Gandhi, del San Martín, de *Chiquilín* o *Lalo*, universitarios, intelectuales, tipos que no tenemos programas de radio, que no escribimos en los grandes diarios, que todavía polemizamos sobre el foco guerrillero o nos interesan los derechos humanos y el castigo a los genocidas) apenas si conocemos: todo el garquerío estaba ahí. Impresiona la nitidez en la diferenciación de clases. *Si esta no es la lucha de clases, la lucha de clases ¿dónde está?* Cuatro terratenientes que hablan en nombre de Anchorena, Pérez Compagnon, Gómez Alzaga, Blaquier, Pereyra Iraola, Wertheim, Bunge y Born, Bemberg, Bullrich y Ledesma por no seguir, son los líderes de un movimiento que busca erosionar a este gobierno de base peronista. Medio país está con ellos. Hasta algunos que solían jugarla de progres. Ocurre que son periodistas y el periodismo, en la Argentina como en todas partes, es un poder que se ha concentrado notablemente: el que trabaja en un diario trabaja en un grupo que abarca tanto que el tipo siente que si lo tachan no labura más. Ergo, obedece a los patronos. Hay situaciones risibles. Un día, el periodista agrede al Gobierno, sostiene con fervor sus ideas, desarrolla argumentos con pasión. Al día siguiente le dicen: “Che, nuestro Grupo arregló con el Gobierno”. Con la misma pasión el periodista empieza a hablar bien del Gobierno, a encontrarle aristas positivas, etc. Esta mercantilización de las personas, esta, en última instancia, humillación a que se las somete, se relaciona con que los pools periodísticos no tienen ideología, tienen intereses. Si los intereses cambian, cambia lo que se enuncia. Y es el periodista el que da la cara y el que tiene que hacer malabares para travestir su discurso. A veces hasta resulta divertido ver estos pasajes.

En suma, pareciera que la frase de Cooke *La antinomia peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina* tiene vigencia hoy como la tuvo en épocas pasadas. Los teflón-boys y las teflón-girls poco tienen que ver con la gente de las villas o los obreros de los sindicatos, quienes, desde luego, todos, pero todos, han sido llevados al acto. Por un choripán o por cien pesos. En cambio, los teflón-citizens van por su propia voluntad, en sus propios coches y haciendo ejercicio de su lucidez, de su clara y valiente visión de las cosas. Como sea, estos acontecimientos están todavía en juego y no es nuestra tarea analizarlos aquí. Menos aún cuando están todavía por ocurrir. Pero lo que decimos, lo que analizamos, el estudio que hacemos es para entender este presente. La historia argentina sigue latiendo en el peronismo y en el odio al peronismo. Pocas veces como durante estos días. Peor si se trata de un gobierno que juzga a los genocidas del pasado a quienes pronto la derecha va a proponer canonizar. O al menos se encuentra a punto de exigir el juicio a los “subversivos” de ayer como asesinos de lesa humanidad. Error, señores: ya se los juzgó. Las Fuerzas Armadas, al servicio de los intereses que ustedes encarnan, los mataron a casi todos. ¿Quieren un juicio más terminante? Además, quién no lo sabe, no se trató de un juicio, sino de ejecuciones sumarísimas, antecedidas de torturas a cuyo nivel de racionalidad y eficacia ni los nacionalsocialistas alemanes se acercaron. En Alemania se torturó menos que en la Argentina. Los nazis no necesitan obtener información de los judíos, deseaban exterminarlos. Aquí, como en Argelia, se hizo lo que se llama “tarea de inteligencia”, que es la tortura al servicio de la información. En un reciente film un miembro de la CIA atormentado (personaje improbable si los hay) le dice a un superior que ha presenciado torturas en Irak. El superior responde: “Estados Unidos no tortura. Obtiene información”.

CONTRA LOS ADMIRADORES DE MITOS Y FETICHES

La célebre máxima de Cooke (“el peronismo es el hecho maldito del país burgués”) sólo encuentra su transparencia situándola entre los 18 años que van de 1955 a 1973. Durante ese interregno el país no puede encontrar ninguna forma de organización institucional porque, no bien ceda a cualquiera de ellas, el peronismo habrá de imponerse. El peronismo y Perón. No olvidemos que el odio de los militares gorilas estaba muy focalizado en la figura

de Perón. Y el temor de su regreso era el de una pueblada incontrolable. Pensaban: vuelve Perón y el país peronista se subleva. Tenemos que matar a miles (*después lo hicieron*) o entregarle el país. La opción para los militares era: carniceros o peronistas. No deseaban ninguna de las dos. Hay que comprender con claridad qué significa un desborde de masas para un militar: *lo inaceptable*. El miedo a Perón era el miedo a lo inaceptable. Si volvía, ¿quién contenía a las masas? Todavía no existía –seriamente– la guerrilla y ya imaginaban puebladas incontenibles. *Era el país burgués que se asustaba ante el regreso del líder del enemigo de clase*. Haya sido Perón lo que haya sido: burgués, pequeñoburgués, milico, fascista, lo que se quiera. Era *objetivamente*, inscrito en el orden de las cosas, de los hechos, inalienable al sentido que la historia durante esa etapa había adquirido en la Argentina, *Perón era el líder de las clases peligrosas*. Por eso, al final, se encontró en él al único que podía pararlas. La decisión fue tardía. Cuando vuelve el problema de Perón no es parar al pueblo peronista, acostumbrado a su conducción, sino a las fuerzas que la lucha por su retorno hizo necesario desencadenar. Ya era (y fue) más difícil.

Cooke define bien al peronismo en un trabajo de 1967 (*La revolución y el peronismo*): “El peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas (...). Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos –con gran indignación de los admiradores de mitos y fetiches– seguimos siendo, como Movimiento, un gigante invertebrado y miope” (Cooke, *ob. cit.*, p. 72. Se trata del trabajo *La revolución y el peronismo* incluido en *La lucha por la liberación nacional*).

Como vemos, también a Cooke (*nada menos que a Cooke*) le granjeaba la indignación de muchos atreverse a escribir con libertad y con la mayor audacia posible y necesaria sobre el peronismo. La indignación no sirve de nada. El que se indigna es porque no está seguro de lo que piensa. Siente que si le sacan dos o tres de sus creencias el mundo se le viene abajo. Pero uno siempre tiene que estar abierto a esto: ¿cuántas veces se nos vino el mundo abajo? ¿Cuántas veces descubrimos que eso nos ayudó a pen-



sar, a pensar de otro modo, desde otro ángulo, que le dio vida y novedad a lo que ya teníamos anquilosado, a lo que nos empobrecía? Es cierto, no se puede pensar y vivir seguro. Ni siquiera la fe en Dios es un anclaje seguro. Si alguien cree verdaderamente en Dios, esa fe debe estar jaqueada por la duda, alimentada por ella, fortalecida por ella. La llamada “fe del carbonero” es sólida pero es siempre la misma. Admiro la fe de los hombres simples, pero prefiero elegir la de los tipos que aceptan los quiebres, las rupturas. Si yo creo *ciegamente* en Dios me disuelvo, me desbarato en él. Es Dios quien se apodera de mí y yo me pierdo en su inmensidad. Pero si mi fe se cuestiona a sí misma, si se pregunta por la bondad divina, por la existencia del Mal, por la ausencia, por el silencio de Dios, por su palabra que quisiera más audible, por mis palabras que requeriría saber si son atendidas, por el pecado que late en mí, por la fascinación con que el Mal me posee a veces con más pasión que la fe en la bondad del Señor, entonces esa fe está abrumada, agobiada por la duda. La fe y la carencia de ella, la fe y su cuestionamiento doloroso, la fe que no es un refugio, que no es una certeza cálida, tranquilizadora acerca de todo lo creado, esa fe *es* la fe. ¿Qué quiero decir con esto? Que en esta historia nadie es incuestionable. No hay un Dios ni hay dioses. Todos tienen matices, facetas, caras. Esas caras pueden llegar a ser desagradables. Aquí, “los adoradores de mitos y fetiches”, como los llama Cooke, tiemblan. Como tiemblan los hombres simples cuando el Dios que atempera todas sus preguntas, todas sus angustias, se debilita. En esta historia hay hombres y mujeres. Como todos, llenos de contradicciones.

LOS PELIGROS DE LA DIALÉCTICA

Cooke veía en el peronismo (en 1967) un momento necesario en la dialéctica de la revolución. Escribe: “El peronismo será parte de cualquier revolución real: el ejército revolucionario está nucleado tras sus banderas, y el peronismo no desaparecerá por sustitución sino mediante superación dialéctica, es decir, no negándose sino integrándolo en una nueva síntesis” (Cooke, *Ibid.*, p. 73). Esta era la creencia de la época. Todo cuadro militante de la JP, con su Marx aceptablemente leído y, cómo no, con su Cooke bien incorporado creía lo siguiente: el peronismo había sido una profunda experiencia popular en la década de 1945/1955. La historia avanza y avanza dialécticamente. Es decir, superando sus momentos anteriores pero no negándolos sino integrándolos en una nueva síntesis, como bien dice Cooke, que ha dicho Hegel y ha dicho de nuevo Marx. Hay aquí una creencia en el avance de la historia. Y más aún: en el *sentido* de la historia. Hegel y Marx le entregan a la Historia. Ese *sentido* es un desenvolvimiento, un *avance* de formas nuevas que dejan detrás formas superadas, pero sin destruirlas. Lo esencial de lo dialéctico es que integra a lo superado en una nueva síntesis. De esa nueva síntesis lo superado es parte esencial. Entonces todo era claro: el peronismo del 45/55 se incluía en la dialéctica histórica como un momento esencial que era *superado* pero *incluido* por las nuevas formas que adquiriría la Historia en su desenvolvimiento dialéctico. Ese movimiento era inmanente y necesario. Si la Historia es dialéctica es porque viene de algún lado y se dirige a otro. El horizonte de la dialéctica, en los sesenta, era el socialismo. Nada más razonable que pensar que el peronismo, *necesariamente*, debía desaparecer para incluirse en una nueva totalización que lo contuviera en tanto negado. La nueva totalización era la síntesis que el pensamiento hegeliano establecía por medio de un concepto célebre en la historia del pensamiento. El *aufhebung* del maestro de Jena significa, a la vez, superar/conservando. El peronismo, de esta forma, era superado pero conservado por el socialismo, que era la nueva forma que adquiriría el avance histórico. Todos los supuestos de este pensamiento son claros y si los miramos –como no podemos evitar hacerlo

nosotros– desde el siglo XXI han sido negados sin piedad. A) La historia no es lineal; B) No sabemos si avanza; C) No sabemos, si es que avanza, hacia *dónde* avanza; D) Los hechos no tienen una relación interna de necesidad; E) El componente de azar en la Historia es tan poderoso como el principio de incertidumbre que Heisenberg encuentra en la materia; F) De ninguna forma histórica surge necesariamente otra; G) Hay, como genialmente demostró Sartre, totalizaciones parciales, destotalizaciones constantes y retotalizaciones, pero *no hay* una totalización final, conciliatoria, que contenga a los contrarios en una síntesis superior que provenga necesariamente de un proceso llamado “dialéctico”.

Pero en los sesenta se estaba muy lejos de pensar esto. Y acaso dentro de unos años se retorne a pensar en cierta necesidad de la historia, pues el concepto de azar y el de indeterminación no son fáciles de tolerar. Como sea, en los sesenta, para Cooke y los cuadros que empezaban a integrar la juventud peronista, el peronismo era el corazón de la dialéctica. Y su superación *necesaria* por el socialismo estaba inscrita en la *lógica de los hechos*. Porque los hechos tenían una lógica y esa lógica era *dialéctica*. Si en 1945/55, Perón había sido tan osado, tan desafiante, si había convocado con tanta pasión la voluntad movilizadora de las masas, ahora, luego, *sobre todo*, de la Revolución Cubana, el peronismo pasaría a su etapa dialéctica siguiente, el *socialismo*. Además, el socialismo era la fe de ese tiempo. Una de las frases fetiche era: “el mundo marcha al socialismo”. Se decía con la naturalidad con que se decía que América latina debía unirse, que el Tercer Mundo debía llevar adelante su proceso de liberación nacional, que el imperialismo caería porque ya estaba cayendo en Vietnam ante una guerrilla inasible, que, con el solo artilugio de mimetizarse con su entorno selvático, enloquecía a toda la maquinaria imperialista. Cuando Perón lanza el concepto de *socialismo nacional* lo hace para dar satisfacción a este espíritu que latía en sus bases juveniles. Nadie pareció advertir que, en un número de la revista *Las Bases*, José López Rega había dicho que el socialismo nacional era el nacional socialismo. O que Perón –hablando de su experiencia europea– había dicho que en Alemania e Italia habían existido “formas” de socialismo nacional. No importaba. O eran boludeces del “Viejo”. Distracciones. O eran payasadas de ese sirviente que tenía. Lo que se imponía (y con razón) era lo otro: el socialismo nacional era la meta porque el peronismo realizaría la síntesis entre el socialismo y lo nacional. Dejando atrás los pésimos recuerdos de los socialismos internacionalistas. ¿O no había sido socialista Américo Ghioldi? Había que agregarle algo al concepto de socialismo para que no se confundiese o para que se diferenciase del socialismo del que habían hablado todos esos viejos gorilas: los hermanos Ghioldi, Repetto y la vieja ésa, ¿cómo se llamaba?, ésa: la Victoria Ocampo de la izquierda, ah, sí: Alicia Moreau de Justo. Gran figura de la Libertadora. Además lo “nacional” de este socialismo entroncaba con el pasado argentino: con los caudillos, con el federalismo, con las montoneras del interior. Era el socialismo de la patria. Si se quiere: era el socialismo peronista.

“EL HECHO MALDITO DEL PAÍS BURGUÉS”

Con gran brillantez continúa Cooke: “El régimen no puede institucionalizarse como democracia burguesa porque el peronismo obtendría el gobierno” (Cooke, *Ibid.*, pp. 73/74). Aquí está la postulación del peronismo como hecho maldito. El régimen no puede consolidar su democracia burguesa. Hacerlo sería llevar el peronismo al gobierno. Al impedir esa consolidación burguesa el peronismo funciona como “hecho maldito”. Los llamados por la militancia “18 años de lucha” son los fracasos del régimen por integrar al peronismo. “Sin Perón, nada” era una consigna de rigor conceptual e importancia movilizadora. Basta de peronismo sin Perón. Basta de neoperonis-

mo. Vador estaba liquidado. No había negociación con el régimen que no incluyera a Perón. Y Perón era inintegrable para el régimen. Tal vez los jóvenes que hoy lean esto tengan que hacer un esfuerzo de inmersión en una historicidad que no es la suya, pero sólo al costo de hacerlo comprenderán los motivos de lucha de una generación alrededor de una figura política poderosa. Todo el establishment giraba en torno de evitar el retorno de Perón al gobierno. Ese fue el *sentido* de la historia argentina durante 18 años. No era un sentido que tuviera resuelta su culminación, pues esa culminación dependía de la lucha del pueblo. A Perón lo traía el pueblo. Pero ninguna lucha se emprendería al margen de esta conquista: Perón debía volver a encontrarse con su pueblo. Si uno se concentra en el ardor y en la esperanza de *este* momento se entenderán mejor las desgracias posteriores, la dimensión de las tragedias por venir. La Argentina era una fiesta. *De todos los países de América latina éramos el único que aguardaba a un líder cuya sola proximidad con las masas, cuyo solo encuentro con ellos garantizaba una situación más que pre-revolucionaria.* ¿Era poco? Era, para la militancia revolucionaria, una dádiva de la historia que había que aprovechar. Además todos los militantes de las villas y de las fábricas y de los barrios lo decían: el pueblo lo espera a Perón y nos quiere a nosotros porque sabe que peleamos por traerlo. Se entraba en las casas. Se hablaba con las familias. Se hacía militancia barrial. *Todo militante tenía un barrio detrás.*

Cooke sabe que hace falta más. Que el peronismo tiene que ir más allá de sí mismo: “El peronismo (...) jaquea al régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo, *cosa que sólo le será posible por medios revolucionarios*” (Cooke, *Ibid.*, p. 74, cursivas mías). Esos “medios revolucionarios” son el socialismo. Nos acercamos a la dramática correspondencia Perón-Cooke, en la que Cooke le pide a Perón que dé los pasos necesarios para incluirse, él, como líder de masas, latinoamericano, en esos “medios revolucionarios”. Y Perón responde esgrimiendo razones que habrá que escuchar. Cooke quería hacer del peronismo un partido de extrema izquierda, y el viejo zorro Perón sabía que, poniéndose al frente de un partido de esas características, no regresaba nunca al país. O regresaba con diez o veinte militantes. Y lo derrotaba. Y, señores, lo más importante, lo que el Viejo Perón, que conocía mucho a “su” pueblo, posiblemente más que Cooke, sabía que ese pueblo, el que lo quería de vuelta, no lo quería como un líder socialista, algo que, en ese momento histórico, sólo podía hermanarlo con el barbudo cubano, *lo quería como Perón*, como el general del caballo pinto, como el general de los días felices, como el único que habría de pensar en los pobres, y darles otra vez un Estado generoso y sindicatos para ellos y acabaría con la violencia. Volverían los días felices. Perón volvería, para el pueblo peronista, como el líder de siempre, sin *aufhebung* hegeliano, ¿qué mierda era eso?, volvería como el general campechano, generoso, duro con los gorilas para defender a los pobres, haría casitas, hospitales, aumentaría los sueldos, y volvería a hablar desde los balcones de la Casa Rosada, acto que constituía tal vez el acto simbólico más anhelado por ese pueblo.

Nos acercamos a los choques irresolubles entre Perón y Cooke. ¿Qué pasaba con Cooke? ¿Tanto desconocía a Perón? ¿Tanto desconocía al pueblo peronista al que había representado desde joven en el parlamento peronista? Porque si hay alguien del que no puede decirse que fue un infiltrado es de Cooke. El querido Bebe, antes de volcarse al socialismo, había sido un peronista de Perón y de Evita. Tanto, que Perón le delega *todo su poder*. ¿Qué responderemos a esto? ¿Se equivocó ingenuamente un hombre de una inteligencia excepcional? No, no se equivocó. Hizo lo que tenía que hacer. Ya veremos cómo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

John William Cooke,
el peronismo que
Perón no quiso (IV)

IV Domingo 20 de julio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

36 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (IV)



JOHN WILLIAM COOK

PERÓN LO LLORA AL CHE

Uno de los puntos más brillantes en la ensayística de Cooke es el que se centra en el concepto de *burocracia*. Pocos como él lo analizaron con tanto rigor. No fue casual: pensaba que la burocracia era el cáncer del peronismo. Algo muy parecido pensaba Evita. Solía decir: el burócrata es el que se sirve de su puesto para beneficiarse a sí mismo, no para beneficiar al pueblo. Hay aquí una diferencia entre la mujer pasional y el ideólogo formado por Marx y por Sartre. Evita, para definir al burócrata, centrará el tema en la ambición. Lo cual es indiscutible. Pero Cooke lo centrará en la *ideología*. Lo burocrático es una categoría ideológica. El burócrata se empeña en definir al peronismo como *policlasista*. Insiste, así, en que no debe ser *clasista*. Cooke señala que hay aquí una deliberada, perversa confusión: el Movimiento peronista tiene una *composición* policlasista. En un frente de lucha, o, por decirlo más claramente, en la lucha antiimperialista que emprende el Movimiento, el policlasismo funciona, pues suma a todos aquellos sectores *objetivamente* enfrentados al imperialismo. Pero no hay que confundir el policlasismo del Movimiento como frente de lucha con su ideología. El burócrata cree que hay ideologías policlasistas o neutras. Ideologías en las que entra todo lo que políticamente entra en un frente táctico de lucha. No es así. El Movimiento puede ser policlasista pero su *ideología* no. La ideología del Movimiento es: 1) O la ideología reaccionaria o reformista de la burguesía; 2) O la ideología revolucionaria del proletariado.

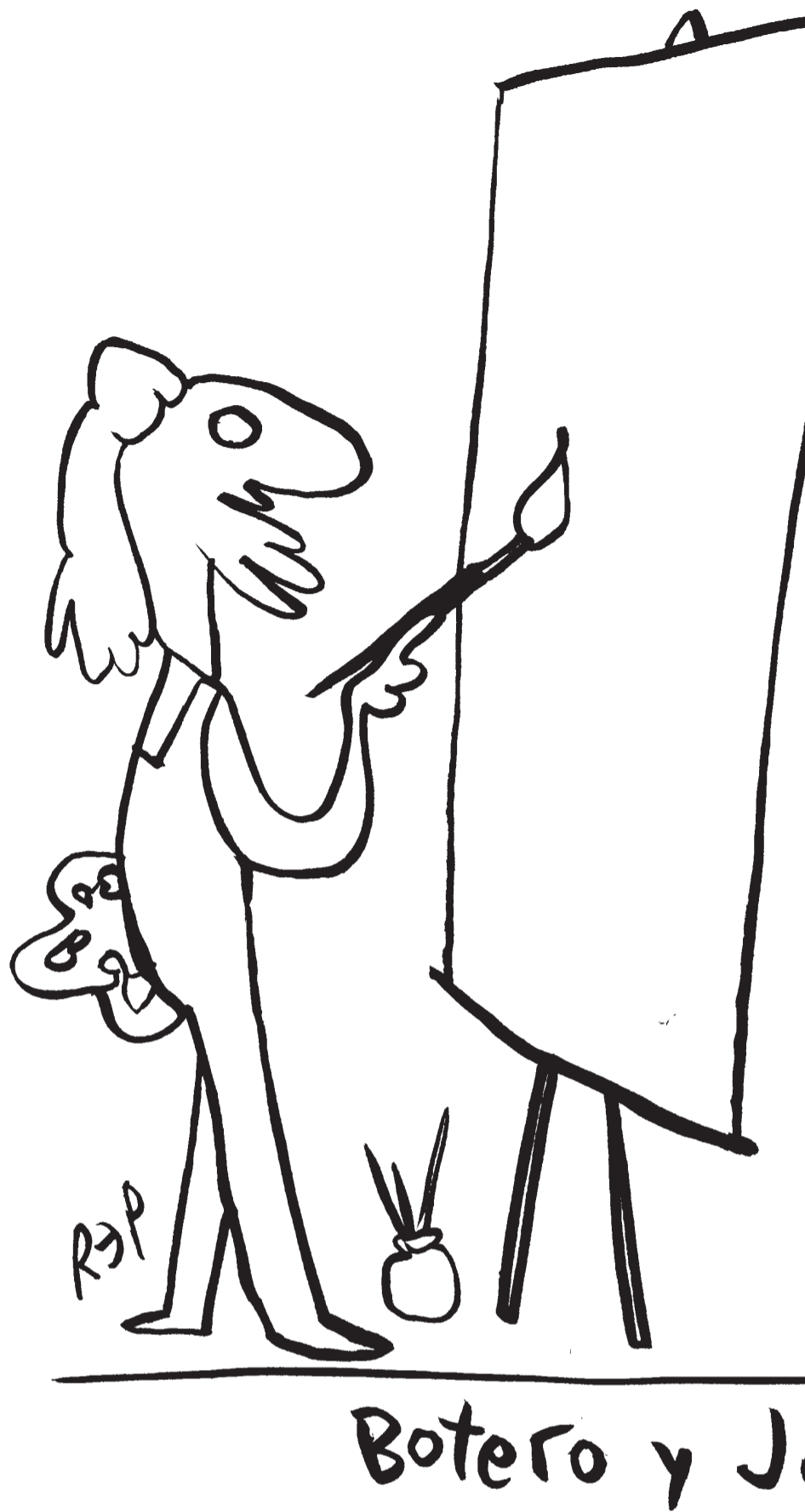
Lo que Cooke busca demostrar (sobre todo en un texto brillante como *Peronismo y revolución*) es que lo que define al burócrata es negarse a hacer del peronismo un movimiento revolucionario. Para lograrlo, busca identificar la composición policlasista del Movimiento con su ideología. Una ideología policlasista no es revolucionaria. Es una ideología "neutra" destinada a expresar a todas las clases que actúan en el Movimiento, al intentar expresar a todas no expresa a ninguna y menos aún a la ideología del proletariado, cuya diferenciación de la burguesía debe ser muy clara. Este es un punto de excepcional importancia en lo que diferenciaba a Cooke de Perón. Perón tiene lo que para Cooke es la ideología del burócrata. Perón jamás le daría al peronismo "la ideología revolucionaria del proletariado". Al criticar al burócrata Cooke critica la orientación ideológica que Perón da al Movimiento.

Lo que aquí *centralmente* sucede es que Perón está al frente de un Movimiento, y Cooke le está pidiendo que ese Movimiento tenga la ideología de un partido de extrema izquierda. Perón podría decirle: "Con lo que usted me propone yo sólo armo un partido de izquierda. No armo un movimiento". Cooke le diría: "Si el peronismo expresa a la clase obrera argentina tiene que tener la ideología revolucionaria del proletariado". Perón le diría: "Pero esa ideología, para usted y para cualquiera, es el marxismo. Y yo quiero que el peronismo sea un movimiento nacional, no un partido marxista". Perón está siendo fiel a la tradición y a la historia del peronismo. A Cooke le irrita esa indefinición ideológica. Quiere para la clase obrera peronista la ideología de esa clase. Pero (y he aquí la cuestión), ¿es el marxismo la ideología de la clase obrera peronista? Lo es de la clase obrera. Pero Perón no puede darle a la clase que define el rostro de su Movimiento una ideología marxista porque él, que es el líder de ese Movimiento, no es marxista. Cooke busca presionarlo y producir el ansiado "giro a la izquierda" del peronismo. Pero Perón sabe que la masividad del peronismo, su componente nacional, lo es porque él ha sabido no ser "sectario ni excluyente". Hay que sumar. "Si llego sólo con los buenos, llego con muy pocos." Cooke habrá de pensar que será mejor tener claridad ideológica, ser menos pero ser buenos y saber claramente lo que se quiere que continuar siendo el gigante invertebrado y miope que, para él, es el peronismo.

Estas posiciones diferenciadas se explicitan en un corpus notable y único en la literatura política argentina. La *Correspondencia Cooke-Perón*. La editorial Granica la publica en 1972. El impacto sobre la militancia es enorme. El libro se transforma en un best-seller. Pese a ser tan abundantemente leído, no hay mayores debates sobre él y pareciera que las con-

clusiones que se desprenden de él no pudieran ser asumidas sobre los militantes de la Tendencia. Más claras no podían estar las cosas. Todo lo que se venía estaba en la Correspondencia entre Perón y Cooke: *Perón se negaba al giro a la izquierda*. Había dado señales, bien en su estilo, porque necesitaba mantener cautivos a sus aguerridos militantes de izquierda. Con ellos, golpeo. Con los otros, con los políticos, con los sindicalistas, negocio. Con respecto a "los muchachos", el proyecto de Perón es que él se ha aggiornato. Que el peronismo ha cumplido una primera etapa entre 1946-1955, que en ella él pudo "haber sido el primer Castro de América" y que fracasó ese intento. Jamás explicitó muy bien Perón por qué. Pero, para haber sido el primer Castro de América, tendría que haber hecho lo esencial *que Castro hizo para ser, él sí, el primer Castro de América: declararse marxista e iniciar un proceso revolucionario*.

Perón hace los gestos necesarios para fortalecer esta imagen del populista que se ha aggiornato, del mero intervencionista de Estado que ahora sabe que es el momento del socialismo, y da todo tipo de señales, que los combativos asumen con entusiasmo y los conciliadores, los burócratas entre la cautela, la desazón y la incredulidad. Conocen al Viejo y saben que es una máquina de emitir significantes. O mensajes que incluyan a todo el mundo. Lo patético entre Cooke y Perón es que éste quiere aglutinar a todos y tiene, en efecto, una carta, una cinta grabada para que nadie se quede sin su cobertura política y Cooke quiere un partido marxista revolucionario. Con una ideología revolucionaria que, en ese momento, en los años sesenta, no era otra que el socialismo. Y, en América latina, el socialismo cubano. Anticipándonos: Cooke lo quiere a Perón en



Cuba. Eso le importa más que cualquier lucubración ideológica. Ese acto poderoso barrería con todas las vacilaciones ideológicas. Igualmente (aunque se obstina en no viajar a Cuba), escribe cartas memorables con motivo de la muerte del Comandante Guevara. El texto que vamos a leer es muy posible que Perón se lo haya dictado a López Rega y que el monje umbandista lo haya copiado fielmente, con el entusiasmo que ponía en todas las tareas que le daba el general. La carta dice así: "Compañeros: Con dolor profundo he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación. Quienes hemos abrazado este ideal, nos sentimos hermanados con todos aquellos que en cualquier lugar del mundo luchan contra la injusticia, la miseria y la explotación (...). Hoy ha caído en esa lucha, como héroe un héroe, la figura más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el comandante Ernesto 'Che' Guevara".

"Su muerte me desgarró el alma *porque era uno de los nuestros, quizás el mejor* (...). Su vida, su epopeya, es el ejemplo más puro en que se deben mirar nuestros jóvenes, los jóvenes de toda América Latina (...) El Peronismo, consecuente con su tradición nacional y popular y con su lucha, como Movimiento, Popular y Revolucionario, rinde su homenaje emocionado al idealista, al revolucionario, al Comandante Ernesto 'Che' Guevara, *guerrillero argentino* muerto en acción empuñando las armas en pos del triunfo de las revoluciones nacionales en Latinoamérica." *Juan Domingo Perón*. En otro fragmento afirma: "Las revoluciones socialistas se tienen que realizar". Soplaban estos vientos. Perón se sumaba a ellos. La izquierda del movimiento, feliz. La derecha



John William Cooke

preocupada, ¿qué le pasa al general, se volvió comunista? Y los militares y los curas cerraban filas: “Ese loco aquí no vuelve más”.

ESPAÑA O CUBA

Cooke, por su parte, desde por lo menos 1962 y antes, desde el estallido de la Revolución Cubana, hecho que marcó su vida, le pide a Perón que regrese a América latina. Que abandone la España de Franco. Que Castro lo recibirá y su presencia en el continente dinamizará la Revolución, tal como lo había iniciado la Revolución Cubana. Perón lo escucha.

Cooke precisa los puntos de diferencia: “Lo cierto es que con la mira puesta en distintos objetivos, existe una bifurcación de pensamientos en cuanto a los medios de alcanzarlos. Y que se debe a la distinta ubicación geográfica: *Las conclusiones son distintas según el ángulo de visión sea España o Cuba*. ¿Acaso porque es usted ‘occidentalista y cristiano’, como dicen los manijeros de la claudicación? Aparte de que ese infundio no tiene fundamento, Ud. se ha ocupado expresamente de difundir la mendacidad de los slogans ‘occidentalistas’” (Perón-Cooke, *Correspondencia*, tomo II, *Ibid.*, p. 551. Cursivas mías). Y aquí viene la arremetida más poderosa de Cooke: “Cada vez que Ud. analiza la situación del mundo, demuestra que el estar en España —con los consiguientes perjuicios de la falta de informaciones, de tener que manejarse con datos parciales y deformados— no le impide seguir perfectamente la evolución histórica contemporánea y ubicarnos en la coyuntura actual. *Como político —y hasta como experto en estrategia— está seguro sobre cuál de los bloques mundiales tiene una correlación de fuerzas favo-*

rables y cuál va derecho a la liquidación” (*Correspondencia, Ibid.*, p. 551, Cursivas mías). “Derechito a la liquidación”: era la fe de la época. Cuidado: que nadie se sienta superior a Cooke porque no adivinó el futuro o porque se equivocó en las tendencias de la historia. Todos se equivocaban por ese entonces. Y en gran medida *porque confundían el desarrollo de los hechos históricos con el desarrollo de sus deseos*. Nadie puede luchar, arriesgar la vida y hasta morir sin una esperanza sólida que lo impulse. Yo no me considero más sabio que Cooke porque escribo desde el 2008 y tengo todo el fracaso, toda la catástrofe ante mi vista. *Los perros vivos no pueden sentirse superiores a los leones muertos*. Cooke trabajaba sobre una hipótesis de hierro, una hipótesis fundamentada por los tiempos: *el mundo marcha hacia el socialismo*. Pocas veces el desarrollo necesario de un proceso histórico se había instalado como entonces. Pocas veces se instauró en la Historia un devenir tan lineal y necesario: nada podía impedirlo. Estaba en la dialéctica interna de los hechos. Es más: *eso era la dialéctica*. Que la Historia no se detenía y que avanzaba hacia el socialismo negaría la etapa capitalista e iría instalando en cada país los sistemas socialistas de liberación. Esa lucha era hegemonizada por el Tercer Mundo. Sartre, en el Prólogo al libro de Fanon (que aún no hemos estudiado), decía: “La descolonización está en marcha. Lo único que pueden hacer nuestros mercenarios es demorarla” (cito de memoria). No frustrarla, no impedirle, no aniquilarla. Sólo demorar un proceso que estaba inscrito en el corazón de los hechos. Nada podía detener la revoluciones del Tercer Mundo. Se ignoraba que el imperialismo tenía total conciencia de estos hechos. Que sabía que las

luchas calientes de la Guerra Fría se libraban en la periferia y que estaba dispuesto a impedir las ambiciones del Tercer Mundo. Pero, ¿qué podría hacer si se empantanaba en Vietnam? Si, además, la Unión Soviética ganaría la Guerra Fría, ¿de dónde sacaría fuerzas para frenar un proceso que respondía al avance de la historia? Esta certeza en el *avance de la historia* fue un error teórico grave. Lo alimentaba la idea de la dialéctica: la dialéctica es una lógica de la finalidad. Todos los hechos que se producían se encadenaban dialécticamente y llevaban a un mismo fin, a una misma totalización, a la superación revolucionaria de todas las contradicciones burguesas. *Era una metafísica de la historia*. Hegel y Marx había anunciado esa necesidad de los hechos, la inmanencia de su desarrollo dialéctico. Hegel había divinizado la Historia. Y Marx aceptó el esquema por el cual el proletariado victorioso suplantaría a la burguesía. Lo que él y Engels, en sus escritos finales, complejizan y ven mucho más arduo de lo que parecía, no es tomado por los revolucionarios del siglo XX. A la izquierda le era sustancial la idea de progreso. Más rápido o más lentamente, el capitalismo habría de caer y la lucha de los pueblos era fundamental para que eso ocurriera. Porque si algo tuvo claro la izquierda latinoamericana fue que no era cuestión de sentarse a esperar que estallaran las contradicciones del capitalismo. No: la praxis militante y la praxis armada era fundamentales. Y si no, ahí está esa frase de Cooke que levantaba el ánimo combativo de los jóvenes militantes: “Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo”.

En medio de todo esto, desde Madrid, Perón, que no quería una revolución socialista sino un proyecto nacional y popular que integrara a la mayor cantidad posible de argentinos a un país más justo, más distributivo, con un Estado que velaría por los pobres, lejos estaba de proponerse medidas socialistas de expropiación de la tierra, de enfrentamientos inconciliables con Estados Unidos y con una acción coligada con la Cuba de Castro, algo que implicaba una adhesión inmediata al bloque soviético del cual Cuba era parte evidente y que había provocado las iras del Che. Acaso Perón (al ser el Gran Estratega que Cooke le reconocía que era) no veía para nada que el Imperio Norteamericano fuera “derechito a la liquidación” y no quisiera alinearse bajo la égida cubana. Por otra parte, ¿por qué habría de subordinarse a La Habana el líder del movimiento de masas más numeroso de América latina? Cooke llevaba una lucha perdida y probablemente equivocada. Aunque, es cierto, él hacía lo que tenía que hacer. Ya era un revolucionario cubano. Su misión (y lo que seguramente le había prometido u ofrecido a Fidel) era llevarlo a Perón al frente latinoamericano. Pero no tenía sentido. Perón se enfrentaba al poder en la Argentina. Ese poder era muy superior al que Castro había volteado. Necesitaba una tropa mucho más poderosa y variada, que atacara en muchos frentes. Perón, en Cuba, habría tenido que decidirse por una sola opción. Por la extrema, por la radical. Por la que Cooke le pedía: “El peronismo debe convertirse en un partido de extrema izquierda”. Perón, en Madrid, era un líder latinoamericano en el exilio europeo (aunque fuera la muy poco prestigiosa España de Franco) y eso lo mantenía alejado de todas las facciones. Le daba la distancia que él necesitaba. En la que se sentía cómodo. Seamos claros: Perón, en Cuba, al primero que habría sorprendido sería al propio pueblo peronista. ¿Cómo, no éramos peronistas nosotros? ¿Ahora somos castristas, comunistas? ¿Qué le pasa al general? ¿A la vejez viruela? Nosotros lo esperamos y lo queremos porque es Perón, porque es peronista, como nosotros. Porque es el general del caballo pinto. El general al que no se le cae la sonrisa. El que alza los brazos a lo campeón. El que dice “Compañeros” desde el balcón de la Rosada. A ese Perón, Cooke quería ponerle una barba cubana.

EL PRISIONERO DE PUERTA DE HIERRO

Sin embargo, es necesario tomar en cuenta —con toda seriedad— el punto de vista de Cooke. No lo quiere a Perón en Europa. Le pone un nombre a lo Alejandro Dumas: *El prisionero de Puerta de Hierro*. Aunque Cooke no sabe hasta qué punto está en lo cierto, aunque en esta calificación ni piensa (porque lo ignora) lo que realmente implica esa cárcel en la que ve al líder de los trabajadores, es bien cierto que

pareciera una premonición estremecedora la de su definición. Cooke le dice al general que es el *prisionero de Puerta de Hierro* porque ese exilio europeo lo aleja de una visión cercana, concreta, vivencial de los sucesos revolucionarios de América latina. Cierta. Pero (maestro, Cooke: ¡si usted lo hubiera sabido!) la verdadera prisión era otra. El prisionero de Puerta de Hierro era preso de carceleros más mínimos, domésticos, mediocres, miserables y sanguinarios. Perón no está preso por acontecimientos de un continente que le impedían ver los de otro, los del suyo. Estaba preso en las mazmorras de López Rega, de Isabel, de Lastiri, de la P-2, de una derecha que nadie sospechaba. Que nadie imaginaba. Ante tan grotesca, penosa realidad, los análisis de Cooke son de un refinamiento excepcional, no sólo porque en sí mismos lo son, sino porque, al contrastarlos con la realidad pavorosa, macabra y farsesca que vivía Perón, semejan a un brillante teórico de la política escribiendo desde América latina cartas dignas de Montesquieu o de Maquiavelo o de Rousseau a un general que vive inmerso en un drama cuya trama esbozó Corín Tellado, cuya sangre y cuya crueldad introdujo el Marqués de Sade, cuyos laberintos secretos, cuya estética esotérica y de puertas cerradas añadió Rasputín encarnado en un clown paranoico y asesino, un Eusebio sanguinario que divertía a un Rosas cansado, viejo, demasiado sensible a sus bromas, incapaz de discernir que no lo eran sino que eran planes de masacre, o capaz de hacerlo pero sin fuerzas para impedirlo ni demasiadas convicciones. A este general, desde Cuba, desde la isla que expresaba en América, en ese momento, a poco tiempo de Bahía de Cochinos, los sueños de toda la izquierda revolucionaria, Cooke le escribió: “Esta es la manera que se me ocurre para definir su situación actual. No le estoy diciendo nada que ignore, pero la estrechez de su encierro es todavía mayor de lo que me parece, y justifica que emplee lo que parece un título para novelas para Alejandro Dumas”.

“El nudo de la diferencia entre su modo de ver las cosas y el mío está aquí, de que mi angustia y la pasión con que hablo de renovar totalmente nuestra política no es por desacuerdo con lo que Ud. hace sino porque considero que estamos dejando de hacer todo lo que es posible y necesario para acercarnos a nuestros objetivos”.

“Ud. hace maravillas con las cartas que tiene, sabiendo que son formas tangenciales de apoyo a una tarea que no puede ser sino insurreccional. Mi pregunta es: ‘¿Y no hay otras cartas de verdadero valor, cartas que sean de verdadero triunfo para la revolución nacional?’ (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 555/556). Salga de su encierro, clama Cooke dramáticamente. Y aquí hay elementos muy importantes que empiezan a jugar a su favor. Cooke no habla solamente de Argentina y las masas peronistas, educadas en el Estado de Bienestar. Está hablando de todo un amplio movimiento insurreccional que se está dando *internacionalmente* y del que Perón (inmerso en el ajedrez argentino y la conducción de sus burócratas) no tiene la menor idea. Escribe: ‘Hay en el mundo nuevos movimientos, nuevas relaciones entre pueblos y partidos, nuevos líderes que surgen y vienen perfilándose en el seno de sus naciones. *El conocimiento que Ud. tenga será siempre indirecto y no reemplaza, ni cuantitativa ni cualitativamente, la aprehensión viva, directa, permanente que sólo le puede dar la relación inmediata con el proceso y sus actores*’ (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 556, cursivas mías).

Observen la desesperación del siguiente texto de Cooke. Pensemos si no tiene razón. ¿Sólo al general del caballo pinto quieren las masas argentinas? Pero, caramba, la historia está yendo más allá de ese pintoresquismo. La liberación de los pueblos no pasa por un paternalismo de estampa. Que al general se lo viera pintón arriba de un caballo no va a llevar a los pueblos a romper con sus ataduras ni a participar de las revoluciones que están en camino en el resto del mundo: “¿Y cómo es posible que el líder de las masas argentinas no conozca en forma directa –personal, si es posible– el pensamiento de Ben Bella, de Sekú Toruú, de Nkruma? ¿Que no esté en relación directa –no formal ni protocolar– con Nasser, con Tito (...). Pero Ud., que dirige un sector vital de ese frente revolucionario *extendido en todo el planeta*, está aislado, segre-

gado (...). Por eso le digo que es el prisionero de Puerta de Hierro. Está limitado en sus elementos de juicio, obligado a descifrar la realidad de entre un aluvión de falsedades, a extraer la verdad desde indicios parciales e informes fragmentarios (...). Está limitado, en fin, en su libertad para operar. Tiene que ver el mundo por una ventanita, actuar desde una reclusión, permanecer como rehén” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 557). Pensemos, aquí, la *otra* reclusión de Perón: la de su círculo íntimo. A López Rega adueñándose cada vez más de su persona. Recibiendo y hasta abriendo su correspondencia. Apropiándose del poder de decidir quién habría de ver al general y quién no. Y algo que pocas veces hemos mencionado, algo que pareciera indigno de entrar en los límites de la reflexión, de ser tomado en serio al pensar la historia: el mísero Eusebio, el aprendiz de Rasputín, Lopecito era quien le hacía los masajes de próstata al general. De esta cárcel era también prisionero Perón. Una de las frases que le destina Cooke lo resume todo. Tiene la potencia con que escriben los que saben y los que saben pensar: “*Porque Ud. no está en Occidente, sino en Santa Elena*” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 557). Y continúa: “No crea que le estoy haciendo un escrutinio psicológico. Ya he señalado que el medio ambiente no le embota las facultades intelectivas ni la sensibilidad. No dejará Ud. de comprender el problema de los argentinos, de los cubanos o de los indonesios. Lo imposible es que capte la ‘vivencia’, que sólo da el contacto concreto, el intercambio con hombres y partidos. Es como si Eisenhower hubiese dirigido y planeado el desembarco de Normandía desde un campo de concentración alemán” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 558). Brillante. Qué escritor era Cooke. Dónde están estos tipos. Nos hemos ido al demonio, a la mismísima mierda. Hoy es inimaginable un pensador político de la talla de Cooke en la Argentina. Hay dos o tres pensadores políticos para tomar en cuenta. El resto es basura de cagatintas que creen saber pensar. Un barullo fascistoide y petulante y sometido a poderes fácticos poderosos. El mundo de Cooke se hizo añicos. Hoy vivimos en medio de los restos patéticos de ese mundo que él describe, que le despertaba esas esperanzas y alimentaba esa prosa. Le escribe a Perón: “Ud. no es un exiliado común: es un doble exiliado. Exiliado de su Patria y exiliado del mundo revolucionario donde se decide la historia y donde tiene sus hermanos de causa” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 558).

PERÓN-COOKE: EL FIN

Cooke escribía inmerso en una certeza hoy perdida: la historia todavía podía ser decidida. Se podía *hacer algo* con la historia. La visión del futuro no era sólo la del apocalipsis, o principalmente. Había pueblos que se rebelaban y lo hacían en busca de su dignidad. De aquí que él propusiera el encuentro del peronismo con la lucha de esos pueblos. *Como esa lucha era una lucha de la izquierda revolucionaria Cooke le pide, coherentemente, a Perón un “giro a la izquierda” del peronismo*. “Lo que la prensa llamó ‘giro a la izquierda’ no es más que el desenvolvimiento lógico de nuestros presupuestos teóricos y de nuestra acción práctica. El programa de Huerta Grande (que ya analizaremos, JPF) compendia, en un abanico de soluciones, un pensamiento central coherente. En lo internacional esto se complementa para afianzar los vínculos con el campo socialista” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 560).

Ese afianzamiento, para Cooke, sólo puede realizarse por medio de la unión con Cuba. Cuba está en América. Perón necesita a Cuba. Y Cuba necesita a Perón. Escribe Cooke: “Cuba es el único país de América donde al peronismo se lo respetó y no sufre campaña de propaganda en contra. Los discursos de Fidel nos mencionan elogiosamente, la televisión y la prensa difunden nuestro mensaje y nuestros triunfos. *Los equívocos iniciales desaparecieron por completo y se nos valora como corresponde*” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 570, cursivas mías). Cooke, ya hacia el final de la correspondencia, pareciera apresurarse. No hay tiempo que perder. La historia no espera. Perón tiene que estar ya en América latina. Porque, sencillamente, no ha concluido su obra: “La adversidad hizo que quedara a mitad de camino en 1955; la fortuna quiere que, en 1964, todavía cuente con las masas capaces de acompañarlo en la liberación nacional que no tiene otro

abanderado posible” (Perón-Cooke, *Ibid.*, p. 582).

Aquí se presenta un problema. *Perón retorna hacia fines de 1964*. La carta de Cooke que acabamos de citar es de agosto. Faltaban un par de meses. Perón es interceptado en El Galeao y difunde algunos de sus comunicados más virulentos. Cooke, poco después, dirá su discurso en Córdoba, a la FUC, y escribirá su célebre *Informe a las bases*. El, sin duda, lo quería en la isla de Castro. Pero Perón vuelve a la Argentina. Este es un punto misterioso en la historia del peronismo. ¿Volvía a ponerse al frente de la lucha? ¿A que lo tomaran preso, tal como iba a ocurrir? ¿A exigir elecciones libres? ¿Sabía que habrían de detenerlo en El Galeao y fue un gesto de apriete? ¿Una compadradura histórica? ¿Se habían organizado comisiones para recibirlo? ¿Se había movilizao al pueblo? La con-moción interna que provoca “este” retorno nada tiene que ver con la que provoca el de 1972, que obliga a un impresionante despliegue militar y a una pueblada que pone el pecho a las balas de goma y cruza el río Matanzas. ¿Por qué Cooke no se da por satisfecho con este retorno? La cuestión es que, dos años después, desde La Habana, desde el lugar al que no había dejado de insistir tenía que emigrar Perón, le escribe las frases de la ruptura, las que dan fin a la correspondencia: “Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética. Pero aunque Ud. sea invulnerable a mis razones, lo que indudablemente me reconoce es que no tengo reservas en exponerlas, que soy claro en mis puntos de vista y que, las pocas veces que le escribo, comienzo por demostrarle mi respeto al no hacerme el astuto, disimular propósitos o disfrazar concepciones. Lo mismo ocurre con mi conducta política” (Perón-Cooke, *Ibid.*, pp. 622/623).

El retorno por El Galeao no era el que Cooke quería. Era apresurado y sería, como lo fue, sencillamente abortado. Cooke tenía otro sueño: imaginaba a Perón en Cuba porque juzgaba que el prestigio del general argentino que tenía detrás al más grande movimiento de masas de América latina consolidaría la obra de Castro. Además –y atención a esto– Cooke siempre consideró que Perón estaba mal informado. De hecho, cuando Perón por fin regresa el maldito 20 de junio de 1973, dice, en su discurso del día siguiente: “Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan” (Baschetti, *Ibid.*, volumen I, p. 106). Esta “atajada” es sospechosa. ¿Para qué aclarar que conocía lo que pasaba en el país si no fuera porque muchos pensaban que no sabía nada o sabía poco por su largo exilio. Cooke pedía que se diera un *baño de realidad latinoamericana* pero desde Cuba. Lo quería inmerso en las luchas de América latina y en las del Tercer Mundo.

Hemos dado tan largo desarrollo a este tema porque John William Cooke es una de las más puras personalidades que el peronismo ha dado. Porque Perón le otorgó una importancia excepcional: delegado absoluto, delegado personal, jefe del Movimiento en la Resistencia y ese inmenso epistolario que con nadie, ni remotamente, mantuvo. ¿Qué lo llevó a cambiar tantas cartas, durante tanto tiempo, con un hombre que era tan distinto a él? Desde el comienzo se veía ya la divergencia de los dos pensamientos. Cada carta, se decía en 1972 cuando Granica editó el libro, es una clase de política. Si no es así, no le anda lejos. Hay grandes textos en ese epistolario. Y es la historia de un desencuentro. Cooke, dijimos, muere en 1968. Su compañera, Alicia Eguren, muere en la ESMA. Cooke, conjeturamos, habría sido una de las primeras víctimas de la Triple A. ¿Dónde se habría tomado la decisión de su muerte? Si en vida de Perón, cerca de él. No la habría tomado él. Pero el aparato parapolicial que se había armado bajo su mirada (bajo su “desaprensión”, como él había dicho de Bidegain y Troxler ante las acciones del ERP) actuaba impunemente en sus cercanías. De modo que, probablemente, Perón, algo alejado, leyendo el diario del día o algún libro, escuchara surgir de una reunión que, ahí nomás, tenían Almirón, Villar y López Rega, un nombre, alguna vez, querido: “Cooke”. Y no dijera nada.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Los 18 años de lucha

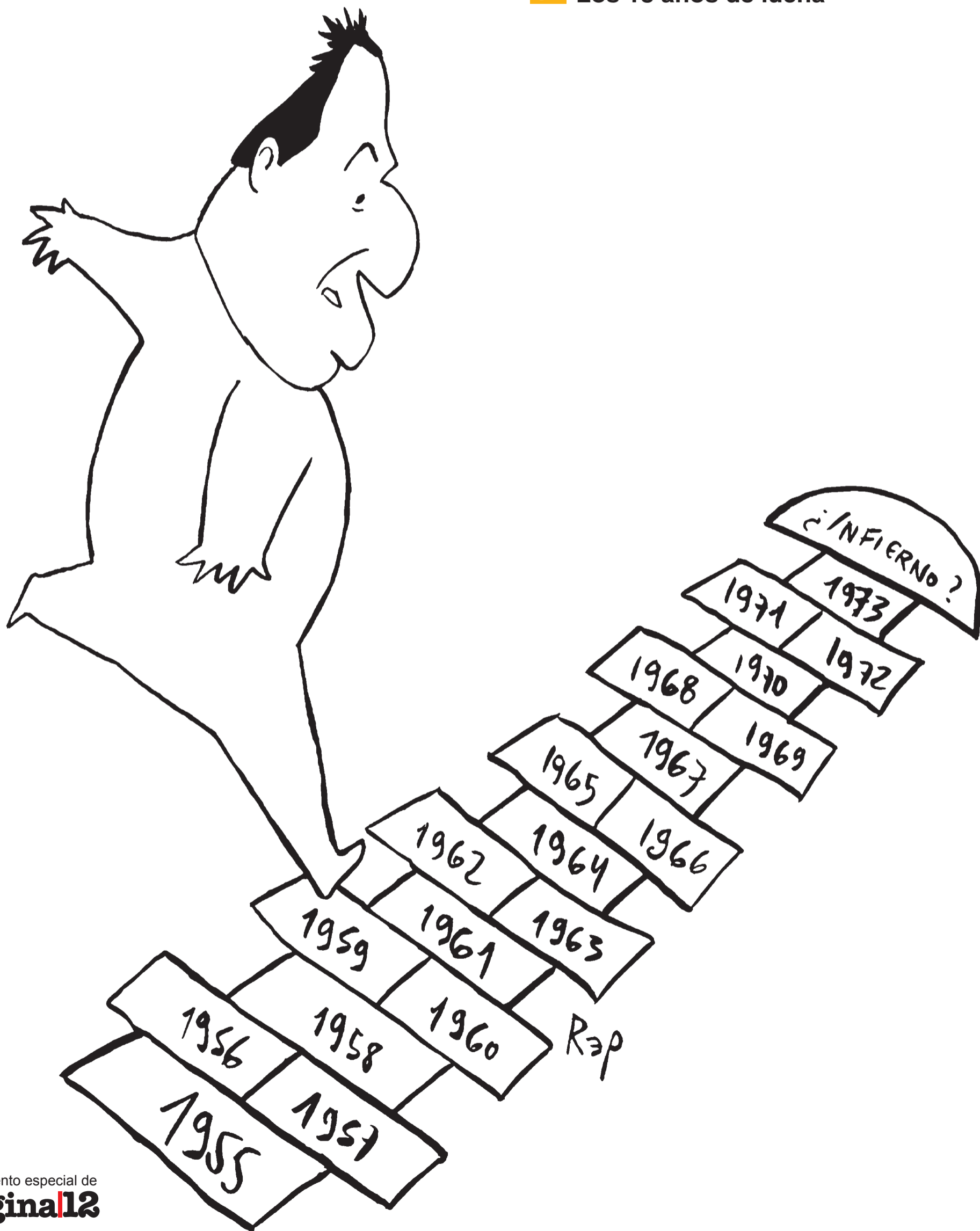
IV Domingo 27 de julio de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

37 Los 18 años de lucha



LA PROSCRIPCIÓN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

El concepto “18 años de lucha” pertenece a la militancia juvenil de los '70. Los otros ámbitos de los que pudo haber salido eran el Partido Justicialista o el sindicalismo, que hegemonizaba a ese partido de un modo a veces sofocante. Pero no fue raro que no saliera de ahí. A partir del golpe de 1966 la verdadera oposición al régimen gorila irá surgiendo cada vez más de las filas de la juventud. El Partido es anodino y no se aleja demasiado del funcionamiento burocrático de cualquier partido. Y el sindicalismo es una organización que remite ante todo a sí misma, a sus burócratas, a sus capostotes y a su poder. Ese poder está en constante negociación con el régimen, de modo que mal puede existir un enfrentamiento agresivo. El comportamiento de los sindicatos será de gran cautela y no es escasa la manija que Perón le dio a ese comportamiento: el poder justicialista descansaba en sus organizaciones gremiales, las que no debían agotarse en una lucha frontal. Así lo entendían los burócratas, personajes más dispuestos a servir de sus puestos que a servir desde ellos, según la frase célebre de Evita, que los odiaba. El “burócrata sindical” es una figura que se hace célebre en el folclore político de la década del '60 (*la gran década gorila*). Es el tipo que está al frente de un gremio o en alguna posición de privilegio y vive como un personaje de la clase alta. O de la alta clase media. En *El avión negro* (1970), obra de teatro de Cossa, Halac, Somigliana y Talesnik, autores de distintos niveles de talento, hay un sketch, que protagonizaba Oscar Viale, en que se ve a un sindicalista negociando ladrillos para su casa en tanto hace una compra para el sindicato. Los espectadores asistían al sketch como participantes de un lenguaje compartido con los autores. *Todos sabían que un sindicalista era eso*. Al que más se dibujaba en el retrato que hacía Viale era a Rogelio Coria. Como la obra se daba en el Teatro Regina, de la calle Santa Fe, el público era casi todo clase media. Pero era clase media la que se estaba peronizando también y la que sabía que ese sindicalismo era una lacra que debía ser erradicada. Y que además no era responsabilidad del peronismo (o no solamente) que existiera, sino del poder militar que lo sostenía para conciliar con él y contener a Perón y a las bases justicialistas.

Veremos la conducta sindical desde el protagonismo durante la Resistencia hasta su actitud conciliadora, sus negociaciones con el onganiato y luego sus reservas ante el regreso de Perón. Nadie va a encontrar al sindicalismo peronista jugándose por el regreso de Perón (el paraguas de Rucci es sólo el aprovechamiento de una coyuntura a la que poco habían colaborado) ni activando durante la campaña electoral. El eje de la campaña electoral de 1973 (que se dio durante el inolvidable verano de ese año) fue la militancia juvenil. Los sindicatos mostraron una vez más su cautela. Este protagonismo habría de llevar a la Tendencia (o sea: la militancia juvenil ya hegemonizada por Montoneros) a equívocos serios en su relación con Perón. De todos modos, todo lo que empieza luego de esa campaña y luego del triunfo de Cámpora es una tragedia llena de opacidades para su intelección, algo terriblemente difícil de entender, de interpretar. Acaso algo ininteligible, lo cual se juzgará excesivo decir de una etapa de la historia y a 25 años de su acontecer, pero tenemos la certeza de la complejidad, de la sobredeterminación, de la infinitud de hechos oscuros que harán esa tarea, si no imposible, sí altamente ardua.

Había afiches de la JP que mostraban a un gendarme arrastrando de los pelos a un joven y la leyenda decía: *18 años así*. Los militantes radicales hacían oír sus quejas: durante el gobierno de Illia las cosas habían sido diferentes. Ningún cartel se retiró a causa de esas quejas. El mito oficial del “viejito bueno” (instalado sobre todo durante la campaña alfonsinista de 1983) no existía entonces: Illia sólo era otro gorila que había aceptado presentarse a elecciones con el peronismo proscrito. Lo cual era rigurosamente cierto. Uno adoraría vivir en una democracia manejada por el “viejito bueno” Illia, pero eso sólo podría ocurrir en la dimensión desco-

nocida. Illia no era un “viejito bueno”. Fue parte de los 18 años de exclusión del peronismo. Como todos, dijo que sí, que aceptaba la proscripción del movimiento de masas. Es posible que pensara variar esta posición y esto le costó el golpe del '66. Pero, ¿qué habría ocurrido si Illia (o más claramente: *el radicalismo*) dejaba de jugar como alternativa institucional de los milicos gorilas y decía que no, que no aceptaba concurrir a elecciones con el peronismo proscrito? Ah, señores: esas son las causas de la violencia. ¿Cómo se iba a perder el radicalismo la oportunidad de gobernar? Imaginen todos los canallitas que le habrían objetado a Illia una decisión negativa. ¿Está loco este viejo? ¿Tenemos el gobierno a la mano y no lo quiere agarrar? Pero Arturo Umberto Illia, como todo ser humano, era libre para tomar una decisión libre: si decía que no el país se habría visto en una alternativa de hierro. O permitirle al peronismo participar del juego democrático o adelantar el golpe de 1966. En dos oportunidades el radicalismo se presta a la infamia institucional del Ejército Gorila: con Frondizi y con Illia. Dejemos de lado a Guido. La tragedia argentina se incubaba en esos 18 años. Los años de la prohibición. Los años del gorilaje extremo. No, ante todo, a Perón. No al peronismo. Y (*muy especialmente*) no a la devolución del cadáver de Evita. Era tan irritativo el peronismo de esos 18 años que no fue posible resolver ni lo de Evita. A ver si se entiende un poco esto: un país que proscribió a su partido mayoritario durante 18 años y ni siquiera es capaz de enterrar en su territorio el cuerpo de la mujer de un ex presidente por el terror que le despierta la reacción de las masas es un fracaso, sólo puede gobernar por medio del autoritarismo, de la violencia, de la inconstitucionalidad, del antirrepublicanismo, del desprecio a las instituciones. ¿Qué genera esto? *violencia*.

LEVANTARSE EN ARMAS CONTRA LA TIRANÍA

Y los gobiernos que colaboraron con ese esquema del militarismo gorila (que era un bloque) son cómplices de toda esa tragedia. Cómplices de toda esa época de ilegalidad que hizo surgir la violencia. De modo que el “viejito bueno” acaso lo haya sido, pero eso no lo llevó a tener un gesto de grandeza: no me presento sin el peronismo, no voy a limpiarles a Uds. una situación institucional injusta, no les voy a lavar la cara, me niego a ser el pelele “democrático” de un país que no lo es. ¿Qué habría pasado? ¿Que nadie venga a justificar lo que pasó! Porque nada puede haber sido peor que lo que pasó. Seamos más claros aún: la proscripción del peronismo impide el ejercicio de la democracia en el país. Se vive entre gobiernos civiles ilegítimos (Frondizi, Illia) o dictaduras militares (Aramburu, Onganía, Lanusse). Este sofocamiento institucional lleva a la violencia. *La guerrilla nace el día en que se dicta el decreto 4161*. La frase “la violencia de arriba genera la violencia de abajo” no la inventó Perón. Pertenece al corpus de múltiples análisis sobre las distintas revoluciones en la historia. Si se da por sentado lo de la frase de María Antonieta y su influencia sobre la Revolución Francesa, podemos ver ese esquema interpretativo en funcionamiento. Si no fue María Antonieta quien dijo esa frase, alguna otra habrá dicho u otro idiota de Versalles habrá largado la suya. La cuestión es que el pueblo bajo era agredido por el lujo y el desdén versallesco. Y por la violencia represiva del orden tiránico de la monarquía. María Antonieta dice: “Si el pueblo no tiene pan que coma pasteles” (violencia de arriba). El pueblo hace la revolución y le corta la cabeza (violencia de abajo). Pero lo más importante es que *el pueblo hace la revolución*. Esta es la verdadera violencia de abajo, mucho más que la ejecución de la reina. La frase de la reina tiene el poder de conducir al pueblo a ejercer el más legítimo de sus poderes: *levantarse en armas contra la tiranía*. Este derecho de los pueblos no ha sido negado y forma parte de la concepción liberal democrática de la política.

Vayamos a los 18 años de lucha. ¿Dónde está la violencia de arriba? No deja de existir un solo instante. Se vive en la ilegitimidad como si fuera normal que así sea. Se da por aceptado que el peronismo no puede participar de la vida política. La revista cool de la década, *Primera Plana*, es una publicación tramada por los más elegantes gorilas de ese entonces. La leían todos. Se morían por salir en *Primera Plana*. Y la revista publicaba una Historia del

Peronismo escrita por ¡Osiris Troiani y Hugo Gambini! En ella publicaba Mariano Grondona. Gorilas irredentos como Ramiro de Casabellas. Y era la exquisitez, la elegancia, el éxito. El peronismo recién empieza a tener una publicación de prestigio con el periódico de la CGT de los Argentinos. Este fue un gran paso. Ongaro y Rodolfo Walsh. Walsh no escribía en *Primera Plana*. En 1968 éramos muchos los estudiantes que repartíamos por las aulas de Filosofía el periódico de Ongaro y Walsh. (No repartíamos *Primera Plana*: la revista éxito de la clase media gorila.) Y en otras facultades sucedía lo mismo. Pero sólo eso. Todo lo demás era rabioso antiperonismo. También en el estudiantado. Hasta que se produce la “Revolución Argentina” y la Noche de los Bastones Largos. Ahí comienza la nacionalización del estudiantado. Hubo, en ese entonces, una frase célebre. La dijo una vieja compañera (hoy un poco enredada en las telarañas agrarias pero va a zafar, no lo dudo) y tiene una notable precisión: “Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de Reforma” (Alcira Argumedo dixit).

El caso es que los 18 años de ilegalidad en que el país vivió, los 18 años de dictaduras cubiertas o encubiertas, justifican la figura de *la legitimidad de los pueblos de levantarse contra la tiranía*. Pero tienen que ser los pueblos. Habrá que analizar delicadamente la relación entre pueblo y violencia que se dio en la Argentina. Cuándo se dio. Cuándo no se dio.

EL PACTO PERÓN-FRONDIZI-COOKE-FRIGERIO

No es mi propósito analizar aquí la figura de Arturo Frondizi. Todavía despierta tibias adhesiones en intelectuales valiosos, en economistas. Busca hacerse de Frondizi casi una figura trágica, tramada de buenas intenciones o de buenos intentos que no pudieron ser. Vamos de a poco. Es cierto que “el caballo del comisario” para las elecciones de febrero de 1958 no era Frondizi sino Balbín, su viejo compañero de lucha. La pintada “Balbín-Frondizi” era la expresión máxima de la oposición durante el populismo autoritarista de Perón. Había “aventuras nocturnas” que residían en salir a pintar “Balbín-Frondizi”. Sin embargo, la separación fue irreparable. Balbín expresa la opción militar gorila. Había que gobernar con la proscripción del peronismo. Esta había sido la conclusión de la Libertadora y, también, la toma de conciencia de su fracaso: había sido imposible desperonizar el país. Notable suceso: ¡todo lo que se había hecho desde 1955 en materia de propaganda y de injuria y los peronistas seguían siendo peronistas! Por ejemplo: hubo exposiciones de las “joyas y los vestidos” de Evita. De las fotos de Perón en la UES. De Gina Lollobrigida desnuda por el famoso truco fotográfico. Todo eso se montaba en un lugar amplio y se invitaba al público. A la salida ponían un gran tacho con la leyenda: “Usted puede arrojar aquí su carnet de afiliación al Partido Peronista”. Bien, aunque esos tachos eran luego exhibidos llenos hasta el desborde el país no se desperonizó. Ni los chistes de Pepe Arias. Ni las comisiones investigadoras. Ni las comedias de Leonor Rinaldi. Nada. Ergo, hay que recurrir a una salida electoral, pero el empeño de los peronistas (que son, además, tantos, demasiados, innumerables, maldición) en no desperonizarse obliga a bloquear su participación en las elecciones. Se harán, pero sin el peronismo. Sin embargo, empieza a ocurrir algo notable. Los partidos no tienen votos propios para ganar. Ganará el que cuente con los votos peronistas. Pero para contar con esto necesitan garantizarle a ese partido que, si gana, lo legitimarán. Sólo que si hacen esto los militares lo tiran abajo. Es una especie de patética comedia de enredos en la que —trágicamente— se va tejiendo el camino al horror. La resolución de la Libertadora es: *no hemos podido ni se podrá desperonizar al país, prohibamos para siempre al peronismo*. Como vemos, esta imposibilidad del régimen para estabilizarse a causa de la existencia del peronismo es lo que expresa la frase de Cooke acerca del “hecho maldito del país burgués”.

Lo notable de la situación es que se trabajaba sobre un malentendido: *para mantener la continuidad de la democracia era necesario proscribir al peronismo*. Esto era tan naturalmente asumido por la sociedad que nadie parecía ver su costado negro: ¿de qué continuidad democrática se hablaba? ¿De qué

democracia se hablaba si las mayorías y el partido que las representaba sufrían la proscripción, vivían fuera de la vida “democrática”? Había calado muy hondo en la farsa que se representaba que la negación de la democracia era el peronismo. Si lo era, la democracia debía abjurar de él, negarlo. *Sólo podría haber democracia sobre la base de la proscripción de la gran fuerza antidemocrática del país: el peronismo.*

Pero la Libertadora no puede manejar las cosas como quiere. Les sale eso que los norteamericanos llaman *a pain in the ass* (“un grano en el culo”) y ese grano se llama Arturo Frondizi. Frondizi es el primero en decirse: aquí, si alguien quiere ganar tiene que arreglar con Perón. Con lo cual se transforma en “el traidor de la República”. Siendo un pibe, en Necochea, en un veraneo de esos, mi viejo, orgulloso, me llevó a escuchar una conferencia del venerable Alfredo Palacios, socialista. ¡Lo que no dijo Palacios de Frondizi! “Tenemos que denunciar a los que arrojan sus convicciones por la borda y hacen arreglos con el tirano. A los que traicionan sus ideas de ayer y caen en el contubernio.”

¡Contubernio! Esta fue la palabra de la época. Se la escuché de pibe al socialista Palacios. Mi viejo lo respetaba. Me solía relatar una anécdota que le merecía una gran admiración: don Alfredo Palacios estaba preso. Preso por el fascismo peronista. Y les gritaba a sus carceleros: “¡Vengan a atender a un hombre libre!” No estaba mal. El Gran Hombre dio su conferencia y luego le hicieron preguntas. La primera fue: “¿Qué es la libertad?”. Y Palacios, para responder, recitó un poema. No había quien no hablara de la libertad. Pero Frondizi los jodió a todos. Le dijo a Frigerio: arreglemos con Perón. Nos vamos de la UCR, hacemos otro partido, hablamos con el general y le pedimos sus votos, a cambio le ofrecemos normalizar la CGT, la CGE, los sindicatos y nos comprometemos a que los candidatos peronistas, si hay elecciones provinciales, puedan presentarse, que fue, este último ofrecimiento, el que lo liquidó. Ya llegaremos. Arreglan con Perón y la palabra escandalizada que todo el país gorila pronuncia es *¡contubernio!* Las palabras que hace surgir el gorilaje argentino. Yo recuerdo que no entendía qué mierda quería decir “contubernio”. Imagínense las bases peronistas. ¿Qué está haciendo el general con Frondizi? ¡Contubernio! ¿Y eso qué es? En realidad, significaba que Frondizi quería ser más vivo que Perón y usarle los votos y después hacerle un corte de manga. ¿Saben qué es contubernio? Sí, pero igual veamos sus sinónimos: confabulación, componenda, complicidad, conjura, complot. Casi nada.

El Pacto Perón-Frondizi es un hito en la historia del peronismo. Perón acepta apoyar a un candidato extrapartidario y (aunque algunos queridos amigos ex desarrollistas o aún desarrollistas se enojen conmigo) sinuoso. Un tipo que jugaba a demasiadas puntas, creyéndose el más hábil de todas ellas y terminando por perder en todas. No hubo error que no cometiera Frondizi. Aunque le vamos a dar a Héctor Valle, por el respeto que le tenemos (es uno de nuestros más relevantes economistas y un economista que está del lado del que los economistas no suelen estar: el lado de los intereses populares), amplio espacio para que defienda ciertas políticas de Frondizi, algo que abrirá el espectro problemático. No es ésta una historia de ángeles y demonios precisamente. El Pacto Perón-Frondizi se firma en febrero de 1958. Algunos de sus párrafos: “De asumir el Gobierno, el Doctor Arturo Frondizi se compromete a restablecer las conquistas logradas por el pueblo en los órdenes social, económico y político”. Deberá, luego, adoptar una serie de medidas: revisará todo lo impuesto en materia económica por la Libertadora. Que ha sido totalmente lesivo para la soberanía nacional. Deberá anular todas las medidas tomadas por el régimen militar “con propósitos de persecución política”. “Devolución de sus bienes a la Fundación Eva Perón”. “Reconocimiento de la personería del Partido Peronista”. “Por su parte, el General Juan Domingo Perón se compromete a interponer sus

buenos oficios y su influencia política para lograr el clima pacífico y de colaboración popular indispensable para llevar a cabo los objetivos establecidos en el presente Plan”. Lo firman Perón-Frondizi-Cooke-Frigerio (Cfr. *Correspondencia Perón-Cooke, Ibid.*, pp. 656/657).

EL GOBIERNO DE FRONDIZI: HAGAMOS LO QUE PODAMOS

Fue Rogelio Frigerio el ideólogo de Frondizi y lo hizo desde la legendaria revista *Qué*. La posición de *Qué* era la defensa de la industria pesada contra la concentración del capital en el sector agrario, lo que daba poder a los sectores reaccionarios del país. Por el contrario, derivar el capital hacia el desarrollo de la industria pesada nos arrancaría de nuestra eterna existencia pastoril y pondría al país en la modernidad capitalista. *Qué* planteaba, además, temas muy afines al peronismo: política proteccionista centrada en el Estado, debilitamiento de los sectores oligárquicos, amnistía a los presos políticos, retorno a la legalidad sindical y levantamiento de la intervención a la CGT (Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, *Ibid.*, p. 424). Pero empezaron las aflojadas. Y una de ellas fue fatal para el Gobierno: “En el área educativa, logró la aprobación de la ley

sobre enseñanza libre. Se anulaba así el monopolio estatal que existía en la enseñanza superior con respecto a la Iglesia (...). El entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, se opuso a la nueva ley en una etapa relevante de la universidad pública argentina (...). Por otro lado, renegando de su pasado socializante y antiimperialista, Frondizi se convirtió a la libre empresa; librepensador y laicista, declaró su fe católica y apoyó la enseñanza libre. Severo antiperonista, resultó electo por los votos peronistas. Sus equívocos no tardaron en enajenarle el apoyo de sus electores y en enardecer a sus opositores (Rapoport, *Ibid.*, p. 425). ¡Para colmo Frondizi tuvo a su Julio Cobos! Pareciera destino de los vicepresidentes radicales el ejercicio de la traición. Muchos habrán recordado a Alejandro Gómez durante estos días. “Pero fue en el propio gobierno que se produjo la principal crisis cuando el vicepresidente, Alejandro Gómez, en desacuerdo con la política de Frondizi, se aproximó a la oposición para provocar una ruptura dentro del oficialismo. *La dimisión de Gómez fue el primer éxito de la oposición política sobre el gobierno*” (Rapoport, *Ibid.*, p. 425. Cursivas mías). A Frondizi le encajaron el apodo de “Maquiavelo” como un falsario de la política, que apelaba a cualquier metodología para realizar sus planes. (Era una interpre-



tación muy mezquina del gran pensador florentino. Pero así es la política argentina. Dispara con todo. Como sea.) En las luchas callejeras por “Laica” o “Libre” los estudiantes se agarraban a piñas. Los de la Libre llevaban unos brazaletes verdes que lograban, a veces, intimidar. Eran todos garcas de los colegios católicos, desde luego. Pero pelearon bien. Los “laicos” pintaron en una pared: “Donde hay un libro hay una vela que se enciende... y un cura que sopla. Victor Hugo”. Qué importaba. Para los niños católicos ese Victor Hugo habría sido un comunista y acaso un peronista totalitario. ¿O van a decir que en los colegios católicos estudian a Victor Hugo?

Fronidzi seguía retrocediendo. Quiere ahora sosegar a los milicos en el plano económico y acepta poner en su gobierno a uno de los personajes más nefastos de nuestra historia política: ¡parece el inefable Alvarito! Rabioso anticomunista, guerrero de Occidente, hombre de contactos con la CIA y con los grupos de contrainsurgencia norteamericanos, engegucido anticastrista, sospechoso de haber colaborado en la captura del Che en Bolivia, el tipo que aconsejó, en febrero de 1976, no dar “todavía” el golpe porque convenía dejar desgastar aún más al gobierno de Isabel Perón y luego tendría el caradurismo de decir que él se había opuesto al golpe por haber dicho eso, peronista pragmático con Menem, padre de una dirigente corrupta, de una mujer con un desparpajo y un desprecio total por las formas políticas, súbita, inesperada vedette que se hacía fotografiar con pieles mostrando sus piernas porque estaba convencida de la belleza de las mismas, fracasada y ridícula limpiadora, desinfectadora del Riachuelo, María Julia Alsogaray fue la digna hija de su padre. Los males que don Alvaro le ha hecho a este país tal vez no puedan ser contabilizados. Cuando Frondizi lo pone de ministro (esto sólo sería imperdonable para un político: haber puesto a Alsogaray es para Frondizi como para Perón haber puesto a Alberto Villar, cada uno arrasaba al país en su esfera), Alsogaray se adueña de la televisión. Demuestra una capacidad histriónica admirable y es uno de los primeros en advertir que los medios, en efecto, comunican. Pone pizarrones, traza líneas, líneas que suben, líneas que bajan, hasta que, por fin, dice la frase que lo inmortalizará: “Hay que pasar el invierno”.

PUDIMOS HABER REPRIMIDO AL EJÉRCITO GORILA

El gobierno de Frondizi está acabado. Los militares controlan cada cosa que hace. Los planteos son casi diarios. Son, casi, payasescos. ¡Treinta planteos le hicieron los milicos a Frondizi! Por cada planteo, otro gorila al gabinete o a algún puesto de poder. “Cada concesión del presidente se tradujo en un nuevo avance del poder militar sobre el poder civil” (Rapoport, *Ibid.*, p. 426). Luego vendrá el Conintes. La concesión de las elecciones, con participación del peronismo que Frondizi, acaso en su ceguera final, creía que sería derrotado. Triunfa Framini en la provincia de Buenos Aires y se acaba todo. Volvemos sobre esto. Quiero dejar espacio para la carta de Héctor Valle. Que dice así: “Para un país como la Argentina de los ’60 (o el Brasil de Quadros, sin ir más lejos), sin condiciones políticas objetivas para expropiar a los terratenientes y descartando la viabilidad de aumentar el grado de explotación del trabajo, carentes de desarrollo tecnológico autónomo pero con una capa no desdeñable de empresarios y científicos nacionales en condiciones de integrarse a un proyecto de desarrollo, quedaban pocas opciones a la hora de sintonizar con la fase que en ese momento histórico preciso vivía el capital multinacional. No pecamos de ingenuos (...). Pero admitamos que restaban pocas opciones, en tanto se asumiera que era vidrioso encontrar algo parecido a la Sierra Maestra. A partir de esa consideración no puede ignorarse que: ‘Durante esa malhadada presidencia’ (j), la Argentina dio un paso decisivo en su modernización, e ignorarlo, particularmente con la perspectiva que dan los años es ya, por lo menos, un anacronismo. Apenas sirve para no desentonar en los medios que uno frecuenta, donde la crítica a los desarrollistas es algo tan políticamente correcto e infaltable como usar la camiseta con la foto del Che. ¡Si lo sabré!”.

“Finalmente, todo lo reseñado no supone ignorar ni desdeñar la importancia de los errores, que no fueron menores y quizá más decisivos que los supuestos males de sustituir importaciones petroleras cagándose en el ya famoso libro *Petróleo y Política*. Desde mi punto de vista, el gobierno del ’58 adoptó por lo menos dos decisiones estratégicas de graves y quizá de no previstas consecuencias, las que tuvieron gran potencia desestabilizadora: una fue la ley de enseñanza libre y la otra esa permanente negativa inclaudicable a reprimir al Ejército gorila, cuando tenían las condiciones militares suficientes para, por lo menos, intentarlo. ¡Cuántos menos tecnócratas al servicio del liberalismo hubiéramos sufrido sin la UCA! y cuánta menos sangre se hubiera derramado cortándole las alas a tiempo al ejército colorado y al azul también. Creo que fueron políticas fatales —y no me vengan con el viejo verso de que una cosa explica la otra para por esa vía juzgar el autobastecimiento petrolero— que generaron en algunos un desánimo profundo y en otros un odio ciego, que han impedido evaluar adecuadamente otras decisiones que fueron realmente transformadoras, no solo como las del programa energético o el siderúrgico sino también los grandes cambios progresistas operados en la Universidad, el desarrollo de organismos públicos de investigación como el INTI o encarar tantas grandes obras públicas que luego maduraron, todas de origen desarrollista.”

“Pero si algo no se puede seguir repitiendo, a esta altura de los acontecimientos, es que los hombres y mujeres, pocos o muchos, comprometidos con aquel proyecto, con esas ideas y con aquellos dirigentes (por entonces o más adelante) éramos o somos una manga de boludos (‘sufridos intelectuales’ a tu decir) o ventajeros, que adherimos a políticos en quienes creímos, mientras los ‘lúcidos intelectuales’ nos observaban con carita de reproche desde una mesa del café La Paz, y ahí siguen” (Carta al autor de febrero del 2008).

De esta Carta hay dos postulaciones que analizaremos en la próxima entrega y que son prioritarias. ¡Cuántos menos tecnócratas al servicio del liberalismo tendríamos sin la UCA! Y la otra, la más densa, la más

trascendente: debimos haber derrotado al Ejército gorila, al azul y al colorado ahí mismo. Debimos haberles cortado las alas, dice. Eso, ¿habría sido posible? Valle dice que se tenían los medios militares necesarios como para, por lo menos, intentarlo. Es impensable cuántos aliados habrían sumado. Qué otros sectores del Ejército (de un Ejército formado por los hombres que habían mantenido la fidelidad al peronismo) habrían deseado repetir la intentona de junio de 1956, ahogada en sangre y aún muy cerca.

Esto de Héctor Valle asombrará a los mismos desarrollistas: ¿cuántos se lo habrán planteado? ¿Fronidzi? El “Maquiavelo” de la UCRI no hizo más que ceder ante los planteos militares. Pero apretado por sus cuadros más decididos —que debían buscar apoyo en el peronismo—, el planteo es que no habría sido excesivamente ilusoria una ofensiva contra el Ejército gorila que llevó al país a la catástrofe. La reflexión sobre la historia incluye lo impensado. Y hasta requiere reflexionar sobre lo imposible. Ocurre que es un rostro demasiado extremo de lo imposible imaginar a cualquier sector del Ejército aceptando la jefatura de Frondizi para reprimir a otro. Porque, en caso de —como dice Valle— haber contado con medios militares suficientes como para al menos “intentarlo”, ¿quién habría sido el comandante en jefe de esa represión? ¿Alguien imagina a Frondizi asumiendo el rol de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas que le correspondía en tanto presidente, ordenar la represión del Ejército azul y del colorado? Difícil.

ILLIA: LOS QUE LO ECHAN SON LOS MISMOS BANDIDOS QUE LO PUSIERON

El problema con Frondizi (más allá de las cuestiones económicas y del autoabastecimiento energético) es, desde luego, político. Era, como lo fueron todos, un presidente ilegítimo. Sus votos no eran suyos. De aquí que tampoco uno lo imagine al frente de los milicos antigorilas. Estos, en todo caso habrían obedecido a Perón. Pero Frondizi era por Perón que estaba donde estaba. Lo que en

verdad maniató a Frondizi fue el esquema del “dame y te doy y después hago lo que quiero, pero no lo puedo hacer porque no me dejan”. Veamos: 1) *Dame*: dame tus votos, Perón; 2) *Te doy*: todo lo que te firmé. Hasta te autorizo a que se presenten tus candidatos en elecciones provinciales; 3) *Hago lo que quiero*: Ahora que estoy en el Gobierno el que manda soy yo. Actúo como si me hubieran votado a mí los que me votaron. O en el caso de Illia: soy un presidente democrático. Soy la institucionalidad. (*Nota*: Lamentamos informar a la mitología radical sobre el “viejito bueno” que la frase —tan utilizada durante la campaña de 1983— que Illia le dirige al general Julio Alsogaray cuando éste va a relevarlo del mando es totalmente absurda: “Yo soy [habría dicho Illia] el presidente de la República y usted es un bandido que se rebela contra las instituciones”. Todos aplaudían a rabiar en los cines durante la campaña de Alfonsín. Pero no. El general Julio Alsogaray, serenamente, le debió haber respondido [acaso lo hizo]: “Se equivoca, doctor Illia. Yo no soy un bandido que se rebela contra las instituciones. Yo soy el bandido que lo puso aquí. Si no fuera por bandidos como yo y mis compañeros de armas usted no sería presidente de la República. Así que marche preso”.); 4) *Pero no puedo hacer nada*: ¡Claro que no! No eran presidentes legítimos. Y los primeros en saberlo eran los militares. Apenas Frondizi o Illia querían salirse del libreto los tiraban. Los dos caen por el mismo motivo: autorizar la participación del peronismo en la vida política. Al ganar Framini en la provincia de Buenos Aires cae Frondizi. *No es un golpe contra Frondizi, es un golpe contra el peronismo*. No es a Frondizi al que voltean, voltean a Framini, impiden que el peronismo se adueñe de la provincia de Buenos Aires. Y con Illia lo mismo: no lo voltean por la ley de medicamentos. Esa es una ilusión para creer que a Illia lo voltean por “militante antiimperialista” o por algo que hizo él. Que es a él a quien voltean. Y no. Illia (y aquí sí tiene funcionalidad el concepto de “viejito bueno”) es, en efecto, un tipo con sensibilidad democrática y todo indica que cada vez más va a ir abriéndole puertas al peronismo y le permitirá participar en las próximas elecciones presidenciales. Este mérito suyo, este auténtico espíritu democrático, tal vez más valioso que el asunto de la ley de medicamentos, esta actitud por la cual limpiaría su origen espurio y se legitimaría democráticamente, determina su caída. Los militares, que lo han puesto, no lo pusieron para que legitimara al peronismo. Es como Frondizi abriéndole las puertas de la provincia de Buenos Aires a Framini. No, señor: no lo pusimos para eso. Y a Illia lo mismo. *El golpe contra Illia no es contra él. Es un golpe contra la posibilidad de la participación del peronismo en elecciones presidenciales*. Es cierto que esa posibilidad la estaba tornando posible el propio Illia. Pero no podía. Porque quería realizarla con un poder que no era suyo. *Con un poder que le habían dado precisamente para bloquear esa posibilidad*. ¿Cómo, ahora te querés hacer el vivo, te hacemos presidente y vos nos querés meter adentro al peronismo? Bueno, los bandidos que te dieron el poder te lo van a sacar. Porque vos, te guste o no, sos fruto del bandidaje. Fue un acto de bandidaje presentarse a elecciones con la proscripción del partido mayoritario. ¿No lo pensó Illia? Cuando él le dice a Julio Alsogaray: “Usted es un bandido que se levanta en armas contra las instituciones, contra la democracia, contra el orden instituido” (contra todo lo que se quiera), Julio Alsogaray, con total coherencia, le puede decir: “Y usted es un bandido que llegó a la presidencia de la República en medio de una ilegitimidad democrática profunda. Llegó apadrinado por bandidos a los que recién ahora, cuando se vuelven contra usted, denuncia. Cuando le sirvieron, nada dijo. Los utilizó y se puso la banda”. De donde vemos que el “viejito bueno” tenía unas cuantas aristas oscuras. Tenía la ilegitimidad profunda de todos los gobiernos que les servían a los militares de careta institucional y democrática. Su frase a Julio Alsogaray no tiene sentido. El milico gorila se habrá dicho: “Pobre viejo: se la creyó”. Y lo metió preso.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Onganiato
y Cordobazo

IV Domingo 3 de agosto de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

38 Onganiato y Cordobazo



HACIA UNA FENOMENOLOGÍA DE UNA HUELGA EJEMPLAR

Hay un encuadre político del que no pueden salir los militares ni los partidos no peronistas. La Libertadora se había autodenominado “Gobierno Provisional”. Lo hizo cuando creía que despacharía sin mayores problemas al peronismo. Que la desperonización del país sería sencilla. También la izquierda apostó a algo similar: hay que desperonizar a la clase obrera para que gire a la izquierda y se encuentre por fin con su verdadera ideología de clase, que es la que sostienen los partidos de izquierda. El problema es que el socialismo argentino participa de los enjuagues de los “libertadores” para suprimir al peronismo. Reforma de la Constitución, Junta Consultiva Nacional, disolución del Partido Peronista, intervención de la CGT, etc. Un engendro como la Junta Consultiva Nacional, por ejemplo, estaba presidido por el almirante Rojas y se proponía la consolidación de los principios liberales del Gobierno y la desperonización del país, que había quedado en situación de catástrofe democrática luego del peronismo. Para esto serviría la Junta Consultiva Nacional. Era un organismo *asesor* de la Libertadora. En esto se anotaron José Aguirre Cámara, Horacio Thedy, Miguel Zavala Ortiz y Oscar Alende (cuya evolución todos conocemos), muchos otros radicales y los socialistas Nicolás Repetto, Américo Ghioldi y Alicia Moreau de Justo, la Victoria Ocampo de la izquierda, cuyo nombre engalana una avenida importantísima de Puerto Madero, hoy. No había forma de desperonizar el país ni a su clase obrera. Por consiguiente, los “libertadores” conceden elecciones “libres”. Y aquí empieza la farsa. A la cual se prestan *todos los partidos políticos*. Ninguno es capaz de decir “mientras el peronismo esté prohibido no puede haber elecciones democráticas”. Todos esperan llegar al gobierno y, desde ahí, negociar con el peronismo y controlarlo. Los militares abren la farsa pero permanecen como los “patrones de la vereda”. Controlan todo. Ponen y sacan. Hemos visto ya la experiencia de Frondizi y la de Illia. Los militares los ponen para que el país tenga una máscara democrática. Ellos aceptan. Llegan y empiezan a negociar con el peronismo. Cuando estas negociaciones llegan a un punto peligroso, los militares los sacan.

La historia argentina transitaba otros carriles, tenía experiencias más auténticas, totalmente genuinas, y vendrían del propio peronismo. Nuestro propósito —aquí— es hacer la fenomenología de una huelga. ¿Qué entendemos por fenomenología? Ir describiendo sus hechos, enumerándolos, mostrándolos en exterioridad y concluir que esos hechos son, a la vez, la esencia de lo que buscamos. Los hechos nos narran su historia y nos dicen a la vez qué significa esa historia, qué puntos conceptuales afirma, cuáles niega. *La pregunta es: ¿qué es una huelga obrera?* Como más adelante —bastante más adelante— nos preguntaremos *¿qué es el foco insurreccional?*, queremos ahora exhibir el mecanismo ejemplar (paradigmático, es decir: el ejemplo perfecto) de una huelga obrera. Ese ejemplo lo dio la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre. Fue uno de los grandes momentos de la clase obrera argentina. Y fue el ejemplo de lo que una huelga es.

Tempranamente Perón apela a la lucha violenta. Una lucha violenta que se encarna en los militantes del peronismo. Poner caños, bombas de plástico, recurrir a sabotajes. En carta a Cooke del 3 de noviembre de 1955, firmada en Caracas, le dice: “Algunos ‘angelitos’ piensan en la posibilidad de la ‘pacificación’ (...) Yo también era pacifista hasta el 9 de junio pero, después de los crímenes cometidos por los tiranos, apoyados por los partidos políticos, *ya no tengo esperanzas que esto se pueda solucionar sino en forma cruenta* (...) Cuanto más violentos seamos mejor: *al terror no se lo vence sino con otro terror superior* (...) Algunos idiotas temen el caso de que se produzca un caos. Las revoluciones como la nuestra parten siempre del caos, por eso no sólo no debemos temer al caos sino tratar de provocarlo (...) Se trata de no dar escape a la dictadura por ningún lugar y

menos por la solución política. Ahora los que queremos guerra somos nosotros, pero guerra a nuestro modo, no al de ellos. Vamos a ver si podrán gobernar cuando el pueblo llegue a la resistencia sistemática. Veremos también quién será el que pierda con la ruina general. *me daría un gran placer si algún día, en la obra en que yo trabajara, tuviera a los oligarcas y a los ‘petiteros’ acarreadome baldes de mezcla*” (Perón-Cooke, *Correspondencia*, Volumen II, *Ibid.*, 46/47/49). Qué tipo este Perón. Cómo sabía decirle a cada uno lo mejor para tenerlo de su lado. Observemos que el texto tiene una potencia notable y que sin duda a Cooke le habrá revuelto la cabeza. Así dirigía Perón la Resistencia Peronista. Ése era el lenguaje preciso. Observemos que la frase: “Al terror no se lo vence sino con otro terror superior” anticipa a la que dirá “A la violencia del régimen oponemos una violencia mayor”, que será ofrecida a los cuadros combativos de los setenta. Ahora, le dice a Cooke, somos nosotros los que queremos guerra. Pero (aclara) “a nuestro modo”. O sea: nada de fusilamientos, nada de matanzas clandestinas, de crímenes en basurales. ¿Cuál es el modo que Perón considera “nuestro”, es decir, de los peronistas? Ese modo estará plasmado cuando el pueblo llegue a la resistencia sistemática. *Es el pueblo el que ejerce y el que encarna la resistencia sistemática*. Ese es “nuestro modo”, dice Perón. Perón ni pensaba en la guerrilla en estos años. Sólo incorporará este concepto luego de la aparición de los Montoneros. Pero es muy sugerente el modo en que nombra a los grupos guerrilleros: *formaciones especiales*. ¿Por qué son *especiales* estas formaciones? Porque actúan individualmente. Forman parte de la lucha del pueblo, pero no luchan como el pueblo. Luchan de un modo *especial*. Luchan fuera de la masa. Colaboran con la masa. Pero no surgen de ella ni pelean desde ella. Son “especiales”. Son “formaciones”. Cuando estamos diciendo que son “especiales” estamos diciendo que estas “formaciones” matan, matan gente. Trabajan con la muerte. La masa trabaja con la masividad. El pueblo trabaja con el número. Si se organiza, transforma su número en fuerza. Pero no una fuerza organizada para matar. Las “formaciones especiales” no trabajan con la masividad, aunque adhieran a ella. Trabajan con formaciones reducidas. Estas formaciones llevan incluida en todas sus acciones la decisión de matar. Su lucha es *armada*. *La lucha de las formaciones especiales es la lucha armada*. La lucha genuina de la clase obrera no es la lucha armada. Su arma esencial, el arma que define el ser de la clase obrera en su faz combativa, es la *huelga*. De aquí que nos detengamos a analizar la gran huelga de los obreros peronistas: la del Frigorífico Lisandro de la Torre.

LA HUELGA, EL ARMA GENUINA DE LA CLASE OBRERA

Sólo algo respecto de la relación de Perón con la violencia. Lo sabemos: Perón es un político de múltiples facetas y muchas de ellas están determinadas por sus estados de ánimo. El texto que vamos a citar, y que le dirige a Cooke, es un Manual lapidario sobre las acciones que puede tomar un pueblo resistente ante un gobierno dictatorial: “El sabotaje, el boicot a las compras y al consumo, el derroche de agua, las destrucciones de las líneas telefónicas y telegráficas, las pertur-

baciones de todo orden, las huelgas, los paros, las protestas tumultuosas, los panfletos, los rumores de todo tipo, la baja producción y el desgano, la desobediencia civil, la violación de las leyes y decretos, el no pago de los impuestos, el sabotaje a la administración pública, solapada e insidiosa, etc., son recursos que bien ejecutados pueden arrojar en pocos días a cualquier gobierno (...) Yo creo que la eficacia de los pequeños métodos es temible (...) Por eso creo que la resistencia no ha sido bien llevada, porque la gente se ve más atraída por las bombas y los incendios, que son efectivos si no se olvidan las cosas más pequeñas, pero que ejecutadas en millones de partes resultan mayores y más efectivas que hacer volar un puente o incendiar una fábrica” (Perón-Cooke, *Correspondencia*, tomo II, 1970, p. 39. Esta cita corresponde a la edición de Granica que es la citada por Alonso, Elizalde y Vázquez, que son los autores de un más que excelente libro: *La Argentina del siglo XX*, Aique, Buenos Aires, 1997, p. 129). El texto de Perón es formidable: traza todo un plan de resistencia de sabotaje destructivo



sin actos violentos de envergadura. También era consciente de esa posibilidad. La guerrilla se le impone a Perón. Como se le impone a la sociedad. La mayoría de la sociedad la acepta. Nadie parece entristecerse demasiado por el asesinato del gorila fusilador Aramburu. Más aún en mayo de 1970, después del Cordobazo, cuando la idea del regreso de Perón, traído por la lucha del pueblo *en todas sus formas, empieza a vislumbrarse como una posibilidad*. Lo que está claro es que la muerte de Aramburu se incluye como un hecho más de una lucha que es mucho más que eso, que es la lucha de todo un pueblo por el retorno de su líder proscrito. Muchos jóvenes y los propios Montoneros se empezaban a visualizar como vanguardia de la lucha porque eran los que “más arriesgaban” en ella. “Si Evita viviera sería Montonera” es porque, ella, la más combativa figura del peronismo,

hoy estaría en el lugar más arriesgado de la lucha, en su vanguardia armada. Ahí empieza al deterioro de la opción por la masas y su reemplazo por la opción por los fierros, que llevará al fracaso.

Ahora sí, vayamos a las jornadas masivas, proletarias, de la huelga del Lisandro de la Torre. Sólo obreros ahí. Esgrimiendo su arma esencial: la huelga revolucionaria. El libro más adecuado para estudiar este complejo hecho histórico es el de Ernesto José Salas, *La Resistencia Peronista, la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*, la gente del portal [Humano Buenos Aires, <http://humano.nobsas.wordpress.com>] lo ha comentado con notable rigor. Voy a utilizar el trabajo de ellos. Es el que sigue y es totalmente confiable:

“Durante la segunda mitad de enero de 1959 la ocupación del frigorífico ‘Lisandro de la Torre’ y su posterior desalojo por fuerzas militares y policiales desencadenó el estallido insurreccional del barrio de Mataderos y el inicio de una

proyecto de Ley de Carnes que contemplaba la privatización del frigorífico nacional que, situado en el barrio de Mataderos, abastecía el consumo de la Capital Federal. El objetivo manifiesto era venderlo a la CAP (Corporación Argentina de Productores), un ente mixto controlado por los ganaderos. El interés de éstos en la posesión de establecimientos frigoríficos era reciente, pues el mercado internacional para las carnes argentinas había decaído y el mercado interno era el destino obligado de las mismas.”

DEL ESPACIO DE LA FÁBRICA AL ESPACIO DE LA MILITANCIA

Hasta aquí tenemos: pocos recuerdan hoy la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre. No hay sorpresa en esto. Se recuerda poco, se sabe menos y se sabe mal. O se sabe con mala fe. Durante la década del ‘60 la huelga del De la Torre fue símbolo de la lucha obrera del peronismo de la Resistencia. Durante la primera mitad de enero de 1959 los obreros ocupan el Frigorífico. Esto no se hace fácilmente. Han tenido mucho que hablar los militantes más activos con los obreros menos politizados. Es un diálogo entre compañeros. Es un obrero que habla con otro. Comparten la misma situación. La única diferencia: uno está convencido de tomar el Frigorífico, el otro aún no. Cuando el otro tome conciencia de la necesidad de la medida estarán totalmente identificados. La relación que se establece en la fábrica es central. De aquí la importancia del trabajo para la clase obrera y también la importancia del neoliberalismo en haber reducido los

centros de trabajo.

En la fábrica los obreros se relacionan en tanto compañeros y en tanto artífices de la producción.

Dentro de este capitalismo de la producción la huelga es posible por la identificación y la cercanía que el trabajo produce. Si desaparece el

trabajo, los obreros pasan a ser marginados y su unidad ya no se da por medio de la producción. En el Lisandro de la Torre eran todos compañeros y eran los que hacían la tarea. Se identificaban de modo inmediato: compartían, ante todo, el espacio de la fábrica. *Se pasa del espacio de la fábrica al espacio de la militancia.*

Fronidzi quiere venderle el Frigorífico a la CAP (Corporación Argentina de Productores). Al vendérselo a la CAP lo *privatiza*. La CAP está en manos de los grandes ganaderos, que advierten, en ese momento, posibilidades concretas en el mercado mundial. Los del Lisandro de la Torre entienden que esa cesión que hace Fronidzi es otro regalo para la oligarquía de las vacas y las grandes extensiones de tierra. Deciden no entregar el Frigorífico. (Esto ocurrió en 1959. Tal vez los obreros no habían madurado y aún no entendían que la oligarquía ganadera es una clase revolucionaria que merece el apoyo de la izquierda y del periodismo progresista. Además del ya tradicional del establishment. En esa época, no. Entregarle el Frigorífico a la oligarquía era –para los obreros– una maniobra reaccionaria. Se usaban todavía estas viejas palabras.)

Sólo unos meses atrás los obreros habían elegido una nueva comisión interna. La mayoría eran peronistas. La comisión interna expresa el funcionamiento de la democracia en el interior de la fábrica. Son los obreros los que eligen sus comisiones. Ellos se conocen y saben a quiénes eligen. Son elegidos los más combativos, los más fieles a los intereses de clase, los que poseen mayor formación ideológica, algo que les permitirá negociar mejor con los patrones. La lucha común fortalece los lazos comunes: todos son compañeros que resisten una medida que perjudica, también, a todos.

Se trata la ley en el Senado. Dos mil obreros

acuden a presionar, a hacer sentir su presencia. Llevan con ellos a un ternero. Le han colgado un cartel. El cartel dice: “Señores diputados: no me entreguen. Quiero ser nacional”. Se trata de un hecho remarcable: en tanto el Frigorífico es del Estado los obreros consideran que es “nacional”. Por ser “nacional” sienten que ese ternero *es de ellos, los expresa a ellos*. Pero la ley se promulga en Diputados y en Senadores ni necesita ser debatida por tener el oficialismo una mayoría absoluta. El parlamentarismo les ha dado un duro golpe a los obreros del Lisandro de la Torre y ha legislado, una vez más, en beneficio de los patrones, de los poderosos. Se produce entonces la resistencia obrera. El 15 de enero de 1959 todos van a trabajar y toman el Frigorífico. *No se van del edificio*. Se convoca a una asamblea general. Asisten a ella 8000 obreros. Se decide mantener la toma del Frigorífico y se declara la huelga por tiempo indeterminado. En la lucha colaboran los familiares: padres, madres, hijos, hermanos. Toda la gran barriada está conmovida, alerta y sabe que puede desatarse la represión. Frondizi, apurado por los grandes ganaderos de la CAP, no puede demorar esta medida. Un Estado no puede permitir que unos obreros se apropien de un frigorífico. Los obreros se manejaban con un esquema optimista: si el Frigorífico es del Estado es, entonces, *nacional*. Si es nacional tiene que ser de los obreros. O son ellos quienes tienen que luchar para que no sea *privado*. Para que no se entregue a manos de las familias de siempre, los dueños de la tierra y del ganado que pasta sobre ella. Destaquemos esto: en el momento en que se está por desatar la rebelión los obreros no están solos en la lucha, se han incorporado sus familias y hasta el entorno barrial.

LA REPRESIÓN: 2000 SOLDADOS

El gobierno declara *ilegal* la huelga. Los obreros habían dado un paso de más no tolerado por la legalidad burguesa: *habían ocupado el Frigorífico*. Y el Frigorífico no es de ellos aunque sea del Estado. El Estado actúa como un ente de representación de los sectores dirigentes. A ellos les pertenece todo. El Frigorífico podrá ser estatal. Pero el Estado no es *nacional*. El Estado frondicista –por referirnos solamente a él– era un Estado de dominación de clase. Su función era expresar políticamente a los grandes empresarios y a las Fuerzas Armadas, que veían en los obreros del Lisandro de la Torre a una gavilla de peronistas y comunistas subversivos, alteradores del desarrollo normal y racional de la sociedad. Se hallaban claramente dispuestos a reprimirlos en nombre de los valores de Occidente. La cuestión es clara: si el Estado expresa a las clases hegemónicas (a la vieja oligarquía y a los empresarios unidos a ella, o sea: *a las clases dominantes*), el Frigorífico Lisandro de la Torre pertenece al ámbito inviolable de la *propiedad privada*. En suma, los obreros se han adueñado de una propiedad que no les pertenece. Que les ha sido privada porque es de otros. De quienes es el país. Y adueñarse de una propiedad ajena es el más escandaloso delito de una sociedad basada en el orden del capital. Los obreros del Lisandro de la Torre han subvertido ese orden y deben ser severamente reprimidos. Se ordena desalojar el establecimiento el día sábado.

Como la orden no se obedece se desata la represión. Se movilizan contra los obreros fuerzas que jamás se habían reunido para reprimir una huelga obrera. Este es uno de los momentos más notables, más genuinos en la historia del peronismo. Fue, si se quiere, nuestra Comuna de Mataderos, porque la participación de las barriadas adyacentes al Frigorífico fue importante. Pero la represión fue desmedida. Expresaba también el miedo de los poseedores, la presión de la oligarquía, el odio de clase, el odio a la soberbia de la chusma, el eterno “¿cómo se atreven?”, el eterno “hay que enseñarles”, “ahora van a ver quiénes mandan en el país”, el eterno “negros de mierda, se han soliviantado, hay que bajarles el copete”. Los piquetes de guardia en las esquinas del frigorífico fueron los primeros en dar la alarma. Lo que vieron fue una poderosa fuerza represiva que avanzaba hacia el establecimiento: “22 ómnibus cargados con agentes, carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos, patrulleros, cuatro tanques Sherman del Regimiento



huelga general nacional que puso en jaque la fragilidad institucional del gobierno de Arturo Frondizi. Hoy, estos hechos son poco conocidos para muchos argentinos, pero en las dos décadas inmediatamente posteriores serían parte de los relatos transmitidos oralmente y un antecedente de los estallidos urbanos de finales de la década de 1960. En los primeros días de enero, el presidente Arturo Frondizi ajustaba los detalles de su visita a los Estados Unidos; sería el primer mandatario argentino en visitar oficialmente la potencia dominante de la posguerra. Su política reciente había dado muestras sobradas de alineamiento: los contratos petroleros, la Ley de Radicación de Capitales y, a fines de diciembre de 1958, el anuncio al país de la aplicación del primer Plan de Estabilización elaborado a partir de las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional”.

“En este contexto, el 10 de enero de 1959, el Poder Ejecutivo envió a las cámaras un nuevo

de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados provistos de ametralladoras, estos últimos al mando del Teniente Coronel Alejandro Cáceres Monié”. La fuerza así reunida era de unos dos mil hombres. A las cuatro de la madrugada llegaron refuerzos de Gendarmería y un tanque ocupó posición frente al portón. Los obreros, en grupos, se treparon a los muros y a la puerta de entrada. Ricardo Barco, delegado comunista que observaba la escena la cuenta así: “Avanzan los tanques. Estábamos colgados de los portones, porque un poco en la bronca y otro poco de inconsciencia, lo que pensamos es que iban a meter la arremetida pero que lo iban a parar [...] Yo, desde el portón, cuando el portón pegó el cimbronazo, pasé por arriba de los árboles y fui a caer en un cantero allá como a cinco o seis metros... y todavía allí cayeron otros [...] En medio de eso, que el tanque entra, avanza, la gente se da vuelta, se para en el mástil y empieza a cantar el Himno Nacional... no hay palabras para decir lo que siente uno en ese momento”.

“La resistencia duró tres horas, aunque la mayoría de los obreros saltaron los muros y se refugiaron en su barrio. Desde el cuarto piso, un grupo tiraba con todo lo que tenía al alcance. A las siete de la mañana, la policía retomó el control: 95 obreros fueron detenidos y nueve resultaron heridos. El plenario de las 62 Organizaciones reunido esa noche declaró un paro por tiempo indeterminado que apoyaron los otros dos nucleamientos sindicales.

“La indignación por lo ocurrido recorrió el barrio. Durante varios días obreros y vecinos libraron duras batallas contra las fuerzas de seguridad. Mataderos se convirtió en el barrio de las barricadas, se hacían con adoquines sacados de las calles, vías del tranvía, cubiertas de ómnibus de líneas incendiadas y clavos miguelitos aportados por la Juventud Peronista. Por la noche los activistas cortaron el alumbrado y la policía fue recibida a pedradas desde las azoteas. En tanto, el gobierno allanó varios sindicatos y detuvo a varios dirigentes, entre ellos al “Lobo” Vandor, John William Cooke, Susana Valle y Felipe Vallese. Además, declaró ‘zona militar’ a las ciudades de La Plata, Berisso y Ensenada y ordenó su custodia con tropas militares. Entre tanto, Sebastián Borro y otros dirigentes de gremios chicos, como Jorge Di Pasquale, organizaban la huelga. Desde los Estados Unidos, Frondizi declaró: “La conducción del país la tiene el gobierno y no los gremios”. Luego de tres días el movimiento de fuerza se debilitó: los colectivos trabajaron el martes y los nucleamientos comunistas y ‘democráticos’ abandonaron la huelga. El miércoles 21, las 62 Organizaciones decidieron el cese de las medidas de fuerza” (Ver: <http://humanobsas.wordpress.com>).

HUELGA OBRERA Y GUERRILLA

Un movimiento como éste deja plasmados documentos importantes, dado que busca explicar los fundamentos de su acción y denunciar aquello contra lo cual lucha. El *Comando Nacional Peronista* emite un documento interno con fecha 3 de enero de 1959. Sus líneas centrales son las siguientes:

“a) El Paro General:

1.- “El paro general realizado por todo el Pueblo argentino los días 18 y 19 de enero de 1959, ha sido la más formidable expresión de repudio a un gobierno que se conoce en nuestra historia.

2.- Desde el punto de vista de la lucha por la Liberación Nacional, el paro general ha confirmado la ubicación de las masas trabajadoras como *vanguardia combatiente e indiscutida* de la Nacionalidad. Una vez más los trabajadores han demostrado que su fuerza, su unidad y su homogeneidad constituyen la única garantía real para la emancipación de la Patria” (Roberto Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista, 1955-1970*, *Ibid.*, p. 150. Cursivas mías.)

Cuando el delegado Ricardo Barco dice que no tiene palabras para expresar la emoción que le produce ver a sus compañeros cantar, unidos, el Himno Nacional ante los tanques del gobierno, lo que dice es que esos compañeros están conduciendo la lucha del pueblo, *aun en la inminente derrota*. Lo que dice el documento del Comando Nacional Peronista es de enorme

valor. Es un texto teórico. Dice: la vanguardia de la nacionalidad, la vanguardia combatiente e indiscutida *son las masas trabajadoras*. No hay nada que enorgullezca más a la clase obrera que sentirse vanguardia de su propia lucha. Jamás, legítimamente, debe delegar esa vanguardia en ningún grupo que no haya surgido de ella, que no sea parte de su estructura organizativa y exprese su lucha.

Sigamos con el documento:

“3.- Desde el 17 de octubre de 1945 –en que por primera vez las masas laboriosas irrumpen en el campo político y deciden el destino auténtico del país– hasta esta gran huelga de enero de 1959, sólo las masas trabajadoras se han mantenido fieles y consecuentes a los principios y objetivos de la argentinidad, en una forma clara, definida y continua.

4.- Y al mismo tiempo, desde el 17 de octubre de 1945, sólo el Movimiento Peronista, por encima de la incapacidad y el temor de muchos de sus dirigentes, ha probado que es capaz de jugarse entero (...) en defensa del destino del patrimonio y del Pueblo Argentino (...) Somos los primeros en propugnar la unidad de todos los sectores nacionales contra la Oligarquía venal y el imperialismo extranjero, pero afirmamos que el Movimiento Peronista, consustanciado con los trabajadores, se ha ganado el derecho innegable a conducir la lucha de todo el Pueblo, hasta liquidar al Gobierno entreguista y restaurar la vigencia de la Soberanía y de la Dignidad argentina” (Baschetti, *Ibid.*, p. 150/151). El punto (2) lleva por título “La heroica actuación de la barriada de Mataderos”. Dice: “El segundo hecho relevante que demuestra la eficacia de la fuerza popular ha sido el comportamiento de la barriada de Mataderos, significativamente silenciado por los cronistas de la Oligarquía y del Imperialismo. Durante cinco días consecutivos un enorme sector de la ciudad, comprendido entre Avenida Olivera y la Avenida General Paz y abarcando los barrios de Mataderos, Villa Lugano, Bajo Flores, Villa Luro y parte de Floresta, ha estado ocupado por el Pueblo, ofreciendo una tenaz, entusiasta y exitosa resistencia a los organismos de represión” (Baschetti, *Ibid.*, p. 154). Y el 17 de enero de ese año de 1959 (justamente cuando Fidel Castro y los suyos entraban triunfalmente en La Habana acompañados por todo el pueblo que se les había reunido a lo largo de la lucha, sobre todo el pueblo campesino) será nada menos que John William Cooke quien fije algunas de las consecuencias conceptuales más importantes de la huelga del Lisandro de la Torre. Refiriéndose a las acciones populares, dice: “Si los medios de lucha que ha usado no son del agrado de los personajes que detentan posiciones oficiales, les recordamos que los ciudadanos no tienen la posibilidad de expresarse democráticamente y deben alternar entre persecuciones policiales y elecciones fraudulentas (o sea: entre el plan CONINTES –CONmoción INTERNA del Estado– que impulsa Frondizi y las elecciones amañadas con la proscripción del partido mayoritario, el fraude descarado, infame, que nadie, ningún partido debió aceptar, JPF). No es posible proscribir al pueblo de los asuntos nacionales y luego pretender que acepte pasivamente el atropello de sus libertades, a sus intereses materiales y a la soberanía argentina. *No sé si este movimiento nacional de protesta es ‘subversivo’, eso es una cuestión de terminología, y en los países coloniales son las oligarquías las que manejan el diccionario*. Pero sí puedo decir que el único culpable de lo que pasa es el gobierno, heredero en esta materia de la oligarquía setembrina. Por ello el pueblo está en su derecho de apelar a todos los recursos y a toda clase de lucha para impedir que siga adelante el siniestro plan entreguista” (Baschetti, *Ibid.*, pp. 160/161. Las bastardillas son de Cooke).

LO QUE COOKE PLANTEABA: UN PUEBLO SOFOCADO ESTÁ CONDENADO A LA VIOLENCIA

Plantea Cooke algo sensato, sencillo: apartar a un pueblo de las decisiones del país lo arroja a un estado de orfandad cívica y social que lo conduce a la violencia o a la huelga revolucionaria.

Calificar a estas actitudes de “subversivas” es de un cinismo elemental. Es el que prohíbe la manifestación del pueblo quien ejerce la subversión. En este sentido, *todos los gobiernos que actuaron entre 1599 y 1973 fueron subversivos pues subvirtieron el funcionamiento de la democracia*. Cuando el movimiento obrero (siempre dentro de ese esquema que le impide desarrollar en democracia su identidad política) emprende una huelga en defensa de sus intereses, el Estado ilegítimo (Frondizi, los militares gorilas) le envía una fuerza represora descomunal. Repasemos la composición de la fuerza represiva. Semejaba el deseo de tomar una colina inexpugnable en medio de la más feroz de las guerras. 1) 22 ómnibus cargados con agentes de policía; 2) “Carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos, patrulleros, cuatro tanques Sherman del Regimiento de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados provistos de ametralladoras, estos últimos al mando del Teniente Coronel Alejandro Cáceres Monié”; 3) Eran cerca de 2000 hombres. A las 4 de la mañana llegan refuerzos de Infantería y plantan, en posición de tiro, un tanque frente al portón de la fábrica. Esto expresa la brutalidad del régimen y también su temor.

Pero los obreros habían ganado (ya) muchísimo. Se sentían unidos. El compañerismo de clase se había afirmado. Las acciones se visualizaban más poderosas si eran colectivas. A nadie se le pasó por la cabeza organizar comandos de guerrillas. Y, en caso de hacerlo, habrían sido elegidas en asamblea y habrían surgido de las entrañas de la clase obrera. ¿Qué habría hecho un grupo miliciano externo que hubiera decidido arreglar la situación? Habrían apuntado sus armas hacia la Corporación Argentina de Productores. Ahí todos eran tipos importantes de la oligarquía. El gobierno estaba en sus manos o, al menos, debía servir decididamente a sus intereses y eso estaba haciendo. Si el grupo miliciano secuestra a dos personajes de la CAP y dice que anulan la medida de privatizar el Lisandro de la Torre o los matan, quizá (sólo quizá) Frondizi y los militares gorilas habrían negociado con más cautela. Había vidas en juego. Supongamos lo extremo. El triunfo total del grupo miliciano. El gobierno quiere salvar la vida de los personajes con apellidos sonoros y tradicionales, bien oligárquicos, y se suspende la medida de la privatización del Lisandro de la Torre. ¿En qué benefició esto a la clase obrera? Los superhéroes de la guerrilla se presentan en el Frigorífico y les dicen les traemos la solución. Los obreros debieran decirles: “Váyanse a la mierda. La solución la queríamos conseguir nosotros. No queremos salvadores, queremos fortalecer la capacidad de lucha de la clase obrera que, ella sí, es la vanguardia de la lucha revolucionaria”. De aquí que sea muy difícil que un grupo miliciano pueda sumarse a una huelga obrera. Los obreros no amenazan con matar a nadie. Su arma es *paralizar la producción*. Y esa posibilidad, a raíz de su anclaje en las masas, era genuinamente peronista. Sé que estos textos traerán discusiones y para eso están escritos. Para que se discutan. Para tirar “miguelitos” o poner uno que otro caño los obreros no necesitan milicianos. El miliciano actúa individualmente. Al margen de la organización de la clase obrera. Con frecuencia no pertenecen a ella. Son tipos con cierta cultura, atosigados de lecturas del Che, de Fanon y de Giap. El obrero sabe que en su unidad con sus compañeros está su camino de lucha. Si le mandan 2000 soldados, tanques y morteros, lo derrotarán. Pero también al grupo miliciano.

Veo que no he podido tratar el tema que había anunciado. No había medido la importancia que le daría a la huelga del Lisandro de la Torre y a sus consecuencias teóricas. Trataremos, desde luego, el ongiato y el Cordobazo. Pero más adelante. Tenemos que explicitar los planes de La Falda, Huerta Grande y CGT de los Argentinos. Y desarrollar las principales tesis de los teóricos que influyeron en las guerrillas de América Latina y en las de nuestro país.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

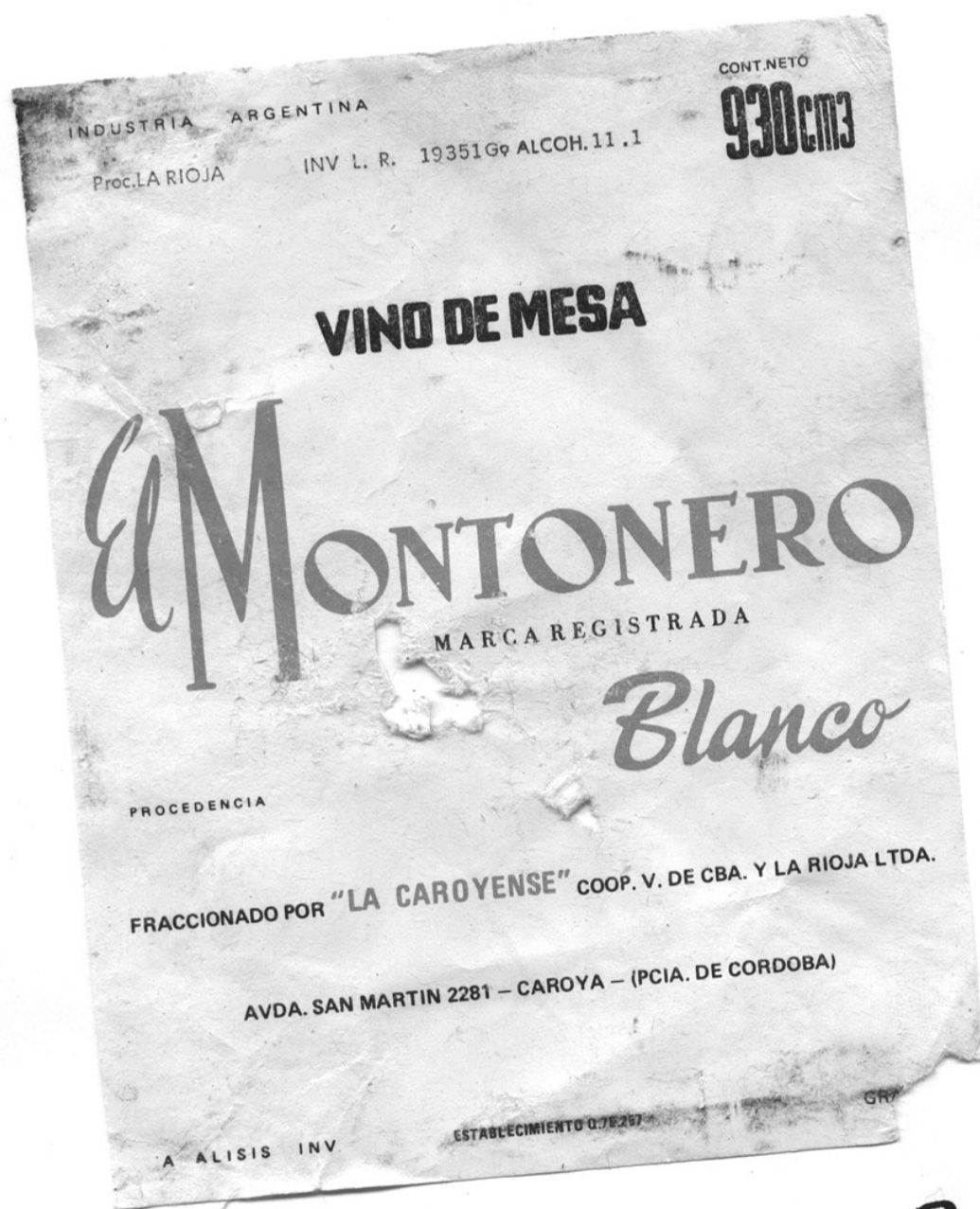
El ajedrez madrileño
de Perón

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

39 El ajedrez madrileño de Perón



LA HUELGA TRANSFORMA EL NÚMERO EN FUERZA

La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre queda en nuestra historia como uno de sus momentos más genuinos. En verdad, podríamos llamar a ese episodio “La Comuna de Mataderos”. Fue derrotado. Sí, la Comuna también. El capitalismo ha derrotado todos los esfuerzos que hizo la clase obrera para arrancarle mejoras o para obtener poder. Si así no fuera, el mundo actual no sería ese canto macabro a la injusticia, al avasallamiento, a la planificación del hambre, al odio al inmigrante que hoy es. Si así no fuera, sería impensable que la Sociedad Rural fuera saludada como una clase progresista en este país arrasado por el neoliberalismo en los '90, lleno de excluidos, de hambrientos, de sindicatos burocráticos y con marcadas tendencias mafiosas. La etapa 1956-1959 es la etapa gloriosa de la Resistencia Peronista donde no sólo sucedían cosas como la Comuna de Mataderos, sino también otras. Lo del Lisandro de la Torre fue incluido en estas páginas como herramienta conceptual: queríamos mostrar una huelga obrera en la cual no había participado ninguna guerrilla. Ante todo, porque no había guerrillas. No había teoría del foco. Lo que había era la certeza de que la herramienta de lucha de la clase obrera era su masividad. Esa masividad era su número. Bien, *la huelga es lo que transforma el número en fuerza*. (Parfraseo aquí una gran frase de Cooke.) El arma de los obreros es que son muchos. Al serlo, su número es alto. Pero aunque el número sea infinito, si no se organiza jamás se transformará en fuerza. En cuanto al tema de la violencia, la huelga es una clase de violencia. Impide la producción. Frena la dinámica del sistema capitalista. Pero los obreros de la Comuna de París empuñaron las armas. Yo (creo que esto lo he dicho) estoy contra la violencia. Pero tampoco puedo ser boludo. Si se vienen dos mil soldados artillados hasta los dientes y con la orden (emitida por el gobierno) de aniquilar a los obreros, éstos tienen la obligación de sobrevivir, de proteger a sus familias, a sus mujeres, a sus hijos. ¿O a qué mandó Frondizi 2000 soldados? ¿A preguntarles a los obreros si necesitaban comida, ropa, a anunciarles que los patronos habían cedido a sus reclamos? No, los enviaron para que los hicieran, sin más, mierda. A esta agresión hay que responder. Pero una cosa son las armas en manos de la clase obrera agredida por el régimen. Una cosa es que los obreros (que eligieron, ante todo, la metodología desarmada de la huelga masiva) respondan violentamente a la violencia represora del régimen y otra es que una orga mate a un policía o a un empresario. O que cien tipos se vayan al monte, lo declaren primer territorio libre de la patria, y preparen acciones desde allí. Por el momento no hagamos valoraciones. Es muy difícil hacerlas cuando uno también sabe que esos cien tipos (equivocados) fueron asesinados al margen de todo juicio, de toda ética, de todo comportamiento mínimamente humano, como bestias, torturados, animalizados por un poder tan brutal y arbitrario como jamás hubo en este país y en muchos otros. Se trata de señalar cuál es la conducta genuinamente obrera, lo que nos permitirá también analizar *qué esperaba el pueblo peronista del regreso de Perón por el que había sido el primero en luchar*. Porque la Comuna de Mataderos puede ser llamada así porque participó en ella el pueblo. Las mujeres cocinaron alimentos, entregaron ropa, fueron una retaguardia inestimable. Y sabían en qué lucha estaban sus hombres. Y muchas también se mezclaron con ellos. ¿Qué gobierno pedían? ¿Qué otro podían pedir? El de Perón. Querían que volviera Perón. Con ese gobierno se habían sentido amparados. No creo (estoy seguro que no) que pensarán instalar soviets en la Argentina. El peronismo les había dado una *conciencia antipatronal*. Esto lo comprobaban una y otra vez. Para ellos era muy simple: lo *otro* eran los patronos. Ellos eran los que se quedaban con la gran tajada de la torta. Los que no les aumentaban los salarios. Los que les quitaban (junto con los gobiernos que los servían) sus derechos sindicales. Contra ellos era la huelga. Hace poco –en estos tristes días– el lumpen-

dirigente piquetero Raúl Castells le pidió al héroe de las recientes jornadas Don Luciano Miguens: “Don Luciano, ¿no me daría unas vaquitas para los pobres de mi provincia?” “Pero, cómo no”, dijo el generoso terrateniente. Creo que ese –como símbolo– es el momento de mayor baja de lo que haya quedado hoy –si es que algo quedó– de la clase obrera. Los pobres andan por ahí, mendigando. Y los otros son presa de los sindicatos. En la Comuna de Mataderos no habrían podido crear este diálogo. Un obrero no le pide nada a un patrón. Un obrero nunca pide solo. Se reúne con sus compañeros y deciden qué hacer. Un obrero forma parte de un sindicato y el sindicato tiene que expresar las luchas obreras. Viene de lejos la consigna: “Con los delegados a la cabeza o con la cabeza de los delegados”. El sindicalismo de la Resistencia surgía de la misma desdicha que la clase a la que representaba: el gobierno de la “Revolución Fusiladora” como empezaron a llamarlo después de los fusilamientos de 1956.

LA RESISTENCIA: UN TESTIMONIO DE OCTAVIO GETINO

“Los casi tres años que duró el gobierno dictatorial –escribe Germán Ferrari–, manchado de fusilamientos, persecuciones y resquebrajamiento de la economía, mostraron al sindicalismo peronista con antiguos dirigentes encarcelados y exiliados, otros alejados de la actividad pública y con participación activa en la ‘resistencia’, y una nueva camada que comenzaba a hacer sus primeras experiencias en las luchas gremiales” (Germán Ferrari, *Sindicalismo y ‘Libertadora’*, revista *Nómada*, N 6, p. 9). Quien también hacía estas primeras experiencias era un muy joven Octavio Getino, el codirector de *La hora de los hornos*. Su testimonio tiene un valor documental, pero también es muy emotivo. Habla del fervor de otras épocas. Cuando había obreros, fábricas, dirigentes honestos, un horizonte por el que valía la pena pelear, traiciones que aún no habían sucedido, menos muertos, menos masacres, ni un genocidio. Había cosas que encolerizaban y unían a los obreros: pocos días después de la llegada de Aramburu al poder, la Marina (¡ah, la Marina en nuestro país!, sus aviones bombardearon Buenos Aires el 16 de junio, su gran jerarca Massera, con el apoyo de todos, hizo la ESMA, iniciaron la metodología procesista con los sanguinarios hechos de Trelew y, antes, lo que a continuación narramos:) secuestró el cadáver de Eva Perón y lo hizo desaparecer. (Ya usaba esa técnica: hasta con cadáveres embalsamados.) Se lo llevó de la CGT intervenida por un tipo célebre entonces que se llamaba Alberto Patrón, cómico apellidado para alguien que interviene una central obrera. Igual que Robustiano Patrón Costas, al que habían elegido presidente en la Cámara Argentino-Británica antes de que el GOU diera el golpe del '43. Pero Alberto Patrón se dio cuenta y se agregó Laplacette. ¿No tenía algo mejor? Porque “Laplacette” suena jodido también para los obreros. “Laplacette”: “el palacete”. El “palacete” del “patrón” o sea, ahora la CGT, intervenida, era “el palacete de Alberto Patrón”, o de Alberto Patrón Palacete. Como sea, la Marina se lleva el cadáver de Evita. ¿Tanto miedo le tenía a una muerta? Sí, porque los obreros la amaban y habría un lugar de encuentro y de lucha en cualquiera en que la hubiesen enterrado. Pero que hayan desaparecido a Eva siguió siendo un factor de unión, un motivo de lucha, de bronca, de conquistas. Volvamos al testimonio de Getino. Vivamos el clima de lucha genuina, de fervor, que transmite: “Recuerdo, por ejemplo, las asambleas y congresos de delegados que tuvieron lugar en los gremios más combativos y politizados de esa época –metalúrgicos, textiles y carne– donde junto con tratar la defensa de la industria y el patrimonio nacional (la “nacionalidad”) crecía el debate sobre los caminos a desarrollar para “subvertir” la política de la dictadura y de sus cómplices clasemedios, libertadores y “democratistas” (radicales, socialistas, demócrata cristianos, etc.) e imponer una salida nacional y popular (la palabra “democracia” no resultaba popular ni confiable ya que quienes la invocaban aparecían como cómplices de la proscripción política, los fusilamientos, las represiones, el Conintes, es decir, la más explícita y salvaje anti-democracia).

“Los congresos de delegados que se sucedían periódicamente, en las sedes de la Unión Obrera Metalúrgica en ese período –al igual que en muchos otros sindicatos y agrupamientos (las 62, los 19, etc.)– eran verdaderas asambleas políticas donde se debatía la conveniencia o no de la ‘huelga general revolucionaria’ y en los que los distintos sectores (peronistas, comunistas, trotskistas, etc.) estrechaban filas, cada uno en su sector claramente definido, para mocionar a favor de una u otra alternativa, con debates tan lúcidos, pasionales y democráticos, como, al menos yo, nunca volví a encontrarlos en el movimiento sindical ni en los partidos políticos.

“Hubo en esa época, marcada por algunas inéditas ocupaciones fabriles, como la de la textil Bernalesa (con control obrero de la producción) y la de CARMA-SIAM de Monte Chingolo –ver *La hora de los hornos*, parte II– que no sólo sirvieron de valioso antecedente a Sebastián Borro y a los compañeros del Frigorífico Municipal, sino que se inscribían además en un proyecto de ‘emancipación de la Patria’, dentro del cual se había programado una sucesión de huelgas escalonadas por tiempo indeterminado que culminarían –tema del cual J. W. Cooke no estaba ausente– en una huelga general de ese mismo carácter. Primero, los metalúrgicos, luego los textiles y tras ellos la carne, en acciones superpuestas, serían el factor desencadenante de lo que se proyectaba como movimiento nacional dirigido a subvertir efectivamente el poder de la dictadura militar y de sus cómplices en el campo políticoseudodemocrático.

“Así lo vivíamos en encuentros de cientos de delegados, por ejemplo de la seccional Avellaneda de la UOM –yo integraba la comisión interna, rama empleados de SIAM Monte Chingolo–, cuando estábamos convencidos en apasionadas sesiones que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes

de las 6) de que dicho proyecto era absolutamente necesario y, por encima de todo, viable. Y no sólo para los trabajadores, sino para la emancipación de todos los argentinos, o lo que es igual ‘de la Patria’”. (Octavio Getino, mail dirigido al autor. El mail no fue retocado por mí. No hizo falta para nada. Así lo escribió, de un tirón, Getino. Como vemos, circula una buena prosa en los mails. Y no todo es basura, insultos, obras maestras del racismo, agravios asquerosos como en esos foros que se abren para que el anonimato cloacal dé rienda suelta a sus diversas patologías. Gracias, Octavio.)

Quiero detenerme brevemente en esto: “Apasionadas sesiones (escribe Getino) que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes de las 6)”. ¿Cómo no iban a ser “apasionadas” esas sesiones? No dormían con tal de discutir, de planear, de organizar las acciones de resistencia o de planear una huelga. ¿No es hermoso estar desde las 7 u 8 de la tarde hasta más allá de las cinco de la mañana (porque a la seis tenían que fichar) discutiendo con compañeros de clase? Eso fue también, legítimamente, el peronismo. Esa pasión de la resistencia. Esas luchas contra la patronal. Esa furia por el robo del cadáver de Evita. Por las medidas antiobreras de Alberto Patrón Palacete. Por los compañeros en cana. Por la proscripción del Partido. Por la de Perón. Por la imposibilidad



de decir "Evita" o "Perón" en voz alta. Lo decías y te metían en cana. Todo ese ardor, esas ganas de luchar, esa certeza de oro: nuestra lucha es para todos, para la emancipación de todos los argentinos, para la emancipación de la Patria. Hoy decís "patria" y sacás patente de boludo o peor: de facho, de nacionalista, de populista. Hoy es la oligarquía la que dice "Patria" y todos aplauden. Obreros hay pocos, los tienen cautivos los sindicatos. Y a los otros —los marginados, los excluidos, los de las villas, los arrojados al camino sin retorno de la delincuencia o de la droga— mejor no les digas "Patria" porque te escupen, y con razón. Pero hay que seguir. Y una forma de hacerlo es recordar a estos obreros de otros tiempos. Porque no todo está terminado. Y acaso unos nuevos tiempos puedan reclamar nuevos protagonistas y vuelvan a aparecer las sombras de ayer en los luchadores de hoy. Difícil, pero quién sabe. Ni siquiera esta historia —que parece inmodificable en su camino al apocalipsis— está decidida para siempre.

EL TIEMPO Y LA SANGRE

Sobre la "resistencia", en *¿Quién mató a Rosendo?*, escribirá Rodolfo Walsh: "Nace entonces una etapa oscura y heroica, que aún no tiene su cronista: la Resistencia. Su punto de partida es la fábrica, su ámbito el país entero, sus armas la huelga y el sabotaje. Las 150.000 jornadas perdidas en la Capital en 1955, suben al año siguiente a 5.200.000. La huelga metalúrgica del '56 es una

de las expresiones más duras de esta lucha. Empieza la era del 'caño', de los millares de artefactos explosivos de fabricación rústica y peligroso manejo, que inquietaron el sueño de los militares y los empresarios. Domingo Blajaquis era uno de los hombres que vivieron para eso, y como él hubo muchos, convencidos de que a la violencia del opresor había que oponer la violencia de los oprimidos: al terror de arriba, el terror de abajo. Era una lucha condenada por falta de organización y de conducción revolucionaria, pero alteró el curso de las cosas, derrotó las ilusiones del ala más dura de la revolución libertadora y facilitó el triunfo de su ala conciliadora y frondicista" (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, p. 138). El texto de Walsh es muy rico: admitir que la condena de la Resistencia fue su falta de conducción es reclamar una "conducción" para las luchas obreras. La Resistencia no habría tenido ni organización ni conducción. No es *exactamente* así. En sus luchas zonales la Resistencia tuvo conducciones. Sin duda, no tuvo una Conducción Nacional. Pero en la huelga que hemos analizado, la del Lisandro de la Torre, el 7 de diciembre de 1958 los obreros eligieron una comisión directiva sindical nueva. ¿Qué mérito insoslayable

tiene? Surge del corazón de la clase obrera. Surge del corazón de la lucha. Era, esa conducción, peronista en su casi totalidad y estaba encabezada por el hoy mítico dirigente Sebastián Borro, que se había forjado en los años de la Resistencia. Se sumaron a Borro delegados comunistas. Y Héctor Saavedra, un cuadro valiosísimo que acababa de regresar al país luego de su exilio por participar en los comandos peronistas. Lo que no hubo, en la Resistencia, fue una conducción centralizada en Perón ni en eso que los Montoneros, posiblemente de acuerdo con Walsh, llamaban una "conducción revolucionaria": un grupo que asume, en exterioridad, la dirección de la lucha porque tiene el diagrama de la estrategia de esa lucha. Cuando Perón vuelve al país, la consigna que larga, entre muchas otras, Montoneros es: "Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón". Aparte de la arrogancia y del franco enfrentamiento con todos los otros sectores del Movimiento que la consigna implicaba, queda claro que un grupo como Montoneros se creía legitimado para ejercer una conducción sobre las masas peronistas con el mismo derecho que Perón. "Nosotros pusimos los muertos, nosotros queremos compartir la conducción." No importa hasta qué punto es verdadera la afirmación "nosotros pusimos los muertos", lo que revela la frase de los Montoneros es que le negociaban a Perón un trueque de *sangre por poder*. Quienes más sangre pusimos más poder nos merecemos. Para desilusión de este esquema, Perón, no bien regresa, establece uno de sus apotegmas más inspirados: *La pri-*



macía del tiempo sobre la sangre. “La lucha (dirá en agosto de 1973, ante los gobernadores de provincias) ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales” (2/8/73). Esto hace una conducción, que se la acate o no es otra cosa. Pero supongamos que Perón les dice: “Estoy de acuerdo: ustedes pusieron la sangre. Pero esa etapa terminó. Y con ella terminaron ustedes. Lo digo en este sentido: no pueden ocupar la vanguardia de la nueva etapa. ¿Y si se me han acosado demasiado a la sangre? Tengo que dejarlos reposar. Ahora viene la etapa de la primacía del tiempo. La *sangre* ha sido para conquistar el gobierno. El *tiempo* lo necesitamos para gobernar. Ustedes, que fueron la vanguardia de aquella etapa, no pueden ser la vanguardia de ésta”. Que nadie lo dude: Perón les dijo esto a los Montoneros. Ellos insistieron en su esquema: riesgo = poder. Riesgo = Conducción. Perón buscaba otros tiempos. Otros tiempos reclamaban otros hombres. (Admitamos que la mayoría que puso Perón fueron abiertamente repulsivos. ¡La derecha para que barrera a la izquierda!)

TEORÍA DE LA VANGUARDIA

Pero el esquema de la Conducción que manejan los Montoneros es el del grupo de iluministas que conoce la teoría de la revolución y sus caminos y debe, por consiguiente, “bajarla” a los trabajadores. Desde este punto de vista, la clase obrera jamás podría tener una conducción obrera. Los obreros no son ilustrados, no conocen las teorías de la revolución y no pueden trazar las grandes líneas estratégicas. La teoría de la vanguardia que introduce *desde afuera* la teoría revolucionaria en las masas es de cuño leninista. Está en el *¿Qué hacer?* Si bien es cierto que Lenin la diseñó para las particulares encrucijadas con que se encontró la revolución soviética, no es menos cierto que raramente se abjuró de ella. Tiene un gran atractivo: la clase obrera es reformista *per se*. Es parte del sistema de producción capitalista. Siempre, por fin, termina por generar una conciencia trade-unionista. Una conciencia sindical. Hasta —por qué no— podríamos decir una conciencia peronista. El peronismo es un movimiento que desde su base sindical forma parte del sistema capitalista, con el que negociará permanentemente los intereses de los trabajadores. Lenin busca otra cosa. Se propone eliminar el sistema capitalista. Pero la conducción no la pueden tener los obreros. El destino de la clase obrera en cuanto logra mejoras es integrarse al sistema capitalista. *No tiene una ideología de cambio, una ideología revolucionaria*. ¿De dónde habría de venirle? Pues del Partido Revolucionario de Vanguardia, el cual estaría formado por un grupo de elite que conocerá las leyes de la historia, la ideología revolucionaria del proletariado, y la hará penetrar en las masas. Pero la conducción queda en manos de la elite ilustrada. *En esta etapa del pensamiento marxista leninista (fortalecido por el castrismo) se afirmaron los Montoneros*. Ellos serían el Partido de Vanguardia que pedía Lenin. Son conocidas las críticas de Trotsky y de Rosa Luxemburgo a estos trágicos planteos de Lenin que llevarán vertiginosamente al culto a la personalidad, a Stalin. Trotsky dijo lo evidente: el aparato del Partido sustituye al Partido. Surge un Comité Central conducido por una burocracia altiva, soberbia y corrupta. Esta burocracia consagra a un dictador que sustituye la conducción del Comité Central por la propia. Y se acabó: lo que viene después de esto es la lamentable historia de la Revolución Rusa, Stalin. Rosa Luxemburgo hace un planteo entrañable, conmovedor y posiblemente el más atinado: “Señores, el espontaneísmo de las masas no es irracionalismo. Es la acción directa de las masas. Si ustedes creen que esa acción está privada de conciencia revolucionaria es porque son unos miserables pequeñoburgueses, con pretensiones intelectuales y ambición de conductores. No les diré que el pueblo tiene razón porque de inmediato me acusarían de populista. Pero les diré, con toda la firmeza de la que sea capaz, que la

razón no es exterior al pueblo”. (El texto no es de Rosa L. Me tomé el atrevimiento de “hacerla hablar” pero juro que no la he traicionado.) En suma, la enorme soberbia de la vanguardia es que cree que posee algo que la clase obrera no, algo de lo que la clase obrera, completamente, carece: *el conocimiento científico de las leyes de la historia*. Esto es una enorme falacia. Una mentira interesada. Hoy, lo es más. Hoy, el marxismo no puede presentarse como *un conocimiento científico de las leyes de la historia*. Pero en la época del castrismo, del guevarismo y de los Montoneros, sí. Pero aun entonces era una falacia. La vanguardia posee una teoría exterior a las masas y esa teoría no puede ser aplicada del mismo modo en todas partes. Cada proceso revolucionario debe forjar sus propias armas teóricas. Y no será la vanguardia, que trabaja en exterioridad, la más autorizada para “crear” la teoría revolucionaria. Deberá hundir sus raíces en las bases si desea hacerlo. Y serán las bases las que elijan su conducción. Las masas no merecen que se les niegue la real posibilidad de un nivel de instrucción. (Esto le conviene a la vanguardia.) Y la vanguardia niega también la democraticidad de la organización de las bases y la legítima representatividad de los dirigentes. Esto, por ahora.

Pero el peronismo —a partir de su caída en 1955— no requirió vanguardia alguna. Todos se subordinaron a la conducción del líder del movimiento, Juan Perón. Perón tenía un esquema militar de conducción (que ya hemos estudiado) y consideraba que la cabeza del movimiento era el conductor y luego los conductores auxiliares. Sabía atemperar esta centralización diciendo que todo conducido (“hasta el último hombre que es conducido”) tiene un papel en la conducción. Y que todos llevan en su mochila el bastón de Mariscal. Pero, sobre todo una vez instalado en Madrid, su ajedrez demuestra una precisión excelente. Para Perón se trata de mantener unido al Movimiento. De sumar a él a todos los que quieran sumarse. De tener un ala dialoguista. Un ala conciliadora en lo político. Un ala dura en lo sindical. Y un ala blanda. Y cuando aparezca la guerrilla (“los muchachos”) les dará el nombre de “formaciones especiales”, tolerará que se conduzcan por su cuenta, acaso porque no había otra posibilidad. El caso es que todos los caminos conducen a Puerta de Hierro y Perón pasa a ser el general de las cartas y de las cintas grabadas. Este sistema valida a todos. No hay grupo que no tenga una carta o una cinta grabada en la que Perón lo confirma como parte del Movimiento. “Si llego con los mejores, llego con muy pocos.” Grande y verdadera frase de Perón. Pero se le podría haber dicho: “General, si llega con todos llega con el caos”.

CONDUCCIÓN: ENTRE EL AFUERA Y EL ADENTRO

Perón, en Madrid, comienza a sufrir un equívoco feroz. Algo que no advierte. Desde afuera, en exterioridad, se puede manejar el Todo. Desde adentro, en interioridad y como parte de la misma historicidad que todos, no. Perón, en Madrid, vive en otra historicidad. Es lo que le decía Cooke: “Usted es el prisionero de Puerta de Hierro”. Perón creía otra cosa: creía ser el gran ajedrecista de Puerta de Hierro. El conductor estratégico. El que dirige el montón. Y el que dirige el montón no puede formar parte de la batalla. Napoleón no formaba parte de la batalla. La conducía en lejanía para poder ver el *todo*. Si se hubiera metido en la batalla habría visto sólo el lugar en que estaba metido. Si yo me meto en la conducción táctica (reflexionaba Perón) voy a terminar dirigiendo a un conjunto, no al Todo. Cooke le pedía que se impregnara de los olores revolucionarios de América Latina. Pero Perón sabía que él, en Cuba, habría estado a la sombra de Castro. Se habría transformado en un castrista. En un marxista. Y en un completo inasimilable para los militares de Argentina y para los Estados Unidos. Sobre todo, creo, Perón rechaza la invitación de Cooke a La Habana por orgullo. Y no le faltaba razón: él mandaba sobre las masas de un enorme país como la Argentina. ¿Para que iba a ir a ponerse a la sombra del prestigio revolucionario de Castro? Además, un Perón en Cuba

era un Perón marxista. Esto era *restar* del Movimiento a todos quienes no lo eran. No, Cooke. Me quedo en Madrid.

Madrid es la lejanía. Y la lejanía alimenta el mito. El mito crecía día a día y era la prohibición la que lo hacía crecer. Políticos y sindicalistas habían negociado ya un “peronismo sin Perón” (en el fondo, el propósito montonero era el mismo: al heredar a Perón, hacer un peronismo sin Perón, que sería revolucionario), pero las masas detestaban ese intento. Aparecían en seguida carteles que decían: “Nada sin Perón”. El vandomismo fue el intento más poderoso dentro del campo sindical. Y el paladinismo (Jorge Daniel Paladino) lo buscó en el político. Paladino era el representante de Perón ante Lanusse, aunque pronto empezó a decirse que era el de Lanusse ante Perón. Esto le costó el puesto. Como ejemplo de la política sumatoria de Perón veamos una carta al Movimiento Sacerdotes del Tercer Mundo, Movimiento que acabaría sumándose a la Tendencia. Escribía Perón: “O la Iglesia vuelve a Cristo o estará en grave peligro en el futuro (...) De estos simples hechos fluye la admiración y el cariño que siento por los Sacerdotes del Tercer Mundo a los que deseo llegar con mi palabra de aliento y encomio porque ellos representan la Iglesia con que siempre he soñado” (Baschetti, 1955-1970, Volumen I, *Ibid.*, 613). Los religiosos se ponían muy contentos: compartían la lucha del pueblo. Una vez llevaron a varios en cana. Suetos, uno de ellos nos dijo: “Cuando íbamos en los celulares cantábamos cánticos religiosos”. Los muchachos de la JP les decían: “¿Y por qué no cantaron la marcha peronista?” Eran chicanas. Buscaban decir: “Cómo les cuesta ser peronistas a ustedes, ¿eh?” Reflexionemos algo más sobre la política sumatoria. Cierta vez —durante su primer regreso— le preguntan (era un reportaje televisivo) a Perón: “¿Qué opinión le merece John William Cooke?” Perón, muy seguro, responde: “Era un eminente argentino”. Y luego, con esa sonrisita canchera, socarrona, esa sonrisa que decía “soy el más piola de todos” y más lo decía si, al decirlo, guiñaba un ojo, añade: “Cierto, algunos dicen que era demasiado izquierdista. Pero también había otros que eran demasiado derechistas, como (Jerónimo) Demorino”. Esto lo basaba en frases que había dicho en 1951, en la Escuela Superior Peronista: “En cuanto a ideología, en el Movimiento Peronista tiene que haber de todo”. Por decirlo claro: *Perón confiaba tanto en su poder de conductor de masas y de hombres que creía llevar hacia un mismo fin a la derecha y a la izquierda*. Todos se someterían a sus dictámenes porque ellos expresaban su conducción. *La palabra de Perón era el “plato” de Perón*. O se estaba con los pies *dentro* del plato o afuera. Si se estaba afuera no se era peronista. Este sistema de conducción le dio grandes réditos durante su primera experiencia de Gobierno. (Nota: Aquí no había tenido un grupo armado como Montoneros que le disputara la conducción. El mayor rival de Perón durante su primer gobierno, el cuadro político que más trabajo le dio conducir, si es que lo logró, fue Evita.) Pero ahora había alimentado demasiadas fuerzas antagónicas y todos sabían que estaba viejo y pronto moriría. No era el Perón de 1945-1955. Nadie se le atrevía entonces. Y eso que el gran ajedrecista formaba parte del juego. Hasta 1973, desde la distancia madrileña, ocurrió esto. Hasta que regrese nos sometemos. Cuando vuelva, *se verá*.

Entre tanto, en 1966 asume la presidencia del país el general Juan Carlos Onganía. Perón no derrama ni media lágrima por la caída de Illia. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por un nuevo fracaso de la democracia argentina? ¿Illia era la democracia argentina? Para Perón era otro más que mantenía las prohibiciones vejatorias sobre su persona. Ahora venían los militares a mostrar la jeta directamente. Basta de farsas electorales. Basta de poner en el gobierno a partidos sin fuerza que eran presa fácil de los sindicatos, de Perón, de las huelgas, y de los milicos desconformes. Ahora, ellos, los mismísimos milicos daban la cara. Y tenían labio leporino.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

El Cordobazo,
pueblada
y organización

IV Domingo 17 de agosto de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

40 El Cordobazo,
pueblada y organización



EL PROGRAMA DE LA FALDA

En un documento trascendente publicado en mayo de 1973, luego del triunfo electoral de Cámpora, la JP Regionales emite un documento de importancia. Se llama *Compromiso con el Pueblo*. Por ahora, lo que de él nos interesa es que reconoce como antecedentes de la lucha obrera en el plano sindical a tres documentos que se elaboraron anteriormente. Ellos son: el de La Falda (1957), el de Huerta Grande (1962) y el de la CGT de los Argentinos (1968). Será necesario pegarles una mirada que nos dirá las posiciones del Movimiento Obrero en cada uno de esos momentos y por qué la Tendencia (en 1973) los recupera como antecedente válido y combativo de sus proyectos.

El Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT y de las 62 Organizaciones emite en La Falda, en 1957, un programa de gobierno que se diferencia plenamente del que aplica el gobierno dictatorial de la Libertadora. El Programa se inicia con un repaso de las luchas sindicales en lo que se llama la Resistencia Peronista y pasa luego a enumerar las medidas que un gobierno verdaderamente peronista debiera adoptar. La primera sección habla del Comercio Exterior. Punto 1: "Control estatal del comercio exterior sobre las bases de un monopolio estatal". Punto 3: "Control de los productores en las operaciones comerciales con un sentido de defensa de la renta nacional". Punto 6: "Planificación de la comercialización teniendo presente nuestro desarrollo interno". Es claro: sólo un control estatal del comercio exterior puede planificar la comercialización teniendo en cuenta el desarrollo interno. De lo contrario, la comercialización que por sí mismos hacen los productores beneficia primordialmente sus propios intereses y los de sus socios monopolistas internacionales. Plantear el desarme de este esquema (que fue el que hizo a la Argentina desde 1880) significa la posesión de un Estado popular intervencionista, un "control estatal del comercio exterior".

La segunda sección habla de la situación interna. Punto 1: "Política de alto consumo interno; altos salarios. Luego: desarrollo de la industria liviana, desarrollo de la industria pesada". Punto 4: "Nacionalización de las fuentes naturales de energía". (Se recurre aquí al artículo 40 de la Constitución del '49.) Nacionalización de los frigoríficos extranjeros "a fin de posibilitar la eficacia del control del comercio exterior, sustrayendo de manos de los monopolios extranjeros dichos resortes básicos de nuestra economía". Punto 8: Programa agrario sintetizado en: "Expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en procura de que la tierra sea de quien la trabaja". Propuestas para la Soberanía Política. Punto 2: "Fortalecimiento del Estado nacional popular, tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados extranjeros, y teniendo presente que la clase trabajadora es la única fuerza argentina que representa en sus intereses los anhelos del país mismo".

EL PROGRAMA DE HUERTA GRANDE

El Programa de Huerta Grande es de 1962. Se redacta durante los días del derrocamiento de Frondizi. Sus antecedentes históricos toman la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre como el hito de la lucha obrera a la que habrá siempre que remitirse y recuerdan que, luego de esa huelga, Frondizi larga el Plan Conintes, que los peronistas no olvidan jamás y los desarrollistas llevan en su mala conciencia. Frondizi concede esas elecciones que llevan al triunfo del peronismo en la provincia de Buenos Aires. La conducción peronista —no bien se sabe legalizada para competir en elecciones— saca un slogan que era totalmente verdadero: "Ya hemos triunfado". Lo pasaban por televisión y la imagen principal era la de unos gauchos y unos indios que galopaban tumultuosamente por la pampa. Los gorilas se extasiaban (creían que los negros peronistas iban a perder): "¿No ven?", decían. "Ellos mismos admiten que son salvajes." El comercial peronista era asumir esa representación de la barbarie. Eran, sí, los bárbaros: lo que los cultos, los patrones, no pueden asimilar. Los gorilas asumen, para las elecciones de 1963, este mote

que hoy enoja a algunos. Pero los más tradicionales lo asumieron sin más en esos tiempos. El volante decía: "Si gorilismo significa..." Y aquí venía toda la larga enumeración de los horrores peronistas según la oligarquía... entonces "llene el Congreso de gorilas". En cuanto a Udelpa, su slogan no era muy sutil: "¡Vote Udelpa... y no vuelva!" Toda la ideología programática de un partido político sostenida en impedir que un político regrese al país. ¡Eso sí que es darle importancia a alguien! Un tipo que no entendiera nada de este país (como tantos y como tantos de nosotros en tantos aspectos) diría: "Pero... ¿a quién le tienen tanto miedo? ¿Quién es ese monstruo que todos tiemblan si vuelve? ¿Cuál es su poder?"

El Programa de Huerta Grande (en su sección de Antecedentes Históricos) relata que el 18 de marzo de 1962 las urnas de la provincia de Buenos Aires revientan de votos peronistas. Pese a la actitud de "colaboracionistas" como Augusto Timoteo Vandor, a quien ya se tiene bien fichado: el líder del sindicalismo blando, dialoguista, conciliador, el sindicalismo sin Perón, el peronismo sin Perón. Al reventar las urnas de votos peronistas los milicos lo echan a Frondizi. Se hace entonces el Plenario de las 62 Organizaciones en Huerta Grande. Presentan su documento en una coyuntura que consideran favorable para la lucha de los pueblos: "Los procesos de Cuba y Egipto están muy presentes". Y dicen (atención): "En un Plenario de las '62 Organizaciones' realizado en Huerta Grande (provincia de Córdoba), se aprueban como objetivos programáticos a imponer al gobierno los puntos que constituirán una profundización de los contenidos antioligárquicos del Peronismo, de acuerdo con el 'giro a la izquierda' alentado por el General Perón desde Madrid". Como vemos, lo del "giro a la izquierda" ya lo manejaba Perón en 1962 y desde antes también. Señalo esto porque uno se ha encontrado a lo largo de estos años con tantos otarios que le han dicho que la izquierda peronista se tragó el cuento del "aggiornamento" de Perón. Hasta recuerdo que en 1984 el periodista Pablo Giussani, en *La Razón*, sacó una nota que se llamaba "El Malentendido" y buscaba demostrar que la JP había "malentendido" a Perón. Que se había comido el cuento de que había girado a la izquierda y no advertía que era un fascista. (Como, durante esos años, todo el furioso antiperonismo que desató el alfonsinismo y sus aliados en la política y la universidad lo decía abierta y sonoramente.) Vean, en todo caso el cuento del "giro a la izquierda" ya se lo comían los obreros reunidos en Huerta Grande que posiblemente merezcan más respeto y hayan sabido más de política que todos los piolas que hablan de los boludos que se tragan los cuentos de Perón. Estos obreros de la combatividad de la Resistencia necesitaban, reclamaban, "el giro a la izquierda" del peronismo. Y si Perón largaba la consigna *se la tomaban*. Le creemos, general. Cómo no. Porque Perón no podía decir otra cosa en ese momento. Cuando después le cambió el panorama (en 1973) y tuvo que "girar a la derecha"... ¡giró a la derecha! ¿Qué le vamos a hacer? Carecía de la pureza intachable y de la firmeza de principios esencial de todos los otros políticos argentinos, hecho fácilmente comprobable con sólo repasar un poco nuestra historia.

El Programa de Huerta Grande proponía las siguientes medidas:

1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.
2. Implantar el control sobre el comercio exterior.
3. Nacionalizar los sectores clave de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo, frigoríficos.
4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.
6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.
7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8. Implantar el control obrero sobre la producción.
9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino,



fijando líneas de prioridades y estableciendo toques mínimos y máximos de producción (Roberto Baschetti, *Ob. cit.* Volumen 1, p. 228).

Sólo tantos años de derrotas, tantos muertos y todo el cinismo y la desesperanza que se acumuló durante la década del '90 nos llevan a ver con cierta piedad este Programa de los obreros de Huerta Grande. Sólo este mundo de hoy en que los obreros son excluidos, hambrientos, "inmigrantes indeseables" y no obreros, en que tienen que arriesgar sus vidas para llegar a los países ricos a mendigar algo, en que tienen que saltar muros, cruzar aguas peligrosas, mortales, en que al llegar a los países en que esperan salvarse son agredidos por leyes que los expulsan, por grupos vandálicos que los persiguen y los matan. Sólo en estos días en que esa "oligarquía terrateniente" a la que pensaban "expropiar sin ningún tipo de compensación" se da el lujo de manejar el país, el periodismo, de arrear a pequeños productores que debieran diferenciar sus intereses (y que no debieran depender de una evidente torpeza de un gobierno para unirse al traste de los poderosos, de los que se los van a comer no bien tengan ganas, ¿o no saben pensar por sí mismos?), podemos sentir y creer que esas reivindicaciones obreras son absurdas. Es bueno leer ese documento para ver la profundidad de la derrota. Para saber por qué se mató a tanta gente. *Esos obreros eran peronistas*. El mismo Perón los hubiera mandado al diablo si le hubieran ido con ese programa en 1973.

EL PROGRAMA DE LA CGT DE LOS ARGENTINOS

El 1º de mayo de 1968, la CGT de los Argentinos, el núcleo duro y combativo de los trabajadores que se opone a la CGT de Azopardo manejada por el Lobo Vandor emite su Programa. En uno de sus pasajes resume los puntos que la clase obrera ha establecido en programas anteriores y que ellos piensan retomar. Son los siguientes:

-La propiedad sólo debe existir en función social.

an puré los rusos o no lo colgaban en Nuremberg.) El peronismo era el nazismo. Se habían hartado de decirlo. Nadie imagina el nazismo dentro de la democracia alemana. Así como los alemanes prohíben el nazismo, nosotros prohibimos el peronismo, que es la expresión argentina del nazismo.

Sí, pero hay una diferencia. En 1966 no había un alemán que fuera nazi. Y Hitler había dejado a Alemania destruida. Y estaba muerto. En la Argentina, la mayoría del pueblo era peronista. La democracia es el gobierno de todos, por todos y para todos. En Alemania funcionaba. No había nazis. Si los había, eran pocos o estaban escondidos. En la Argentina, los peronistas amenazaban siempre con desbordar las urnas. Ese esquema no funcionaba. *Alguna diferencia tenía que haber existido entre Perón y Hitler para que esta situación tuviera lugar.* Ergo, el argumento gorila era un sofisma. Ante todo porque fingía ignorar algo esencial: Hitler había perdido una guerra y había dejado a Alemania en ruinas, al pueblo hambreado, aterrorizado ante la entrada de los rusos y luego dividido por la potencias triunfadoras. Hitler había resultado una catástrofe para Alemania. El Reich que iba a durar mil años (ya hará su paráfrasis Felipe Romeo en la siniestra *El Caudillo*: “Por mil años de nacional-justicialismo”), duró algo más de diez. Pero Juan Domingo Perón era arrojado de su gobierno elegido democráticamente con un pueblo que no había perdido su fe en él. Por los barrios se decía: “Cayó Perón. Los pobres estamos jodidos”. Por más Congreso de la Productividad, por más pan negro (además, si había pan negro en el peronismo, había pan negro *para todos*), por más Contrato con la California, por más que el líder paseara en la pochoneta (algo que le ponía en contra de la clase media, pero no de los pobres, que se divertían viendo a Perón en su caballo pinto y en la pochoneta), a Perón los pobres lo seguían queriendo y sabían lúcidamente eso: “Cayó Perón, estamos jodidos”. De aquí la infamia gorila de la equiparación con el nazismo. Fue una infamia de todos los militares, de las clases altas y medias. (NOTA: Es cierto que las universidades, por ejemplo, mejoraron notablemente con la Libertadora. Y que Aramburu se tomó un interés personal en la cuestión. Se fueron todos los fascistas, los neo-tomistas, los católicos ultramontanos que Perón había amontonado ahí. Y vinieron excelentes profesores de gran prestigio. También es cierto que eran hondamente antiperonistas y que no habrían aceptado cargos bajo Perón, de modo que —sin intentar justificar una política nefasta— algo de cierto hay en que Perón no tenía demasiada materia prima. De ahí a apelar a la peor hay un paso que no debió darse. Pero facultades como, por ejemplo, Arquitectura y Filosofía tuvieron un renacer auspicioso. Que cortó, como veremos, el gorila Onganía, que veía marxistas y peronistas en todas las universidades. Volvemos, por supuesto, sobre esto. Sobre “La noche de los bastones largos”.) Como el mote de *nazismo* o de *fascismo* le había sido adosado al peronismo desde sus orígenes, fue sencillo reflotarlo para justificar su expulsión de la vida democrática, “tal como hicieron los alemanes”. Pero ocurría una paradoja fatal para los antiperonistas: el partido que era la negación de la democracia era, a la vez, el que representaba a la mayor parte del pueblo. O había que adoptar el voto calificado (¿Si habremos oído esto los que tenemos algunos años!) o había que gobernar a espaldas del pueblo. Yo no quiero, dice Illia. Una democracia debe ser verdadera. Quiero llegar a eso. ¿Ah, sí? Bueno. Tortuga y a los caños. Aquí hace falta un hombre. Se necesitan pelotas para gobernar contra el pueblo. Onganía estaba seguro de tenerlas. Todos juraban que las tenía. Un verdadero hombre en la Presidencia. Empezaba una nueva etapa. Ahora verían esos peronistas. Vendrían al pie. Qué duda podía haber.

PRÓXIMO DOMINGO

Ernesto Che Guevara. La teoría del foco insurreccional

POSIBILIDADES E IMPOSIBILIDADES

Toda época histórica crea sus posibilidades y sus imposibilidades. Nadie se pregunta por qué hoy es imposible aplicar el Programa de la CGT de los Argentinos. Está en el inconsciente colectivo. No se puede porque no se puede. Sólo la

izquierda a la que todos llaman “jurásica” o “cavernícola” habla de Reforma Agraria. Por eso es “jurásica”. Porque no entiende que eso no se puede hacer. ¿Por qué no se puede? Porque no se puede. Porque no hay un solo punto de la realidad desde el que sea posible partir para hacer algo así. No hay ninguna *fuerza* histórica que abra ese campo de posibilidad. Un campo de posibilidad se *abre* en el campo histórico cuando hay un sujeto que pueda protagonizarlo. Cuando ese sujeto ha crecido por la fuerza de los hechos o porque ha sido creado por una voluntad histórica. Cuando ese sujeto no existe, tampoco existe, como posibilidad, el proyecto que debería protagonizar. Algo así ocurría con Perón. Nadie se preguntaba: ¿por qué no vuelve Perón? ¿Por qué no permiten que el peronismo participe en elecciones libres? Porque no se puede. En este caso, había un motivo obsesivo y fijo: *porque los militares no quieren*. La vida política argentina desde 1955 hasta el advenimiento de la democracia gira alrededor de los militares. Es mentira —según la historia oficial de los radicales— que lo haya hecho desde 1930. El gobierno de Perón no fue un gobierno de base militar. No fue un gobierno militar y fue tirado por los militares y la Iglesia como punta de lanza. Y a partir de 1955 son absolutamente los militares quienes gobiernan el país. Quienes lo ordenan. Lo diseñan. Bien, todos sabían esto. Nadie se preguntaba entonces por qué no volvía Perón. Era parte del inconsciente colectivo de la época. Si es que aceptamos llamar “inconsciente” a algo que todos saben pero jamás cuestionan, ni someten a problematización alguna. “Eso” —que Perón volviera— estaba totalmente internalizado como un imposible del que ni hablar tenía sentido. Como hoy la Reforma Agraria. Así y todo, la piden los sectores de la izquierda “jurásica”. Pero es pedir por pedir. Si a estos tipos a los que habría que sacarles la tierra (según esa izquierda), les quisieron meter (torpemente, de acuerdo: si el Gobierno hubiera hablado de entrada, aparte, con la Federación Agraria, algo mejor se habría conseguido) unas retenciones y se largaron en una embestida brutal a barrer con todo y hasta a proponerse hacerlo a la brevedad otra vez, ¿qué sentido tiene ocupar un lugar de nuestro ser consciente en el tema de la Reforma Agraria? Eso era Perón. De aquí que su regreso definitivo llevara a Ezeiza casi 2 millones de personas o más. ¡Era un acontecimiento inverosímil! Un acontecimiento imposible. No era posible que Perón volviera. No era posible que hablara otra vez desde *su* balcón en la Rosada. Había ocurrido algo impensado en la historia. Quizás, entonces, algunas otras cosas fueran posibles. Y no me refiero sólo a cosas políticas como, por ejemplo, la revolución. No, algo más simple, algo que la gente sintió durante esos días de hechos imposibles que se tornaban reales: ser felices, por ejemplo.

EL ONGANIATO Y EL CORDOBAZO

Entre tanto, el César leporino empezaba a pagar caro la cantidad de dislates solemnes que se había mandado. Hubo pocos dictadores con menos gracia que Onganía. Cuando aparecía en los noticiosos le ponían música de Elgar, el autor inglés de “Pompa y circunstancia”, música destinada a la reina de Inglaterra. Interviene bruta-mente (era un soberano bruto, ¿de qué otro modo podría hacerlo?) las universidades. ¿Por qué? Por la Doctrina de la Seguridad Nacional, ese resultado nefasto de la Guerra Fría: basta de doctrina nacional, de nación en armas, de seguridad para la guerra, basta de la “única forma de mantener la paz es prepararse para la guerra”. Para la guerra “exterior” están los Estados Unidos. Para la “guerra interna”, los ejércitos nacionales, que muy orgullosos pasan a ocupar el papel de policía interna, como el de Juan Lavalle y los de Mitre. El primero, barriendo la provincia de Buenos Aires luego de liquidar a Dorrego, atando a gauchos e indios a los cañones y ordenando hacer fuego; el segundo, limpiando las montañas de Peñaloza y Varela, luego de Pavón (batalla de la inconmensurable traición de Urquiza, nunca superada hasta los días recientes) y declarando la “guerra de policía” que les permitía matar a los gauchos fuera de las leyes de las

naciones. En su papel de “policía interna”, Onganía emprende su gloriosa batalla contra un enemigo poderoso: la Universidad de Buenos Aires. Pero se sabe que para los zapallos cursillistas y católicos a ultranza en la universidad se acumulan los peores comunistas que sea posible ubicar en el país. Así, la policía del onganiato viola la autonomía universitaria y revienta a palazos a los profesores y alumnos sobre todo de Ciencias Exactas, y luego de Filosofía. Los que estudiaban Descartes en *Historia de la filosofía moderna* se preguntaban cómo demostrar la existencia de la “realidad externa”. Se lo demostraron los simios de la policía de Onganía. Durante esos años, para un militar cagar a palos a un estudiante era algo orgásmico. ¡Aquí estamos, se acabó “la isla universitaria”, “la isla democrática”, al fin podemos reventarlos a palazos, inmundos marxistas, judíos de mierda! Esos eran los gritos de triunfo en tanto formaban una doble fila, hacían pasar por ella, como ganado, a los estudiantes y les descargaban palazos cargados de rencor, palazos que durante años habían soñado descargar. Se llamó al hecho, como se sabe, “La noche de los bastones largos”. Entretanto, el ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, de cálido recuerdo en el corazón del pueblo, modifica la Ley de Indemnizaciones por despidos (¡bajándola, por supuesto!) y aumenta la edad para jubilarse. Si no la puso en cien años fue porque alguien le dijo que a esa edad usualmente la gente no llega, y la jubilación no tendría sentido. Eran brutos, fachos, trogloditas y violentos. (NOTA: En 1972, Krieger Vasena estaba prudentemente fuera del país. Rodolfo Ortega Peña inicia un trámite para repatriarlo y juzgarlo. Lo vi a Ortega en una mesa de un café frente a Tribunales con tres compañeros más. Le brillaba la pelada y derrochaba energía y entusiasmo y juventud. Tal vez ayude a entender la suerte de este país que Ortega Peña fue acribillado por las balas de la Triple A y Krieger Vasena siguió asesorando a grandes corporaciones como el talentoso técnico que era, como el protegido hombre del establishment que también era y al cual se le debían tantos, pero tantos favores. Krieger podría haberse excedido en lo de la jubilación —no hasta el punto en que yo lo dije—, pero era una pieza de oro para las corporaciones.)

¿Qué más hace Onganía? Crea un organismo impecablemente macartista al que da el nombre de *Dirección de Investigación de Políticas Antidemocráticas* (DIPA). Todo esto dentro de la *Ley de Represión del Comunismo* que le imponía la Doctrina de la Seguridad Nacional. Disuelve los partidos políticos, cierra el Congreso y toda actividad política es declarada ilegal. Antes de morir, este hombre de fe, “que consagró a la Virgen un país rematado al imperialismo”, según frase de la época, tuvo el descaro de presentarse a elecciones en democracia y declaró, muy suelto de cuerpo, que la suya había sido una “dictablanda”. ¡Al lado de Videla, Idi Amin parece Sor Juana Inés de la Cruz! O no tanto. Pero el leporino se comparaba —claramente— con Videla. Desde ahí se atrevía a hablar de la suya como una “dictablanda”.

Entretanto aparecía —en las jornadas del Cordobazo— el *Periódico de la CGT de los Argentinos* dirigido por Raimundo Ongaro y Ricardo de Luca, situado a Paseo Colón 371, valía 50 pesos y éste era el N° 46. Su título principal: *La unidad se logró en la calle*. Y luego: “Los generales fusiladores de 1956 son los padres de 1969”. ¡Qué presentes estaban los fusilamientos de 1956! En esa memoria implacable se dibujaba ya la suerte de Pedro Eugenio Aramburu.

En tanto, entre la organización de los mecánicos, la combatividad de Sitrac-Sitram, se va abriendo la figura de un sindicalista notable: Agustín Tosco. Habría de decir o ya había dicho: “No hay, evidentemente, posibilidad de llevar adelante una tarea revolucionaria sin una conciencia, sin una ideología revolucionaria”. Y también: “Yo no represento a una persona sino a la posición colectiva de todos mis compañeros” (Nicolás Iñigo Carrera, María Isabel Grau, Ana-lía Martí, *Agustín Tosco, la clase revolucionaria*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2006, pp. 5 y 7). Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

41 Ernesto "Che" Guevara,
la teoría del foco insurreccional



EL ONGANIATO Y LAS UNIVERSIDADES

Altosco, adusto y muy católico, y fanático anticomunista, general Juan Carlos Onganía se le otorgaba la condición de ser algo que acaso a él le gustara, pero que el país no terminó de aceptar. Se le decía “El Franco argentino”. ¡A las cosas que llegaba la Argentina gorila 1955-1973! Los eficaces militares, los comandos de la Libertadora, los marinos de Rojas, los socialistas de Ghioldi, de la señora Moreau de Justo, los oligarcas de Victoria Ocampo habían expulsado gloriosamente al general nazifascista para entronar ahora a un “Franco argentino”. Es que en 1966 ya se habían hecho muchos intentos para frenar al peronismo, para hacer un país que no lo incluyera. Ahora se apelaba a una figura un tanto absurda. ¿Necesitaba el país un Franco? Sí, si se trataba de frenar a Perón y a los peronistas, bienvenido sea un Franco. Además, no hay ninguna sorpresa. (Nota: “Que nadie se llame a engaño”, como decían los políticos y los militares de esa era y de otros años que siguieron también. Habría que hacer un mural con esta frase. Es la frase del idiotismo que ha animado a tanto fanfarrón que se ha subido a un podio para hablarle al país. Reflexionemos un cacho: ¿qué significa “que nadie se llame a engaño”? ¿Qué quiere decir con eso el que lo dice? Que nadie se equivoque. No digan que no se los advertí. Estoy siendo absolutamente claro. Los que crean algo distinto de lo que yo creo “se llaman a engaño”. Los que “se llaman a engaño” se equivocan. O peor: se quieren equivocar. O se equivocan a propósito. Se “llaman a engaño” porque no advierten la gravedad de la situación. Se pierden en artilugios engañosos. O creen en “ideologías foráneas”, que siempre llaman “a engaño”. Sin duda, llamar a Engaño era una de las peores cosas que un argentino podía hacerles a los tipos que advertían qué debía hacerse y qué no. Además, uno “se” llamaba a Engaño. Acaso esta reflexividad, este pronombre que remite a uno mismo terminara por señalar que Engaño era uno mismo. Lo cual era peor que “llamarse a engaño”, era ser el engaño mismo. Es lo que querían decir: los que “se llamaban a engaño” eran engañadores. Fingían llamarse “a engaño” para engañar la buena fe de los buenos ciudadanos.) ¿Por qué habría de ser sorpresivo que Mariano Grondona, Mariano Montemayor y la Iglesia y el gorilismo ilustrado pidieran un Franco? Se habían equivocado mucho con Illia. ¿A quién iba a frenar el viejito? El peronismo requería mano dura. No se lo podía manejar de otra manera, no se lo podía impedir de otra forma. Un psicoanálisis del pasaje que el gorilismo hace de Illia a Onganía sería regocijante. ¡No queremos a ese viejito impotente! ¡Queremos a un macho! No bien asume Onganía o al poco tiempo, la revista popular cachivachera *Ahora* —que editaba Héctor Ricardo García, fervoroso adherente al golpe del '66, algo que no hacía de él un tipo original, por otra parte— publica en tapa una enorme foto de Onganía en uniforme de gala. Y al pie sólo dos palabras, también en gran tamaño: “Un Hombre”. Sólo eso: “Un Hombre”. ¡Todo lo que decía ese título! Señores, al fin encontramos a un milico que las tiene bien puestas, a un Franco nacional, a un tipo que va a terminar a palos con el peronismo si es necesario. Teníamos a un viejito de mierda. Ahora tenemos a “Un Hombre”. Que tiemblen los peronistas y los comunistas también. Porque este “Hombre” es, por sobre todas las cosas, un custodio de Occidente. Lo cual era perfectamente cierto. Onganía venía como alumno de la *Escuela de las Américas*, ese lugar siniestro donde los norteamericanos formaron a los dictadores de su patio trasero. Onganía, además, venía como parte del esquema de la Guerra Fría. Era el representante de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Esta Doctrina otorgaba a los ejércitos de los países latinoamericanos el papel de *policía interna*. Estados Unidos se encargaría de defender todas las fronteras. ¿Qué significaba esto? Que

Estados Unidos defendía a todos los países de la órbita occidental del *enemigo externo*. Básicamente: el comunismo. Dijo, entonces, a los países de lo que se llamaba Tercer Mundo que sus ejércitos debían reprimir al *enemigo interno*. Hay, así, en la Argentina como en muchos otros países, una *internalización del enemigo*. A este enemigo interno que acecha constantemente se le da el nombre de *subversión*. “Durante la Guerra Fría (escribe Samuel P. Huntington), la política global se convirtió en bipolar, y el mundo quedó dividido en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezado por los Estados Unidos, se enzarzó en una rivalidad ideológica, política y económica y, a veces, militar generalizada con un grupo de sociedades comunistas más pobres, asociadas a la Unión Soviética y encabezadas por ella. Gran parte de este conflicto tuvo lugar fuera de estos dos campos, en el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recién independizados y que se declaraban no alineados” (Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 21). *La “Guerra Fría” fue una guerra que no se libró en ninguno de sus dos bloques, se libró en países ajenos a la centralidad. No hubo una sola batalla en Estados Unidos. No hubo una sola batalla en la URSS. El campo de batalla fue el Tercer Mundo*. De aquí que nuestras tragedias desde 1955 en adelante, pero, mayormente, desde 1966 en adelante, con la instauración de la Teoría de la Seguridad Nacional a partir de Onganía, son *episodios* de la Guerra Fría. Nuestra gran tragedia de 1976, la masacre, la tortura, los empalamientos, las desapariciones, son un “episodio” de la Guerra Fría. Cuya característica era librarse *fuera* del territorio de los polos que se enfrentaban. Uno de esos “episodios” fue el que es llamado La Noche de los Bastones Largos a causa de los bastones con que la policía molió a palos a profesores y estudiantes. Se los hizo salir en dos filas de las facultades y se los castigó con toda la furia que una policía desatada puede desplegar el día en que (¡por fin!) puede entrar impunemente a la Universidad, ese refugio de zurdos. El bruto leporínico de Onganía creía que el “monstruo comunista” habitaba en ese espacio. Los alumnos de Historia de la Filosofía Moderna, sin embargo, estaban estudiando el *Discurso del método* y se preguntaban, con Descartes, acerca de la posibilidad de demostrar la existencia de la “realidad externa” (la *res extensa*), la cual se les hizo presente con inaudita ferocidad.

Se detuvo a un número significativo de personas. Cerca de 400. A partir del hecho se inició una polémica interna que (creo) es poco conocida. Muchos profesores optaron por el exilio. Renunciaron a sus cátedras y se fueron. El argumento era: no colaborar con la Universidad del onganianto. Otros decidieron quedarse. Si no los echaban no iban a renunciar. Este esquema de enfrentamiento es conocido: *entrisimo y salidismo*. Los que se fueron llegaron al número de 300. Se ubicaron en universidades de Estados Unidos y Canadá, o en Europa o en Venezuela y Perú. Lo paradójico es lo de Estados Unidos. Se trata, sin duda, de un país de contrastes. Por un lado, la CIA o el Departamento de Estado promueven y aprueban una dictadura fascista en Argentina para frenar el avance del comunismo. El bestia de turno rompe todo, entra a caballo en las universidades. Hace cagar a palazos a los profesores, a los alumnos, a toda esa basura zurda. Por otro, las liberales, democráticas universidades “americanas” dan asilo a los “sabios” que han emigrado. “Caramba, vean lo que les han hecho en ese país de salvajes en que Uds. viven. Quédense entre nosotros y vivirán seguros.”

LOS “MANUSCRITOS” DE MARX EN LA UNIVERSIDAD DE ONGANÍA

Onganía no avanzó con lo de las Universidades. En Filosofía muchos nos quedamos y nuestra consigna fue: *Pelear desde adentro*. No



se necesitó demasiado coraje para hacerlo. A ver si me explico: en 1966 yo tenía apenas 23 años. Ahora tengo muchos más, pero los que tengo me permiten hablar de ese episodio y hasta contar los colores, los olores, las sombras, las luces y los matices que tenía, luego del asalto de Onganía, la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Independencia. Por ejemplo: el enorme mono que colgaba en el hall de entrada no sé de dónde y que tenía un cartel que decía *Fuera yankis de Vietnam* no colgó más, lo tiraron a la mismísima. De todos los afiches, carteles, pancartas, declaraciones que inundaban las paredes *no quedó uno*. La Facultad era un prodigio de limpieza. Tal como Onganía lo soñaba. De la carrera de Psicología —una de las más agredidas— no se dictó casi ninguna materia en el segundo cuatrimestre. Porque recién ahí empezaron a funcionar de nuevo las casas de estudio. Entre tanto habían pasado unos meses y todo el mundo se reunía y discutía qué hacer. Yo aproveché el interregno y me di el gusto de rajarme a la literatura, olvidar la filosofía por un rato. Escribí una novela que se llamaba *Moishe* y era malísima. Una horrible copia de esos cuentos



criptos en una materia de nuestra carrera! Era imposible. No, explica Eggers. Pasaba que en Psicología (que tenía muchísimos inscriptos) no se dictaban materias ese cuatrimestre (o una que otra, no recuerdo esto) y los alumnos, para no perder el cuatrimestre, se habían inscripto en Antropología filosófica, que les serviría como materia optativa. El problema que tenía Eggers era que la carrera de Filosofía no tenía suficientes ayudantes de trabajos prácticos para cubrir tantas comisiones. Entonces había decidido convocar a sus alumnos más cercanos, aunque no tuvieran título, aunque no se hubieran recibido. Se dicta la materia. ¿Qué dicta Eggers? Su obsesión de esos años: Marx. ¿Qué texto de Marx tenía más relación con los temas de una materia como Antropología filosófica? Los *Manuscritos económico-políticos* de 1844. Que se leerían en las comisiones de trabajos prácticos. Pero yo no sólo no me había recibido, lo cual habría sido un tema menor porque en esos tiempos los ayudantes de trabajos prácticos dictaban clases sin haberse todavía recibido, ¡tampoco había cursado y aprobado aún la materia! A Conrado no le importó. Y aquí quería llegar: en medio de la dictadura del Franco argentino, a dos meses y medio de *La Noche de los Bastones Largos*, yo, insólitamente, me presentaba en un aula con más de 200 alumnos para dar clases... ¡sobre Marx! A la vez cursaba la materia. Pero no di el examen final. Eggers me dijo: “Tengo que tomarles examen a 700 alumnos, no voy a perder tiempo con usted. Váyase a su casa y déjeme su libreta”. Me puso “sobresaliente”. Fue *incorrecto*, pero ¿qué era correcto en esos días? Como fuere, la experiencia de dar los *Manuscritos* del inmenso pensador de *El Capital* en plena dictadura de Onganía fue para todos apasionante, insólita, absolutamente argentina. Esto resultó impensable en la dictadura de Videla. Ahí reventaron en serio a la Universidad. Ottalagano (agente fascista de López Rega e Isabel) entró con la espada y la Cruz. Declaró a Buenos Aires “la cuarta Roma” y nadie entendió por qué y no quedó un solo ente que oliera a algo que no fuera catolicismo ultramontano. Ahí me rajaron de la Facultad. Curiosamente dictaba Antropología filosófica, y también el titular era Eggers y yo era profesor adjunto, ya recibido.

Pero el episodio revela que el ambiente universitario era muy complejo. Que tal vez la frase “luchar desde adentro” sea jactanciosa, efectista. Es cierto. En seguida advertimos que se podría “luchar desde adentro” porque no nos iban a matar, una variable que siempre complica las cosas y las torna temibles. Pero será difícil que pierda la certeza de que algo hicimos. Que se pudo dar parte de la obra de Marx a 700 alumnos. Que se pudo dictar la materia. Y que luego se pudo seguir.

Los principales que se exiliaron fueron: Rolando García, Sergio Bagú, Manuel Sadosky, Tulio Halperin Donghi, Risieri Frondizi, Gregorio Klimovsky, Telma Reca y varios más. Algunos —como Rolando García— volvieron y se comprometieron con nuevas causas. Otros no volvieron más. O encontraron muy buenas oportunidades o estaban hartos de la Universidad argentina. Era cierto: el período 1955-1966 había sido brillante. Uno de los grandes períodos de la Universidad. Pero insistió: a partir de 1966 se pudo seguir. En octubre de 1966, 200 alumnos, la mayoría de Psicología, recibieron clases sobre Marx de un pendejo de veintitrés años que, por otra parte, era la primera vez que lo hacía. Nunca he dejado de pensar que los que se fueron en esa oportunidad lo hicieron apenas el país empezó a resultarles incómodo. Esa incomodidad se agravaría tanto, se haría tan extrema que la Universidad del onganiano (que no tuvo la cara horrible que presagiaba la famosa Noche de los Bastones Largos) quedaría como el recuerdo de un tiempo en que el peligro todavía no era en serio. Nuestras tareas siguieron siendo el estudio y la docencia. A pocos días del golpe, junto con mis compañeros de estudio Jorge Lovisolo y Ariel Sibileau, lo fuimos a ver a Andrés Mercado Vera, que, en *Historia de la Filosofía Contemporánea*, nos había enseñado Hegel para

siempre. Le preguntamos qué teníamos que hacer. Y nos dijo: “Seguir leyendo a los grandes maestros del pensamiento filosófico: a Hegel y a Marx”. Eso no nos aclaró mucho qué debíamos hacer políticamente ante el onganiano. Pero Mercado Vera estaba devorado por Hegel y Marx (tenía un enorme conocimiento del tema) y nos entregó el consejo que para él era el mejor que podía darnos.

LAS “CÁTEDRAS NACIONALES”

Pero el onganiano posibilitaría algo mucho más fuerte que nuestras clases sobre Marx en 1966. El estudiantado, muerta la “isla democrática”, muerta la Universidad de la Reforma, se politiza *nacionalmente*. En lugar de *Fuera yanquis de Vietnam*, los nuevos carteles, las nuevas pancartas dirán: *Patria sí, colonia no*. En un trabajo que contiene una frase histórica, y que nadie se ha ocupado de recuperar, que nadie conoce, sencillamente porque ninguna institución, ninguna Facultad, ninguna editorial ha logrado todavía sacar la colección completa de la revista *Envido*, Alcira Argumedo escribía su famosa frase: *Onganía hizo más por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de reforma*. En el número 3 de *Envido*, en abril de 1971, Argumedo escribía su texto *Cátedras Nacionales: una experiencia peronista en la universidad*. Decía: “Las Cátedras Nacionales de la Facultad de Filosofía y Letras no son sino expresión de un fenómeno más amplio que se desarrolla a partir de la intervención a las universidades nacionales. Esta medida rompe con la tradicional ‘isla democrática’ y la política del país penetra los claustros universitarios: como el pueblo desde 1955, los estudiantes entran en la proscripción. El año 1966 marca el comienzo de un camino de confluencia de los sectores estudiantiles con el movimiento popular, que alcanzará su primera expresión masiva en los sucesos que a partir de mayo de 1969 se producen a lo largo de todo el país. Este fenómeno aparece como algo totalmente nuevo si se tiene en cuenta el papel jugado por las mayorías estudiantiles desde 1945. *Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de reforma*” (Alcira Argumedo, revista *Envido*, N° 3, abril de 1970, p. 55. Cursivas mías.) El texto marca la aparición de la llamada *cuestión nacional* en los ámbitos del Saber. Se trata de ir en busca de una *realidad nacional* a la que la Universidad siempre dio la espalda. Sigue Argumedo: “Una ciencia social sólo es posible cuando, explícitamente identificada con un proceso de liberación —que en nuestro país tiene su eje dinámico en el movimiento peronista— intenta recuperar la riqueza de significados que gestan los sectores populares en el desarrollo de sus luchas. Tomar la historia real como *fuerza de las categorías que permitan su inteligibilidad* es la propuesta que se enfrenta a la concepción de los ‘científicos sociales’ que, en sus diferentes corrientes academicistas, intentan la adaptación distorsionadora de la realidad a teorías ‘universalmente’ establecidas. Sólo a partir de este marco consideramos fructífero incorporar críticamente los aportes realizados por los grandes teóricos revolucionarios. Porque la teoría revolucionaria en el Tercer Mundo, que necesariamente se desarrolla desde una experiencia común de lucha por la liberación, debe ser capaz de recuperar la particularidad de este proceso en cada país (...), en nuestro caso el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas” (Alcira Argumedo, *Ibid.*, p. 55. Cursivas mías). Lo que señala el texto de Argumedo es una paradoja o una secreta dialéctica entre la aberrante invasión a la Universidad reformista y el resultado no previsto, un *acontecimiento*, del hecho. Los estudiantes de la Universidad reformista vivían en la “isla democrática”. Aclaremos esto: ¿cómo era posible que en un país donde no había democracia brillara en sus claustros la libertad y seguridad de profesores y estudiantes? Esto creaba una ilusión y esa ilusión les cerraba a los estudiantes la expe-

en que Abelardo Castillo se metía con el tema judío. De pronto, nos enteramos de que Víctor Massuh iba a ser el interventor en Filosofía. En 1963 tuve dos maestros (tenía veinte años): Víctor Massuh y Conrado Eggers Lan. Massuh era brillante, trágico y antimarxista. Eggers era un católico fascinado por el marxismo y un estudioso del tema. Que Massuh aceptara ser interventor de Onganía abrió un interrogante y una brecha en una relación que para mí, en 1963, había sido muy valiosa y nunca dejaré de agradecer. Con pocos, luego, pude hablar de Kierkegaard, de Dostoievski y de Chestov como con él. Pero era terriblemente antimarxista y un antiperonista furibundo, de esos que te cuentan la quema de las iglesias, el incendio de la biblioteca del Jockey Club. Este último hecho había marcado a Massuh: “Yo miraba atónito a los bomberos llevándose los libros”. Cierta día, lo inesperado: me llaman de parte de Eggers Lan, la Facultad de Filosofía empieza a funcionar y Eggers se hace cargo de la materia Antropología filosófica. Nos reunimos cuatro alumnos con Conrado. Nos dice que la materia tiene 700 inscriptos. ¡Setecientos ins-

riencia de vivir las experiencias del pueblo. Esto se veía desde las Cátedras Nacionales. Hoy se tiene escasa idea de estas cuestiones. Se ha hecho todo por olvidarlas. Al peronismo no le interesan. Y a los antiperonistas menos. Lloran la pérdida de la Universidad de la Reforma. Incluso fueron premiados, en el 2005, 70 profesores que renunciaron en 1966. De acuerdo: cualquiera tenía motivos para renunciar en 1966. Cualquiera tenía motivos para no hacerlo. El planteo de Alcira incluye una opción por el peronismo que hace el estudiantado a partir de La Noche de los Bastones Largos. “Caramba, ya no nos respetan. Qué horror. Qué agresión a la cultura. Que prohíban a los negros, a los peronistas. Pero a nosotros, profesores, investigadores, cerebros que nos fugaremos si nos tratan mal, cómo se atreven.” La otra versión es la siguiente: “Caramba, ya no nos respetan. Se acabaron nuestros privilegios. Vivimos en la ilegalidad democrática desde 1955. Ningún gobierno gobernó con el voto libre de toda la ciudadanía. El país está viciado de ilegalidad. Pero nosotros vivimos en un mundo aparte. Gobierno tripartito. Libertad de temas. Nada se prohíbe. ¿Hasta cuándo nos proponíamos vivir al margen de la suerte del país? ¿No es hora de admitir que la universidad que queremos es un lujo que no podemos permitirnos? Nos gobiernan los militares. Inventan gobiernos civiles. Después los tiran y ponen a otro y lo tiran y ahora se ponen ellos y son lo que han sido siempre: brutos. Ven en el Saber a un enemigo. Ven en la libertad de pensamiento el camino al comunismo. Quieren prohibir libros. Quieren prohibir todo lo que pueda entrañar un peligro al Occidente cristiano. Si asaltaron el Estado, ¿por que no habrían de asaltar la Universidad? ¿Qué hay que hacer? Muy simple. Ahora que hemos visto que nuestra suerte es la de los otros, unirnos a ellos”. El problema para muchos es que “ellos” son peronistas. Ergo, ese problema no tiene solución. Pero las Cátedras Nacionales surgieron de una respuesta creativa, original y valiente al problema supuestamente insoluble: ir en busca del pueblo. Es como dice Argumedo: “En nuestro caso, el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas”. Hay una foto que recuerdo pero no tengo. Un cartel cuelga de una ventana de la Facultad de Filosofía y Letras. El cartel dice: “Facultad tomada por las Cátedras Nacionales”. La mayoría de estos profesores venían de Sociología. Estaban seriamente formados por Marx y por Weber. No venían de Tacuara ni del catolicismo. Señalo esto porque la versión vigente hoy sobre la izquierda peronista es que esa izquierda fueron los Montoneros, quienes, sí, venían del catolicismo y algunos de Tacuara. De esos peronistas, nosotros ni idea. Los que buscamos la “cuestión nacional” a partir del golpe del '66 creíamos en la unión entre el marxismo y las luchas nacionales contra el imperialismo. Las luchas que se habían dado en la Argentina bajo el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Veníamos de las entrañas de Hegel y Marx. También de Lenin y del Che. Con ese bagaje, los profesores de las Cátedras Nacionales buscaron la sustancialidad, la materialidad del sujeto revolucionario en los obreros peronistas. Alguien solía decirles a los marxistas gorilas: “Les guste o no, nuestro proletariado británico son los negros peronistas”. El sujeto de la revolución, la clase obrera, aquí, tenía una identidad, el peronismo. Hacía ahí nos dirigíamos. Con Marx. No con Tacuara ni con Joe Baxter, que nos parecía un aventurero fascistoide. A otros no. Y a la mayoría no le importaba Joe Baxter, ni suponía que teníamos algo que ver con Tacuara, que, para mí, era un grupo de choque con ideología nacionalsocialista. Los pibes de Tacuara aparecieron a comienzos de los '60. Eran bastante siniestros. Se reunían en lugares semiclandestinos. Hacían el saludo nazi. Cierta vez, voy a la peluquería en Pampa y Superí (en Belgra-

no R abundaban los Tacuara) y, cortándose el pelo, hay un pendejo de 17 años con un muñón donde debía estar su mano izquierda y el muñón estaba cubierto por una capucha de goma negra. Se va y el peluquero me dice: “Fue a poner una bomba y le explotó en la mano”. “¿Dónde puso la bomba.” “Se la puso a unos judíos”, me dijo. Buenos pibes. Unos revolucionarios de la gran siete. Las Cátedras Nacionales no surgieron de ahí. No tuvieron ningún contacto con los Montoneros. Se enteraron de la muerte de Aramburu por los diarios. Pero surgió la “cuestión nacional” y la lectura de Cooke, Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche, Abelardo Ramos y el revisionismo histórico. Corriente en la que se diferenció al nacionalismo oligárquico (que confundía a la patria con la estancia) del nacionalismo antiimperialista: FORJA y los autores que cité. Y luego se leyó apasionadamente a Frantz Fanon. Llegaremos a esto. Los jóvenes que estaban al frente de las Cátedras Nacionales pertenecían a la carrera de Sociología. Eran Roberto Carri, Alcira Argumedo, Fernando Alvarez, Juan Pablo Franco, Gunnard Olsson (posiblemente estoy escribiendo mal su nombre, me disculpo), Horacio González y otros. Los de *Envido* los respaldábamos. Nos sentíamos parte de ese acontecimiento.

EL PENSAMIENTO CRÍTICO NO DEBE PLANTEARSE LÍMITES

El tema que empieza a debatirse es el de la lucha armada. Se lee al Che. Se analiza la teoría del foco insurreccional (que es título de este suplemento y, como otras veces, no llegaré a tratar). Se lee a Giap. Se ve *La batalla de Argelia*. Y muy pronto: *La hora de los hornos*. Antes, sin embargo, Córdoba arrebató las pasiones de la militancia. Estalla el *Cordobazo*. Podemos entrar en él a través de la pluma de Rodolfo Walsh, que, en el periódico de la CGT de los Argentinos (prolija y cuasi religiosamente repartido por todos nosotros en nuestra Facultad de Filosofía y Letras) publica su *fiction/non fiction* “¿Quién mató a Rosendo?” y entrega una crónica notable del *Cordobazo*, que sólo su talento literario y periodístico podía tornar posible. Es la siguiente:

Cordobazo, por Rodolfo Walsh:

“Trabajadores metalúrgicos, del transporte y otros gremios declaran paros para los días 15 y 16 de Mayo, en razón de las quitas zonales y el no reconocimiento de la antigüedad por transferencias de empresas.

“Los obreros mecánicos realizaban una asamblea y son reprimidos, defienden sus derechos en una verdadera batalla campal en el centro de la ciudad el día 14 de Mayo.

“Los atropellos, la opresión, el desconocimiento de un sinnúmero de derechos, la vergüenza de todos los actos de gobierno, los problemas del estudiantado y los centros vecinales se suman.

“Se paraliza totalmente la ciudad el 16 de Mayo. Nadie trabaja. Todos protestan. El gobierno reprime.

“En Corrientes es asesinado el estudiante Juan José Cabral. Se dispone el cierre de la Universidad.

“Todas las organizaciones estudiantiles protestan. Se preparan actos y manifestaciones. Se trabaja en común acuerdo con la CGT.

“El día 18 es asesinado en Rosario el estudiante Adolfo Ramón Bello. Se realiza con estudiantes, obreros y sacerdotes tercermundistas una marcha de silencio en homenaje a los caídos.

“El 23 de Mayo es ocupado el Barrio Clínicas por los estudiantes y son apoyados por el resto del movimiento estudiantil.

“El 26 de Mayo el movimiento obrero de Córdoba resuelve un paro general de las actividades de 37 horas a partir de las 11 horas, para el 29 de Mayo, con abandono de trabajo y concentraciones públicas de protesta.

“Los estudiantes adhieren en todo a las resoluciones de la CGT. Los estudiantes orga-

nizan y los obreros también. Millares y millares de volantes reclamando la vigencia de los derechos conculcados inundan la ciudad los días previos.

“El 29 de Mayo amanece tenso. Los trabajadores de Luz y Fuerza son atacados con bombas de gases a la altura de Rioja y Gral. Paz. Una vez más la represión está marcha.

“Las columnas de los trabajadores de las fábricas automotrices llegan a la ciudad y son atacados. El comercio cierra sus puertas y la gente inunda las calles.

“Corre la noticia de la muerte de Máximo Mena, obrero mecánico. Se produce un estallido popular, la rebeldía contra tanta injusticia, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación.

“Es el pueblo. Son las bases sindicales y estudiantes que luchan enardecidas. El apoyo total de la población.

“Es la toma de conciencia contra tantas prohibiciones. Nada de tutelados ni usurpadores del poder, ni de cómplices participacionistas.

“El saldo de la batalla de Córdoba, ‘El Cordobazo’, es trágico. Decenas de muertos, cientos de heridos. Pero la dignidad y el coraje de un pueblo florecen y marcan una página histórica argentina y latinoamericana que no se borrará jamás” (Rodolfo Walsh, periódico de la CGT de los Argentinos).

¿Por qué nos proponemos el estudio de las teorías de Ernesto Guevara sobre el foco insurreccional? Porque fueron acogidas por la izquierda guerrillera latinoamericana. Porque vamos a fundamentar que están lejos de las tradiciones de lucha de la clase obrera y recurren a una teoría de la vanguardia que no ha sido beneficiosa y ayudó al distanciamiento de los milicianos y aun de los militantes con las bases populares. Como fuere, el tema es delicado y polémico. Y apunta hacia la gran discusión que permanece sobre los años setenta. *La discusión entre la política y los fierros*. La discusión honesta, abierta, sin concesiones sobre la violencia política. Una discusión que debe darse en el ámbito de la izquierda. En el ámbito de los derechos humanos. Sin darle armas a una derecha que —hoy— en nuestro país reivindica desvergonzadamente, es decir, sin tapujo alguno, algo que ha sido universalmente condenado como uno de los grandes genocidios del siglo XX: las matanzas de los militantes del '76. Los crímenes de *lesa humanidad*. Los crímenes cometidos desde el aparato del Estado. Sabemos que están ahí. Que podrán utilizar las reflexiones críticas que llevemos a cabo. Pero nadie puede impedirse pensar por lo que la derecha pueda o no hacer con lo que uno piensa. Eso de “no darle armas a la derecha” funciona como un freno al pensamiento, a la crítica. Tenemos que revisar todo. Una historia crítica del peronismo (o sea: un estudio acerca de los alcances y límites que tuvo y tiene ese movimiento, si es que aceptamos el concepto como definitivo, el de *movimiento*) no puede ya frenarse por la advertencia de “no darle armas a la derecha”. Tampoco puede frenar la tarea reflexiva, al pensamiento crítico, la “teoría de los dos demonios”. No bien se critican los errores de la guerrilla se recibe la advertencia: “Guarda que eso está cerca de la teoría de los dos demonios”. Uno se apichona, se julepea y piensa: “No, eso nunca”. Y no piensa más. Se trata, por el contrario, de pensar. Dejémosnos de joder: ¿cómo no vamos a pensar críticamente, descarnadamente, dolorosamente o como se quiera, pero a fondo, una historia que terminó en una *catástrofe humanitaria*? Cuando Baschetti (en su notable tarea de recuperación de documentos) escribe la cronología de los años 1974-1975 la titula: *Cronología de un desastre*. Un *desastre* tiene muchas causas. No todas están del lado del Estado criminal. Analizar un desastre no es fácil. Hay que tener el coraje de ir hasta las últimas causas. Y eso suele doler.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

El foco
y el movimiento
de masas

IV Domingo 31 de agosto de 2008